LEONARDO CASTELLANI

EL RUISEÑOR FUSILADO

EL MISTICO



EDICIONES PENCA


que·a·todos·quieran·ayudar
copyright
L. Castellani

En estos dos libros, inéditos hasta hoy —aunque escritos hace 21 años—, el P. Castellani nos trae novísimo mensaje de realidad y verdad. Un mensaje-testimonio de lo que se nos viene galopando en los lomos del tiempo, aunque ya está entre nosotros, prefigurado en la palabra del Unico que habla *extratiempo* por amor, y para salvación de los suyos.

El Ruiseñor Fusilado trata la vida y obras de Jacinto Verdaguer, el poeta catalán que apasionó a España y Europa, con el arrebato de su genio y su desgracia. Escrito en el lugar de los sucesos con testimonios autentiquísimos, sirve de prólogo al segundo, clave de su historia.

El drama en tres actos *El Místico*, restaura con pujanza el prestigio del teatro griego: cuando los espectadores sabían por la voz *acción* que designaba el arte dramático, cual era la *esencia* de lo que iban a ver en la escena. La flojera contemporánea disculpa su incapacidad para abordar con éxito el género, haciendo derroche de *recursos decorativos: juegos de luces*, escenarios rodantes, música, danzas y vistosos trajes. Así, un espectáculo creado por la inteligencia y directamente dirigido al corazón del pueblo, se disipa en vanas fantasías, juguetes de los ojos y el oído.

Impuesta a designio, nuestra seudocultura es culpable de que nuestro pueblo no sea capaz de gustar espectáculos como el drama del P. Castellani, tan sustancioso como exquisito.

El teatro facilita la facultad de comunicarse los hombres entre sí por medio de la *acción*. Primero, mediante el repliegue reflexivo de cada uno dentro de sí mismo; luego, por la comprensión de que el destino personal es solidario con el de toda la comunidad. Más que por la *emoción*, por la comprensión inteligente, logra este fin.

Si obras como las del P. Castellani se difundieran frecuentemente en condiciones propicias para su cabal entendimiento, las masas hoy dispersas y anarquizadas, retomarían pronto el camino del respeto mutuo, base de toda justicia y de toda verdad.

IRENE ENRIQUETA CAMINOS.

EL RUISEÑOR FUSILADO

EL RUISEÑOR FUSILADO

FE DE ERRATAS

Pág. 35 - Línea 1ª — Dice: "obras". Debe decir: **"otras".**

Pág. 65 - Línea 12 — Dice: "hacer". Debe decir: **"haber".**

Pág. 82 - Línea 14 — Dice: "potosis". Debe decir: **"potosíes".**

Pág. 199 - Línea 5 — Dice: "Busqui". Debe decir: **"Busquí".**

Y la peor de todas: en pág. 108, en línea 12, después de SANTA CECILIA, el verso **primero: "Entra Valeriano al cabo"**, debe ser el **quinto**, después de: "**Su incertidumbres y su dicha".**

El libro está pulcramente corregido por D. Víctor Amorrortu. Pero conviene corregir cuatro erratas insignificantes, para que quede inmaculado.

L. C. C. P.

LEONARDO CASTELLANI Th. D.

EL RUISEÑOR FUSILADO

(JACINTO VERDAGUER, Presbítero)

BUENOS AIRES
1952

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Impreso en Argentina — Printed in Argentina

PORTADA

Yo escuchaba en Manresa un Ruiseñor que me daba melodiosos insomnios y que le hacía pimpirimpainas y azofaifas a la luna.

Una noche una sombra monstruosa cruzó por mi ventana, que se fue acortando al concretarse en un catalancito con una espingarda vieja, de esas Montecristo de cargar por la boca. El salvaje tomó la puntería y el Cantor voló al aire hecho trizas, entre un trueno y un chorro de humo.

No sin haber gritado antes de morir:

—¡Bárbaro! ¡Soy un Ruiseñor!

—Bon pro ti tingui —dijo el cazador—. Hoy dia los rosiñoles son los que primieru van a la olle.

¡Qué olla, pobre poeta! Para la olla no quedó ni una pata sana, sino un chafarrinón de plumas.

Te tiran porque cantas, y eres un blanco seguro.

(De *Bichos y Personas*, fábula LIX.)

A Jacinto Verdaguer, Presbítero,
en el cincuentenario de su muerte
(1902 - 1952)

"No me gusta ya sino lo escrito con sangre. Prueben a escribir con su sangre, y verán que la sangre es espíritu."

(NIETZSCHE.)

1. SUCESOS OBSCUROS

En su antología, *Poesía religiosa española,* Roque Esteban Scarpa caracteriza así al poeta catalán Jacinto Verdaguer:

"Nació en Folguerolas (Barcelona), en 1845. A los 11 años estudiaba Gramática en el seminario de Vich. Como necesitara ayudarse para costear su vida, se dedicó en esos años a enseñar y a escribir sus versos. Obtuvo desde el comienzo premios en los Juegos Florales. En 1870 canta Misa en una ermita de su tierra. Es después capellán a bordo de buques, y de su contemplación del mar trae su poema *La Atlántida*. De allí pasa a ser limosnero en casa del Marqués de Comillas, la que abandona *junto con su tranquilidad*. Una serie de *sucesos obscuros* le persigue hasta su muerte, en Vallvidriera, el año de 1902."

Hasta aquí la vulgar ficha biográfica hecha por el recolector, el cual incluye en su libro cinco poemas devotos, traducidos al castellano, no ciertamente de los mejores. Y con la vaga alusión a *sucesos obscuros* se liquida el caso de *Mosén Cinto*, que hace cincuenta años encandeció a Cataluña y dividió a España.

Los sucesos de la vida de Verdaguer no son obscuros; son, en todo caso, *confusos;* pero es porque se ha volcado adrede confusión encima, en estos tiempos que vivimos de confusión. La vida del poeta sacerdote fue enteramente límpida: si de algo pecó, fue de ingenuidad. Su psicología es cristalina: fue un payes genial, un gran poeta de origen

humilde, barrido por una tormenta social demasiado grande para sus fuerzas psicológicas; y en el fondo, una víctima del fariseísmo. Por lo tanto, una especie de mártir y una especie de soldado que cae abrazado a su bandera. Sugestionable y terco, si se quiere; de una emotividad y sensibilidad extraordinaria —supuesto que sería injusto decir *enfermiza*—; pero, ¿hubiera podido ser gran poeta de otro modo?

Su obra literaria, y su vida misma, fue tronchada de golpe al llegar a su madurez, en medio de tormentos morales y materiales severísimos. La Providencia quizá depuró su alma y la llevó a la perfección por lo que se ha llamado su "tragedia", o su "eclipse". Sin "quizá". Pero éstos son arcanos divinos; y lo que interesa al estudioso es el "problema humano" de Verdaguer: al psicólogo, al moralista, al sociólogo, al teólogo.

Los "sucesos" no son obscuros. En todo caso, lo que hay de obscuro es la raíz última de los sucesos, que allí sí hay tinieblas. El problema es hondo. Claro que no vamos a blasonar de resolverlo del todo; pero se puede tratar de reflexionar sobre él con seriedad y franqueza. Es de justicia hacerlo.

2. UN DRAMA

En el otoño de 1947 leímos las *Obres Completes* del poeta, en la espléndida edición catalana de la Biblioteca "Perenne", de Barcelona. De allí salió una pieza dramática *El Místico*, con el mismo título de otra de Santiago Rusiñol, del mismo tema, y escrita contemporáneamente a los "obscuros sucesos"; pero enteramente diferente, si no nos engañamos. El drama de Rusiñol tuvimos ocasión de verlo en nuestra infancia, jugado por una compañía española de la legua, y recordábamos de él una impresión profunda; y nada

más. Leído de nuevo después de escritos nuestros papeles, nos parece que Rusiñol erró los términos del problema e hizo un drama romántico en vez de psicológico; y un panfleto vagamente anticlerical y socializante; aunque no carente de talento literario. Y no podía ser de otra manera, dada su falta de perspectiva entonces. Fue una de tantas "intervenciones" en la polémica Verdaguer, la más noble literariamente hablando, desde luego; pero polémica al fin.

Este drama no podemos publicarlo sin hacerlo preceder de un largo prólogo a lo Bernard Shaw. Para no aumentar la *confusión*.

El drama no surgió propiamente de la lectura de las *Obras*, sino de otro curioso librito, *Vida íntima de Mossen Jacinto Verdaguer, Pbre.*, per MOSSEN JOAN GÜELL, Pbre., que pretende ser una biografía imparcial, y es en realidad una requisitoria pérfida, chismosa y plebeya. El autor es primo del poeta, y también sacerdote; y estuvo mezclado en sus líos, habiendo sido pretendiente (sin éxito) de la capellanía en casa del Marqués de Comillas, que el poeta ejercía, y por donde comenzaron los enredos. En realidad, fue uno de sus verdugos, un metomentodo charlatán, codicioso y enredador. Es un típico miembro de la "raza inferior", que diría Nietzsche; y su librito, lleno de retórica de seminario, de santulonería, de vanidad, de fotografías de documentos, de acusaciones e insinuaciones groseras, es un admirable documento psicológico: no es extraño que todos los personajes de nuestro drama hayan surgido de él hechos y derechos, sin la menor dificultad, como Minerva del cráneo de Júpiter. Se podría poner esa seudobiografía en apéndice a *La Voluntad de Potencia*, de Nietzsche, como plástica ilustración caracterológica del plebeyo fuera de su lugar y de "ética" falsa y miope.

La inocencia del poeta inculpado surge mas nítida de la lectura *entrelíneas* de la inculpación de Güell, que no de la misma talentosa y vibrante defensa de sí que hizo el acusado con el título *Un sacerdote perseguido: Jacinto Verdaguer en defensa propia*. Cuando la leímos, después del libri-

to del patán, nos sorprendió encontrar casi matemáticamente en boca del poeta las exculpaciones obvias que, por escrito o mentalmente, formulábamos al leer el transparente alegato de su fiscal. Lo mismo que respondíamos entre dientes al ir leyendo las inculpaciones, había respondido el poeta cincuenta años hacía.

El tonto cuando habla no puede dejar de mostrar la hilacha; si no hubiera tantos Joan Güell en el mundo, el librito sería una alegación contundente en pro de Verdaguer y contra el autor. Pero, por desgracia, entre los "infinitinúmero", debe de haber producido no poca *confusión*; y no sólo entre ellos, sino también entre los desprevenidos. Mentid, que algo queda.

Nuestro drama no pretende ser historia, por supuesto. Sin embargo, casi todos sus elementos son reales; y muchísimas palabras puestas en boca del héroe o sus oponentes son textuales, pues no se podían decir mejor de lo que ellos mismos lo dijeron. Todo el planteo del conflicto eclesiástico y social del poeta (motivos, términos, causas) es escrupulosamente fiel a la realidad. Hasta el "Anarquista ibérico" "Migué Lopes Serrero" está en el panfleto de Güell: a saber, el *soldado* que cuidó al poeta en sus últimos momentos, con gran indignación del primito, en lugar de los dos Padres Camilos y las dos Hermanas Josefinas, que sus solícitos parientes querían imponerle. Solícitos... ¿por el testamento? Sobre todo, por "salir con la suya", como se dice —sin excluir el testamento.

El material dramático era tan rico en la vida, que no necesitábamos inventar mucho. ¿Qué es lo que inventa Shakespeare en *Troilus and Cressida* con respecto a *La Ilíada?* Nada. Todos los datos son los de Homero (menos la muerte a traición de Héctor): sale una obra de arte totalmente diferente. Así se las ha también el poeta con respecto a la vida.

Pues todo esto es inventado
Y no hay cosa que yo invente,

dijo el hijo de Martín Fierro.

Lo único que hemos inventado de planta es el personaje Socorro, su problema interior y su fin; que vaya a saber si no es, en el fondo, el núcleo del drama.[1] Nuestra "Socorro" no tiene absolutamente nada que ver con la "Amparo Durán" de la historia, que fue el "gato encerrado" del caso Verdaguer. Esta se casó en vida del poeta con un señor Amadeo Guri, y heredó gran parte de sus bienes —propiedad literaria de sus versos— entendido. Si explotó o no explotó al genial sacerdote, si lo manejó a su gusto como a un opa y lo aterró como un niño, si la última palabra de aqueste fue *¡Amparo!*, o bien, *Jesús, ¡ampárame!*, no importa absolutamente nada al drama, el cual no se hace naturalmente para resolver esos misterios... de familia.

[1] Para ser del todo exactos, este personaje Socorro brotó de una curiosa carta que Verdaguer incluye en su folleto *En defensa propia;* proveniente de una anónima muchacha descarriada, que fue sobornada (por sus dos primos Narciso Verdaguer y Joan Güell, según el poeta), para ir a denunciarlo calumniosamente al Arzobispado. La carta es ésta, tal cual:

Rdo. Padre Berdaguer.

Padre le escribo a V. cosa que nunca le hubiese hecho, pero después de haber pecado y levantado falsas calumnias: oy estoy arrepentida del daño que e querido acer a personas que me an echo bien y me querían salvar de ser pecadora amándome por Dios; mas yo tentada por seguir el mal en compañía de personas que mal me aconsejavan; hemos ido por el mundo como malos espíritus dando margen a calunias de grande consideración.

Padre oy tentada por el buen angel, que salvar quiere mi alma, me arrepiento de todo, pues la conciencia me acusa a pedir perdón a quien daño e deseado, a V. padre de almas, perdón, perdón mil veces, por ser V. una de las bictimas que se quería sacrificar; pero oy con todo el dolor de mi alma acudo a bos, para que pueda ser feliz siendo perdonada, y mi alma pueda salvarse y en el tiempo que tenga de vida sea para bien de Dios y siendo así podré dar buen ejemplo a una hijita que tengo que hoy está en la inocencia.

Padre, ya me confese y nunca más tendre que bolverme a acusar de tan grandes tentaciones y para que esto sea asi, V. pida por mi al divino Señor que de veras me perdone como yo me he arrepentido, no me desatienda Padre, usted que es tan bueno pida en sus

Como se ve, mis personajes están apoyados en los hechos, aunque estén condensados o fundidos dos en uno, conforme al menester del arte poético. "*Le vrai peut quelquefois n'être pas vraisemblable.*" Personalmente, creemos que son chismes —del todo inverosimiles, por otra parte. Pero nada importa lo que sean.

Lo que interesa al drama es la conversión de la imaginaria Socorro, si es que se convirtió; el suicidio de Socorro, si es que se suicidó: cosa que el autor hasta hoy no sabe, aunque naturalmente tendrá su opinión acerca del particular. A él le basta que esas cosas hayan podido ser; y en cierto sentido, *hayan debido ser*; de acuerdo con lo de Aristóteles, que la poesía es en cierto sentido más verdadera que la historia.

De manera que mi Verdaguer no es Verdaguer; es decir, es Verdaguer en el plano poético: más verdadero que el Verdaguer que murió en Vallvidriera y sobrevivió cinco años —y no ya pocos meses como en el drama— a las bárbaras sanciones eclesiásticas que cayeron sobre él; más verdadero... digo, suponiendo que realmente he llegado a dar

---

oraciones para que nunca mas buelba a ser pecadora ni a querer acer daño a quien tanto bien iciera por mi.

Padre yo soy culpable pero su familia de V. an sido los que me han hecho acer todo y los pasos que yo ignoré siempre aberlos tenido que andar; como ir al Sr. Ovispo y ellos son los que me han encaminado siquiera acer el daño que ellos por su parte ya ponían los medios.

Espero de su vondad aunque no soy merecedora del perdón de una persona tan buena V. tendrá misericordia de esta pobre pecadora que sola se encuentra por el mundo no paso otro que trabajos y me encuentro *desamparada con mi niña de cuatro meses*, perdón, Padre, por esta hija que es inocente, y para tener esta grande satisfacción y tranquilidad de V. espero saber que me perdona. Se despide su umilde servidora.

Si no le parece mal espero contestará dándome el perdón que de V. espera.

Calle Caretas, nº 63, 3º, 2ª,

Barcelona.

S. A.

expresión poética o teatral a esa alma real, que sentí palpitar delante de mí un día. Mas ésta es cuestión que no me toca a mí dictaminar, sino a la crítica literaria argentina —que no existe.

3. LOS HECHOS

Los hechos del "caso Verdaguer" son sumamente patentes; si hay confusión en ellos es por exceso, no por falta en el "legajo": una bibliografía de más de treinta libros sobre el felibre barcelonés nos proporcionó un joven profesor suplente de la Real de Barcelona, al saber que nos interesábamos por él; que, por supuesto, no leímos. Se trataba para mí de intuir, más que de reconstruir.

Después de sus clamorosos triunfos con *La Atlántida, Idills i Cántichs* y *Canigó*, Verdaguer se ligó de amistad con un sacerdote Piñol, que daba sesiones de "exorcismos", las cuales fueron objeto de un decreto interdictorio, que el poeta obedeció. Ya estaba en ese tiempo en relaciones de amistad con la viuda doña Deseada Martínez y Guerrero y sus dos hijas Amparo y Mercedes. Poco después fue conminado a salir de Barcelona y marchar a *La Gleva*, ermita en su diócesis de Vich, orden sorpresiva, que obedeció ya dudoso y exponiendo reparos; temeroso y profundamente conturbado en realidad y no de balde, como veremos. Al cabo de un año, volvió por propia decisión a Barcelona, alegando que la ermita no le convenía, que la soledad y la vigilancia de que era objeto lo enloquecían. Fue conminado a volver y *suspendido*. Sus contrarios habían hecho correr ya la voz de que "estaba loco". Apeló al Gobernador de Barcelona, rogando lo defendiera de ser encerrado en un asilo; cosa que se intentó hacer de hecho, en seguida de su viaje a Barcelona.

El golpe del castigo eclesiástico —gravísimo— despa-

tarro al poeta; y su sensibilidad agudísima levantó en su ánimo grande polvareda. En el lapso de cuatro años escribió al Director del "Diario Universal" las cartas que constituyen el folleto *En defensa propia*. La lucha aparente giraba en torno de hacerlo volver a La Gleva y salir de la urbe; en realidad, el fin real y secreto era "hacerlo abandonar a esa familia" —las mujeres Durán, junto a las cuales vivía, con toda honestidad y aun decoro, según parece: como un niño enfermo que necesita cuidados y se agarra de quien le muestra simpatía o cariño. La lucha entre la voluntad terca del poeta —que creía estar en su derecho y aun en su deber— y el mare mágnum de voluntades contrarias, parientes, familiares, admiradores, clérigos, curias, decretos, intercesores y meteretes —evidentemente demasiadas para sus fuerzas—, llegó a extremos dolorosísimos: se cursó un decreto a las parroquias de Barcelona para que se le negara la sagrada Comunión; él, por su parte, no transige con nadie y vapulea con su pluma ágil al que caiga, nombres propios por delante y franqueza absoluta. Su salud siempre delicada se resintió fuerte. Tomaron partido en la contienda toda Barcelona y después toda España. Los "buenos", que eran los que estaban contra el poeta, no contaban con el poder terrible de la pluma, y sobre todo, el poder disolvente del periodismo moderno, que el mismo Verdaguer, en su pasión, no midió al comenzar su campaña. El ruido llegó a Madrid y al Rey, el cual rogó al Nuncio acabara con aquel escándalo; el Nuncio, al Obispo de Madrid-Alcalá; el Obispo de Madrid, a su cofrade de Vich. Se obtuvo del poeta una carta pidiendo perdón y rogando su rehabilitación eclesiástica; y, como consecuencia, prodújose incontinenti un decreto levantando las censuras, firmado por el Obispo de Vich, Morgades, que huele a ajos a tirar de espaldas: no pudo abstenerse de la villanía de vejar al vencido y darse aires de vencedor. En realidad, en cierto sentido era vencedor: Verdaguer estaba ya aniquilado como poeta y como hombre.

Cinco años vivió después de rehabilitado como sacerdote,

y no pudo concluir ninguna obra digna de su pluma, como no había podido hacerla en los cuatro años anteriores de lucha abierta y zozobra: *Flors del Calvari* no cuenta como obra literaria, ni tampoco el folleto *En defensa propia*, sino más bien como documentos psicológicos. En realidad, la lucha prosiguió sordamente: cuando no hay generosidad y comprensión arriba, estas cosas nunca se arreglan radicalmente. Verdaguer prosiguió en relaciones amistosas con las Durán y su familia, e hizo un punto de honra de esto; sus parientes, sus superiores y el partido clerical, en general, multiplicando sus esfuerzos para traerlo al "buen camino"; es decir, a la voluntad de ellos; los anticlericales aprovechando el caso para hacer barullo y propaganda; los diarios con un buen "tema"; amigos bien o mal inspirados haciendo "colectas" para ayudarlo económicamente; personas caritativas y organismos oficiales (la misma Reina de España) enviando donativos; y una manga de metidos y aprovechadores interponiéndose entre los donativos y las deudas o necesidades reales del desdichado "genio con las alas rotas": es el resumen de estos cinco años.

La lucha se agudizó de nuevo con motivo de su última enfermedad, la tisis: las influencias, a las cuales el poeta era muy sugestionable, empezaron a girar en torno al testamento. Dos hizo el poeta: el primero, ambiguo y vacilante, parece un triunfo del partido clerical: lega su biblioteca al Seminario de Barcelona, y sus bienes (después de pagadas sus deudas) a *siete herederos de confianza*, a los cuales él habría dado instrucciones firmadas en privado, con prohibición de hacerlas públicas: el segundo, que anuló a éste, deja prácticamente todos sus haberes (deudas y derechos de autor) a las hermanas doña Amparo Durán de Guri y doña Mercedes Durán y Martínez; la cuarta parte del remanente líquido a su hermana Francisca; su biblioteca al marido de Amparo; y algunas donaciones sueltas de libros al Seminario de Vich ¡y al Obispo! Uno de los albaceas fue el veterinario y filósofo catalán Ramón Turró, conocido en la historia de la filosofía española.

La discusión sobre Verdaguer continúa hasta nuestros días. La leyenda de Verdaguer en el pueblo catalán (la hemos constatado de visu) es de que fue un santo y un mártir, perseguido por una manga de truhanes, representantes de las fuerzas invisibles, que oprimen al pueblo: es decir, la opinión de "Migué Lopes Serrero", anarquista ibérico. La versión oficial de estas mismas fuerzas es de que "Verdaguer fue un gran poeta, que tuvo al fin de su vida un *eclipse* (para usar los términos de un religioso catalán que traté), una ofuscación o perturbación que le hizo hacer la mar de disparates; de los cuales se arrepintió por suerte volviendo al seno de la Jerarquía y las conveniencias: lo cual prueba cuán admirable es la Providencia de Dios y cuán excelsa nuestra Madre la Iglesia Católica".

Esta versión está bastante bien expuesta en la Enciclopedia Espasa.

¿La verdad está en el medio? ¡La verdad está en un pozo! Mejor dicho, la verdad está en nuestro dramón psicológico... Es lo que tenemos que decir nosotros aquí, naturalmente.

4. CARACTOLOGIA DEL GENIO

Verdaguer fue un poeta genial. Los catalanes en su tiempo (y aún ahora) decían que era el poeta más grande del siglo XIX: lo cual, siendo del siglo XIX Charles Baudelaire, por ejemplo, parece imposible de subscribir. Lo que dice Menéndez y Pelayo (en su carta al poeta, acerca de *Canigó*) es mucho más discreto: "el poeta de mayores dotes nativas de cuantos hoy viven en tierra de España".

Si este poeta hubiera nacido en la Florencia del siglo XV o en el Madrid del siglo XVI, otro gallo nos cantara.

Plugo a Dios que naciera en un rincón de España labriego e industrial, en Folguerolas, diócesis de Vich. Hijo de pobres labriegos, la carrera eclesiástica le posibilitó hacerse gran poeta; pero al mismo tiempo lo puso bajo el dominio de una cosa eminentemente antipoética, que era el Obispo Morgades.

La caractología del genio la ha hecho perspicuamente Schopenhauer. Y nosotros mismos la hemos glosado; la habitud de nuestra época respecto al genio poético la ha hecho el profesor polaco Wladimir Weidlé en su libro *Aristeo, o el destino actual de las Artes y las Letras.* No hay para qué demorarse mucho en esos dos elementos fundamentales del "drama de Verdaguer".

El genio es el hombre que, según la modesta definición de Santo Tomás, *intellectu excedit.* En la Edad Media se profesaba que esos hombres eran los que debían gobernar; o, por lo menos, pertenecer a lo que llaman hoy "clase dirigente": hoy día se los tiene por inútiles o locos; y mucho disimulo y habilidad tienen que tener para quedarse solamente con el atributo de "raros". Para librarse de las peores catástrofes tienen que ser "rinocerontes", como dice Weidlé; o por lo menos beneficiar de una singular providencia, como Paul Claudel, por ejemplo, en nuestros días; la cual, ¡ay!, no benefició Verdaguer.

Sin embargo, el "exceso intelectual" es en ellos su naturaleza misma: no pueden abdicar de él. ¿Cómo lo harían? Ni deben. ¡Excelente negocio!

El exceso de intelecto (o atracción a la contemplación) se manifiesta en tres cualidades, que son hoy día formidables defectos y aun crímenes:

1º *No son prácticos.* No es que no tengan intelecto práctico (que es uno entitativamente con el especulativo), sino que no puede aplicarse a la practicidad, sobre todo rastrera y minuciosa, por la potente atracción hacia arriba: "las alas demasiado largas les estorban para caminar", según la acuñada fórmula de Baudelaire. *No sirven para los negocios,* como sin cesar le incrimina al poeta su primo Narciso

(el "Demetrio" de mi drama); incriminación que no se sabe porqué, los exaspera (¿porque es falsa?). Pero servir para los negocios hoy día no es una señal particularmente segura de excelencia humana o predestinación divina; aunque no negaremos que es cómoda, ¡vive Cristo!

2ª *Tienen demasiada sensibilidad*; no precisamente para Dios que se las ha dado, ni para la obra que tienen que hacer; sino para los entes vulgares que los rodean, a los cuales aparecen como "monstruosamente hipersensibles" —palabras del doctor Bufarull, médico del Arzobispado. La imaginación y la sensibilidad son los dones del poeta; y cuanto mayores son, en igualdad de otras circunstancias, más grande es el poeta, naturalmente. Pedir a un hombre que escriba *La Atlántida*, y que tenga ante una injuria la reacción del regocijante. En Patufet o del señor Esteve del Auca, de Rusiñol, es idiotez pura: idiotez y crueldad, en algunos casos.

3º *No pueden tener amigos*: Nada priva tanto de la amistad verdadera, como una cualidad sobresaliente; y lo que es grave, creen tenerlos", tienen una confianza infinita en el hombre y se dejan capturar por todas las manifestaciones de afecto. Si una extraordinaria providencia no les regala gratis un verdadero amigo (como Antolín, el hermano de Pereda, o bien Enrique, hermano de Menéndez y Pelayo —a quien por otra parte no creemos un "genio") o esa *Soeur de Charité,* que buscaba inútilmente Rimbaud, su sino fatal es la soledad espantosa de Nietzsche o la confusión espantosa de Verdaguer, llevado al retortero por la influencia incoherente y contradictoria de toda clase de "semiamigos" vulgares, aunque bien intencionados... a veces. Las dos situaciones son inhumanas: ningún enemigo nos puede hacer tanto daño como un amigo tonto; y vivir sin amigos es imposible.

He aquí por qué la turba de patanes, botarates, santulones y mandones que torturaron a Verdaguer tenía juego libre para hacerlo pasar por loco. Uno de los dictámenes médicos a que se sometió ingenuamente, firmados por tres

"eminencias medicales" de Barcelona (el poeta era dócil, un hombre de acción cualquiera jamás se hubiese sometido al vejatorio examen), dice así:

"*Epsiquicamente* (sic) considerado, el Rdo. don Jacinto Verdaguer y Santaló, es evidente para los firmantes, que su inteligencia funciona en cabal integridad... (¡Qué sintaxis!) Que en punto a sus facultades éticas (?), a la par que atesora elevadísimos sentimientos altruistas, es muy *emocionable*, y sobre todo *sugestible*, y por lo que respecta a su voluntad, *posee escasas energías*..."

"2º Que no se advierte en su mente indicio alguno psicopático..."

Por la gramática, parecen argentinos estos médicos; por el contenido, ¿qué más se puede pedir de un médico en este tiempo, aunque sea "eminente" —o por eso mismo? Sin embargo, el dictamen lleva veneno: tendía a dar a los perseguidores del poeta la confirmación de que (como ellos decían) era un *irresponsable;* con el fin de despojarlo de su libertad, y aun de su propia hacienda.

Hicieron simplemente el diagnóstico del genio, en sus facultades "éticas" (?) (querían decir *afectivas*, sin duda). En cuanto a la voluntad, Verdaguer la tenía de acero. Como buen payés catalán, era más bien terco que abúlico. No se necesita poca voluntad para rendir el trabajo poético que él dejó.

El diario monárquico "La Dinastía" hizo una fácil impugnación de este dictamen de Mr. Homais; *¿emocionable?*, ¿y no se emociona ante los ruegos de su prelado, parientes, amigos y compañeros de toda la vida, en lo que cree que ellos no tienen razón?; *¿sugestible?*, ¿y ninguno de éstos puede sugestionarlo a hacer lo que estima contra su deber?; *¿sin voluntad?*, ¿y está resistiendo una lucha contra medio mundo?

Era un genio intelectual en el ambiente antiintelectual y antipoético de la época y la región; a las presas con el poder de la "raza inferior", del plebeyismo, del mediocre engreído y con poder; enfrente del monstruo del fariseísmo;

sin un amigo que lo entendiera del todo. ¿Cómo no iba a apoyarse en la ternura femenina de las primeras mujeres que tropezó —hayan sido altruistas o aprovechadoras, poco importa—, con toda su alma?

—¡Es que esas mujeres eran peligrosas para su cuerpo! —decían sus realistas contrarios. Es decir, *lo pensaban*.

¡Váyanse al diablo! ¡Gazmoños hipócritas!

5. *CHERCHEZ LA FEMME*

Que Verdaguer a los cincuenta años hubiese cedido, o casi cedido, o medio cedido, a la tentación del "demonio del Mediodía", no es imposible. Pero nada lo confirma en los hechos: al contrario. ¿Por qué, pues, presuponerlo gratis?

¡Ah, la sospecha de la mujer, el recelo a la mujer, el rencor a la mujer de los sacerdotes "supercastos" (poco castos), de los gazmoños!

El eje oculto de toda la persecución era ése: no tan oculto que no se trasluciera en calumnias. El villano de Joan Güell, sin especificar, publica la fototipia de una factura de 175 pesetas, del joyero Alujes André, por una sortija de oro con un diamante raso (¡"que se hubiera debido dar a su familia, a su hermana Francisca, a su sobrina monja Ana Llussá y Verdaguer, mecachis"!), ¡para Amparo! ¡Horror!

La factura no es de Verdaguer, sino de Amparo. La fecha es la del tiempo de la enfermedad grave y la muerte del poeta. ¡Qué villano! ¿Qué le importa a él? Es decir, le importaba el dinero. La ingenuidad con que el primito respira por la llaga del dinero sería cínica, si no fuese jocosa. Al fin termina por hacer reír.

—Pero, ¿no es inconveniente que un sacerdote viva en una casa donde hay tres mujeres?

—Creo que sí: así lo dicen. Mas Verdaguer negó siempre que él viviera en la misma casa.

—Mintió.

—Bueno: se puede hacer una excepción con un genio, que es un niño y un enfermo. Un Verdaguer no nace sino una vez cada siglo.

—No se puede hacer *ninguna* excepción a la disciplina eclesiástica.

—En todo caso, no hay derecho a matar a un hombre por eso, ¡y qué hombre! Eso es fariseísmo puro, la hipertrofia de la disciplina que devora la personalidad y la vida. Pero, si había que conseguir la universalidad de la disciplina, ¿por qué no hacerlo francamente, planteando al poeta el problema con toda franqueza, en vez de buscar artimañas y caminos tortuosos; en vez de mandarlo "de prepotencia" a La Gleva, ofrecerle un viaje a Asís, privarlo del ministerio sacerdotal? Así no se hacen las cosas, en ley de Cristo y de hombres de bien. Eso sulfuraba al poeta; y con razón.

Juro a Dios que en el mismo tiempo había en Barcelona sacerdotes que no vivían al lado de una familia de mujeres, sino que dormían con mujeres, y tenían el respeto y quizá los honores del Obispado; porque cubrían las apariencias. Y a lo mejor el Obispo lo sabía... en secreto; y lo toleraba "para evitar mayores males...". *Non casti sed quidem cauti.* ¿Somos demasiado malignos? ¡No! ¡Si eso se ha visto!

El caso es que a Verdaguer lo reventó el amparo de la Amparo. Pero el catalancito no cedió ni una pulgada. ¿Hizo bien? ¿Hizo mal? Eso es lo que hizo. ¿Lo hizo por un sublime amor a las almas —como sale en mi drama—, lo hizo por terco, lo hizo por enamoramiento, siquier fuese *subconsciente*, como dicen hoy? *Chi lo sa?* Nadie lo sabrá nunca. Quizá por las tres cosas juntas. No es tan simple el alma del hombre.

La verdad es que el primo Demetrio eligió la peor de las tres hipótesis y la convirtió en peor todavía, con su mente fangosa; y yo, por rabia al primo Demetrio, elegí la mejor. En lo cual he sido justo: el gran poeta de las *Canciones*

Místicas la merece plenamente. Todos los Bachilleres Carrasco del mundo no impedirán que haya eternamente Quijotes: uno que otro, incluso entre los sacerdotes.

Lo que es bravo es ser Quijote
Siendo a la vez sacerdote.
Los sacerdotes más anchos
Se reclutan entre Sanchos.

Pero hay algunos que han visto
Un Quijote en Jesucristo.
Bien: ésos no son ejemplos.
¡Aquéllos son otros tiempos!

como dice el hijo de Martín Fierro.

¡Pobre Mosén Cinto! ¡Pensar que con un poco de mano izquierda, diplomacia y "humor" hubiera conseguido hacer lo que se le antojara y librarse del descuartizamiento, como muchos lo consiguen! No. La cuestión de las tres mujeres no fue en el fondo más que un pretexto. Había detrás algo más hondo. Verdaguer no se podía librar del martirio, hiciera lo que hiciera.

6. EL FARISEISMO

¿Qué cosa de singular tiene esta historia de Cinto Verdaguer? ¿No es la historia típica de la mitad de los poetas de nuestro tiempo, oprimidos por la sociedad metalizada y mercantilizada? ¿Quién se acuerda hoy de Gerardo de Nerval, de Hölderlin, de Kleist, de Gerardo Manly-Hopkins? ¿No son individualidades singulares que chocan necesariamente con una sociedad muy "socializada"?

No. En este caso hay algo sumamente típico e intrigoso: este sacerdote poeta fue hecho pedazos *por la Iglesia;* es decir, por unos mandones de la Iglesia, entendámonos. *El era la Iglesia,* tanto o mas que ellos, vive Dios. *La religión* fue invocada para estas operaciones. Luego esto fue un "sacrificio". ¿A Dios?, ¿o a un ídolo?

"En el caso de Verdaguer hubo mucho de fariseismo"

—nos decía en Barcelona un docto canónigo lectoral, Mosén R. C.—. Eso es obvio; y eso es lo que no se ha dicho todavía; y por eso los "sucesos" son "obscuros".

Por seguir mandatos de hombres habéis dejado de lado lo esencial de la Ley, que es la misericordia y la justicia" —dijo Jesucristo. Es la definición del fariseísmo en uno de sus grados. Los "mandatos de hombres" se llaman hoy día, por ejemplo, *disciplina eclesiástica*; en nombre de ella perseguían a Verdaguer. Jamás la repudió el poeta: en sus cartas cita desesperadamente en su defensa los cánones y los reglamentos; pero sabía como cualquier bien nacido que la disciplina es un medio y no un fin. Es un instrumento; no para destruir la persona, sino para perfeccionarla. Pero en manos de un majadero o un malvado (las dos cosas casi siempre van juntas), es un maravilloso instrumento de destrucción. Es claro que entonces, detrás del "santo celo por la disciplina", hay otra cosa.

El fariseísmo, siendo la corrupción específica de la religión, ha existido y existirá siempre; y de vez en cuando demanda víctimas humanas, que Dios le concede, no se sabe por qué: Verdaguer fue una de ellas. En el principio de la Iglesia, el fariseísmo había plagado de tal manera la Sinagoga, que Jesucristo se dio como misión principal de su vida el combatirlo, y fue su víctima; en el fin de la Iglesia, el fariseísmo se volverá de nuevo tan espeso, que demandará para su remedio la segunda Venida de Cristo.

El fariseo es esencialmente homicida, aunque tenga las manos enteramente limpias de sangre y sea incapaz de resistir por la fuerza a una viril pateadura. "Vuestro padre es el diablo —les dijo Cristo—, el cual fue homicida desde el principio." Es homicida porque es enemigo de la vida y helador de la caridad y todo lo que sea cálido: de su corazón y de su boca salen una especie de rayos de hielo. Y éste es el grado supremo del fariseísmo, los sacrificios humanos: no a Dios, que no los quiere, sino a un Diablo disfrazado y llamado con distintos nombres: *Disciplina Eclesiástica* en este caso.

Los sacrificios humanos al Dios del Orgullo están hoy a la orden del día, opina Merejkovski en su *Atlántida-Europa*. "Vosotros sois los que levantáis monumentos a los profetas, y vuestros padres mataron a los profetas; y si ahora apareciera un profeta en medio de vosotros, sin duda le daríais muerte" —dijo Jesucristo. Una de las cosas espantosas de los fariseos es que se aprovechan de la fama de los santos, a los cuales dan muerte: después de la muerte usufructúan la santidad. Los santos sostienen la religión, donde ellos viven y comen, como microbios en caldo.

Pues el Santo la sostiene
Y el Otro ordeña entretanto...

dice el hijo de Martín Fierro.

Todas las señales del fariseísmo aparecen en el drama de Verdaguer, hasta esta última de la tanatolatria, la suprema. "Llegará un tiempo en que os matarán, creyendo hacer servicio a Dios." Esta es una de las señales que dio Cristo de la Parusía; y en efecto, eso hizo Caifás exactamente con El. Dar muerte a un hombre por religión; y la religión, dando la muerte a un hombre no por sus vicios sino por sus virtudes, es la señal siniestra. Al fin y al cabo, a Verdaguer lo persiguieron en el fondo porque tenía talento, lo cual es una virtud natural; no tuviera el genio y nada le hubiera pasado. Es claro que lo perseguían "para darle la virtud de la humildad y de la caridad", naturalmente; es decir, para salvar su alma.

¡Ay del hombre a quien le quieran salvar el alma desde fuera!

¿Qué no se hará para salvar un alma? Todo se vuelve lícito: por ejemplo, difamarlo, ponerlo en una situación de neurosis, acusarlo de loco y asilarlo. ¡Ay del hombre a quien uno de estos santos se proponga volverlo santo! Pero no se pueden salvar las almas desde fuera, no se pueden salvar las almas por fuerza, a palos no se puede hacer santo a nadie. Perverso sí se lo puede volver, no santo —si no es por milagro de Dios.

* *¡A este hombre hay que chafarlo!* —escribía al Marqués de Comillas el Obispo de Vich. ¡Qué palabra para un obispo! En vano se buscaría esa palabra en todo el Evangelio.

* *Por lo menos salvaremos la disciplina eclesiástica.* La peor indisciplina que existe es que el inferior quiera cortar a su medida al hombre superior; y esa es la tentación vehemente de todo inferior puesto en un comando. Por eso, poner a un inferior en un mando es un crimen; más aún, dice Santo Tomás, es una "aberración", una sodomía.

* *Si no lo hacemos así, este hombre puede hacer muchísimo mal.* El peor mal es matar a un hombre para que no pueda hacer mal, porque eso es imbecilidad; de ese modo, estaríamos autorizados a matar al primer venido: cortarle la cabeza para que no tenga dolor de cabeza. Todos podemos hacer mal; y nadie puede ser castigado por un pecado puramente posible y futurible. S. E. Morgades no haga mal; y deje en paz al otro, que si hiciere mal por su cuenta, ya dará cuenta a Dios.

—Obedezca, hijo, aun en lo que le es imposible y contra conciencia, y se salvará... *Vir obédiens loquetur victorias.* Claro que ellos no lo dicen así, sería inocencia y no fariseísmo.

—Obedezca —dice Morgades.

—Ese mandato me es imposible —contesta Verdaguer.

—Eso le parece a usted, hijo mío, créame. La prueba es que *a mí* no me *sería* imposible. Usted es muy *emocionable* y *sugestible*... Abandónese en mi fuerte y sana voluntad y verá cómo triunfa. ¡Qué cosa más dulce y tranquila es abandonar su conciencia en manos de su prelado! ¡La santa obediencia! La religión nos manda sacrificar nuestra personalidad. ¿No ha leído que San Juan de la Cruz dice que hay que sacrificarlo todo? Usted tiene un "yo" demasiado fuerte, y ese "yo" lo perderá. No es loco; es mucho peor que eso: es un *místico*. ¡Un místico!



Todas estas palabras se encuentran textualmente en los debates Morgades-Verdaguer. Son fariseísmo puro, cuando

no son imbecilidad, ignorancia y tupidez de cabeza. Son todo eso junto.

Al fin terminan por llamarlo *tergiversador* y *mistificador,* además de *rebelde* y *desobediente.*

Entonces ya no hay calumnia que no sea posible y lícita.

* *Dice que no puede volver a La Gleva. ¡Qué mentira! Yo podría volver como nada* —exclaman abriendo mucho los ojos Morgades y Joan Güell. Es el "yo" de ellos que está fuera de su lugar: está hipertrofiado por el orgullo; está puesto en un lugar alto que, de por Dios, no les corresponde.

Entonces viene la palabra de Caifás.

* *Conviene que un hombre muera por la salud de muchos — por la disciplina eclesiástica.* Si este cabezudo y "tergiversador" sale con la suya, ¿qué no harán los otros sacerdotes, que tenemos algunos tan bravos en la diócesis? Si muere, no es asunto mío: él tuvo la culpa... *Todo lo que sufrió mi primo Cinto fue por su culpa* —escribe el villano de Joan Güell, su verdugo y difamador. ¿Qué culpa? ¿A quién hizo daño Verdaguer? No hizo más que defender su conciencia, su buen nombre, su obra, su fe —que todo eso hace uno— y gemir como un cordero, y aguantar y humillarse hasta el máximo posible.

Aun cuando brama como un león —en sus cartas *En defensa propia*—, detrás se ve el cordero, "la ira del cordero", como dicen.

Todas las señales del fariseísmo se hallan en el caso de Verdaguer: la hipertrofia de la "disciplina", los medios convertidos en fines, la tortuosidad y disimulo en el obrar, pasiones como la codicia y la vanidad vestidas de religión, la rigidez implacable, el chantaje por medio de las cosas sacras, la ignorancia completa de la persona humana, el atropello a la naturaleza y a la ley natural, la falta de misericordia y de justicia substituidas por "mandatos de hombres" muertos y metálicos.

Y las pruebas supremas: el desprecio a la vida, el odio a la inteligencia, y los sacrificios humanos.

7. DIGRESION SOBRE LA OBEDIENCIA

La "santa obediencia" es una gran virtud. Pertenece al género de las virtudes morales, que se discute si en el cristiano son infusas o no son infusas; y a la especie de la virtud de la "Religión"; al cuarto mandamiento, Primera Tabla; deberes para con Dios, y no para con el prójimo: los padres representan a Dios.

Ninguna fuerza de este mundo será capaz de quitar a Jacinto Verdaguer el sambenito de "desobediente", que le cuelga incluso la Enciclopedia Espasa. Pero hay desobedientes y desobedientes.

No hay que confundir la obediencia con la paciencia. Tener que hacer cosas absurdas por fuerza, no es obediencia sino paciencia. Y si se acaba la paciencia (porque la paciencia se acaba, algunas veces depende incluso de las fuerzas físicas), surge una singular especie de "desobediente".

De la santa obediencia (del poder de hacerse obedecer) se puede abusar, como de cualquier otra cosa. Si no existieran hoy día abusos, no solamente históricos (como nos consta), sino también *teóricos* de la santa obediencia, no nos meteríamos en este espinoso tema.

"¡Calla, calla, tapa, tapa!" Hay tiempos de callar y tiempos de hablar. O somos o no somos teólogos... periodistas.

Es conocida y famosa en la literatura ascética la *Carta de la Obediencia*, de San Ignacio de Loyola. Es una especie de tratadito apologético de esta virtud a los Estudiantes Jesuitas de Coimbra, impregnada de una vehemente exhortación. Escrita por Luis de Polanco, género retórico, sin errores teológicos, por supuesto, pero sin la teología completa de esta virtud; la cual no era su fin, desde luego. No es un escrito "científico", sino oratorio, exhortatorio.

Con ejemplos, ponderaciones y discursos trata de la excelencia de esta virtud, a la cual llama "ciega"; y da medios para practicarla. No está aquí la decantada frase *perinde ac cadaver*, aunque sí la comparación con el *bastón de hombre viejo*, de tanta menta. Dice que la obediencia es una virtud que trae consigo a las otras, las imprime y las conserva; que el que la posee a la perfección está en estado de perfección evangélica; que se apoya en la virtud teologal de la fe y se le parece. Todo esto es verdad incontestable.

Mas la "carta" no define el fin especifico de la virtud de la obediencia, su esencia filosófica, ni su dependencia de las otras virtudes. Apunta sí de paso, sin explicarlos nada, sus topes extremos, que son el absurdo y el pecado; vale decir: no se puede obedecer en lo que es ilícito; y no puede haber "obediencia de entendimiento" delante de algo manifiestamente falso.

Notemos de paso que la expresión "obediencia de entendimiento" es metafórica y no exacta. La obediencia es una virtud de la voluntad y su sujeto no puede ser el entendimiento. "Obediencia de entendimiento" sólo puede significar obediencia en la que (por justas razones o sin ellas) se suspende el ejercicio del entendimiento. En suma, la voluntad puede hacernos cerrar los ojos; pero no puede hacer que veamos árboles azules o ranas con pelos, a ojos vistas.

No es necesaria ni es posible esta carta (mediocre y tosca en su teología, pero correcta en puridad) para explicar los abusos actuales de la santa obediencia, a que nos referimos arriba: basta para ello la pícara condición humana, y el apetito de mandar, tan fuerte en el hombre como los otros apetitos; y aún más fuerte a veces en los que han renunciado (mal) a otros apetitos —en virtud de la "ley de compensación". Hay casos en que la perra de la lujuria, echada por la puerta, vuelve sigilosamente por la ventana...

El abuso no procede de aquí, como estiman Chesterfield, Huxley y otros muchos; pero es posible que el abuso una vez existente haya encontrado punto de apoyo en la unilateralidad del documento, en su incompletud teológica,

su exageración encomiástica y sus ejemplos simplistas, que si no son tomados *cum mica salis*, pueden hacer concluir erróneamente. Es sabido que toda práctica (viciosa o no) tiende siempre a hacerse su teoría o a tomarla prestada en cualquier parte.

La práctica viciosa con respecto a la obediencia religiosa se podría resumir en estas proposiciones teóricas - falsas:

La obediencia es la principal de las virtudes.

La obediencia suple a las otras virtudes.

La obediencia suple, por ende, a la conciencia: se puede abandonar la propia conciencia (y es fácil, cómodo y seguro) en manos ajenas.

Esto es falso y llevaría a una monstruosidad: a la destrucción de la espontaneidad vital del hombre y, por tanto de toda moral; y a la substitución, por lo jurídico y lo mecánico, de la vida interior, propia de cristianismo. Cristo liberó la conciencia humana del yugo insoportable de la religión exterior y formalista del fariseo; nos liberó de "la Ley", como repite hasta el cansancio San Pablo.

Santo Tomás advierte (y es obvio) que el hombre está obligado a consultar su conducta con su propia razón; pues no será por la conciencia de otro que será juzgado por Dios, sino por la propia. Abandonar y suprimir el ejercicio de la propia razón en cuanto a lo más importante de la vida, la propia conducta moral, sería una mutilación y un crimen —lo mismo que sacarse los ojos—, si es que fuera posible físicamente extirpar la propia conciencia del todo.

No dice esto la "carta" ciertamente; pero no se puede negar que sus expresiones místicas y ponderativas tiran hacia allá y dan asa a la interpretación que Pascal, Chesterfield y Huxley le dan, de donde salió la vulgar calumnia contra los jesuitas, de "suprimir la personalidad humana". Demasiadamente preocupado por reducir al subdito que obedece poco, Polanco olvida al superior que manda demasiado.

Pero mandar demasiado existió mucho antes que esta

carta: siempre. Es una acariciada tendencia de la condición humana, la voluntad de poderío. Hay tres tipos de esos hombres que los españoles llaman *mandamás*: el inepto, el prepotente y el perverso.

Hay hombres que abusan de la autoridad, por lo mismo que tienen poca, como esos hombres sexualmente débiles que son extremadamente salaces. Teniendo pocos dones de mando, pocas luces o poco prestigio o poca energía y constancia, en suma, poca aptitud nativa, y estando (indebidamente, por cierto) en puesto de autoridad, para mantenerla no tienen más remedio que exagerarla, haciendo *alcaldadas,* como dicen; y levantando mucho la voz en el *Ordeno y mando.* ¡El sargentón! El temor de no ser obedecidos o la semiconciencia de no merecer el mando, los *hace mandones*. Son más ridículos que temibles: el "comisario de campaña" puebla los sainetes argentinos.

El segundo tipo es más de temer, el prepotente. Ha sido ganado por el deleite de imponer su voluntad, que es un deleite como cualquier otro, y aún mayor que otros. Hay religiosos que por el hecho de haberse encerrado y haber renunciado a la mujer, se estiman ya libres del todo del mundo y sus pasiones: algunos de ellos caen en las pasiones espirituales, que son más peligrosas que las carnales —sobre todo cuando no han purgado a fondo (por la noche obscura) la raíz de las carnales. A algunos, las renuncias que han hecho les han dejado en el fondo una cicatriz, y a veces una verdadera úlcera de *ressentiment*: que busca sigilosamente "compensaciones"; y las halla. El poder corrompe siempre a aquel que lo desea: este hombre convierte a su prójimo en instrumento y, por tanto, deja de ser su hermano. La angurria del mando, la sensualidad del poder, es una pasión tan peligrosa y más grave que la otra sensualidad; pero vaya usted a contar esto a uno de estos mandamases cuando ya se ha encaprichado y ha comenzado a endiosarse. El gusto de meterse en la vida y la persona del prójimo, de ser juez de sus actos y aun pensamientos, de cortarlo a la propia medida, de recoger la gloria del trabajo y del valer

ajeno, de sentársele encima a uno que vale más que nosotros, se vuelve una pasión devoradora, que fácilmente se ciega y se ignora a sí misma, disfrazándose. Este *mandamás* todo lo hace por Dios, por la Iglesia y por la Orden —como el obispo Morgades.

Los Calzados (de aquel tiempo) —escribe San Juan de la Cruz— *están tocados del vicio de la ambición, mas todo lo que hacen lo coloran de religión y celo del servicio divino: de manera que son incorregibles.*"

De esta pasión nacen los manejos por mantenerse en el poder, el ocultar los fracasos, la simulación, el compadrazgo y el rasque con los otros sarnosos, las camarillas, la animosidad a los que pueden oponerse o simplemente ven claro; los informes falsos, la intriga, la mentira y la venganza; destruyese como consecuencia inevitable la fraternidad y después toda caridad, incluso la simple convivencia.

La pasión del mando conduce a la perversidad: el tercer tipo de hombre que abusa de la autoridad es el perverso, el que destruye para tener la sensación de que él es dueño, de que él es *más*; es decir, en el fondo, de que es *Dios*: porque es el vicio capital de la soberbia lo que está aquí en el fondo. El gran caractólogo Klagues, en su penetrante estudio acerca de la perversidad, caracteriza al perverso como una "voluntad pura", un querer por querer, una monstruosa adjudicación del prójimo al propio capricho, solamente por ser capricho *mío*:

La maté porque era mía...
Y si ella resucitara
Otra vez la mataría...

Eso se ha visto; y no sólo por desgracia en el pobre gitano de la copla: esa ebriedad de la voluntad propia que únicamente se nutre ya de sí misma, que llega hasta la voluptuosidad de destruir, lo cual es perversidad; por la sencilla razón de que el destruir algo es el supremo acto de dominio. Los asesinatos repetidos y sin motivo alguno de los perversos clásicos, de un Jack-the-Ripper y un Bela Kiss

—para no hablar de un Tiberio—, tienen en el fondo esta pasión llevada a la locura; pero existe mucho más frecuente el tipo "negativo", el funcionario destructor, que odia a todo lo que sobresale y siente un sordo rencor a la vida —"dolor del bien ajeno", como definen a la envidia. Es sabido que la ley del tirano es abatir toda cabeza que sobresalga. *Hæc lex tiranni est: omne excelsum in regno cadat.*

"La envidia es la roña de los claustros" —dijo Unamuno—; mas cuando la envidia existe en los claustros, sobre todo esa envidia general del *"lebenracher"* —que dice el alemán—, es mucho peor que una roña. Afortunadamente no existe, sino por excepción, según creemos.

Bastan estas ligeras indicaciones acerca de los tres tipos de "mandamás", el sargentón, el prepotente y el tirano, para comprender lo que vuelve a la "santa obediencia" una cosa non sancta, y la destrona de su categoría de virtud y de perfección humana, convirtiéndola en un "instrumento", que puede llegar a ser instrumento de muerte.

La pobre *Carta de la Obediencia*, como dijimos, no puede haber sido *causa* de esta desviación tan grande: carece de toda proporción con ella; sería un absurdo manifiesto creerlo. Mas bien, es plausible que haya sido ella misma un *efecto* del entronizamento en Occidente del "hombre prometeico" sobre el "hombre yoanneo" —que diría Schubart—, que suelen marcarlo como visible en este mismo tiempo, en el Renacimiento; es decir, el entronizamiento de la acción sobre la contemplación, del derecho sobre la caridad, de lo exterior sobre lo interior en la cristiandad; la devoración de lo psicológico y lo personal, por lo jurídico, lo legal y lo automático —la "juridicidad" eclesiástica, los códigos, reglamentaciones y edictos excesivos substituyendo a las relaciones flexibles y humanas de la amistad; la burocracia impersonal e impasible en el gobierno de la Iglesia. "No os llamaré siervos, sino amigos" —dijo Cristo.

Sea ello como fuere, la cuestión es que la obediencia es una virtud moral, que sólo puede permanecer virtud en el ámbito de la caridad y en acuerdo con la prudencia. La vir-

tud cardinal de la prudencia regula todas las obras; la virtud teologal de la caridad las inicia y las corona. Sin eso no hay virtud verdadera, sino simulacros de virtudes; las *virtudes no-donantes* que odió Nietzsche.

No sería virtud alguna obedecer a un loco, evidentemente: como no lo es dejarse guiar por un ciego. Ponemos el caso extremo para que se vea lo que queremos decir. Si el loco tiene el poder y puede castigarme, me someteré para evitar mayores males, si acaso, pero eso no es virtud de obediencia. Es el caso que dice el hijo de Martín Fierro:

> Dice creo *San Francisco,*
> *O quizá fue Sancho Panza.*
> *Esta notable alabanza:*
> *Que un superior bueno es ángel,*
> *Pero un malo es semejante*
> *A un loco con una lanza.*

Prudencia es la recta regulación de lo por hacer: es la percepción de medios y fines. Si un medio no es apto para un fin, ni la autoridad del superior ni la "obediencia" (o sumisión) del subdito cambiarán la naturaleza de las cosas, a la cual respeta siempre la prudencia. La obediencia versa siempre acerca de medios, no de fines. Entonces es el caso de manifestar su error al superior (cuando hay verdadera convivencia) o bien substituir el medio indicado por el medio apto, lo cual se llama *interpretar la voluntad del superior* —como en el caso de Verdaguer—, lo cual supone a su vez que el superior fue sincero.

—Vaya a descansar a La Gleva.

—Dudo mucho de que sea descanso para mí.

—Vaya y verá cómo descansa. Vir obediens loquetur victorias!

Fue, y no resultó descanso para él, sino, al contrario. Volvió, pues, a Barcelona: "si el Obispo quiere que descanse, quiere que vuelva a Barcelona"... Sabemos cierto por sus cartas que de hecho el Obispo no quería que descansara... sino quitarlo del medio... *chafarlo,* como escribió imprudentemente al Marqués.

Y éste es el otro caso en que no funciona más la obediencia, ni puede ser virtud, cuando no existe el ámbito y la atmósfera de la caridad, por lo menos en su grado mínimo. Rota la convivencia, luego no se puede hablar de obediencia.

Obedecer a un enemigo sería locura; porque un enemigo tira a destruirme. Sería suicidio. De modo que cuando surgen en un claustro oposiciones, animosidades personales y rencores —que pueden llegar al odio profundo—, hablar de obediencia o desobediencia es el cuento del tío. Lo peor para las victimas de estas situaciones es que no surgen ellas de golpe, *ni son claras* al instante, sino que "devienen". Después de pasadas se ve claro; pero mientras *devienen*, la perplejidad de conciencia es una gran tortura, sobre todo para una conciencia delicada —porque la Iglesia tiene el poder de obligar "en conciencia", poder tanto más fuerte cuanto más fe y amor tiene el obligado. La tortura de la perplejidad de conciencia —*the divided soul* de los psicólogos—, es una de las peores que existen, dice Juan de la Cruz. Ella explica la neurosis de Verdaguer en La Gleva, su inmovilidad de un año, y su falta de decisión en no resistir al precepto absurdo e inamistoso desde el primer momento. Así lo explicó él más tarde clara y repetidamente.

En resumen, esto es teología elemental, y aun puro buen sentido: la virtud de la obediencia no puede existir sino dentro de la caridad y junto a la prudencia. La caridad es el núcleo central del cristianismo —amar a Dios y amar al prójimo— y debe iniciar, acompañar y coronar todas las virtudes. Lo malo en el fariseísmo —que es substracción de la caridad— es que conserva las formas y las palabras de ella. "*Extreme todos los recursos y finuras de la caridad, y después impóngale el precepto*" —oímos decir una vez. El precepto era imposible e inhumano; pero se extremaron todos los *recursos y finuras* de la caridad: después se aplastó al tipo por "desobediente". Esto es una cosa muy seria dentro de la Iglesia: es peor que un crimen. Es el pecado contra el Espíritu Santo.

Con esto llegamos al fin ético específico de la virtud de la obediencia, fin indicado muy de paso por San Ignacio en el fin de su carta. El fin de la obediencia es ordenar lo inferior a lo superior, de modo que así lo inferior participe de la excelencia y bienes de lo superior en cuanto cabe; y así ascienda en perfección humana —y la virtud de lo más alto pueda bajar como por un canal a los últimos meandros de lo de abajo, en función unitiva, que es lo propio de la caridad. El discípulo obedeciendo al maestro empieza a participar de la ciencia del maestro, sabiendo lo mismo que el por *autoridad* antes que por propia *visión* —y en orden a la propia visión: sabiduría incoada. El soldado obedeciendo al general participa del plan de campaña, que él no sabría hacer; y así el obrero al arquitecto, el peón al ingeniero, etc. Este es el fin y el *bien* de la virtud de obediencia. Este es el "valor" que está encerrado en ella, como dicen los filósofos de hoy.[1]

Claro es que esto supone sociedad en orden: para que la sabiduría descienda a lo bajo por el canal de la santa obediencia, es menester que arriba *haya* sabiduría; si no, puede descender otra cosa... cualquier cosa. En el caso no imposible (y en nuestros días, según tememos, frecuente) en que

[1] Veamos esta doctrina de Santo Tomás, expresada por un filósofo moderno, Max Scheler:

"El conocimiento moral admite grados de autonomía. Para que una persona sea reconocida como autónoma, es decir, perteneciente al orden moral, es necesario que posea un cierto grado de visión moral por sí misma: una obediencia del todo ciega a una orden, o a la tradición, es una ausencia de personalidad moral.

"Pero esta percepción moral autónoma no es forzoso que sea dirigida hacia los valores morales mismos: basta que sea la percepción moral de la calidad superior de aquel que ordena, por ejemplo, de la Iglesia, y de su clero; o de un jefe; como de quien tiene una visión más adecuada de los valores.

"En suma, la autonomía de la voluntad, y una cierta autonomía de la percepción moral, son una premisa necesaria de la moralidad de una persona. Pero esto no excluye, por supuesto, la obediencia a personas que tienen una visión más clara de los valores morales..."

(MAX SCHELER: *Des Formalismus in der Ethik*, págs. 502, 521.)

se dé la "selección al revés", por la cual no sobreflotan los que "exceden en intelecto", como dice Santo Tomás, sino los que exceden en otras cualidades; como el saber administrar dinero, el saber maquiavelizar trapisondas, el saber rezar en voz alta y hablar untuoso (lo que llaman "piedad"), y aun el saber mentir y embaucar a todo el mundo (caso de la demagogia); en suma, si arriba no hay sino necedad, ignorancia o maldad, cesa el objeto formal de la obediencia, desaparece ella y aparece a lo más la "disciplina", que no es lo mismo: se somete uno entonces por otra razón formal. La disciplina no pertenece a la virtud de la religión, sino al grupo de la paciencia o la templanza. No es el caso entonces de asimilarla a la *fe*, y de exhortar al hombre disciplinado a "cerrar los ojos". Al contrario, conviene que los tenga bien abiertos. Cuando existe la obediencia verdadera en su propio clima y condiciones, entonces "cerrar los ojos" (es decir, cumplir sin pedir razones ni pensar en ellas), es lo más *razonable* que hay: como que es sujetar una razón débil a otra más fuerte, perfeccionándola con eso. Se hace sin ver en orden a ver lo que antes de hacer no se podría ver.

La obediencia, en suma, es un medio de ensamblar las piezas complementarias en la inmensa diferenciación humana, y obtener el bien de la *cooperación*; en orden al bien aún mayor de la coalescencia o *comunión*; es un requisito para que lo bajo pueda gozar de las excelencias de lo alto, y "todo sea de todos", según el sacro ideal de la caridad.

(Teología elemental o simple buen sentido, hemos llamado a esto: no por elemental, menos necesaria en nuestros hechiceros días.)

El ideal de la caridad es la comunión o unión de las almas: jamás ha sido ni puede ser una trapisonda para que lo bajo domine a lo alto, el que no sabe guíe al que sabe, se cierren los ojos a la realidad, se destruya la espontaneidad vital, se mutile la persona humana, se resigne la luz de la conciencia, o se convierta al hombre en pieza inanimada de una monstruosa máquina. Eso no es perfección ni cuernos. Ante esa pretensión, así sea subconsciente, o simplemente

incoada, la rebelión es permitida y a veces obligatoria. Cristo dio el ejemplo, San Ignacio dio el ejemplo, y... creo que también el llamado *Santo de la Espada* dio el ejemplo una vez, según dicen.

Apresurémonos a decir que estos estados aberrantes son excepcionales en la Iglesia: al menos así lo esperamos. Escribir sobre las excepciones es odioso. ¡Dichosos los que en este mundo tienen la misión de escribir acerca de las reglas y no de las excepciones! Los que escriben acerca de las excepciones son seres pálidos y flacos, de poco comer y mal dormir, que a veces ni siquiera son ellos excepcionales.

Pero puestos a escribir sobre Verdaguer "el desobediente", no había más remedio que apechugar. Verdaguer fue un caso excepcional. De lo poco que sabemos de la historia de España, conocemos solamente seis casos consímiles: Carranza, Mariana, Gracián, Lacunza, Verdaguer y Luis Coloma.

Son los casos resonantes. Pero, ¿y los humildes y escondidos? ¿Los casos en que no hubo *choque*, y la víctima fue liquidada sin ruido? ¿Los "soldados desconocidos" de la conciencia, los mártires informes de la personalidad humana? En Chile existe el caso de los mártires de Caucete, que fueron mandados al encuentro de una tribu de indios furiosa, porque habían quitado al cacique sus mujeres —por religión, se entiende. Expusieron al superior —el célebre "cristiano nuevo" José de Acosta—, la situación fatal para ellos manifiesta; y éste reiteró temerariamente la orden. Obedecieron y se hicieron matar a palos inútilmente. ¿No hubiese sido mejor que lo mataran ellos a palos al prepotente judío?

Nos remitimos al juicio de la Santa Madre Iglesia.

8. EL CHOQUE

El choque entre la inteligencia y lo social hipertrofiado (es decir, la "rebelión" y la "*desobediencia*" de Verdaguer) se produjo en 1897, con la publicación en el "Diario Universal", de Barcelona, de las 28 cartas en catalán que llevan por título *Un sacerdote perseguido*: *Jacinto Verdaguer en defensa propia*; pequeño folleto que conmovió a España, y en que Verdaguer realmente se muestra hombre y cristiano; y no poeta sólo. Es hasta teólogo; pero... un teólogo acongojado, y sin el sentido del "humor".

No es lo mejor que ha escrito Verdaguer este folleto, desde luego; pero es lo más importante, por lo menos para el psicólogo y el filósofo. La pasión y el tema demasiado personal daña aquí a la literatura; pero no todo ha de ser "estética" en la vida de un poeta.

No son despreciables, sin embargo, esas cartas, aun como literatura: Verdaguer sabia tener una pluma. La limpia y lúcida manera de discurrir, la exactitud y oportunidad de las aserciones de hechos, el vibrante patetismo, la inflamada elocuencia, la indignación, la ironía, el sarcasmo, la ternura, la "humildad de la verdad", el "bon seny" catalán floreciendo en refranes, dichos y frases pintorescas, un olor de fino letrado fundido al rudo olor payés del terreño, hacen su lectura fácil y aun deleitosa. Esa lectura levantó en oleadas al pueblo catalán, y después a toda España.

Fue una pedrada al avispero; y las avispas no perdonaron a Verdaguer. Si fue pecado, fue el pecado más grande de Verdaguer: llevar a la opinión pública su asunto, que sus contrarios querían bien escondidito en los rincones de las curias. No se puede negar que era peligroso; pero para hacer cosas peligrosas han nacido los hombres, como nuestro poeta.

Si hemos de juzgar por sus efectos ese acto tan reprobado, tuvo dos efectos: uno, arruinó definitivamente la salud

de Verdaguer por las reacciones punitivas del adversario, y sobre todo por sus repercusiones emotivas en la sensibilidad ya irritada del poeta; otro, consiguió inmediatamente su rehabilitación eclesiástica; aunque, como hemos dicho, ésta no apagó la lucha.

Arrojando al viento esas hojas, francas hasta el descaro, Verdaguer hizo de su caso particular un problema general, en que se debatieron apasionadamente las más delicadas y difíciles cuestiones, a la manera confusa y tumultuosa de nuestra época. Menéndez y Pelayo, Echegaray, Mariano de Cavia, Maragall, Eduardo Marquina, Rusiñol, Ramón Turró, "Clarín", Joaquín Dicenta, la condesa del Castellá, Federico Oliver, el Padre agustino y gran crítico Blanco García, Maura, el Conde de Romanones, el santo arzobispo Claret, etc. —junto con la innumerable y salvaje tribu de los periodistas—, tomaron cartas en la partida. Y después y, en consecuencia, la Reina y Alfonso XII. Para algo sirve la Monarquía cristiana, todavía: con lo tenuemente cristiana que era entonces. El Rey le dijo al Nuncio que hiciera que esos curas se dejasen de fastidiar. El Nuncio expidió órdenes y Verdaguer fue autorizado de mal modo a decir Misa, y beneficiado con una pequeña prebenda... La tisis no se la pudieron sacar.

Ni el Nuncio puede sacar eso.

Dios habrá juzgado (y perdonado) al poeta por este acto riesgoso, que su mismo tío (el Mosén Manuel, personaje y *autor* de mi drama, que no es sino el drama de Verdaguer *visto por Mosén Manuel*), el mismo Párroco de Folguerolas, al principio al menos, no osó aprobar.

¿Hubiese sido mejor que se callara la boca? Para su salud corporal... quizá. Nosotros opinamos que no. Si hubiese seguido gimiendo en verso como un cordero (*Flors del Calvari*) iba muerto, ¡en frente de gentes a quienes excita el gemido del cordero, los fariseos, que blasfemaban al pie de la cruz a las palabras del Cordero de Dios, que por lo mismo se guardó de gemir! *"The cry of the lamb excites the tiger"* —dice Kipling.

La impersonalidad propia de la poesía épica y el ropaje convencional dogmático de su poesía mística (un poco blandengue en Verdaguer, para decir verdad), no habían revelado al *hombre*. ¡El hombre, el hombre, oculto bajo los talares! Este opúsculo lo reveló.

Su vida juvenil, que subió al Olimpo español indiscutida, ideal, impalpable, fue herida de golpe; y se volvió en su sazón ensombrecida y tormentosa. La tristeza descendió al alma del poeta, el dolor a su cuerpo, la necesidad a su vivir...; todas las pasiones, dormidas y no extirpadas, se agitaron: su razón fue puesta en tela de juicio, sus motivos fueron sospechados, sus flaquezas descubiertas y explotadas; y de este polvoriento torbellino irguióse un instante el hombre, el varón, el hijo de Ausonia, el campesino (vehemente, afectuoso, irascible, terco) de la gleba catalana, el *Payés*: el "payés" de manos callosas y duras, de voz ronca, de gesto y decisión rápidos: el montañés catalán que peleó bajo Roger de Flor y el Conde Tallaferro. "¡Somos catalanes, no somos moros ni negros!" —exclama el poeta en uno de sus arranques de montañés catalán que se rebela.

Pero Verdaguer era sacerdote, y se rebeló abrazado a la cruz. Y si murió en ella, ¿quién se atreverá, entre cristianos, a echarle en cara esa rebelión? No muy diferente de eso hizo Cristo nuestro Señor. No hay que olvidar que el "dulce Nazareno" de Constancio Vigil... se enojó fiero varias veces.

9. LA "MINA DE ORO"

No se puede omitir un elemento sórdido (entre otros) que jugó un papel principal en la tragedia de Verdaguer: ¡el primito Joan Güell! —es decir, la codicia de dinero o, al menos, el apego payés al dinero de su rústica familia. La

codicia de dinero y de vanidad estúpida eructa cada momento en las páginas del librito pintoresco del "nuevo limosnero del Marqués de Comillas". Yo he representado esa codicia en el personaje *Demetrio*, imaginario como persona, no como símbolo.

Estos patanes se deslumbraron con la fama de su pariente (periódicos, juegos florales, homenajes); e, ignorantes de la fútil "vida literaria", y de la condición del gran poeta en nuestros tiempos, creyeron que tenían en su hermano, cuñado, tío o primo, una "mina de oro".

No se les puede culpar demasiado: el rústico es así. Y hay en el fondo de esa idea disparatada un instinto verdadero: el pueblo cree que el hombre de visión intelectual, el "doctor", el maestro que enseña a los mismos maestros, debe tener los honores y la situación financiera que corresponde a su categoría humana; si no para vivir con lujo, para vivir con las condiciones necesarias a su insalubre trabajo, que no son las condiciones de trabajo del destripaterrones; *dejando aparte la otra cuestión conexa de la "autoridad"*, también debida al doctor. Alfonso el Sabio mandó en sus *Partidas*, que a los doctores de su primera Universidad española (los *Estudios Generales*, calcados sobre la Universidad de París) se les pagara bien; *y "más, cuanto más supieran"*.

Pero ahora ya no es así.

Un sociólogo contemporáneo (Vacher de Lapouge —citado por José María de Mahieu), trasladando a lo sociológico la *pirámide del poder*, de Giovanni Mosca y Ernesto Palacio, dice que hay cuatro estratificaciones sociales que configuran una especie de pera, y que si están en buen orden y figura, estructuran una sociedad asentada y próspera; mas lo contrario en caso contrario. Estas estratificaciones son:

1ª Los creadores.
2ª Los asimiladores.
3ª Los ejecutores.
4ª Los brutos.

La primera capa está constituida por los varones de invención, originalidad y conquista; casi siempre personalidades aisladas y *difíciles* —al juicio de los "brutos". Cuando esta capa no existe, la sociedad se atrasa; pero mucho peor es cuando la pera está invertida, y su cúspide está oprimida por la masa amorfa —cuyo ínfimo límite son los tarados y los amorales—; y entonces sobrevienen la confusión, la anarquía o la tiranía.

El caso de Verdaguer ilustra esta teoría —esquemática por lo demás, como toda teoría.

El Marqués de Comillas, noble de nacimiento (aunque dicen fue un contrabandista afortunado el fundador del linaje), parece que sintió vagamente esta verdad; pero si la sintió, no la "hizo": se comportó dudosamente, a nuestro ver, en el asunto de las deudas de Verdaguer. Puede que haya sido un santo, como pretenden ahora (y hay una biografía escrita en vista de su canonización), pero a nosotros, francamente, no nos gusta este marqués del todo. Si fue realmente un santo, no es santo de nuestra devoción.

Así que la familia, deslumbrada por el dinero, no soltó mordida; y hasta junto al lecho de muerte se libraron batallas venenosas entre mujeres, clérigos y seudoamigos, por el mísero "testamento". ¡Qué podían importarle a Verdaguer sus insignificantes "derechos de autor"! Joan Güell anota con villanesca saña en su libro, que después de la muerte del poeta se vio (y nombra a quien lo vio) a la Amparo y a su marido viajar a Madrid, *"no se sabe para qué"*, y asistir a una función ¡del Teatro Real! "¡Ocho pesetas la platea!" ¡Y su hermana Francisca con cuatro hijos y un marido *impedíu!*

Hay una carta peor todavía, de la hermana dominica Sor Ana Llussá y Verdaguer, en que después de muerto, reprocha vilmente a su tío que no le hubiese pagado su dote de religiosa, cosa que ni ella ni nadie sabe si en aquel tiempo lo pudo hacer realmente; y probablemente no lo pudo hacer —ya que sobran documentos patentes de que el bondadoso poeta ayudó a su familia hasta pródigamente en ocasiones.

Pero estos patanes estaban obsesionados por la "mina

de oro" —palabras de Güell. "¡Si se administraran bien los libros de Cinto! ¡Dios de Dios! Pero, ¡él es tan mal administrador! ¡Pues, que se retire, que nos deje a nosotros!..."

¿Por qué? ¿Qué obligación tenía él de cederles sus libros, todo su mísero caudal en este mundo? Si los administraba mal, allá él: eran suyos.

—¡Pero es que este... hombre, administra mal sus bienes y después se ve obligado a vivir de limosnas de sus amigos... las cuales también administra mal!...

—¿Y a usted qué le importa? ¿Son suyas las limosnas?

Todas estas respuestas se me ocurrían espontáneamente al leer el libro de Juancito Güell, la primera biografía que leí de Verdaguer: por casualidad y por puro aburrimiento; después las encontré, a veces casi literalmente, en las cartas del desdichado o en las de sus conocidos. Respuestas obvias.

Por ejemplo, la cuestión de su despilfarro de mal administrador: un poeta no puede ser un cajero de banco; con todo, la acusación es exagerada y falsa. La verdad es que el poeta, el cual "*tenía la teoría errónea de que para salvar almas se pueden contraer deudas*" (dice Joan Güell), cuando tenía dinero en las manos, se le iba (hacia los pobres) como si estuvieran horadadas; o para usar otra metáfora peor, se las sacudía como si tuviera m. No siempre su dinero iba a pobres verdaderos, probablemente —eso es inevitable—; pero el Marqués de Comillas lo absolvió plenamente en una carta de la tacha de *prodigalidad*, desbarate y alocamiento, que le arrojaban de su familia. "Si Ud. ha repartido 300.000 duros en 5 años, están muy bien repartidos; y aunque hubiesen sido 5 veces más" —escribe en una generosa carta. La verdad es que Verdaguer vivió siempre *pobre y generoso*, que es una mezcla explosiva de las más bravas; y en sus últimos años padeció graves apreturas.

Los donativos que llovieron en sus últimos años no tuvieron la importancia que le daban los ojitos con lupa del primo Güell y del obispo Morgades. Las necesidades del poeta eran grandes, y no eran las mismas que las de estos dos. Un "fonógrafo" puede ser una necesidad para un poeta,

y ser un lujo ocioso para un palurdo... y algún obispo. Y en cualquier caso, si esos donativos fueron *mal administrados*, ¿quién es capaz de hacer un crimen de eso a un hombre tendido en cama con tisis galopante?

La codicia del puesto de Limosnero "cá San Miguel" por el primito Güell, fue la ocasión y punto de partida de toda la contienda. Este hombre le hizo un daño enorme; y quiso continuar haciéndoselo después de muerto, con su biografía pérfida y repelente. ¿Cómo no se iba a indignar Verdaguer ante los manejos subterráneos de este raposo por quitarle su modesto "puesto", que era su *único* medio de vida? Se indignó; y esa justa indignación, naturalmente fue un nuevo crimen. Verdaguer no podía en ese tiempo ya ir a ganarse el puchero haciendo todo el santo día ceremonias automáticas en una parroquia —que a otra mano no le iban a dar tampoco. No podía y no debía. No era para eso.

Estamos en una época en que si te hacen una iniquidad, es mejor que te calles la boca, y ni resuelles siquiera; porque si resuellas solamente, eres un inicuo. La *Defensa propia* de Verdaguer, su resuello por la herida, fue su crimen peor... Por causa de ella le negaron la Comunión en las parroquias de Barcelona, como a un "excomulgado vitando", como dicen. *Ex sinagogis facient vos* —predijo Cristo...

Con el fin manifiesto y confesado de quedarse con su "puestito", el primito Joan Güell fue quien lo acusó, para hacerle exonerar, de "mal administrador, desordenado y despilfarrado"; añadiendo a eso las especies calumniosas típicamente clericales de que:

1° "sostenía doctrinas extravagantes en sí y poco ajustadas al dogma" (es el título del cap. IV de su mamotreto).[1]

2° "ejercitaba prácticas que si no eran espiritismo, le faltaba poco" (los exorcismos del P. Pinyol).

3° "se trataba con gentes malfamadas y personas de vida sospechosa" (la familia Durán Martínez).

---

[1] "Mossen Cinto sosté doctrines estravagants en sí y poch ayustades al Dogma" (pág. 79).

Fueron estas alcahueterías las que prendieron el incendio en la Curia. Mosén Cinto, con razón, en sus últimos años se negaba a verlo; pero, al fin, por bondad o debilidad, se reconcilió con él; y éste le hizo la última marranada de recoger en su contorno chismes y reproches, datos y documentos denigratorios, para ponerlos después de su muerte en letras de molde. Cosa fea, ch'amigo, un clérigo codicioso, alcahuete y servilón. Con razón dijo el hijo de Martín Fierro:

Si esto sigue deste modo,
Darán asco los talares.

De hecho, Verdaguer le cobró asco a las sotanas, que no quería al lado de su lecho de muerte, prefiriendo los cuidados de un milico, Migué Lopes Serrero, anarquista ibérico; exigiendo que su tío Manuel lo visitara de civil y poniéndose él mismo la sotana solamente para decir Misa. Hay que disculparlo, era lo que llaman "horror neurótico", involuntario: pero su amor substancial al sacerdocio permaneció inviolado, como era de suponer, y como lo prueba una de sus últimas poesías, *La patena y lo calze* (1899), y en general todo su volumen póstumo de *Eucarístiques*.

Menos mal que salvaron la honra de los talares no pocos sacerdotes barceloneses, que se pusieron a su lado en la hora negra (entre los cuales fue el más grande el santo arzobispo Claret, fundador de los cordimarianos), mientras los párrocos de Barcelona le negaban la Comunión: sacerdotes simbolizados en mi pieza en la figura medio-real medio-ficticia del tío don Manuel.

En la vida de todo cristiano llega fatalmente el día sorpresivo y decepcionante del choque con el *cura incapaz* —dijo Carlos Baudelaire.

Choque decepcionante, que Gustavo Flaubert tipificó en la página inmortal que describe la entrevista de Emma Bovary, al borde ya del adulterio, con su pavote y papaviento párroco, que le da el empujoncito final.

10. LA CENSURA

El otro crimen grande de Verdaguer, ultra del de haberse huido de La Gleva (de la neurosis) sin permiso, es haber publicado un libro sin permiso: su poema *San Francesch*.

Faltó por lo tanto a la ley eclesiástica de "la censura".

No es un poema propiamente, sino piezas de un fallido poema epico-místico, que planeó y comenzó en su prima juventud, y se había puesto a ejecutar en 1893, cuando estalló la "tormenta".

Bravo es andar sacudido
En la mar por la tormenta,
Mas las tormentas más bravas
Las he pasado en la tierra.

No es aventurado afirmar que este breve poema inconcluso, lo publicó para ganarse unos pesos; o sea, pesetas.

Lo que publicó es un librito con 42 piezas cortas y (diríamos) misceláneas, algunas bastante ordinarias y aun endebles, al modo de los *Idills*, y sin nada de la fuerza épica de *La Atlántida*; de la cual, empero, se pueden hallar vislumbres en dos piezas: *Impressió de les Llagues* y *Mort de San Francesch*. Pero el tono predominante en las composiciones, bonitas sin duda, es el devoto, sentimental y aun casi un poco monjil, que no representa la fuerza del poeta, sino más bien su debilidad; y las exigencias de su público provinciano.

Este libro, inocente a priori (imposibilidad metafísica de que hubiese allí errores dogmáticos), publicó Verdaguer sin *someterlo a la Censura*, es decir, sin que lo juzgaran previamente los insignes teólogos de la Curia.

¡Cómo para ir allá con el librito! Recuérdese que en el tiempo de la publicación, la Curia estaba hecha contra él un cubil de hienas.

Cuando no hay convivencia cristiana, no puede haber función eclesiástica (la "censura" es una función eclesiástica), lo cual es decir que cuando no hay "ecclesia", no hay eclesiástico, Perogrullo.

Maldonado enseña que la *ecclesia* son las autoridades eclesiásticas. Jesucristo dijo: "Si te ofendiere tu hermano, repróchaselo mano a mano, porque los trapos sucios en casa se lavan. Si no te hace caso, quéjate de él delante de amigos comunes. Si ni aun entonces cae del burro y se excusa, repara y corrige... dilo a la *Iglesia*..."

Es una manera sencilla, humana y discreta de arreglar líos —pero a mí siempre me ha ido mal.

El intérprete Maldonado (*Comm. a S. Mateo*, III, 17, pág. 645), dice que por *Iglesia* aquí se entiende las autoridades; y que el que diga lo contrario es hereje, y no solamente hereje, sino *hereje irrisorio*.

Pero San Mateo dice *ecclesia*, que en griego no significa "autoridades", sino lo contrario (por así decirlo), a saber, concurso, gremio, asamblea, reunión, masa selecta.

Sin embargo, Jesucristo quiso decir "autoridades"; pues no es de creer que un hombre inculto, como San Mateo, haya sabido más griego que Juan de Maldonado, que fue profesor de Felipe II. Hereje el que lo dude.

Es claro que el hereje preguntará por qué si Jesucristo quiso decir "autoridades", no dijo *primates*, o *cratoi*; o como se diga *autoridades* en arameo, griego y latín.

La respuesta es muy obvia: eso demuestra la existencia de la Divina Providencia; puesto que nada hubiesen tenido que hacer los intérpretes, si Jesucristo para decir autoridades hubiese dicho simplemente *autoridades*; con lo cual, quitándoles su trabajo a los intérpretes, y, por decirlo así, el pan de la boca, hubiese aumentado la desocupación en el mundo, que es uno de los peores males de la crisis actual. Eso es contra la Providencia.

Y no solamente Jesucristo hubiese pateado el puchero a los intérpretes, sino también a los intérpretes de los intérpretes; a saber, al Reverendo Padre González Ruiz, que in-

terpreta a Maldonado traduciéndolo del latín; al Reverendo Padre Argañaraz, que le pone prólogo, introducción y notas; a los linotipistas, que interpretan la escritura de estos dos señores para poner el volumen en letras de molde; y a los innumerables lectores que tienen que interpretar la traducción, cotejándola con el texto latino.

Quedamos, pues, en que todo el que sostuviere, dijere o internamente pensare que *ecclesia*, en San Mateo III, 17, significa *iglesia*, y no *autoridades* —que en su tiempo no existían en la incipiente Iglesia, ni existieron en el sentido del siglo XVI durante un lapso de siglos enteros—, es un hereje irrisorio, digno de quemarlo vivo... *"de los cuales los más infernales son los calvinistas"*, dijo el teólogo andaluz.

Fuera de broma, queremos decir que las actuales funciones eclesiásticas y diversos códigos y reglamentos son creaciones de hombres, buenas o malas, por lo general buenas; por lo menos si funcionan dentro de un *ágape* o reunión de caridad, o asociación unida por sinceros lazos fraternos, que es la creación de Cristo; a la cual El denominó "comunidad" o "ecclesia", o como si dejéramos "amistosia".

Claro está que en ella deben surgir autoridades, por la fuerza de las cosas, que tomarán diversas formas al correr de los tiempos y según los ambientes, desde la paterna hasta la totalitaria; y esas autoridades tendrán sus *funciones*.

Así, pues, la censura es una función eclesiástica creada en tiempo de la revolución luterana para defensa de la fe, por la cual se invitó y más tarde se obligó a los sacerdotes escritores o doctores a hacer ver sus libros por un teólogo oficial, a fin de prevenirse contra posibles errores en el dogma. Este es un control que no se puede discutir; y pertenece a la ordinaria potestad de la Iglesia para salvaguardar el depósito de la fe, del cual Ella es Soberano Custodio. Pero en el siglo XVI esto se hacía por medio de teólogos letrados, gente superior, que firmaban sus dictámenes en caso negativo, y admitían discusión y explicaciones, como es justo que sea entre hombres de bien. Baste recordar que *La Celestina*, de Rojas, pasó con levísimas observaciones y correcciones.

Las cosas pasaban entre hombres realmente de la capa superior, entre "hijosdalgo", no entre tamásicos.

Limitada a su función de pescar errores contra la fe y la moral, esta *censura eclesiástica* no puede causar desazón a ningún autor católico; al contrario, debe ser bienvenida como ayuda y aun como beneficio. Pero, por desgracia, actualmente no se limita a eso, de acuerdo con la ley de que el que manda, de suyo siempre procura mandar más —al menos si pertenece a la "raza inferior", hoy entronizada. En suma, la corruptela de la ley es posible y hoy existe.

El "censor eclesiástico", anónimo en muchos casos, que si es un teólogo no lo sabemos, y de hecho (ésos no abundan), no suele serlo (y que puede ser un simple resentido emboscado); se arroga jurisdicción sobre el estilo, la composición, la invención, la escuela literaria, la técnica, el tema, el género, la "prudencia", la "oportunidad" y hasta los posibles efectos futuros de la obra. En suma, se apodera de la obra. Llevada a ese extremo, la censura ya es más que un abuso, es una pura y simple enormidad, una cosa contra natura. Cuando el censor o "experto" se identifica con la "Autoridad", como ocurre, la monstruosidad crece todavía.

¿Y eso se me va a exigir en nombre de Jesucristo? Es ofender a Jesucristo.

Hombres que no saben escribir, exigen que los que saben escribir escriban como *ellos escribirían*... si supieran.[1]

---

[1] "Ante todo y por sobre todo, el pensador y el artista tienen una misión intransferible, superior a su voluntad, que es la de revelar lealmente aquello que suscitan en él las cosas del mundo en que vive. Unicamente puede exigírsele el dominio de un alto estilo de pensar y decir; en cuya exigencia son indulgentes hasta el perdón en masa, y por bula previa aquellos precisamente que no soportan en la literatura y la filosofía *sino lo que les hubiera gustado decir, y no pudieron*... La *libertad* es para ellos la libertad que se arrogan de privar al prójimo de la suya... Entre nosotros se ha perdido la costumbre de la libertad del pensamiento... Aun la llamada "libertad" acostumbramos verla puesta al servicio de algún propósito o propaganda, o algún interés de partido..."

(Ezequiel Martínez Estrada: *La cabeza de Goliat,* Prólogo.)

Piden un imposible. El pensar es un acto *inmanente* y personal; y su expresión, lo mismo. El arte es patrimonio de pocos: de los por Dios dotados y por su estudio y trabajo peritos. Tú puedes barrer, llevándote otra persona la mano; pero no puedes de esa manera hacer un soneto. Manos libres, pues, al artista.

Agréguese a esto que, en la general chabacanería contemporánea, existen fanáticos con la convicción de que la literatura y el arte han sido hechos por Dios para la *propaganda de la Iglesia*... es decir, de ellos; que se hallan en tremenda y urgente necesidad de propaganda personal, siendo individuos mal dotados en puestos que les quedan anchos.

De allí que a un buen escritor, a un pensador original, a un artista nato, puede planteársele, si es católico, el siguiente dilema: o bien dejar de escribir; o bien prescindir de la censura, convertida ilegalmente en *tortura*. *Lex ecclesiástica non óbligat cum magno incommodo*. Mas esto ya ni siquiera es ley. Es abuso de tiranucos. No está obligado en conciencia; al contrario.

Dejar de escribir, no es justo. Sería una enorme injusticia consigo mismo por amor al *tiranuco*, una desobediencia al mandato evangélico de no enterrar el talento; incluso, una verdadera imposibilidad si es escritor de raza: su imaginación y su afectividad se vuelven hacia adentro en forma de neurosis; y si de aldehala, tiene que ganarse el puchero con eso, no teniendo otros bienes o medios de vida...

Si prescinde de la censura, tiene sobre sí la ira del tiranuco y sus sanciones, las cuales debe acatar por amor a la disciplina; la cual, el hombre superior respeta más todavía que el hombre inferior, que abusa de ella. El hombre inferior no tiene el sentimiento de la disciplina, por lo mismo tiene un placer exagerado en disciplinar a los otros; y si esos otros le son superiores en dones, es un deleite dionisíaco.

Menospreciar, pues, la corruptela y exponerse a las san-

ciones, defendiéndose de ellas por todos los medios lícitos posibles, es lo que hizo Jesucristo *nuestro* Señor. Es lo que hay que hacer (es duro) y lo que han hecho todos los grandes escritores que tenían carácter, puestos en el caso. Es lo que hizo Verdaguer —y es lo que *no* hicieron Coloma y Gerardo Manly-Hopkins, por ser poco *manly* (varoniles).

Hizo bien, hizo lo que debía, hizo una obra de coraje, procedió como varón religioso.

¿Adónde vamos a parar, que se pueda achacar a Jesucristo una cosa contra natura: que el que no sabe pretenda gobernar al que sabe, justamente en aquello que sabe? Justo lo contrario, dijo expresamente Jesucristo: "*Si un ciego guía a otro ciego, los dos se van al hoyo.*"

"Si para eso bajó Jesucristo al mundo, mejor se podía haber quedao no más arriba" —decía don Babel Manitto. Quería decir que con estas corruptelas en lo religioso, se hace dudar o blasfemar de Jesucristo.

El saber, la inteligencia, el conocimiento son de Dios, son de la Verdad, y no son de la propaganda, de la "combinación", del pastelito, de la politiquita, de la mangoneadita, del funcionarito ni del engreidito; esté donde esté... Si está fuera de su lugar, que se vaya.

(Es de mal gusto hablar de sí mismo, pero a veces conviene, porque los ejemplos mejores son los reales.

Había una vez un "censor" que no era capaz de escribir una carta con sintaxis y quería imponernos módulos de estilo... "*Nos parece que el autor usa algunas palabras algo groseras, como, por ejemplo,* churrasquear, *que está en la pág. 7; y otras semejantes que parecen in Dómino menos dignas de un religioso e impropias del estilo superior, más bien propias del estilo medio o bajo*"...

Cambiamos inmediatamente la palabra *churrasquear* por la palabra *afiligranar*, que pertenece al estilo superior; pero no hicimos bien en aquel caso: no hicimos bien.)

Hay que resistir a este abuso insano con todas las fuerzas. ¿Adónde iría la literatura y el arte católico si esto cun-

de? Y aun quizá por eso (en parte), están ellos como están. Hace cerca de un siglo no aparece casi ningún sacerdote eximio en el campo de las letras, sobre todo de las letras puras; y los pocos que apuntan son destrozados, y malogrados. ¿Qué es eso, oh manes de Calderón, de Góngora y de Lope?

La mano del fariseísmo aparece también aquí en sus efectos destructores y mortíferos.

Verdaguer no dio todas estas explicaciones, pero las indicó claramente: "No estoy fuera de la ley. ¿Por qué me ha de juzgar a mí en poesía alguien que no entiende de poesía? Me han puesto fuera de la ley, me han quitado el ministerio sacerdotal, el buen nombre y hasta el pan y el agua, ¿y voy a ir abyectamente a presentarles mi pobre libro, para que me tengan a tiro de darme otro garrotazo en la cabeza, que ya está bastante mal? ¡Merda!" —decía el payés genial.

No estaba tan mal por suerte la cabeza de Verdaguer como para ir a llevar su *San Francesch* al "Capellá Lluent": que eso sí hubiera sido locura verdadera; y tuvieran razón entonces en difamarlo de BOIG (*loco*, en catalán).

La censura en sí misma es una cosa deseable y aun preciosa, teóricamente.

Dudamos haya un solo escritor (excepto los más grandes), que no tenga esta experiencia: un *barro* que no se puede remediar, un error percibido cuando el libro está ya en manos de muchos, que se quisiera arrancar de la obra a cualquier costo y no se puede: que se desliza en el calor de lo que llaman la "inspiración", o por un mal afecto personal o por culpa de las circunstancias. Para este tropiezo, un amigo inteligente y competente, discreto y sincero, que se tome el trabajo de leernos en borrador es el único remedio: éste es el censor: es decir, el ideal del censor, el censor teórico.

Pero pretender que tú otorgues el derecho de suprimir de cuajo tu trabajo (con el que quizá te ganas la vida) a un desconocido irresponsable, que puede ser (y de hecho

hoy es) un incompetente, si no un resentido, envidioso o perverso; y suprimírtelo de una manera anónima, absoluta y aun agraviante y ofensiva posiblemente —que es decir, dar permiso para que cuando estés trabajando afanosa y honestamente, venga un quídam de atrás y te encaje un garrotazo en la nuca—, eso cualquiera ve que es más que un abuso, un absurdo, una aberración y hasta un pecado. Pretender eso en nombre de la religión, es un grueso agravio a Dios. Por el decoro del nombre de Dios, cuando eso sucede *no una o dos veces* por falibilez humana, sino habitualmente durante años, hay que resistir. Y si se ama a Dios, se resiste aun a grave costa propia. Eso hizo Verdaguer.

Eso es martirio, oculto y sordo, todo lo que se quiera, pero es martirio. Y es dignidad, decoro, decencia y nobleza antes que todo. Es religión auténtica.

Cuando se trata de un talento único y genial, como Verdaguer, el albur de que esto suceda es mucho mayor y casi fatal. El genio pisa senderos nuevos; y los hombres comunes son los hombres de normas generales y caminos trillados. Sólo la eminencia comprende a la eminencia.

Claro que si el censor fuese humilde, y se ciñese a su cómpito de salvaguardar la fe y la moral solamente, nada podría ocurrir, genio o no genio. Pero, como dijimos ya, ése no es el caso hoy día.

Con razón, pues, decía el hijo mayor de Martín Fierro:

Que me censure el que sabio
Sabe igual o más que yo,
Eso siempre se aceró
Y mucho lo he deseao.
Que un sonso escupa mi asao
Y me insulte... —dije— ¡no!

11. ¡BOIG!

"Yo tengo a Jacinto Verdaguer por loco, para no haber de tenerle por rebelde" (Capellá Lluent, o sea el Vicario general Guidart).

Casi desde el principio de sus diferencias se lanzó contra el poeta el motejo de *¡boig!* (loco); lo cual lo hirió terriblemente, como es natural.

Después que se formalizó esta terrible injuria, se la volvió arma, se buscaron testimonios médicos, se intentó recluirlo con tapujos (diciéndole que era nombrado "capellán perpetuo" de un asilo de gagás), y se llegó a obtener una orden de prisión para encerrarlo por fuerza. La caballerosidad del Gobernador (cosa que por suerte no ha desaparecido de España), a quien el poeta rogó con lágrimas lo protegiera, impidió esta atrocidad más que homicida.

Arriba hemos copiado el dictamen pérfido de los tres médicos del Obispado, y hemos dicho que define simplemente la caractología de un gran poeta – aunque tira sutilmente a hacerlo pasar por "irresponsable" (lo que quería y sigue queriendo el botarate de Joan Güell). Afortunadamente, el sabio doctor Turró, el autor de *Filosofía Crítica*, intervino con una carta pública; que, por lo sentida, conmovió hondamente la opinión.

El gran poeta es un alma "abierta a las imágenes del mundo" —como dice Klages—, una especie de antena sensibilísima a invisibles ondas. Fisiológicamente es un "visceral", diríamos: un emotivo constitucional, como el niño. Una flor se me entierra en el corazón, una estrella se me hunde en los huesos" —dijo uno de ellos. Lo que anormalmente es la *psicoplastia del histérico*, o sea la facultad de las imágenes para conmover el cuerpo, hasta encarnarse en síntomas somáticos, es normal en estos grandes sensitivos.

—¡Usted tiene demasiada sensibilidad! —decía Morgades a Verdaguer; y el poeta contestaba:

—Excelencia, eso no se compra en la tienda: Dios me la dio.

Hubiera podido contestar más fuertemente:

—Hipócritas, queréis gozar de los frutos, que son mis obras poéticas; y destruir la raíz, que es mi sensibilidad y mi sistema nervioso.

Como de hecho lo hicieron.

Esa potencia creadora-de-visiones del artista, si no se emplea y encauza en la creación poética, se resuelve en contra del artista y le puebla el alma de espectros —decía Goethe. El artista es esencialmente un fabricante de fantasmas; si no los fabrica para fuera, los fabrica para adentro. Y es perfectamente obvio; si a un caballo de carreras se lo encierra en un establo limpísimo, con abundancia de pasto y buena ventilación, pero sin dejarlo correr, el animal se muere después de pasar por una enfermedad, que bien puede llamarse "neurosis de situación": *su fuerza se le transforma en angustia*.

Verdaguer fue eso exactamente, encerrado en la ermita de La Gleva, vigilado y coartado, después de haber sufrido una serie de golpes demasiado fuertes.

No nos ha descrito sus sufrimientos allí, los infernales laberintos de la neurosis (e hizo bien, porque el enfermo de los nervios no debe analizarse); ni tampoco el infierno interno de un Baudelaire era su cuerda de escritor; pero lo dejó suficientemente atestado en una frase: "Mi cabeza trabajaba a una tensión máxima, con una presión que la hubiese hecho estallar. Por eso dejé aquel lugar, invivible para mí."

La neurosis de situación es un mal terrible, extremo, peligrosísimo, que cuando no se corta puede conducir al *delirio afectivo*, que es una verdadera psicosis. Se produce una especie de irritación aguda de los sentimientos, que lleva la susceptibilidad del enfermo a un extremo increíble; una especie de envenenamiento de la vida afectiva, cortado por

crisis de cólera impotente, ansiedad, congoja, zozobra, terror y desesperación. A la víctima le parece que odia a todo y a todos y que no hay remedio posible para ella. Las cartas de Juan Jácome Rousseau y los escritos incoherentes de sus últimos años proporcionan un vistazo (mejor que cualquier descripción clínica) de este aquelarre.[1]

Hay que huir de eso peor que de la muerte, si se puede. En cierto sentido, es peor que el pecado. Puede volver perverso a un hombre: y desde luego lo vuelve una ruina.

Verdaguer huyó de eso, y ésa fue su gran desobediencia. No sabemos a qué grado había llegado el descenso al abismo; pero que comenzó, es cosa cierta.

Lo tacharon de loco, y después lo pusieron en una situación de locura: eficaz modo de hacer buena su contumeliosa palabra.

Eduardo Marquina (u otro poeta catalán) resumió por este tiempo la situación en una certera estrofa:

Y con infame descoco,
Un desmán tras un desmán,
Con cachaza, poco a poco,
Han dicho que estaba loco...
¡Y loco lo volverán!

Al mismo tiempo que Verdaguer luchaba con el peor de los demonios, el Superior muy ufano escribía cartas a diestro y siniestro, diciendo que estaba bueno, que estaba bien vigilado y enteramente ocupado de sus versos. *¡Versitos, versitos, hacer versitos!* —era la consigna que le había dado el imbécil, como si los "versitos" pudieran hacerse en cualesquiera condiciones. Sus cartas al Marqués y a Joan

---

[1] Por brevedad, no nos demoramos en la descripción psicológica o clínica del "delirio afectivo" —que es una gravísima dolencia, aunque invisible; y la más peligrosa que existe. Este estado psíquico patológico ha sido descrito al aguafuerte por el Padre Hernán Benítez en *El drama religioso de Unamuno,* parte II: "Paréntesis sobre el destierro" y "Al filo de la locura", pág. 97, y desde luego en las *Réflexions* y *Oeuvres Posthumes* de J. J. Rousseau: autodisecciones que superan los más hábiles análisis clínicos, según el sentir del doctor José Córdoba Rodríguez.

Güell trasuntan el mayor desprecio a Verdaguer y al alma humana en general; y la más grande ignorancia y crasitud psicológica que se puede imaginar. Cuando estaba más orondamente diciendo que "l'alucinat" estaba bien, que él estaba enterado paternalmente de todo y estaba volcando *salvación* a manos llenas sobre esa pobre y mísera *alma*, le llegó el petardo de la fuga de Verdaguer desde La Gleva a Barcelona.

El procedimiento de La Gleva era patentemente equivocado desde el comienzo. ¿Cómo consintió Verdaguer a esa propuesta no viable? Por ingenuidad, por confianza en su superior, porque no le dijeron todo —en suma, porque lo engañaron como a un niño. El fue allá dudoso y con recelo; y cuando se vio aislado de todos, vigilado hasta abrirle las cartas, coartado en sus movimientos, calumniado de "loco" y sin certeza alguna del porvenir, empezó el terremoto mental. Naturalmente. ¡Cómo para hacer "versitos"!

Los versos que siguen están hechos sobre una frase suya de aquel tiempo. El podría firmarlos; aunque no sabemos si *querría*.

La vida intelectual es una vida
¡Naturalmente!
Que pide, como toda vida bebida.
Se la alimente y no se la atormente.

Hay en el hombre una incesante fuente
En lo más hondo donde Dios anida,
Y es la circulación de nuestra mente,
Que está en mí yugulada y detenida.

Me dicen: "Coma, duerma y no haga nada,
Tómese vacaciones... ¡Vacaciones!
¡Suerte envidiable y bienaventurada!"

Pero el ocio es veneno, y a empellones
Todo ser se resiste a hacerse Nada.
Y en un Sahara de desilusiones
Muere mi corazón de sed sagrada.

12. LAS DOS ESTATUAS

En el museo del Seminario de Vich existen en la porticada dos estatuas juntas: una de Verdaguer y otra de Morgades.

Uno experimenta un choque al verlas, y por poco que conozca a los dos inmortalizados por el bronce, dice: "No puede ser. Uno de los dos sobra aquí. Hay que retirar una estatua; o poner una de las dos patas arriba."

Pero allí están las dos. Y los periódicos dicen: "*Diferencias humanas los separaron en vida; pero los unió el abrazo de la gloria en la inmortalidad*"... (!)

"Journalese", es decir, macaneo. Si uno tuvo razón en vida, el otro no la tuvo. En eso, la muerte no introduce absolutamente cambio alguno. Pero el plebeyismo contemporáneo carece de sentido moral, y está por abdicar del principio de contradicción. La generosidad de Verdaguer tiene parte en este error: Nunca acusó al prelado, suponiéndolo "mal informado". Pero ya es tiempo de deshacer el error.

En 1895 Verdaguer escribía en su diario: "Mi cabeza está por estallar". y se habia formado en él la determinación de huir de La Gleva, pasara lo que pasara: y en ese entonces...

Morgades escribia al Marqués de Comillas:

"*Nuestro* Mosén Cinto, tranquilo en La Gleva, afanándose en hacer versos (*¡versitos!*) que no desdicen de los mejores que ha hecho en su vida..."

Un mes más tarde:

"Mosén Cinto continúa tranquilo en La Gleva haciendo *profundos estudios* sobre San Francisco, y con ánimo de ir a pasar una temporada a Asis. Pasa meses enteros sin recibir a nadie ni ir a Barcelona; y si va es de prisa y corriendo, para asuntos de sus publicaciones. Creo bien no ha abandonado del todo *a la familia* (Durán); pero no creo,

después que se le ha hecho presente todo, extremar las providencias para acabar en absoluto toda relación, que *por lo rara no puede ser temible*, a fin de evitar un mayor mal... Y si puede sostenérsele en ese estado, poco a poco y a fuerza de no encontrar en él materia de explotación, lo dejarán en paz...

"Mosén Cinto está a mi vista con orden expresa del capellán del Santuario de que me ponga al corriente de sus entradas y salidas, cartas y visitas, idas y venidas, dares y tomares... Todo..."

Más tarde (sin fecha):

"Mosén Cinto está a mi vista con orden expresa del que había alcanzado mantenga la *exageración* de sus actos.(?) Está a mi vista constantemente, no da un paso que yo no sepa, y estoy seguro de que no mantiene relación alguna con los compañeros que lo trajeron al camino *consabido*, ni se cuida ya de *ceremonias*. *El tiempo debe hacerlo* (sic) y cualquier medida más violenta que las empleadas podría ser contraproducente. Estoy seguro de que no contrae deudas ni es explotado actualmente *de* un céntimo, *sufriendo* la pena negra por su errores pasados y sus temeridades *de querer redimirlo todo* sin contar con medios para ello. Hanse conseguido dos ventajas con palparse que no tiene *editor responsable*... etc. Por lo demás, está bien de salud, relativamente tranquilo y ocupado en sus versos, *quedando* yo encargado de dar a usted cuenta de cualquier cambio notable que en él se observe, con lo cual quiero decir no haga caso de las noticias que le lleguen de otras partes, *por no tener los medios que yo tengo* de saber la verdad" (sic). (Si a este señor le han hecho una estatua, por la gramática no debe haber sido.)

En este momento fue cuando Verdaguer ahuecó el ala y dio el "tronido".

Singular visión la de este obispo agramatical: él "lo ve todo", "lo sabe todo", "no se le escapa un paso", "tiene todos los medios de saber la verdad"... y está en la más perfecta ignorancia del alma del súbdito, ¡la cual quiere salvar!

Esta ceguedad inaudita es el castigo del egoísmo. Sólo el amor da la llave de las almas ajenas: la *Simpatía* de Max Scheler. El egoísmo reconcentrado produce estas cegueras crónicas y cómicas... y trágicas.

Hay otras cartas todavía que abundan en el mismo sentido... o falta de sentido; pero es superfluo copiar más. Son por el estilo.

De un hombre que se propone un fin, trabaja en él a cañonazos y consigue siempre el efecto contrario, lo menos que se puede decir es que *no ve*. Morgades pretendía que Verdaguer se aislase en La Gleva, y Verdaguer huyó; que escribiese el poema de San Francisco, y Verdaguer no lo pudo escribir nunca, pese a sus esfuerzos; que abandonase a la familia Durán, y Verdaguer se fue a vivir con ellos, y los dejó sus herederos universales; en fin, quería privarlo de decir Misa hasta el fin de sus días, y le vino un mandato de arriba, por el cual tuvo que autorizarle a celebrar el santo Sacrificio durante cinco años...

Lo único que consiguió fue arruinarle la salud corporal y troncharle la vida, cosa que hemos de suponer no estaba en sus intenciones; aunque no creemos le haya causado muchos remordimientos, dado su profundo egoísmo y ceguedad. Eso de la felicidad y la obra de su súbdito, no le interesaba.

Pero había otra cosa que sí le interesaba terriblemente, y era la no publicidad del asunto. Lo que consiguió con sus maniobras (y esto sí le dolió a fondo) fue la publicación fulminante de las cartas *En defensa propia*. Ignoraba del todo el temible poder de la inteligencia, lo cual prueba que era un perfecto topo. Obtuvo incesantemente los efectos contrarios a sus intenciones; y estos efectos fueron malos.

Díganme un poco si éste era un hombre "estatuable". ¡Por favor!

—Pero, ¡reconstruyó el arcaico Monasterio de Ripoll por medio de constantes colectas públicas!

—Bueno. Que se lo coma con salsa de tomate.

13. EL HUMOR

El día que terminamos el drama *El Místico* con la muerte de Verdaguer, nos vinieron ganas de empezar una comedia y resucitarlo: la idea diabólica de componer una *trilogía*.

La idea era ésta: "¿Qué hubiere pasado de ser Verdaguer dotado de lo que llaman *sense of humour*? ¿Era imposible al poeta escabullirse del dogal de sus perseguidores, siendo ellos topos y él inteligente? ¿Por qué les hizo tanto caso como si fuesen Dios mismo? ¿No podía haberles tomado un poco el pelo santamente?

Pero Verdaguer careció del "sentido del humor". Era catalán y no andaluz, no sabía "toreo".

No tuvo ni siquiera ese "humor trascendental", propio del español —a veces hasta macabro, como en los cuadros de Valdés Leal—, que se despliega diariamente en España en una corrida de toros.

César Pico sostiene que el español carece del sentido del humor, con argumentos ingeniosos y sutiles; y tiene razón si se refiere al sentido del humor "inglés" —que es el que creemos tener los argentinos, comprado y fabricado afuera como un casimir de lujo. Pero el español posee su propio malhumor (o lo poseyó al menos en tiempos de Cervantes, Quevedo, Velázquez y Goya), que es como si dijéramos "trascendental" o "metafísico": el humor de Cervantes está en el fondo, no en la superficie —y lo mismo en los otros—, indiferentemente si la superficie es jocosa o sombría.

El humor español consiste en una referencia inmediata y oculta del humorista a una cosa "dell'altro mondo", a la muerte, al pecado original, al hambre, a la prostitución o a los curas.

Cosa de criaturas parece al lado del humor español el

humor inglés. El humor español es de "cosas" y, no de palabras, ni siquiera de sentimientos.

El mayor humorista español que existe actualmente no es Camba ni Fernández Flores, sino otro Fernández, porteño; el cual fue humorista en su vida antes y principalmente que en sus escritos; y realizó tan perfectamente la humorada de esconderse de la bohería contemporánea, que no recordamos su nombre; habiendo sido *El Bobo de Buenos Aires* su sobrenombre.

Las boberías que escribió negligentemente este bobo son inmortales y lo extraño es que son verdaderas boberías. Son inmortales porque tienen detrás continuamente una intuición profunda, pesimista y teológica de la vida y las cosas, que en otros tiempos hubiese fundamentado un místico: una visión del más allá, un desprecio feroz y al mismo tiempo humilde de todas las cosas y de sí mismo, unido a un imposible amor a ellas: combinación rarísima que es la actitud del santo.

Pues bien, en Verdaguer no hallamos este "humor" necesario para hacer de una tragedia una comedia.

Nuestra comedia empezaba al caer el telón del drama, levantándose del féretro el poeta y declarando se había hecho el muerto, como en el *Muérete y verás;* y comenzando inmediatamente a "hacerse el loco", como decimos por aquí. Y así comenzaba de nuevo la lucha con un Verdaguer jovial y menfichista; la cual terminaba con el triunfo del Verdaguer humoroso.

Escribimos varias escenas y tomamos innúmeras "notas"; y no nos "salió".

Imaginamos a un Verdaguer resucitado y sólidamente plantado en el campo, en su aldehúcha natal; con el humor y la maña suficiente para hacer llevar preso al Vicario general Guidart, con la misma orden de prisión que el *Capellá Lluent* contra el poeta obtuviera —para hacer pasar por hija suya a una criatura ajena, descangallando a los fangosos de la Curia; y para salvar al final la vida (y el alma) a los dichos fangosos, corridos de Barcelona por un estallido anar-

quista-cristiano de matacuras— , que ya comenzaba en aquel tiempo, por cierto, para culminar en la reciente guerra civil. Y como marco poético de la comedia encajábamos al principio y al fin nuestro poema fantástico *Cuento de Otoño* —que si no lo encajamos allí, no sabemos dónde encajarlo.

No nos salió, a pesar de nuestros conatos: lo mismo que el *San Francesch* al catalán. Señal que *no podía* salir. Debe haber algo de errado en la idea. Las obras que uno pugna escribir y no salen, es porque *no existen*: son imaginación y no realidad.

Lo que debe hacer falso en ese planteo, es que *no era posible* a Verdaguer salvarse de su drama de ninguna manera, humor o no humor.

El "humor" no basta ya para contrastar el actual triunfo de la raza inferior. Aristóteles enseñó que el humor era propio del hombre superior cuando habla con los plebeyos (*homo magnánimus útitur eironeia*), pero hoy no *habla*. Ni hablar lo dejan.

Si se produce hoy un conflicto entre ellos y un hombre sobresaliente, va muerto. Y lo que es más grave, no puede dejar de luchar hasta la muerte "en defensa propia" —es decir, en defensa de la magnanimidad y el honor, que en esos hombres cuenta más que la vida.

14. LA RAZA INFERIOR

Este módico drama de cleros conmovió tan profundo hace cincuenta años a España —país teológico o quier clerical—, porque el telón de fondo estaba iluminado por varios problemas generales, candentes en nuestro tiempo: el problema del fariseísmo, el problema del conflicto entre la moral

abierta y la moral cerrada, el problema de la inteligencia y la sociedad, o la "sociología del saber" —y finalmente el problema de la "raza inferior".

Dejemos a los filósofos la discusión de estos problemas, y armémonos de paciencia, porque no tienen solución mientras dure el triunfo de la *raza inferior,* la rebelión de las masas, la demagogia, la decadencia de Occidente —el tiempo del hombre prometeico—, o como quieran llamarlo.

"¡Estamos en el tiempo del triunfo de los mediocres!" —dicen. Se podría añadir: "y de los tunantes". El mediocre cuando está en su lugar no hace daño alguno; al contrario, es el tejido general de la sociedad, el tejido leñoso sin el cual no hay fruto ni flor: son los "asimiladores" y "ejecutores" —que dice Mahieu. Es el mediocre *engreído* el que es temible. Y todo mediocre con mando es casi necesariamente engreído; es decir, necio. A ellos sí que se les aplica enteramente la pesimista máxima de Chambord: *"El poder siempre corrompe; el poder absoluto corrompe absolutamente";* así como el tajante endecasílabo: *"No hay ningún majadero que sea bueno."*

Lo malo del mundo de hoy es que está lleno de sotas a caballo: sotas de oro, sotas de basto, sotas de copa y sotas de espada. Quién sabe por qué razón, nuestro tiempo está plagado de petisos montados en tremendos frisones, que lo pisotean y lo atropellan todo, porque siendo miopes, ni siquiera ven lo que tienen ante las patas. No respetan cercos, se meten en todas partes, matan ovejas, arruinan sementeras, espantan los pájaros, trotan donde hay música y a veces atropellan un niño, una mujer o un obrero absorto en su trabajo. Claro que muchas veces el frisón las saca limpio por las orejas, porque ni siquiera llegan a los estribos las patitas; pero inmediatamente acuden corriendo otros diez enanos por el estilo, que quieren montar a todo costo y se encaraman con sus patitas y sus escaleras.

En parábola decimos el fenómeno que Nietzsche (y tras él otros) predijo y describió minuciosamente en forma analítica... y exagerada, no hay que negarlo. ¿No será en el

fondo una pesadilla de aquel alemán demente? No, es cierto que no. El aparato de selección humana, el "movimiento que pone a los hombres en su lugar", nunca ha funcionado en el mundo sin deficiencias; pero ahora parece no funcionar o funcionar al revés. Esto lo dicen todos.

Dijo el hijo de Martín Fierro:

Aunque piensen que exagero,
Mi padre me abona en esto
Lo que tiene al mundo infesto
Y envuelto en mortal trabajo.
Es que está arriba el que es bajo
Y todo fuera de puesto...

¿Cuál será la causa de este gran desbarajuste? Desde luego, no es la que asigna Nietzsche. El teutón describe bien la moral de lo que él llama "raza inferior", la moral villanesca; mas inflamado contra ella de un odio casi demente, asigna para explicar el fenómeno absurdo de su triunfo actual una absurdidad mayor; *condena* a toda la humanidad —y por ende a la propia natura humana— en un maniqueísmo sin precedentes. El socialismo tiene la culpa; y la culpa del socialismo es la Revolución Francesa; y de la Revolución Francesa, el luteranismo; y del luteranismo, el cristianismo; y del cristianismo, la filosofía helénica, Platón, Aristóteles y el resto —sin contar los judíos; de modo que no queda títere con cabeza, excepto los tres islotes sorprendentes de los sofistas griegos, el Renacimiento y los vikingos. Nietzsche extiende un diploma de nulidad a todo el pasado; pero entonces, ¿cómo puede prometerse a sí mismo el futuro, profetizar el Superhombre; respecto del cual el hombre actual es simple mono? ¿De dónde saldría ese milagro, si hasta *Dios ha muerto*? [1]

Del diablo: no queda otro.

Seguir a Nietzsche es para darse a todos los diablos.

Mas en contra está que esto que pasamos y vemos no es necesariamente (ni puede ser) una cosa substancial sino

---

[1] *La voluntad de poderío*, pássim.

accidental, *histórica*, no esencial: una *crisis*. Aristóteles conoció al hombre superior, que él llama "magnánimo", pese a que la enemiga de Nietzsche no lo admita; y las cosas que dice de la crisis de su tiempo y los remedios que propone tienen analogía por lo desmesurado, con lo que se dice en nuestro tiempo. También Aristóteles repuso su esperanza en un superhombre reinante, en Alejandro; y cuando el macedonio fracasó, casi se suicida el filósofo.

No sabemos si hemos llegado ya a la "parusía": nunca lo sabremos de cierto; y si por caso hemos llegado (puesto que alguna vez ha de ser), la resolución del drama de la historia no será el que Nietzsche piensa, en su pesadilla atea y desmesurada. El Superhombre ya ha venido, es Cristo; y si solamente por el Superhombre puede resolverse la crisis de nuestra civilización, eso significa la segunda Venida de Cristo; precedida, eso sí, del hórrido desencadenamiento del falso-Superhombre: de que Nietzsche fue poderoso profeta.[1]

De donde sigue que las otras explicaciones y soluciones diametrales a la nietzscheana, ¡la euforia del Progreso Indefinido e Inevitable!, son peores que ésta, por ser soluciones de avestruz. Es meter la cabeza en un agujero y decir: ¡Bah!, ¡todo se arreglará, como se ha arreglado otras veces! En cuanto a las soluciones semicatastróficas, semieufóricas, de un Spengler, Toynbee, Carr. . . etc., dependen de Nietzsche en definitiva, son compromisos entre las dos explicaciones extremas y participan del error de ambas. Que se acaba nuestra civilización con su cristianismo y surge otra civilización mejor con otra religión perfeccionada (el *vigilismo*, de Constancio Vigil, por ejemplo), en virtud de una ley histórica ineluctable y cómoda. . . ¡Portentoso sueño! No hay otra civilización más que la nuestra, que está ahora asediada y en guerra.[2]

---

[1] "Estamos en una crisis tal, que parecería nada se puede arreglar si no se arregla todo..." (J. MARITAIN: *La question juive*.)

[2] Ver sobre esto el tonificante libro de MANUEL PENELLA DE SILVA: *My dear Mr. Truman*, publicado en hermoso resumen por "Revista de la Universidad de Buenos Aires", núms. 15 y 16, 1951.

No hay otra posición posible para el occidental, que la aguerrida y heroica: salvarla o morir con ella.

..."por cuyas divinas enseñanzas estoy dispuesto a derramar hasta la última gota de mi sangre" - decía Verdaguer, en la humilde y digna carta en que solicita le levanten las censuras. Y con esa carta, espiritualmetne hablando, la derramó de hecho. Ya estaba herido de muerte.

Por donde se ve que el módico drama de curas de un presbítero poeta de Cataluña tiene su intríngulis; y no deja de tener atinencia no oculta, sino clara y directa, con el drama de la época y del mundo.

¿Y cómo podría ser de otro modo? No hace Dios esos hombres de balde. La inteligencia es una fuerza cósmica; y el paso del genio por el universo, nunca es en vano, cualquiera que sea su destino, su actitud personal y el uso bueno o malo que haga de sus facultades.

15. ¿Y SI TENIAN RAZON?

¿Y si tenían razón los otros?

Hemos tomado la defensa de Verdaguer, porque es tiempo de hacerla en serio en este cincuentenario de su muerte. Pero no somos tan tupidos o apasionados que no tengamos presente la exhortación de Oliver Cromwell a sus soldados: "*¡En nombre de Dios y por la fe en el Omnipotente,* os ruego que penséis algunas veces *que podéis estar equivocados!*"

Supongamos, pues, que "los otros tenían razón".

Supongamos que Verdaguer realmente quería hacer lo que se le antojara; que se substraía por capricho al gobierno eclesiástico; que era impresionable e influenciable, y que cedió más a las malas que a las buenas influencias; que fasci-

nado por el ideal de "su obra", no vio que había otras cosas además en este mundo; que comprometía con su conducta a sus cofrades en el sacerdocio; que embebido en la estética, no estudió bastante las otras disciplinas racionales de la carrera sacerdotal, que hubiesen puesto más peso en su vida y más volumen en su obra; que fue terco e impulsivo; que fue arrebatado y demasiado receloso; que fue, en fin. . . *un loco del diablo*, como le achacaron sus buenos padres y hermanos. . .

"*Jacinto Verdaguer es un sabio: pero es un descentrado*" —decía el Padre Goberna, S. J.

Aun en esa suposición, Jacinto Verdaguer. . . se llamaba Jacinto Verdaguer.

Apresurémonos a decir que los hechos no apoyan en nada esa suposición; al contrario. Pero suponiendo por mera dialéctica que la apoyaran, todavía las conclusiones no serían las que sacaban sus encarnizados vulgares perseguidores.

Un humorista yanqui, Deems Taylor, ha escrito un gracioso y fino ensayo filosófico titulado *The Monster*. En él describe un hombre que de hecho fue tenido a veces por una monstruosidad; y la descripción es exactísima y fantástica.

"Era un hombre petizo, con una cabeza demasiado para el cuerpo —un enfermizo. Sus nervios eran malos. Tenía la piel débil. Era agonía para él llevar sobre la piel algo que no fuera seda. Y *tenía alucinaciones de grandeza*. . .

"Era un fenómeno de engreído. Jamás se preocupó de nada ni de nadie, sino en relación consigo mismo. No sólo era para él la más importante persona del mundo: *era la única que existía*. . .

. . . .

"Uno de los más agotantes conversadores que han existido: pasar una tarde con él era escuchar un monólogo. A veces era brillante, pero a veces más pesado que una tonelada de ladrillo. Pero brillante o aburrido, el tópico era siempre el mismo: él. Lo que él pensó, lo que él dijo, lo que él hizo. . ."

Y así continúa Taylor haciendo un vivísimo retrato del *monstruo*. No admitía contradicción y discutía como un salvaje. Tenía opiniones acerca de todo, hasta de la política y el vegetarianismo. Escribía panfletos acerca de todo, enormes panfletos que publicaba a costillas de sus amigos; y lo que es peor, se los leía alto, quieras que no. Se pasaba tocando el piano horas enteras y había que escucharlo. No escuchaba él la música de ningún otro. Tenía la inestabilidad emocional de un niño de seis años. Rabiaba y pateaba, caía en melancolías con impulsiones suicidas, y hablaba de ir al Oriente para acabar sus días de monje budista; y diez minutos después, al calor de una buena noticia, era el más feliz de los hombres, corría por el jardín, saltaba sobre un sofá o se ponía cabeza abajo sobre sus manos. Se afligía hasta el llanto por la muerte de su falderillo; y podía ser impasible y desalmado hasta hacer estremecerse a Calígu-

Etcétera, etcétera.

"Parecía inocente de toda responsabilidad. Carecía de sentido moral en asuntos de dinero. No pensaba en sus deudas: el mundo le debía la subsistencia. Pedía préstamos a todo el mundo; se sentía mortalmente ofendido si alguien declinaba ese honor. Gastaba el dinero como un rajá. No se ha sabido hasta hoy cuánto quedó debiendo al morir. Sabemos que un amigo le dio 6.000 dólares para pagar sus deudas más apremiantes en una ciudad, y un año más tarde debió darle otros 16.000 para que no lo metieran en la cárcel en otro punto..."

Iba y venía sin despedirse ni saludar a nadie. Cortejaba a las mujeres de sus amigos. Una procesión de mujeres pasó por su vida. Sus infidelidades conyugales...

Etcétera. La lista de sus defectos es larga: llena cuatro graciosas páginas.

El nombre de este "monstruo" era Ricardo Wagner. Todo lo dicho puede ser comprobado: en periódicos, en partes policiales, en el testimonio de sus convivas, en sus cartas, entrelíneas de su autobiografía. Y lo más curioso de

este "dossier" policial, es que *no importa absolutamente nada*.

"Porque el petizo, enfermizo, desagradable y fascinador hombrecillo tenía razón todo el tiempo" —dice Deems Taylor. El yugo teníamos que llevarlo nosotros. *Era* uno de los dramaturgos más grandes del mundo; *era* un gran pensador; *era* uno de los más estupendos genios musicales que han sido. El mundo le debía la subsistencia. La gente no entendió esto mientras él vivió, suponemos; pero nosotros que hemos oído su música, no podemos entender cómo no lo entendió. Hablaba de sí mismo todo el tiempo; *y hacía bien*. Si hubiese hablado de sí mismo veinticuatro horas al día toda su vida, no hubiera gastado ni la mitad de las millonadas de palabras que otros hombres han gastado acerca de él después de su muerte. El único depositario de su gloria durante su vida, era él; y su gloria era verdadera, real y cierta: un tesoro inmenso para la humanidad, escondido entonces.

Deems Taylor termina su apología con una finamente equilibrada apreciación de la obra musical de Wagner —como pensamos terminar nosotros con Verdaguer, lo más finamente que podamos. Wagner fue infiel a las mujeres; pero fue fiel a su verdadera esposa, la Música:

O Scultura, tu sei mia sola amante...

decía Miguel Angel. Wagner gastó mucho dinero; pero cien veces y mil veces más que él gastó en ese tiempo Napoleón Bonaparte, que hizo menos que él —si es que algo hizo. El milagro no es la "monstruosidad" de Wagner: el milagro es cómo pudo en sesenta años hacer todo lo que hizo, a pesar de todo y contra todos; aun siendo un genio. "¿Es de asombrarse, pues, que no haya tenido tiempo para ser un hombre?"

Hasta aquí más o menos Deems Taylor.

El lector hallará, tal vez, que es exagerar bastante los "privilegios del genio"; y que el yanqui es demasiado nietzscheano, demasiado "más allá del bien y del mal", demasiado "raza superior". Es un músico el yanqui éste, un artista.

Pero el caso de Verdaguer es mil veces más sencillo: aun suponiendo verdaderos contra toda prueba los defectos que le achacaron, serían *defectos;* y lo que se hizo contra él, fueron crímenes. Wagner es diferente en ambos extremos.

El crimen más grande de Verdaguer fue venir de La Gleva a Barcelona *sin permiso*. El sostuvo que NO había venido sin permiso, y sostuvo bien: el Obispo lo había enviado a La Gleva a reponerse; él halló que La Gleva lo enfermaba: interpretó, pues, la intención del Superior volviendo a Barcelona. Si la intención real del Magnate no era ésa, que se embrome; para qué miente. El lo dijo así. Al buey por el asta y al hombre por la palabra. *Permiso interpretativo* llaman los casuistas a este permiso.

Un hombre atacado de "neurosis de situación", salir de la patógena "situación", ¡eso es un crimen!

Ese es un mérito delante de Dios y un deber estricto, idiotas. La *suspensión* de Verdaguer fue anticanónica y nula.

De modo que con razón el poeta en su carta núm. 16 alega: "Yo no estoy válidamente suspendido. Si no digo Misa es por respeto a la disciplina y por ahorrar mayores males. Dice Scavini, y con él todos los moralistas, que una suspensión supone un pecado mortal, porque tal castigo no se puede dar sino por un verdadero delito. Lo que he hecho no es delito."

Lo mismo dice, por cierto, el Concilio de Trento.

No había tal lucha "entre la religión y la poesía", como dijo el zoquete de Bufarull: el verdadero *vir religiosus* allí era el poeta. Era él quien sustentaba realmente la disciplina eclesiástica; era él quien sostenía sobre sus hombros endebles la Jerarquía real, comprometida por la miopez de una jerarquía indisciplinada, por mandones incapaces de respetar y aun de percibir la jerarquía natural de las cosas, y la ley natural amenazada de muerte por los enanos con zancos.

16. EL MARTIR

¿Fue un mártir?

Verdaguer fue un hombre caritativo, bondadoso, veraz, casto, respetuoso, sensible, trabajador, equitativo y profundamente justo. Y por encima de todo, profundamente religioso.

Como dijo el hijo de Martín Fierro:

> *¿Fue un santo, acaso? Fue un hombre,*
> *No es porque sea yo su hijo,*
> *Yo canté largo y prolijo*
> *Lo que él dijo que cantara,*
> *Y me esforcé en poner clara*
> *La palabra que él me dijo.*

Hoy día es mucho más fácil que sea canonizado el Marqués de Comillas o el Obispo Morgades que Verdaguer. No intentaremos nosotros la temeridad de canonizarlo. Aunque los poetas también pueden canonizar; y lanzar anatemas, vive Cristo, anatemas que tienen validez terrible.

Verdaguer fue infinitamente mejor que Wagner. No en dones geniales, en los cuales evidentemente Wagner está encima, sino moralmente y como hombre: sin embargo, le fue mucho peor con los guardianes de la moral y los vengadores de la honra de Dios. Wagner, entre mil peripecias y contrastes, "vivió su vida", como dicen hoy, y consumó su obra: Verdaguer vio su vida tronchada y su obra inconclusa. No hay que engañarse, como lo hace Ramon Ruiz Amado en "Razón y Fe" (1903), a la muerte del poeta: no es verdad que Verdaguer haya *obtenido lo que le era debido*... y "desvanecidos los nublados, volvió a brillar la serenidad en el alma del poeta... con la luz tibia y amorosa de los crepúsculos; por lo cual hay que vedar a las miradas indiscretas las debilidades del hombre...", y aprovechar cuanto antes para nosotros *la aureola del cristiano y del poeta*. Esto

es retórica... jesuítica. Mas aún, es falsedad neta: no "volvió a brillar la serenidad"; no hay que velar nada las *debilidades del hombre,* sobre todo si son calumniosas.

La vida de un hombre superior es *su obra.* La obra de un hombre superior va creciendo desde su madurez —según la norma de Goethe: *renovarse es vivir;* y cada nueva obra es nueva y testimonia de un mayor enriquecimiento de facultades y una fresca conquista. Las obras últimas de Verdaguer: *Roser de tot l'any* (1894), *San Francisco* (1899), *Flors del Calvari* (1901), no testimonian tal enriquecimiento, muy al contrario: testimonian decadencia de facultades, tronchamiento. Son libros hechos y publicados de prisa y con visible esfuerzo para ganarse el pan. *San Francisco* debía llegar a ser, en la mente del poeta, que acarició el tema desde la adolescencia, una epopeya que fundiese en uno *La Atlántida, Canigó* y los *Idills,* hacia el mayor cántico épico al cristianismo que se haya escrito.

Eso fue aniquilado.

Era fatal. Pero Dios sabe por qué deja aniquilar cosas que serían grandes valores para los humanos. ¿Qué le importa a Dios nada, fuera del alma del hombre?

Dios no es como lo pintan
Hoy día en tanto retablo.
Yo como santo no hablo,
Pero te prevengo a vos,
Que algo ha de saber de Dios
Quien sabe tanto del diablo...

Tenemos, pues, por posible que Verdaguer haya sido un mártir obscuro, como lo retiene ahora la "leyenda de Verdaguer" entre el pueblo catalán. ¿No es su caso el de Juana de Arco? Y aun su misión recibida de Dios fue más sacra, quizá, que la de Juana de Arco; pues su misión de hacer una obra poética católica se convirtió en sus últimos años en misión de resistir al fariseísmo, poner el cuerpo en defensa de la fe verdadera, de la "civilización cristiana": de la "civilización de la persona".

Dice San Agustín que los mártires de los últimos tiem-

pos serán mayores que los primeros; porque éstos lucharon contra los emperadores y los venideros lucharán contra Satanás: su martirio será interno y externo, y encima, no tendrá la honra del martirio.

Quien sabe si Verdaguer no fue un verdadero "mártir de los últimos tiempos".

Queda esto: el sobresalto que produjo en España la aniquilación de Verdaguer por la poco española "disciplina eclesiástica", es honroso para España. Muestra cuán hondo subsistía en ella hace cincuenta años la "civilización de la persona": es decir, el cristianismo de Cristo.

Penella de Silva [1] caracteriza nuestra civilidad occidental y cristiana, frente a las civilizaciones muertas o estancas, como la civilización que tiene en cuenta, quizá primordialmente, la felicidad del individuo y no la felicidad de la colectividad —la cual no puede ser felicidad, sino simple orden externo o belleza estática y muerta. Nuestra civilización se sobresalta cuando un súbdito es atropellado. "Por el injusto ataque a uno de sus hijos, al pronto se la ve saltar, dispuesta en su indignación a jugar por él, incluso la vida de muchos, con muy mayor coraje que se la ve saltar por el daño que se le infiera a ella, aunque este daño también traiga dolores a sus gentes..."

Esto fue verdad en tiempos pasados, y es verdad en teoría; y en la práctica quedan aún de ello profundas raíces, sobre todo en España, país de Don Quijote.

Nuestra civilización —¡al servicio de la persona humana!— se sobresalta ante una jugada falsa, aunque sea con un peón; y está pronta a manotear el tablero y aun a echar todas las piezas a la bolsa, Rey, Reina y Caballo, y a empezar de nuevo. Esta módica *disputa de curas por un permiso* lo prueba. Ante una injusticia, el español está dispuesto *a poner en cuestión todo, hasta la religión* —cosa que le cuesta mucho al inglés, con su instinto de organización—;

[1] En su libro *My dear Mr. Truman*, refundido en castellano con el título de *Civilización y contracivilización*, y publicado en "Revista de la Universidad de Buenos Aires", núms. 15 y 16.

"no por el huevo, *sino por el fuero*", como dicen allá. El español encuentra un camino cortado por la lluvia y se las agarra con el gobierno y hasta con Dios: blasfema.

Se nos podría objetar el caso de Bartolomé Carranza, en que un gran teólogo y gran espíritu religioso fue llevado a la muerte lentamente entre las duras manos de la Inquisición, empujada por Felipe II y por sus mismos hermanos de Orden... Pero es que en este caso, el que representaba a España, a la religión y a la justicia personal (a nuestra civilización), era el ceñudo Arzobispo de Toledo - y sus pocos y fieles amigos. Era el aragonés quien exigía "justicia total", aunque hubiera de costarle la vida y todo —como le costó: *que se hicieran las cosas bien*, aunque el proceso y por ende su prisión y sus torturas durarán 19 años, es decir, prácticamente hasta la muerte. Un italiano hubiera soslayado, "combinado" y compromisado con la sociedad; como lo hizo en análogo caso el Cardenal Petrucchi y Galileo. Con cierta razón, aunque *inhumanamente* (o *incristianamente*), Menéndez y Pelayo acusa a Carranza de "*haber sido él mismo quien prolongó el proceso*". Sintiéndose inocente —más aún, meritorio— por su Catecismo y sus conversaciones con los protestantes (notable intento de un teólogo de liberar la verdad cautiva en la teología protestante, integrándola en la católica, al cual aún nadie ha hecho justicia), Carranza quería volver al Arzobispado con todos los honores para proseguir su obra. No le entraban en la cabeza las *combinazioni* para recobrar su libertad a medias. Era el "fuero" lo que le interesaba más que el "huevo": es decir, su "fe"; sin la cual se sentía nada. El católico tiene la obligación de "hacer portarse bien" a la Iglesia Católica, cueste lo que cueste. Si admite en su interior que "La Iglesia es una porquería" (o que "la Iglesia está putificada", como me decía ayer un clérigo salteño), deja de ser católico.

Así, pues, el proceso de Juana de Arco, el proceso de Galileo, el proceso de Carranza, el proceso de Petrucchi, el proceso de Dreyfus, conmovieron a Europa. "Y es muy hermoso esto —escribe Penella—, pues nos da la certeza de

que nuestra civilización no nos ha traicionado, la certeza de que no se ha hecho fin de sí misma, convirtiendo la persona en individuo o en rodaje, sino que sigue siendo un medio para la felicidad de sus criaturas... Pero, entiéndase bien, no se trata de la felicidad colectiva, sino de la felicidad individual; esto es, de cada criatura, una a una. Es la persona de carne y hueso, la persona con nombre, por insignificante que éste sea —y no la enorme masa innominada—, el auténtico objetivo de sus afanes..."

Esto es verdad, en teoría al menos, como dijimos; pero hay que ponerle un pero. En la práctica, se va cumpliendo de menos en menos, desde que murió Verdaguer y mucho antes. La sociedad se "socializa": lo social va achatando, oprimiendo y devorando cada vez más lo personal. Es claro que lo social tiene sus grandes derechos: no somos individualistas cerrados como Spencer. Se trata de un delicado equilibrio que obtener entre lo social y lo personal: equilibrio difícil, que en la deficiente historia humana y en su perenne pendular entre evolución e involución, se ha verificado rarísimas veces con perfección; pero hacia el cual tiende en Occidente toda solución de prosperidad pública, como todo desastre nacional acusa uno de los dos desequilibrios de anarquía o colectivización. Ya en el siglo XVII, Stuart Mill se quejaba (en su potente librito *On liberty, three essays*) de que en Inglaterra comenzaban a fracasar y a disminuir las individualidades potentes, contra cuya formación y acción todo se confabulaba entonces, según él, y principalmente el *estatismo* y el *puritanismo* (como si dijéramos la Disciplina-Eclesiástica), y a predecir la decadencia lenta del Imperio *"que no ha sido creado por adocenados sino por excéntricos"* —dice el filósofo...

Lo esencial es que el polo personal esté arriba y no abajo en ese eterno bamboleo, aunque sea muy poco elevado sobre la línea del horizonte; que la persona lleve el acento, de modo que aun los sagrados derechos de lo social tengan en definitiva como último objeto lo personal. Mas hoy día se han invertido los polos, y lo social se ha tornado tiránico.

en virtud de lo que llaman *colectivismo* o "totalitarismo", o sea esa estatolatría formulada ideológicamente por Hegel. La sociedad extiende sus manos de hierro a todas partes y se apodera no ya sólo de la propiedad, sino del derecho de propiedad; no ya de la educación, sino del derecho y la posibilidad de educar; no ya de la cultura, sino de la libertad de pensar (o expresar su pensamiento, que es lo mismo); no ya solamente de la justicia, sino —lo que es más grave— del *derecho*; como notaba agudamente poco ha Ortega y Gasset.

Cuando una sociedad emplea todas sus fuerzas, no ya en un fin superior a ella, sino en conservarse a sí misma; no sólo sus fuerzas, sino las fuerzas íntegras de sus sujetos, tronchando para eso las fuerzas de sus sujetos más excelentes —está enferma; como un organismo cuando la fiebre lo inmoviliza sabiamente en la cama. Y entonces, así sea la mismísima Sociedad de Jesús, está condenada si no reacciona.

Por eso dije que Verdaguer en este encuentro representaba la religión verdadera, y no sus jerárquicos perseguidores; y la religión española reaccionó bastante bien. En frente del poeta estaban la Curia, la Nobleza, la Compañía de Jesús y el Partido Clerical —esos cuatro pilares del Cristianismo—, sin contar la Santulonería —esa peste; y los elementos más selectos en la inteligencia, la ciencia y la política española no vacilaron en ponerse de su parte y mandar esas cuatro piezas al bolso.

¿Sigue hoy siendo igual España? No lo sabemos. El testimonio del hijo de Martín Fierro está en contra:

Yo he estao en aquella tierra
Que el Mediterráneo baña;
Le he visto la misma entraña,
Oí a sus grandes dotores;
Les diré sin resquemores
Que ya no es la misma España.

Queda un rastro y un rescoldo,
Sólo digo lo que he visto;
Queda un fuego en ese misto,
Diré para el que lo entiende.
O esa brasa crece y prende,
O se viene el Anticristo.

Creo que estamos de acuerdo en el fondo con Penella de Silva: él expone a lo orador los lugares comunes de lo

que fue, debe ser, y puede (volver a) llegar a ser; pero no escruta como sociólogo *lo que hay*.

Creemos que está tocado de "optimismo naturalista". Verdad es que él postula para llegar-a-ser (que da como seguro y previsible) la lucha de todos unidos contra la *contracivilización involutiva*. Pero esa lucha, esa lucha... Deshecha la informe e imperfecta "Cristiandad", esas Naciones Unidas están hoy recontradesunidas; y el capitalismo se camufla de "lucha por la civilización cristiana...". No la vemos a esa lucha ideal que proclama Penella. Ya no hay más "cruzadas" —ni siquiera "dudosas".

17. ¡ESPAÑA!

¡Oh España, España, tú a quien dio el Destino
Misiones siempre arriba de tus fuerzas,
De dudosas Cruzadas y dispersas,
El hueso sin tocino.

Pues tu Quijote vive a puro vino
Y su escudero vive a puras berzas,
Y hacen más ruido que otra cosa, tersas
Muelas de Dulcinea en tu molino.

El hidalgazo del escarbadiente,
El clérigo ignorante y prepotente,
Lázaro y el Buscón y Celestina.

Vagan ociosos, mientras el obrero,
Con el "racionamiento" no cocina,
Y con el "extraperlo" y sin harina

Trabaja para el "Duque" ahito y huero,
Y mira arriba con furiosos ojos,
Donde ve en vez de Dios un avispero...

¡Levántate, oh león, y echa tus piojos!

Cuando volvimos de España hace dos años después de otros dos de inmoración (o inmuración) nos preguntaban:

—¿Qué tal la España, usted que ha visto la España?

Respondíamos:

—No sabemos. No la hemos recorrido. Estábamos reclusos. Sólo podíamos verla a través del ojo de un cerrojo.

Pero, pensándolo bien, por el ojo de la cerradura es donde se ven las cosas secretas. Por el ojo del Arco de Triunfo, por la puerta dorada por donde entran los turistas, no se ven más que las cosas doradas. ¿De oro o de oropel? No lo sé. Doradas.

Somos más curiosos que cualquier sirvienta: algo hemos debido ver —además de *la última palabra sobre el caso Verdaguer*, que estamos pretendiendo dar aquí.

Vimos lo que resumimos en el soneto arriba, bizco o derecho. Cuando hay tantas cosas que decir que no caben en un libro, se hace un soneto.

En primer lugar, que el gran pecado de España es ser pobre. *España es pobre*: sea por ser "oligohídrica", como dice Ramón y Cajal, sea por otra razón cualquiera. Marañón ha hecho la descripción del empobrecimiento brusco de España bajo el Conde-Duque, tan fielmente retratado en la "picaresca". Otros han hecho la teoría: ¡fue el oro de América que deslumbrándola arruinó su industria! (Pastor, Papini); fue la expulsión de los moriscos y judíos (Lafuente, Sáenz de los Ríos); fue su absoluta incapacidad para la técnica (F. List); fue la Iglesia Católica (Gibbons, Macaulay); fue su inveterada haraganería (Michelet, Montesquieu y otros).

Fue antes que todo, quizá, sus grandes misiones universales "de hueso sin tocino", su vocación a la virtud de la Esperanza.

El español es el hombre de la pasión, no el hombre de la acción o la inteligencia, según Madariaga: si una gran pasión unifica su latente anarquía (lo cual no es nada fácil), es trabajador, activo e inteligente como el que más. Pero las pasiones que suelen apoderarse del español, no es la pasión

de la avaricia; y el Torquemada de Pérez Galdós es una monstruosa excepción; tanto, que el novelista lo difundió en cinco novelas sin poder agotarlo. Es más bien la pasión de la religión o del honor —o del honor de la religión—, como en Granada, en Flandes, en Trento, en América. Los brutos sedientos de oro que vio Heine en América, son una filfa protestante. Sancho mismo, apenas se ve gobernador, se olvida de su constante preocupación por los reales, y manda a Teresa Panza unas calzas, un vestido y pocos dineros. ¡Con la oportunidad que tenía para "coimear"! En cuanto al Quijote, vive borracho del vino del amor y del honor, sin bolsa ni dineros. A Sicilia, a Napoles, a Milán, a Flandes, a América, los españoles llevaron más que trajeron, pese a los potosís y a las "encomiendas...". Esa es la verdad.

Castilla la pelada, la *oligohidrica*, la superpoblada, llena de ascetas, de monjes, de labriegos raigonosos, de segundones sin renta, de pecheros agobiados, de soldados, preside todo el cielo de las conquistas españolas. Ahora mismo, el vulgo catalán se queja de que los esquilma Castilla; y en realidad, Castilla *se sacrifica* por las provincias periféricas —hasta cierto punto. Lleva el peso de la política y de la guerra, las dos grandes cuestiones de una nación.

A la guerra me lleva
Mi necesidad;
Si tuviera dineros
No fuera, en verdad.

Por falta de grandes pasiones colectivas, el español sería ahora (como lo es por cierto) haragan y fiestero, pasivo y fatalista, insubordinado, aislado del mundo y displicente de la técnica y las ciencias experimentales. "¡Que inventen los otros!" —decía Unamuno. Lo malo es que los otros no inventarán *para ustedes*. ¡Afuera del Plan Marshall!

Ramón y Cajal en su libro sobre el *Método de la Investigación Científica*,[1] examina las seis o siete teorías acer-

[1] *Los tónicos de la voluntad,* discurso de incorporación a la Real Academia Española. Espasa, Colección Austral, Buenos Aires, 1948.

ca de la *decadencia de España,* y después de refutarlas a todas, en parte al menos, formula la suya, de que la decadencia de España, al menos en las ciencias positivas y experimentales, arraiga en su persistente y terco "aislamiento". El África realmente comenzaría en los Pirineos, barrera natural que la corta de Europa; y el mar que la ciñe los otros confines, la invita más a lanzarse en busca del *vellocino de oro* a otras partes lejanas que a traficar con Europa, a imitar a Europa y aprender de ella, a bonificar su propio precario territorio con los métodos y los inventos europeos, que no la llenan, que no la llenan.

Pero, ¿de dónde provendrá ese terco y prolongado aislamiento?

Ramón y Cajal no hace sino trasladar el problema. La *splendid isolation* de Inglaterra, su insularidad, su soberbio desprecio del extranjero ("these foreigners...", que dice el inglés despectivamente), no le han sido ruinosos como a España.

La "peninsularidad" de España viene posiblemente de las otras causas que, una tras otra, los pensadores modernos de España han formulado en teorías:

- el clima tropical ("teoría térmica"),
- la escasez de lluvias ("teoría oligohídrica"),
- la economía precaria ("teoría económica"),
- los desastres y vicios políticos ("teoría política"),
- el fantasma religioso ("teoría krausista"),
- el orgullo y la arrogancia españoles ("teoría psicológica"),
- el catolicismo ("leyenda negra protestante").

Pero falta la *teoría metafísica,* que unifique todas esas causas (que Cajal acepta como parcialmente verdaderas), reales desde luego, pero que en otras naciones no han tenido los mismos efectos. Esas causas produjeron el *aislamiento* de España; pero, ¿qué es lo que las unifica y las conserva? ¿Qué es lo que las *vertebra?* No se puede admitir sea España *por naturaleza* y sino racial *invertebrada,* como sostuvo Or-

tega en un momento de hondo pesimismo —que después él mismo quiso rectificar.

Tiene que ser algo de la cabeza, pero una enfermedad *curable* de la cabeza (no se debe admitir una tara constitucional de todo el organismo, como teme Ortega), porque en el mundo todo baja de la cabeza: y las enfermedades de la cabeza todas son graves" —dice Hipócrates.

Es decir, queda por hallar el factor intelectual que (prescindiendo de los factores meramente geográficos o históricos, que no pueden ser sino "causa material" en este caso) sea la raíz de otros factores voluntarios y morales. "*Conforme el hombre piensa, así camina*" —dice el paisano. Conforme al pensar, es su sentir, su imaginar, su desear y su querer —es decir, todo su ser moral. De cabeza baja todo —decía Arrisporrúa.

Puede que España ande pensando mal; y eso, paradojalmente, por demasiado "bienpensante". Eso apunta el final de nuestro arriscado soneto.

Soneto que no se puede negar es bastante descomedido para hecho por un extranjero; pero peor es el soneto que nos dedicó a nosotros el "gallego" Gil de Oto —o quien sea:

Salve, país del Plata y de la plata,
Vanílocuo, bastardo y botarate,
Donde la carne y la gloria es barata,
Mitre es un héroe, Mármol es un vate.

Salve, país donde la gloria en lata
De carne, se difunde sin debate,
Que a sus héroes destierra, ensucia y mata
Y a sus explotadores palmas bate.

Inútilmente gastas bronce y mármol,
Nación sin fuste, frutos ni raíces,
En hacer placas y erigir "estatuos"...
No eres cedro civil ni cinamomo,
Sino el Ombú de frondas infelices,
Árbol que sin ser árbol se cré árbol
Finchado y fofo yugo megalómano...

18. ¡ESPAÑA!

España está atrasada actualmente, en parangón con otras naciones, en las ciencias experimentales, la técnica, la industria: constatación que pudimos hacer con respecto a Italia personalmente. Eso todos lo dicen; pero lo malo es que también está atrasada y desde hace mucho tiempo, en filosofía y teología —pese a que de ordinario se dice lo contrario. *"España desprecia las ciencias mecánicas, porque su vocación son los altos vuelos del espíritu, la Filosofía y la Teología."* Filfa. Mucha más teología, pasión y afición de teología hay en Inglaterra o Francia, por ejemplo.

Desde Francisco Suárez hasta Unamuno y Ortega, España no ha tenido un solo gran filósofo, pues Balmes no es sino un pimpollo de gran filósofo marchito, prematuro y sin granar; y el ciclo de los grandes *místicos* se cerró también en el siglo XVII.

Los dos que hoy representan la filosofía española, ¿soportan el parangón con los grandes filósofos europeos contemporáneos? Unamuno es un gran escritor y robusto pensador; pero su filosofía es un desastre: incoherente y elemental. Ortega es más un *tenor de la filosofía* que un filósofo: es un talentoso ensayista doblado de un fino escritor con sus mangas y capirotes (y papillotes) de poeta. *Su sistema* —que él suele invocar—, no existe. Casi todas sus ideas son prestadas. Es una mariposa de la filosofía alemana, "mariposa espléndida y atiligranada", para hablar en el estilo de él.

Francisco Suárez no es un gran filósofo ni un gran teólogo. Dicen fue un gran jurista: no podemos apreciarlo en ese extremo.

Un conocido nuestro, estando nosotros en Barcelona, quería presentarse al "Congreso Suareciano" que allí funcionaba, y exclamar solemnemente en una sesión plenaria: *¡Suárez es la causa de la decadencia española!*

Fue disuadido por suerte; porque la podia pasar muy mal. Era "tomista" furioso. Entonces escribió una larga *Memoria*, abarrotada de tecnicismos, en prueba de su desaforada tesis, cuya lectura le hubimos de soportar.

El punto de la *Memoria* era éste: Suárez es el filósofo de *lo conceptual*, en contraposición a "lo intuitivo". Por tanto, no es un gran metafísico, es una especie de Víctor Cousin escolástico. Ahora bien, lo que hace al gran filósofo es su *metafísica*; lo que le da el tono es su *intuición del ser*. Allí donde Santo Tomás ve, Suárez razona; donde el Angélico razona, Suárez discursea, divide, clasifica o ensambla.

Allí venian para probar esto una cantidad de ejemplos, análisis, disquisiciones. Hasta el estilo latino de Suárez era objeto de un análisis. Decía nuestro amigo que él era un fiel espejo de un pensamiento "conceptual", no-intuitivo: el estilo o falta de estilo de Suárez.

Lamentamos no tener a mano la *Memoria*; que por otra parte es demasiado pesada y escrita en catalán, con muchos textos en latin y griego.

Según nuestro amigo, Suárez habría llevado tras sí la "ciencia española", desviándola y esterilizándola. Impuesto por obligación, por puntillo de honra nacional, y por facilonería, Suárez influyó en todo el proceso intelectual español hasta nuestros días, positiva o negativamente; hasta en Balmes, hasta en Unamuno —aunque éstos no lo sepan—, hasta en Ortega.

Suárez no es un gran teólogo: le falta la mística, que es el fuego interior y la cumbre de la dogmática, lo que la metafísica es a la filosofía. El consumó la separación de la dogmática y la mística, y produjo una teología seca, formalista, racionalizante y hasta chabacana; aunque prodigiosamente erudita y no carente de una sólida ortodoxia, bastante *terre à terre*. Suárez defiende, por ejemplo, el misterio de la Trinidad, diciendo que constituye *una excepción al principio de contradicción* (!); solución facilona que libra de quebraderos de cabeza; pero zapa los cimientos de toda filosofía; y, por ende, de toda teología.

Otro ejemplo es su "explicación" del misterio de la Transubstanciación: según Suárez, en la Eucaristía se verifica la aniquilación de la substancia del pan y una *nueva creación* del Cuerpo y Alma de Cristo: porque el Omnipotente puede hacer también esto: volver a crear a un hombre que ya existe, y *mientras existe* (!).

Otra explicación fácil y mala; más aún, absurda. Las consecuencias de ese teorema son descomunales, y las sacaron sus discípulos: Arriaga, Losada. Su crítica despiadada está hecha en el libro *De Sacramentis*, por el Cardenal Billot.

Lo mismo digamos de su explicación de la Encarnación, por un *modo substancial*: invento de nuestro teólogo, que no ha tenido mucho éxito. Así, Suárez elimina la dificultad del *misterio*; y en realidad elimina el mismo misterio con *principios metafísicos falsos;* y lo que es peor, poniendo excepciones en los principios metafísicos, lo cual es contradictorio; y revela cuán pobre metafísico el granadino fue.

En cuanto a su metafísica, aunque se diga que no es sino "la de Santo Tomás puesta al día", es una metafísica cismática del tomismo, compuesta de injertos y ensambles, en que se dan la mano (o más exactamente, se tocan con los pies) Santo Tomás, Escoto, Occam y el mismo Suárez, lo que él llama *moderni*; palabra que ha dado origen al infundio de la "modernidad" de su metafísica. Suárez combina diversas tesis metafísicas eligiendo la que le va mejor, casi siempre en el sentido del menor esfuerzo, sin ver que a veces son inconciliables entre sí en el fondo; "se dan de patadas", no se dan las manos. Su metafísica, pues, no es un monolito, no es un orbe iluminado por un solo sol, como en Santo Tomás. Es una metafísica "ecléctica", como dicen; es decir, no es metafísica. Falta la luz interior de una peculiar "intuición del ser": que eso y no otro es una metafísica.

Suárez intenta probar sus principios metafísicos por *inducción*, lo cual es un contrasentido. Véase, por ejemplo, en su disquisición sobre la *Transubstanciación*, cómo prueba o quiere probar el principio por él inventado de que "*en toda transformación deben inmutarse necesariamente los dos términos*".

Ese no es un principio metafísico; será un principio físico, en todo caso. No surge como evidente de la sola introlección de sus términos. Suárez intenta demostrarlo recorriendo las diversas clases de transformaciones que conocemos, es decir, por *inducción*. No se prueban así los axiomas metafísicos. No se prueban de ningún modo: se ven o no se ven.

La *Memoria* (que estoy recordando como puedo) discutía después con acerbidad la invención suarista de los *modos substanciales* y la tesis escotista (nefasta, según mi amigo), de que el conocimiento intelectual del hombre comienza por lo singular; sin olvidar el *voluntarismo* suarista, raíz, según ella, del voluntarismo de Descartes y procedente voluntarismo de Occam —y muchas otras cosas que ahora se me escapan y que pesadamente me explicó el recio crítico.

El catalán concluyó con malicia, acabada ya la lectura, que a Verdaguer lo aplazaron tres veces en teología, *porque en el Seminario se enseñaba teología suarista*. Nosotros le argüimos que lo aplazaron porque no estudiaba: que se dejase de macanas. Rebatió con humor que "si hubiesen enseñado a Santo Tomás, Verdaguer habría estudiado: era un joven estudioso y muy inteligente. Se hubiera entusiasmado por Santo Tomás: no hubiera podido menos. Pero Suárez, con su teología y filosofía sin coherencia íntima, sin "desemboque en la percepción", sin relación continua con lo concreto, no puede dar cohesión intelectual, gozo intelectual, contemplación: no puede entusiasmar a nadie y menos a un tipo genial. Aburre, deseca, hincha: forma conceptualistas, racionalistas y, a la postre, charlatanes. Desvía al intelecto de su natural sendero y lo empantana en clasificaciones y distinciones de palabras.

"Y lo que le pasó a Verdaguer, le pasó a toda España" —concluía. Suárez impuesto por obligación, propagado por su poderosa Orden y vulgarizado por el clero, tiñó de *conceptualismo* la mente española, y la hizo reacia a las ciencias positivas; y estéril en las especulativas. Relean lo que escribió Bergson sobre el "conceptualismo", ese vicio mental nefasto a la filosofía, que pierde el contacto con lo concreto.

y no se baña continuamente en la percepción: que es la raíz de todo conocimiento y única fuente del conocimiento de lo *existente* —y por tanto de las ciencias experimentales...

"Los conceptos no pueden darnos sino esencias, sólo la percepción nos da existencias" —dijo Kant; "los conceptos no bañados continuamente en percepción, sobre todo en percepción interna (la "intuición") son enfoques parciales y rígidos de la realidad, por lo común pragmáticos, que se hacen de más en más lejanos del imprevisible *devenir vital*, más pobres en contenido, más inseguros, más maleables, hasta convertirse en puro "conceptualismo", es decir, palabrería..." —añadió Bergson.

Este es el caso de Suárez y por mor de Suárez de toda la ciencia española —concluía el R. P. F. de P., O.P.

Era inútil discutir con él. Era una especie de suarifobo o antisuarómano.

19. LOS ESTUDIOS DEL CLERO

No se podía discutir con el dominico, porque tenía una verba incoercible. Nosotros no osaríamos pronunciar todo lo que nos dijo; y su tesis nos parece muy discutible y delicada: más aún, paradójica. Pero tampoco podríamos negarlo. Se necesitaría para dictaminar un estudio crítico profundo de toda la magna obra de Suárez, en la perspectiva de la Historia de la Filosofía, hecha por una gran autoridad. Eso no ha sido hecho. Ni se hará probablemente. La filosofía hoy día corre demasiado para que se pueda inmovilizar en el estudio de esa obra inmensa, pesada, aburrida, anacrónica. Sería preciso un filósofo encerrado de por vida en un calabozo con las *Opera Omnia* de Suárez.

"Ojalá que la obra de Unamuno y Ortega —decía mi

amigote— (el "vitalismo") represente en España la vuelta al *filosofar en concreto.*"

"Contrariamente a los asertos de la escuela krausista, creemos que efectivamente ha existido una ciencia y una filosofía españolas; pero pensamos también *que todo el talento de Menéndez y Pelayo no basta para demostrar que esa filosofía y esa ciencia hayan sido muy importantes"* decía Dusolier, resumiendo la polémica del gran santanderino contra Revilla, Sanz del Río y otros, recogida en su obra *La Ciencia Española* (*Aperçu historique sur la Médecine en Espagne*, París, 1906).

Si fuera verdad lo que decía el dominico, que Suárez ha comandado toda la ciencia española desde el Quinientos acá; y que Suárez es un filósofo "conceptual" —eso merecería gran consideración.

En efecto, esa "socialización" que nombramos arriba (con Penella de Silva) como el enemigo de la civilización cristiana, tiene una relación no vaga, sino inmediata y directa, con ese vicio mental del "pensar conceptual" —o "conceptuoso", como dicen los imbéciles de por acá en son de alabanza. Porque lo que es "lo conceptual" a lo intuitivo, es lo social a lo personal. Lo social es general y se edifica con *conceptos* generales; lo intuitivo llega hasta la persona, que es siempre concreta, individuada y diferente, un mundo diverso en cada uno, *cad'uno es cad'uno*. Y en definitiva, sólo la persona existe; no existe *el Hombre* de los filósofos del siglo XVIII.

Después de la lectura de su imposible *Memoria*, el tremendo dominico se destapó con una acre diatriba acerca de los estudios en el clero español; que no nos atreveríamos a transcribir aquí como la tenemos notada en nuestro diario.

"Los estudios del clero español estaban en nivel detestable —por lo menos cuando yo los conocí (había sido profesor de Seminario). Ahora dicen que están en plena ascensión y revivicencia. ¡Quiéralo Dios! Yo no lo creo si no lo veo.

"El cura español no aprecia el trabajo intelectual, y el

ambiente en que él actúa, mucho menos. Al contrario, muchas veces. Los Obispos no son elegidos entre los más doctos e intelectuales (lo cual quiere decir simplemente "espirituales"), sino entre los mejores administradores y gerentes. ¡Como si la Iglesia fuese una compañía industrial o mercantil!

"No digo que no se necesite también para obispar bien buena dosis de talento práctico. Pero lo malo es que los "practicones" *sin* excelencia intelectual suelen tomar en inquina a los "doctores sacros". Y, sin embargo, San Pablo enumera el carisma de *Doctor* junto al de *Pastor:* y antes que él, incluso. Un buen teólogo merece tanto respeto como un obispo, en ley paulina. ¿Se da eso hoy, por ventura?

"Fíjense cómo describen a los curas españoles, tomándolos de la realidad, los grandes novelistas españoles, Clarín, la Pardo Bazán, Pereda, Pérez Galdós... Cuando describen curas ineptos es un desastre naturalmente: vean la gran galería de curas ridículos y repelentes que trae Pérez Galdós, vean el Obispo y el Vicario de Rusinyol, los religiosos de Gabriel Miró... Pero aun cuando describen curas buenos, los curas mejores... son sacerdotes sin prestancia ni prestigio cultural, *buenitos, bondadosos, mortificados*, a la *manera* de "San franciscos", según la falsa idea que tiene el mundo de San Francisco: un sentimental; el cual en la realidad, siendo un gran místico, era un doctor nato, de por el Espíritu Santo y no un poetoide sentimentaloide, como lo pintan...

"La única excepción es Alarcón, con el jesuita que describe en *El Escándalo*, gran novela. Pero aun a ése lo hace un hombre de mundo, de mucha viveza y mano izquierda; no un sabio y un letrado."

— ¿Qué grandes escritores han tenido ustedes —volviéndose hacia mí— después de Gracián, al cual aplastaron? Coloma, al cual también aplastaron... Después de Coloma, Vilariño, un mediocre. Después de Vilariño, nada. ¿Para eso *estudian tanto?*...

Viéndome interpelado, le objeté que actualmente hay una grandísima proliferación de estudios eclesiásticos: de libros, de congresos, de revistas...

—En cantidad, no en calidad —me dijo.

—La cantidad ya es algo. Después viene la calidad —le contesté.

—No. Hay que empezar por la calidad; por los maestros, que forman discípulos, y controlan con su crítica y autoridad a los audaces y charlatanes, a los "macaneadores", que dicen en su país. De esa inmensa cantidad de libros que se dan a luz, la mayoría son mediocres, dedicados a "contar los pelos de la cola de la Esfinge"; muchos de ellos repelentes, hechos por hombres que pasan vida muelle ocupados de cosas para las cuales Dios no los hizo, usufructuando una autoridad falsa. No hay crítica para los libros devotos. El que se atreviera a golpear a uno, ¡guay de él! Puede darse por perdido. Aquí en España, digo...

Me callé la boca. Recordé con amargura, que estando en la redacción de "Razón y Fe", examiné por curiosidad, doce libros devotos que habían llegado a la redacción en menos de una semana. De los doce, nueve eran inútiles, a mi juicio. Alguno era dañino: ascética desencarnada, como dicen, sin buena teología, y con mística sentimentaloide. ¡Oh manes de Luis de Granada y Fray Juan de los Angeles, qué diréis ahora! Fray Luis de Granada, que se sulfuraba contra los "libros de cocina" (pues entonces apareció el género de doña Petrona Gandulfo), ¡qué diría ahora de estos libros de cocina espiritual!

—¡Y todo por culpa de Suárez...! —le dije.

—En efecto —aceptó muy serio—. Es teología suareciana diluida. Ustedes no hacen más que escribir hagiografías de santos jesuitas, a cual más inútil; muchas de ellas no de santos, sino de estudiantes muertos en la flor de la juventud —cuando no se sabe aún qué dará de sí el hombre—, remembranzas de San Juan Berchmans; que fue uno, y ustedes lo multiplican al infinito. Perdóneme, pero entre nosotros corre este dicho: *la mitad de los jesuitas se ocupa de escribir la vida de la otra mitad.*

—¿Y ustedes? —le dije yo.

—Igual. ¿Qué le vamos a hacer? Es un mal general. La

literatura católica se ha convertido en propaganda y polémica. ¡Y qué propaganda y qué polémica! Contraproducentes, créame usted.

—¿Y qué me cuenta a mí? ¿Qué puedo remediar yo?

—Ustedes en América pueden mucho quizá. Pueden hablar. Aquí nosotros estamos envarados. Aquí ahora nada se puede hacer. Ustedes allá...

—¡Ejem! —hice yo—. Siga, Padre, acerca de los estudios eclesiásticos...

El otro prosiguió con su diatriba.

—Como le decía, el mismo Pereda, que tiene un afán apologista, que incluso le daña a su arte, y es clerical rotundo, ¿qué curas retrató cuando quiso hacerles propaganda? El Pae Polinar, misericordioso y ridículo; el rústico cura de Lumbreras; el bestial *seminarista* de *La Puchera*. Nada más. Ni un solo letrado, ni un solo Tirso, ¿qué digo?, ni un solo Mariana, ni un solo Cisneros: ningún cura eminente intelectualmente, ni un solo gran obispo apostólico. El cura de aldea, ése es su fuerte, lo mismo que el del simpático autor de *La Casa de la Troya* y *Currito de la Cruz*, Alejandro Pérez Lugín. Es que no los hay. Todos son Morgades: de los cuales Pérez Galdós ha hecho riza.

—Y risa —dije yo.

—Para ustedes los argentinos es lo mismo —sonrió.

—Todo es lo mismo para nosotros —le dije—. ¿Qué quiere que nos importe Francisco Suárez? Allá no lo conocemos; no le debemos ni nos debe nada.

Me miró un rato sonriendo; y cambió bruscamente de tópico:

—Nosotros hemos sido batidos en sangre —dijo lentamente, mirando arriba—, no hace mucho. El clero español ha rendido un tremendo tributo de sangre y el pueblo español más. Una parte de España se convirtió en Caín; o las dos, mejor dicho. Nos mataban a nosotros los sacerdotes como perros, este pueblo español que llamamos católico. Si yo le pudiera echar la culpa a Rusia, sería feliz; pero no puedo echarle la culpa a Rusia. De aquí, de abajo de esta tierra

brotó todo, lo malo como lo bueno. Los que abatian con toda tranquilidad a sacerdotes y frailes, y los buscaban para eliminarlos, eran gentes de por aquí; gentes que después, al ser tomados prisioneros y fusilados, se confesaban muchas veces y morian en la fe. ¿Sabe cuántas personas fueron trucidadas fría y cobardemente aquí, sin contar los muertos en combate? Bueno, no se sabe, pero dicen que solamente en el matadero de Moncada (esa aldea al norte de Barcelona, con sus barrancos y hondonares se convirtió en un *matadero* y cementerio natural) se asesinó a 18.000 personas, por lo bajo. Algunos dan mayor la cifra todavia. No sé...

Hablaba trabajosamente y repetía las frases.

—No sé si esa matanza, ese desborde innatural de crueldad en nuestro pueblo, lo hemos entendido aún. Sentir, ya lo sentimos. Pero no sé si lo hemos entendido. No sé, vamos.

Calló un rato y después dijo:

-Hay demasiados casos como el de Verdaguer en la Iglesia, casos en que la inteligencia es destrozada por la sociedad. Cuando es la sociedad religiosa, es pésimo sintoma.

A mi se me ocurrió de repente una pregunta extraordinaria:

—¿Cree usted que hay una relación entre el caso de Verdaguer y las matanzas de sacerdotes en Cataluña?

—Hay una relación directa —nos dijo.

De esa palabra del monje catalán sacamos en "simbolismo" (como quien dice) a nuestro personaje Migué Lopes Serrero: así como de la conversación con él —que fue mucho más larga que esto— sacamos el verso impertinente:

el clérigo ignorante y prepotente.

Vaya, pues, el soneto y las reflexiones desenfadadas que lo comentan a cuenta del dominico catalán. Es impertinentísimo meterse a criticar o arreglar en casa ajena; sobre todo cuando se tiene mal arreglada la propia. No sabemos "historia de la cultura", la que enseñan en Tucumán.

La historia no es nuestro fuerte. ¡Cristo! ¡Cuándo se van a dejar de fatigar con la *historia de la cultura argentina!*

20. LOS OTROS VERSOS

Pocas palabras antes de volver a Verdaguer acerca de los otros versos del malhadado soneto.

Lo que apuntan de la haraganería del español, no se aplica a los obreros hoy día. De éstos, hay muchos que trabajan demasiado, quizá la mayoría. Trabajan demasiado y sin alegría, por lo menos en los medios que yo he visto. las fábricas de Manresa y Barcelona: en la sumisión forzada y el descontento.

En España ha triunfado el *capitalismo católico*. La huelga y el sindicato han sido copados por el Estado. El *Sindicato Vertical*, que llaman allá, es una simple palabrería; más aún, es una contradicción. La conglomeración de patronos y obreros bajo la presidencia nominal del Gobierno para resolver los problemas del trabajo, es simplemente suprimir al obrero como persona de derecho. En una mezcla tal, el obrero no tiene voto alguno efectivo, solamente tiene voz. Y ni eso tan siquiera: pues no van a las superfluas reuniones, se limitan a pagar la cuota del Sindicato —como un impuesto más. La misma displicencia reina con respecto a las elecciones, inefectivas y complicadas, que no han entrado en las costumbres y son un mero simulacro, por ahora al menos. Reina una centralización estatal formidable.

El derecho de huelga está suprimido totalmente. de hecho, aunque no en los papeles. El derecho de no aceptar o no cumplir un contrato de trabajo cuando las condiciones son inconvenientes o imposibles, es un derecho natural: el Estado puede reglamentar la huelga o reprimir sus abusos, pero no suprimirla. Mas en España está netamente estrangulada de un modo súbdolo con la "tarjeta de racionamiento".

El "racionamiento" se impuso durante la guerra civil; y sigue todavía, alimentando una copiosa burocracia. Por él, el obrero puede obtener los alimentos ordinarios (¡y tan or-

dinarios!) a precio inferior: pero también gana salarios inferiores; de modo que sin la tarjeta de 1ª, 2ª o 3ª, simplemente no puede comer, trabaje o no trabaje. Pero la tarjeta se la puede quitar la autoridad en cuanto se le antoje. Por tanto, el obrero no puede chistar.

Porque la autoridad está de parte del patrono, a causa de la "producción nacional". Presencié conatos de huelga, sofocados con toda facilidad: la huelga es declarada "antipatriótica", y los huelguistas sobre tener que tragarse su querella, a veces justa, son deshonrados como traidores a la patria o poco menos; de modo que a veces el vejamen y la contumelia van a caer encima de la injusticia, como una llaga sobre otra. Tras cuernos, palos.

Este sistema de dieta y amenaza de hambre rige para el pobre solamente; el que tiene plata se arregla lo más guapamente por medio de la otra pieza del sistema, que es el *estraperlo*. El estraperlo es la bolsa negra o contrabando. Hay pan blanco, hay perdices, hay caviar, y hay de todo para el que pueda adquirirlo a "precios de estraperlo", lo cual no es decir "a hurtadillas", porque se hace ostensiblemente.

El *estraperlista*, que a veces está en las altas esferas, se enriquece fácil, rápida y enormemente. El estraperlo se ha injertado en un viejo vicio y deporte español, el contrabando, del cual no es sino una variación moderna, apenas disfrazada. Ganar mucho dinero con un trabajo irregular y peligroso, es una doble tentación para el godo, que lo fascina con el aliciente de la pereza y la aventura. En España es ahora una verdadera institución.

Esto es simplemente *colectivismo*, es decir, socialismo, ¿verdad? Una especie de socialismo refinado cubierto con el nombre de Dios y muchas palabras y fiestas religiosas. Sin embargo, el que lo combate es llamado socialista. No el que lo combate (no se puede combatirlo), sino el que simplemente lo denuncia. *Yo he sido llamado socialista* —me dijo el monje.

Esto es lo que oí y vi en España. Vi un sector muy reducido de ella, Cataluña; de modo que temo (o mejor dicho

deseo) equivocarme. Pero preguntado qué es lo que vi, eso vi; y no puedo decir otra cosa.

Es decir, vi por un lado el "trabajo obligatorio", y por otro, los "seguros sociales", la asistencia médica socializada, la jubilación y protección a la vejez constrictiva y comprada por medio de descuentos al tenuísimo salario: es decir, las dos piezas de lo que Belloc llama "la condición servil"; el trabajo forzado por un lado, el "paternalismo" por otro; y la dignidad de la persona humana por ninguna parte real y por todas partes en las palabrerías.

Bien hizo Verdaguer muriendo por el mínimum de dignidad personal indispensable a su persona, que le negaban sus Superiores.

Y basta acerca del maldito soneto.

No. Todavía no. Falta el estrambote.

"El Duque ahito y huero" del estrambote se refiere, entiéndase, al *Duque* de Cervantes, no al actual *Dux* de España, malamente llamado "Caudillo". Franco es respetado generalmente en España, según nos parece, y según puede respetar el español; la diatriba temible que contra él levanta el comandante Ansaldo en sus *Memorias* [1] no nos ha convencido. A "Francisquet" lo respetan en el fondo en Cataluña, pese a chistes, desplantes y refunfuños. A quienes no respetan ni aman es a algunos ministros, a no pocos magnates y a todos los figurones.

"El Duque ahito y huero" es, pues, el estraperlista enriquecido, el tiburón de las finanzas, el politiquero floripóndico, el aprovechador astuto y villano, toda esa fauna parasitaria que florece hoy día, según parece, alrededor de cualquier gobierno del mundo.

Para nosotros España representa hoy día la principal, quizá la última esperanza de la civilización. Si ella sucumbe (es decir, si se corrompe) no vemos nada más por ningún lado —hablando en lo natural. El Peñón de Dios.

---

[1] "*¿Para qué?*", por el general de aviación JUAN DE ANSALDO. Editorial Elkin, Buenos Aires, 1950.

21. LA OBRA

Verdaguer dejó una obra que vale mucho más que las "donaciones" que recibió en sus últimos años, y que deslumbraban y engolosinaban al primito Joan Güell.

Los catalanes dicen que con *La Atlántida* Verdaguer levantó el monumento de la lengua catalana: más aún, que creó la lengua catalana literaria.

El poema, en efecto, ostenta una riqueza idiomática extraordinaria: la lengua allí hablada soporta la comparación con los idiomas grandes de Europa.

El abundantísimo vocabulario no es lo que más importa: la riqueza de una lengua consiste en que sea breve, exacta y colorida. Creemos que la brevedad es la cualidad capital de una lengua, con tal que no sufra la exactitud. El catalán es más breve que el castellano, y su colorido es extraordinario. Es una lengua fresca y primitiva, concreta y vivaz, de extraordinarios recursos para el poeta, sin el lastre de las obesas palabras sesquipedales que el bajo latín legó al castellano: idioma pobre en monosílabos, y duro en las articulaciones.

Por eso la traducción de *La Atlántida*, por ejemplo, es imposible en castellano: Melchor de Palau la ha traducido en prosa, con lo cual el poema y sus movimientos, matices y majestuosa marcha rítmica desaparecen —no quedando más que el "argumento": ceniza.

Probemos a traducir en verso la 1ª estrofa, la dedicatoria al Marqués de Comillas:

Montado de tus naves en l'ala bendecida,
Busqué de las Hespérides el naranjal en flor,
Mas, ¡ay!, que es ya despojos
De la onda que por siglos señoreólo ardida.
Y, acéptalos, te brindo tan sólo estos manojos
Del árbol de la fruta auricolor.

No es lo mismo. Flaquean los últimos versos y pierden la brevedad y sencillez incisiva del original. Las dificultades se multiplicarían hasta la imposibilidad absoluta, si se abordara los trozos descriptivos de la lucha de Hércules con los Atlantes o el terremoto que descuaja los continentes, en los cuales la fuerza onomatopéyica de la lengua ruda y primitiva triunfa de manera inimitable.

Véase el encanto musical de estas líneas tomadas al azar del prólogo al opúsculo *Al cel*:

"No sé quin atractiu té per les criatures lo voliol, aquella cuqueta rodona y vermella que 's posa en los lliris, y més encara en les mates de boix, sobre tot en les altes montanyes...

Esta cita se podría multiplicar indefinidamente. El catalán es parecido al francés (en el vocabulario) y al castellano (en la gramática y en las raíces), pero tiene su sabor propio recio y tierno a la vez, rústico y dulce: y es latino hasta la médula. Su colorido es asombroso por la indefinida serie de combinaciones duras o crepitantes, unidas a las suaves y acariciadoras que dan las consonantes, manejadas más libremente que el castellano; sobre el cual posee además muchas más unidades fonéticas.

Esta lengua manejó, amplió y regularizó el estro del payés de Folguerolas, "el de más potencia poética que existe actualmente en España" (Menéndez y Pelayo, 1886); "el único poeta épico que tiene hoy España, quizá el mayor que ha tenido".

El crítico santanderino prefería, no obstante, la obra lírica de Verdaguer a sus dos grandiosos poemas épicos; y prefería el *Canigó* a *La Atlántida*. Confesamos no compartir este juicio del santanderino. *La Atlántida* nos parece lo mejor que dejó Verdaguer, sean cuales fueren las limitaciones de este poema casi de adolescencia.

22. *LA ATLANTIDA*

Es la primera obra de Verdaguer, rebosante de ímpetu y osadía juvenil, patriotismo español y cristianismo chatobrianesco, dentro de un cuerpo ceñido como en un corsé por la maestría más completa de la técnica y de la forma.

Verdaguer canta el hundimiento del continente que unía (si no miente Platón) la América con Europa, y el nacimiento de España y sus destinos, poniendo el relato en boca de un eremita en el tiempo del descubrimiento del Nuevo Continente (es decir, los dos grandes Hados geológicos de la Madre Patria) y fundiendo la mitología griega con lo sobrenatural cristiano, en una inmensa síntesis de glorias y recuerdos.

Batallan en el Mediterráneo un bajel de Venecia y uno de Génova: y tras la derrota y naufragio de ésta, un marinero genovés gana costa española, donde es recogido por un sabio ermitaño que, delante de un rústico retablo de la Virgen, le cuenta, para distraerlo de su desgracia, la antigua historia de aquellas aguas y el sino de la Atlántida. El viejo parecía el genio del Atlántico —*mas su gentil oyente era Colón*. Este es el pórtico del poema; en su final, Colón parte a su descubrimiento, después de la obtención de las carabelas, narrada en el bellísimo *Sueño de Isabel*, bajo la bendición del viejo solitario que lo exhorta a fundar el Imperio español y plantar la Cruz en un hemisferio entero.

Para unir estas dos verdaderas columnas de Hércules, Verdaguer hace héroe de su poema al semidiós griego en sus tres *Trabajos* españoles, la muerte del gigante Gerión, la derrota de Anteo, el robo del gajo de las manzanas de oro del jardín de las Hespérides, armonizando con exquisita maestría todas las alusiones mitológicas, reminiscencias geográficas, y atribuciones legendarias que nos ha dejado la antigüedad sobre España. Desposa a Hércules, primero con Pirene, reina de España, despojada por Gerión: y después

con Hésperis, viuda de Atlas, emperador de la Atlántida; y de sus hijos, dotados así de títulos al trono, digamos, jurídicos, hace surgir a la reina España tras la catástrofe del hundimiento atlántico, *Nova Hesperia*. Baleu funda las Baleares; Sardus, la Cerdeña; Luso, Lusitania; Galacte, la Coruña en Galicia, y Hércules, su padre en persona, Barcelona... no sin haber superado primero desastres y peligros titánicos, desde el incendio de los Pirineos hasta el derrumbe de la torre babélica con que los Atlantes, hijos de Atlas, querían escalar el cielo... arrojando montaña sobre montaña, como en el antiguo mito de los Titanes, cuando las aguas amenazan cubrir la Atlántida.

Menéndez y Pelayo dice que esta especie de epopeya cósmica y apocalíptica le gusta menos que el *Canigó*, por "poco humana"; no querrá decir ciertamente "poco romántica". ¿Qué quiere decir? Creemos que se refiere, en primer lugar, a la extensión quizá desmesurada de la escena y los sucesos, al predominio de lo geológico y telúrico y a la magnitud enorme de las peripecias, con el uso casi continuo de la hipérbole y la amplificación... Pero es de notar que el poeta está viendo en el *segundo diluvio*, por transparencia, la imagen del *primero* atrás; y la imagen del *tercer diluvio*, el Juicio Final, en el futuro; y por eso, ha logrado el mayor analogado que existe quizá en la literatura moderna del estilo de los profetas hebreos y las grandes epopeyas orientales.

Justamente esta nota de *poesía geológica y telúrica* que da Verdaguer es única en la literatura española: su potente imaginación consigue animar y casi humanizar mares, cordilleras, islas, ciudades y continentes, que por su misma mole no alcanzamos de ordinario ni a ver; a unirlos entre sí con los lazos de oro de su fantasía en una danza cosmológica, como si fuese él mismo el Arcángel formidable que es su *Deus ex máchina*. Verdaguer había hecho alpinismo, como buen catalán; y después había recorrido el Mediterráneo y cruzado el Atlántico como capellán del *Numancia*. Es verdad que su imaginación nerviosa parece que va más bien en avión que en buque; salta demasiado rápido extensiones enormes,

abarca demasiadas cosas en un vistazo, peligra aturdir o abrumar al que lo sigue; al mismo tiempo que mantiene demasiado el estilo sublime, pasando de lo terrible a lo tierno muy bruscamente y sin transiciones, como Hércules salta del Pirineo al Atlas.

Pero las cualidades del poema superan estos reparos; y leído en su original, arrastra, asombra, fascina. Es un mundo de titanes, más aún de ángeles, el que se nos representa.

"Poco humano", pues, significaría demasiado titánico. Contribuye también a esa impresión la mezcla de dos mitologías, una en la cual cree el poeta y otra en la cual no cree el poeta ni el lector: ese hibridismo enfría fatalmente el entusiasmo. Finalmente, la motivación teológica de la ira divina sobre el reino de Atlas parece desproporcionada y cosa de Seminario; en efecto, los hijos de Atlas y Hésperis se han enamorado de su madre viuda con amor incestuoso, y eso atrae sobre todo el continente la exterminación. "*Complejo de Edipo* avant la lettre."

Merejkovsky, en su libro sobre la Atlántida (que es también a fin de cuentas una especie de sombrío poema teológico en prosa) justifica el segundo diluvio —que él de acuerdo con los cientistas de hoy identifica con el primero— de una manera teológicamente más satisfactoria: la guerra universal y los sacrificios humanos. Los Atlantes, llegados a una gran civilización y extensísimo imperio, estarían haciendo lo de los hombres de hoy: *guerras universales de conquista y rapiña* (de hecho Platón nos los refiere guerreando con los atenienses), y el sacrificio de los prisioneros, que habría quedado como huella antiquísima en la civilización de los aztecas e incas —éstos, opresores del alma y la persona humana más que sangrientos asesinos del cuerpo—; cosa que refiere también, y no a tontas y a locas, a nuestra encantadora época.

No sabemos si Menéndez y Pelayo había querido insinuarle a Verdaguer que era romántico, al compararlo con Víctor Hugo, "con lo que es loable en Víctor Hugo, por supuesto" —dice el crítico... Verdaguer es un poeta *romántico*, en la épica como en la mística, en efecto.

23. POESIA "MISTICA"

La obra de Verdaguer se divide netamente en poesía epica (*La Atlántida* y *Canigó*) y poesía religiosa, que se inicia y se puede cifrar toda en su segundo libro, *Idills y Cants Místichs*; con el cual se podrían fundir sin dificultad, formando un voluminoso cuerpo, los que siguieron: *Montserrat, Cántichs, Caritat, Lo Somni de Sant Joan, Jesús Infant, Veus del Bon Pastor, San Francesch, Flors del Calvari, Santa Eularia, Ayres del Montseny, Flors de María, Al Cel, Eucarístiques* —y aun muchas piezas contenidas en *Disperses, Juvenívoles* y *Barcelonines*. Ese volumen *Patria* tiene también tono general, y muchos poemas religiosos.

Esta obra, como se ve, es muy vasta; pero es monocorde; y, como veremos, no es profunda. Francamente, nos parece más grande y original Verdaguer en la épica —sin rebajar el mérito de su lírica.

Su fecundidad en el tema religioso es inaudita. Todos los temas de la devoción común del pueblo cristiano han sido tratados, repetidas veces algunos: la Virgen, la Eucaristía, el Corazón de Jesús, Cristo Crucificado, San Francisco, la santa Misa. Todas las devociones, invocaciones, fiestas, ritos, leyendas hagiográficas, objetos del culto, vida anecdótica de los santos, tópicos piadosos, momentos de emoción religiosa, tales como la muerte de un niño o de un amigo; en suma, *todo*, en forma exhaustiva e infatigable, que no es nunca fatigosa; porque Verdaguer no se repite y tiene un gusto seguro. Ha compuesto el gran devocionario poético de la piedad española, el Misal de todas las estaciones de la devoción; un atlas de la vida devota, diría Francisco de Sales; con lo cual ha dado una mina inagotable a la piedad popular catalana.

El tono de esta opima cosecha es de continua devoción sin desfallecimientos; es decir, la ternura. Leyéndola, ninguno podría sospechar la existencia del mal en la tierra y en el

alma: la realidad del mal moral, la negrura de corazón, la protervia original del hombre y la desolación de las cosas, "lacrima rerum". Cuando el mal moral invadió desde fuera la vida de Verdaguer, no entró en su poesía: la destruyó simplemente: un corazón de tan impermeable inocencia que no dio canal a lo protervo, el cual lo rodeó solamente como una lava, y lo enquistó. Ninguna *Acta de acusación a la vida* ni de lejos hay en Verdaguer.

En la poesía religiosa de Fray Luis, la tierra al menos está presente. En San Juan de Yepes, las imágenes sensibles, las de la amatoria profana más osadas, se han vuelto como cristal, metal y esmalte para labrar símbolos de realidades espirituales de una profundidad inefable, sometidas a un proceso de alquimia integral: nada de leche y miel. La obra de Verdaguer sabe a hojaldres con *miel* (palabra tan recurrente en sus versos): es algo de color ambarino, dulce, fluido y pegajoso. Flores, nubes, nieve: las flores tienen espinas, pero son espinas de adorno. No se puede llamar con rigor *poesía mística, sino más bien poesía religiosa.*

Los alcoholes y acíbares de Baudelaire han quitado a los modernos la posibilidad de satisfacerse con natas a la vainilla, por exquisitas que sean: malo o bueno, eso es un hecho. Hablo de los modernos cultivados, que es para quienes se escribe la alta poesía.

Ninguna noche obscura entró en la poesía verdaguerina. Es un jardín de convento, según la frase que corre. Demasiado florido, una inocencia demasiado virginal nos parece (a los míseros hijos de este siglo: "no tenemos derecho a ser demasiado niños", decía Sainte-Beuve), acerca de la santa Inquisición y de las *churrasqueadas* de herejes y hebreos de otros tiempos, por ejemplo; la cual ignorancia pareció demasiada a los ojos de Dios, según conjeturamos, el cual permitió lo agarrara la Inquisición y lo churrasquearan en vida.

No hay en los versos místicos del cisne de Folquerolas noche obscura del sentido: ese bravísimo tramo de purificación que los místicos llaman "desolación", "muerte mística", "purgatorio interno", *vía negationis*, etc. La devoción sen-

sible penetra su imaginación y sus afectos de manera indisturbada y continua. No ya el sabor del infierno solamente, sino el desierto, el frío, la soledad, las tinieblas, la fiebre, la acidia, el polvo, el fango... están ausentes. Cuando sopló el simún, el jardín del convento se agostó; señal que no había cedros en él... "Y el ventalle de cedros aire daba."

Toda la cosecha se produjo en una exuberante estación de flores, de gran primor y perfumes, de insuperable variedad y elegancia, de espontaneidad imparejable. Eran cantos *idílicos*, como él los tituló, que se convirtieron de golpe en *drama* y grito, en las cartas *En defensa propia* —desapareciendo la poesía.

Pero el mundo moderno es como un enfermo que viviera al lado de una iglesia, oyendo todo el santo día cantos celestes que no lo curan de nada... un enfermo hosco que no admite consuelos.

Consolación sensible sin noche obscura... la alta poesía contemporánea nos ha acostumbrado al fenómeno contrario, igualmente trunco, y mucho más terrible: la noche obscura brusca y salvaje, sin consuelo sensible alguno, ni como comienzo, recuerdo o etapa previa siquiera: la desolación en forma abrupta, la noche de la ausencia de Dios sin paliativos, de la cual Baudelaire es el ejemplo más claro y grande.

Nos atreveríamos a añadir a T. S. Eliot, Rimbaud, Kierkegaard y Kafka; aunque éste ya, lo mismo que el seudoconde de Lautreamont, parecen más verdaderos poseídos que almas del purgatorio. Mas la poesía de Claudel tiene la tierra, el cielo y el infierno; aunque de un modo demasiado triunfante, a veces, para nuestro gusto. Un poco de fanfarria gala hay en la religión de Claudel.

El mundo vivió espantosamente al final del siglo XIX. Parecería que el cielo, *Le Couvercle* se obscureció de repente; debajo del cual "*hierve la imperceptible y enorme humanidad*", como en una vasta olla.[1]

[1] La mejor traducción en verso de *Les Fleurs du Mal* está hecha en catalán por un poeta catalán. No nos referimos por supuesto a la pobrísima de Marquina en verso castellano.

"Algunos tienen su devoción en las imágenes" —dice el Kempis.

Llaman los teólogos "devoción sensible" al asiento de la fe en las potencias inferiores del alma, imaginación y afectividad; a la posibilidad de referir al Ser invisible y transcendente la selva de iconos de las cosas sensibles que nos rodean; sí, incluso las terribles imágenes de nuestros actuales templos. Esa devoción común e inicial es evidentemente necesaria al mortal, tal como va nuestra natura, donde nada hay en el intelecto que no pase por los sentidos. Pero en la "subida al monte Carmelo" esa etapa debe ser superada - según la doctrina de la escuela carmelitana (y de todas); y esto, o bien *activamente*, por un esfuerzo de adorar a Dios "en espíritu y en verdad" más allá de lo sensible, con la fe obscura y seca ("via negationis", oración mental, presencia de Dios, sequedades, desolación, penitencia, mortificación total de los sentidos); o bien por la más dura *vía pasiva*, cuando Dios mete la mano por su cuenta, despojando al alma como ladrón nocturno por la secreta escala de todas sus preseas, vestiduras y chiches, dejándola desnuda, atontada y aterida, con más vergüenza que un gran culpable; sin punto de apoyo en la sensibilidad, al contrario, destrozada ésta y convulsionada a veces.

Esa es la condición para que la fe dogmática se "intelectualice", ascienda a las facultades superiores y del *alma* suba al *espíritu*, donde está más en su lugar: aunque no aún en su propio centro, que está todavía más allá de ellas: adonde llega (si llega en esta vida) a través de otra más terrible noche, que es purgatorio puro, llamada "la noche obscura del espíritu...". Pero éstas ya son palabras mayores; y es casi mejor no tocarlas mucho. Sin embargo, las sabemos por el testimonio de algunos rarísimos exploradores de cimas y de abismos, Teresa, Juan, Ruysbroeck...

Hemos pedanteado un poco para definir el fondo de la poesía de Verdaguer; y por qué ha de llamarse *religiosa* más bien que *mística*. En su conocido discurso académico *Sobre la poesía mística española*, Menéndez y Pelayo men-

ciona de paso los *Idilios* de Verdaguer, y dice que los pone arriba de *La Atlántida*. Este juicio del gran crítico no nos es inteligible. Toda la veneración reverencial que hay desde aquí a la Osa Mayor, que es la que profesamos al gran polígrafo, es impotente a hacernos subscribir esa apreciación. El lo funda en "el fervor cristiano y la delicadeza de fondo y forma". Bien. Pero eso no es todo en la poesía mística. Falta aquí la "experiencia mística", evidentemente.

Sospechamos que la religión de Menéndez y Pelayo no fue muy mística. De hecho, su "experiencia religiosa" —como dicen— aparece siempre en función polémica o apologética o definitoria —o a lo más, como comprensión intelectual: no es afectiva, cordial, vital; es decir que, hablando en plata, no es experiencia religiosa. Parecería que el enorme incremento de su intelecto y memoria hubiera extirpado en él *lo cardíaco*, que diría Unamuno. En sus obras, aún las más fogosas, habla siempre Animus —y no canta Anima.

No fue pájaro cantor. Los pájaros cantores le fueron objeto de apasionado estudio. En poesía fue un inmenso herborista. A clasificar nadie le ha ganado: a someter de un modo sintético, sabio, soberano, las selvas del Olimpo y el laurel de Apolo a los módulos de la razón razonante. En el caso de Verdaguer parecería que clasificó sólo desde afuera: no disecó. Por lo demás, no quería ocuparse de poesía moderna.

La poesía religiosa popular, fervorosa y directa fenece con la vasta obra de Verdaguer en un ocaso magnífico y opulento, que no podía terminar mejor. Pero termina. No es ya de este siglo, mal que nos pese. La abundancia, el primor, la justeza, la delicadeza, el infalible buen gusto acompañan siempre al sacerdote poeta. En su tierra nativa, esa obra será inmortal, porque será siempre útil; pero para un público de más en más reducido. No tendrá continuador, porque ha agotado el tema; de un modo digno de sus grandes precursores, los Lopes, Luises y Valdiviesos del Renacimiento.

Para terminar bien, pondremos aquí tres traducciones que hemos hecho de piezas sobresalientes, como ejemplos de todo lo dicho:

Santa Teresa

Al huerto baja Teresa
A buscar flores por todo,
Para tejerle guirnaldas
Al que es la luz de sus ojos.
No hay bastantes en el huerto.
Se arriesga un sitio fragoso
Y tropieza en una piedra,
Y se tuerce el pie en redondo.
—¡Dulce Jesús de mi vida.
Acudid en mi socorro!
De su dilecta a las voces
No se hace el Amado el sordo,
Sonriente se le aparece
Y el pie le sana amoroso.
¿Por qué dejarme que caiga,
Si para Ti las recojo?
—Así pago a mis amigos...
—Por eso tienes tan pocos...

Santa Cecilia

—Entra Valeriano, al cabo,
Rezando sola en su cámara
Está la noble Cecilia
El día de sus temores,
Su incertidumbre y su dicha.
¡Oh niña, hoy esposa mía,
Cecilia, salve! Supongo
Te place mi compañía.
—Tu compañía me place,
Pero mejor la tenía.
Tenía un ángel de Dios,
Del Dios a quien di mi vida.
—Si yo al ángel tuyo viera,
En ti y en tu Dios creería.
—Si recibes el bautismo,
Cara a cara le verías.

Ya se bautiza Valerio
En las fuentes tiberinas.
San Calixto lo cristiana,
San Tiburcio lo apadrina,
Santa Melania lo adopta,
Y allí, al lado de la pila,
Reza la recién casada
Con lágrimas y sonrisas.
Apenas el óleo santo
Ungió paganas pupilas
Y sobre la altiva frente
Corrió el agua de la vida,
Vio el neófito temblando
Del ángel las manos finas.
Con dos coronas de rosas
Sobre él y su prometida.
Coronas de rosas blancas,
Cuajadas de pedrería,
Muestra el ángel a los novios
Que han caído de rodillas.
He aquí el regalo de bodas
De la Emperatriz María.
Mañana traeros debo
El que Cristo vos destina...
Coronas de virgen son.
Yo por mí vos las daría,
Pero... teñidas en sangre..
Se harán mucho más bonitas.

Sencillez y limpidez total, sobriedad, ingenio, buen gusto, ternura efusiva e ingenua, cuadritos sin sombras, en azul y rosa: características de toda la obra. Estos dos poemitas pertenecen a *Flors del Calvari*, los mejores que allí hay, a nuestro sentir.

En efecto, la musa religiosa de Verdaguer triunfa en las "leyendas" de los santos; es decir, en esas anécdotas hagiográficas que el pueblo desprende y aun fabrica de la vida de los bienaventurados, casi siempre con agudo acierto caractológico y poético; pues suelen contener en un rasgo concreto y pintoresco la flor y el tuétano del carácter típico del hombre de Dios.

A la poesía religiosa de Verdaguer le falta tierra; tiene los otros tres elementos. Y no estando en contacto con la tierra, está eliminado el infierno. Falta una dimensión: lo profundo —y mucho más, por ende, lo abismal.

Está bien así; y es bueno que esta "inspiración virginal y campestre" haya cumplido esta obra idílica y cariñosa. La religión española tiende a ser militante... si no agresiva —resabio de largas "cruzadas". Los sermones que hemos escuchado en España, algunos pocos de ellos abundantes en dicterios contra masones y herejes, casi ninguno carecía del toque del clarín sonoro, el ruido de las armas y la homérica arenga a las tropas... España, dicen, es el país de la Esperanza teologal, de la cual dependen las virtudes de fortaleza y coraje; y también desviadamente el vicio de la fanfarria. La religión es concebida allá casi siempre como una lucha —y menos mal cuando es lucha consigo mismo. Recuérdese cuántas letrillas *guerreras* hay en Santa Teresa.

El otro aspecto verdadero de la religiosidad había de ser sacado a luz; y por un varón mejor que por una mujer. La lucha consigo mismo será siempre necesaria, pero hoy se necesita también la paciencia consigo mismo; la exposición clara y tranquila de la verdad; la "oración de quietud": la diversión del fragor y la polvareda de las armas; y contra los murciélagos y reptiles interiores, el conjuro encantador de los silbos lejanos: silbos de pájaros invisibles y de flautas mágicas.

"Hija mía, ruegue mucho para que este miserable gusano, este hijo del ínclito San... pueda hacer algún bien a las almas que salva..." (Bueno, no sé por qué se me ocurre ahora esta cita, hablando de Verdaguer... Por asociación de ideas: segunda ley, "contraste".)

La última traducción es muy libre. Dice así:

Los baúles

¿Será, Señor, la última vez que hago mis baúles?
Estoy cansado a muerte de mi único hogar.
Que son tus nubes blancas y tus cielos azules
Y mi tierra, que es siempre el mar.

Mis baúles caóticos, almacén de difunto,
Mis bienes: manuscritos, libros y vanidad,
La medallita de oro de mi madre, allí junto
A unas obras por la mitad.

Residuos desteñidos de vetustas labores,
Inútiles estudios, y más de una ilusión.
Flor seca entre dos páginas de olvidados amores,
Alfiler en el corazón.

Borradores de cartas, amarillentas folias
De mi juventud huera, que me avergüenza hoy,
Y madurez tardía de podridas magnolias,
Porque fui lo mismo que soy.

¿Qué he hecho? Muchos viajes, errante peregrino,
Y mi sangre en mis obras, otro inútil correr
Tras lo imposible, férula y aguijón del Destino,
Para ser lo mismo que ayer.

¿Qué he hecho? Crucé el mundo tras una ciencia vana
Que en mil quinientos kilos de libros por leer,
Me hace seguir el último la humana caravana
Cargado de un inútil saber.

El espesor cruzando de las cosas me obstino:
Dejé mi vida en ellas, mas no te hallé, Señor,
No importa, soy el mismo, me obstino en el camino
Invisible del ruiseñor.

Confiado en ciertas señas del Dios que reverencio,
La maldad de los hombres ya no me da pasión.
Quiero cerrar las altas verjas de mi silencio,
Menos para pedir perdón.

¿Perdón de qué? De todos los destrozos que han hecho
Los hombres, y me han hecho. Hombre soy. Pecador.
Los pecados de todos caben dentro mi pecho.
Que sea ésta la única víctima, yo, Señor...

Baúles vagabundos de esperanza y dolor...

24. CANIGO

Canigó es un monte de los Pirineos españoles. En torno de él y a raíz de una ascensión, escribió Verdaguer su *Leyenda pirenaica del tiempo de la Reconquista*. La reconquista es para los españoles el largo período de ocho siglos en el cual lucharon contra los moros: ese nombre ha penetrado en la Argentina y ha ido a parar a una ciudad, donde se cosecha maní y algodón, y habrá que luchar quizá otros ocho siglos para convertir a los judíos —y volver cristianos a la indiada cruda.

El poema comienza bruscamente, sin invocación ni preludio alguno, con la descripción del enarmar caballero del hijo del conde de Cerdaña, y la mención de su amor desparejo por una pastora Griselda; una riña entre "fallayres" y "juglares"; y la noticia repentina de una invasión morisca en la "Ciudad de Elena" —o sea, la actual *Elna*, fundada por Constantino el Grande. Este es el primer canto, titulado *L'Aplech*, es decir, *El Llamado* o *La Reunión*.

Ab son germà, lo comte de Cerdanya
Com àliga que a l'àliga acompanya
Devalla Tallaferro de Canigó un matí:
Ve ab son fill de casar en la boscuria,
Quan al sentirhi mística canturia
Se n'entra a l'ermitatge devot de Sant Martí.

Lo Sant, desde 'l cavall, vestit de malla
Ences d'amor, d'un colp d'espasa talla
Per abrigar a un pobre, son ribetat mantell:
Gentil, l'aligó tendre, sa armadura
Contempla, y, ab coratge que no dura:
—Mon pare —diu—, voldria ser cavaller com ell...

Es poesía netamente romántica: recuerda a lo mejor de Víctor Hugo (como notó Menéndez y Pelayo), pero más todavía en este poema a Chateaubriand —al peor, al de *El Genio del Cristianismo*. Verdaguer pertenece netamente al

clima romántico y es el más grande de los españoles de ese ciclo literario.

El gran santanderino alabó en *Canigó* "la grandeza de las imágenes, la viveza y esplendor, el derroche de pompas fantásticas y de colores", y con razón, basta que lo haya dicho él; pero para nosotros, antirrománticos si se quiere, las imágenes son demasiadas y demasiado vivas, se amontonan rápidamente y resbalan sobre la superficie de la narración, no cuajan en estatuas duras sino parecen más bien fantasmas de dos dimensiones entre nieblas irisadas. En suma, el poema es demasiado eléctrico para ser granítico, demasiado siglo ochocientos para ser homérico y clásico.

Canigó no es sino la pretensión de un canto épico. Aunque tenga trozos épicos de singular maestría, en realidad es más bien un collar de elegias y romances, del cual la somera trama novelesca no es más que un frágil pretexto; y donde domina el tono elegíaco y la ejecución rapsódica. La lírica y la descriptiva dominan; como se ve, incluso, en la misma variedad de metros —con el dominio de la estrofa de arte menor— es en realidad un conjunto de rapsodias, hermosísimas por cierto, sobre las bellezas, los recuerdos y las leyendas del *paisaje* de Cataluña pirenaica, más que de su alma y de su gente.

Cuán lejos nos sentimos nosotros (por desgracia quizá) del ambiente de canción de gesta del medievo y del ambiente idílico, rústico y tribal de Cataluña medieval, que Verdaguer evoca en alas de su genio, apoyándose en los rastros numerosos que del tiempo heroico y primitivo tropieza aún en la actual Cataluña... Para nosotros es un mundo abolido, cuando no inventado: un cuento de hadas. Y en efecto, he aquí las *fadas*, que aparecen en el poema en enjambre de arco iris... las *gojas*.

Flordeneu, Flordenieve, es la *Gundris* de este Tannhäuser, más inocente que el de Wagner, más tierno y pío también.

El argumento del poema es un virginal cuento de niños o de pastores. Un doncel recién armado caballero, de nombre Gentil, es hechizado y en red de amor aprisionado por

el hada Flordenieve cuando marcha con el conde Tallaferro, su padre, y el conde Giufre, su tío, a rechazar una gran morisma, que por mar había invadido a sangre y fuego la llanura catalana. En carroza de oro tirada por gacelas, el hada lo lleva a la cima del Canigó a celebrar sus desposorios; que el poeta, más místico que Wagner, hace fracasar castamente y castiga nada menos que con la muerte; mas el camino alpino que recorren los amantes es descrito y vivificado con ojo de montañés, amplia visión de alpinista y certera y nítida fantasía de gran poeta. Esta poesía geográfico-sentimental, por así decirlo, es privativa de Verdaguer y es primicia en España: comparable a los poemáticos jardines del pintor Rusinyol —pues no de balde en el paisajismo triunfa la pintura catalana de hoy y de ayer, fruto de uno de los climas más suaves y panoramas más hermosos del mundo. Grandes paisajistas son los catalanes y tienen que serlo.

Además de la descripción del camino, en la cima del Canigó todavía hace cantar Verdaguer a las "fadas" o "gojas" una serie de baladas descriptivas y simbólicas, vivificando y animando con ese artificio las diversas piezas del bravío paisaje francoespañol que desde allí se divisa como un orbe —cordilleras, ríos, sierras, mar—; epitalamio que comienza a prolongarse demasiado (dentro del cual se destaca un trozo épico victorhuguesco, el *Paso de Aníbal*, el cual describe con exageración mujeril y fadesca "la Fada de Mirmanda"), si no irrumpiera de golpe el conde Giufre, hecho un león herido; y enojado con su sobrino por haber éste desertado el campo del honor en pos de una "goja" (mientras ellos eran derrotados en Madeloch o incendiaban en desquite los galeones moriscos): ¡lo tira cabeza abajo, con arpa y todo, por un abismo, sin más trámites ni explicaciones! —de lo cual se habrá de arrepentir casi inmediatamente, de acuerdo con la fervorosa piedad de Verdaguer—; que impregna todo el poema de ese *olor blando* que Nietzsche notaba en las iglesias.

Sigue otra batalla, en la cual los moros son deshechos y el gigante Geldrú, su caudillo, es abatido por Giufre en la

Fossa del Gegant, viva aún en la leyenda - batalla narrada en un romancillo rápido, brioso y duro (canto VIII) que, junto con otro similar que cuenta la primera batalla *Tallaferro* (canto V), constituyen los dos únicos fragmentos de pura épica de todo el poema y recuerdan el Romancero y el Mio Cid - con mucho más lustre y maestría formal:

Lo compte Giufre encara
D'ira està foll
Plantat dalt de la cima
De Canigó:
Entre 'l cel y la terra
Se ven tot sol.
Puix una boira negra
D'ales de corb
Ab lo verges abriga
Los Estanyols.

Vencidos los moros, el escudero encuentra el cadáver de Gentil, el padre quiere matar al tío homicida, el abad Oliva (idealizada figura legendaria de monje) los reconcilia, entierran a Gentil, las hadas huyen de los Pirineos exorcizadas por los monjes, se fundan varios monasterios y ermitas, el conde Giufre se hace monje y se retira a una de ellas de un modo bastante anticanónico, es decir, sin permiso de su mujer; ésta, la condesa Guisla y la novia Griselda se encuentran, se hablan, y la prometida del doncel muerto se vuelve loca; a cuya alma el abad Oliva ve subir al cielo enteramente beatificada, también de un modo poco canónico y bastante zorrillesco; Oliva edifica monasterios poblados de monjes celestes y color de rosa, hay coro de ermitaños, de ermitas y de hadas fugitivas; y termina el poema en 12 cantos (que son en realidad unos 20 ó 24 fragmentos), con un diálogo entre los campanarios de *Cuxá* y *Sant Martí*: hermoso himno elegíaco, que fue, según testimonio del poeta, lo primero que se compuso de él.

El poema es, pues, una elegía heroica y lírica, con predominio lírico, como el *Tabaré* de los uruguayos.

Menéndez y Pelayo prefirió este libro a *La Atlántida*, y felicitó al poeta porque en él campea y surge el "elemento humano" más que en la otra gran sinfonía cósmica de titanes, monstruos, ángeles, mares, montañas y continentes. En puridad hablando, no es mucha la diferencia que digamos: lo dramático y lo novelesco es siempre endeble en el poeta,

entonces adolescente y lírico, ignorante de las tempestades de la vida; que del alma humana y sus abismos y cumbres sólo conoce las glorias de amor y de la guerra, tal como puede imaginárselas un seminarista. Pero es cierto que este poema está más cerca de la realidad española, más cerca de las raíces y ramas de lo hispánico actual, más lejos de la retórica de colegio y de la imaginación desatada y victorhuguesca de su hermano mayor; y da a colegir que en el tercer poema narrativo que Verdaguer planeaba, *Vida de San Francesch*, su estro ya maduro hubiese logrado quizá la concreción robusta de lo imaginario en función de realidad actual, que es el milagro del gran arte.

Pero este tercer poema, como vimos, nunca se escribió. *Ars longa, vita brevis.*

El paisaje del alma humana, sus mutaciones y sus tormentas, y el tope de unas con otras en los rudos ajedreces del destino, es el objeto principal de la poesía; y no propiamente el paisaje de la naturaleza o el de la historia. *"Yo no me conmuevo ante los vegetales"*, decía el reconcentrado Baudelaire, cima de la poesía moderna; en cuyos inmortales poemas (como en *Spleen*, *Crepuscule du soir*, *Invitation au voyage*, *Voyage à Cithère*...) el paisaje ha devenido al máximo, por transparencia anímica, lo que debe ser siempre al transponerse en objeto artístico, *espejo simbólico de un estado de alma*. La poesía puramente descriptiva, por fina que ella sea, será siempre un género inferior. La descripción no puede pasar jamás de una *salsa*.

Claro es que nosotros estamos desventajados (en "handicap", como dicen) para gustar plenamente del *Canigó*, poema catalán "del recó", por la limitada familiaridad con la lengua, y sobre todo con los lugares, nombres y alusiones continuas al paisaje, el folklore y la leyenda catalana, cuya elevación a luz de poesía ha sido el fin del poeta. Pero aún así, vale la pena aprender el catalán (como dicen hizo Menéndez y Pelayo) para gozar de esta obra de orfebre, parecida a esas lámparas de fina argentería, fantásticamente cinceladas, que en Montserrat han ofrecido a la *Moreneta*, cada una

a cual más y mejor, las principales ciudades del Principado.

En efecto, este poema es limpio como la plata, cincelado de mano maestra, y tiene una lucecita tímida y óleo de devoción eterna en el centro. No hay una mota de tierra en él.

Del Chaco santafesino a las faldas del Canigó hay tanta distancia como del Martín Fierro al Rey Atlas y de las Flores del Mal a los Idilios Místicos. ¿Qué tiene que ver esto con esotro? ¿Para qué escribir un libro sobre Verdaguer en Reconquista? En Reconquista no se lee: no pasan de cuatro personas (y una está loca) que conozcan el Martín Fierro; y del Quijote saben que existió por el *Reader's Digest*. El cura confunde a Lope de Vega con Fray Luis de León, y creo no ha leído una vez el Nuevo Testamento entero, lo cual no quita sea un excelente párroco; y cuando hay una señora que lee los folletines de *Maribel*, se la tiene por letradísima. ¡El folletín de *Maribel*, escogido por Constancio Vigil!

(RESUMEN DE LO PUBLICADO: Pupila en un colegio aristocrático de monjas marisolianas, *Perla de Rândschany* oculta su verdadera identidad, y sólo su amiga *Lilian Haines*, hija del Embajador de Inglaterra, sabe que se trata de una princesa... Por razones de estado, Perla tendrá que casarse con un príncipe que no conoce... etc.)

Lo que pasa es que nosotros nos formamos en nuestra niñez en *Caras y Caretas* (donde no faltaban ni el cuento lascivo), y en las novelas de Rocambole editadas por Maucci Hnos. —y no en los cuentos y "rondalles", cantilenas y romances que son el "bressol" de los "nins y noys" de una aldea como Folguerolas; aunque creo que los chicos de ahora han progresado, y hacen su iniciación literaria y poética en las historietas dibujadas en Yanquilandia de *El Superhombre*, *El Hombre eléctrico* y *El secreto del sarcófago maldito*. Pero lo malo es que hemos visto devorar con avidez *Las aventuras del Coyote* a la chiquilinada de Cataluña, olvidada de este tesoro de gracia y sabiduría de sus *rondalles* o cuentos populares, que el mismo Verdaguer se dedicó a coleccionar en sus últimos penosos años.

A tiempos nuevos, cuentos nuevos. A tiempos de progreso y alfabetismo, cuentos imbéciles.

25. CATALUNYA HISPANA

La Atlántida es un poema épico español; *Canigó* es un poema catalán: *Idills* son poesias católicas.

¿Cómo veía Verdaguer a Cataluña con respecto a España?

La veía como una parte de España, la mejor, la más amada; ardiente y desmesuradamente querida. No la veía como un principado independiente, como los *separatistas*.

Los separatistas catalanes se pusieron de parte del gran *aucell ferit* en su doloroso y estruendoso encuentro; pero de Madrid le vino el remedio, en cuanto venir podía. Los separatistas le hicieron más mal que bien. Madrid lo salvó, en cuanto era posible.

Las tres obras grandes de Verdaguer se resienten un poco, si no nos engañamos, de "provincianismo". Posiblemente el provincianismo fue óbice o retardo a la madurez total de la poesía verdaguerina. Verdaguer viajó mucho y por todo el mundo; pero en la cabina del capellán de la *Trasatlántica* él llevaba consigo a Cataluña la bella, cuya *anyorança* lo aquejaba. No es lo mismo viajar en el *Madrid* que vivir en Madrid.

> *Jo m' havia embarcat per malalt, y aumentaven la meva malaltía l' anyorança de Catalunya y 'l gran sentiment que'm donava lo no sentir sinó de tant en tant son llenguatge, puix sempre'm tocaven per companys de tripulació, viscains, gallegos o andalusos, ab qui, per amichs que fóssem, no cal dir que no parlava gayre de poesía catalana, qu'era des de ma petitesa, desprès de Deu, de mos pares y germans, la font de mes goigs y alegríes.*
>
> (*En defensa propia*, carta II, pág. 1.219.)

Escritos en un idioma *universal*, y sobre todo con una visión más universal, *La Atlántida*, *Canigó* y *Misticas* tendrian difusión universal hoy día: las dotes poéticas del autor son relevantes y aun geniales; el "medio ambiente" le fue pequeño.

Pues la gran poesía solamente se da en función imperial; y el gran poeta crece sólo en un clima imperial.

Verdaguer, su poesía, su conflicto y su tragedia nos enseñan también —junto con otras voces que vienen doquiera— que es necesario España recobre o al menos intente recobrar su prestancia imperial en el mundo — no digo "su antiguo Imperio"—, y eso para bien incluso de Cataluña; y para bien del mundo.

Si lo hará o no, es un secreto de los hados — si no del Ades.

26. DIGRESION SOBRE LA GRAN APOSTASIA

El hecho de que España se dividiese en dos bandos acerca de si un "capellá catalá" estaba bien o mal "suspendido" es, como dijimos, un indicio grande del catolicismo de España; pero mucho mayor indicio de lo mismo es que cincuenta años después las masas españolas se hayan lanzado a la calle con ferocidad de fieras a *matar sacerdotes*; y que hayan matado unos 17.000.

No crean que es una paradoja cínica: es una verdad obvia. En Francia a nadie se le ocurriría matar sacerdotes hoy día: no interesan. Francia es menos religiosa que España.

En el mismo tiempo en que Carducci apostrofaba a Pío IX, excomulgaba "poético jure" al "cittadino Mastai", insultaba con saña a Antonelli y entonaba su *Himno a Satanás*, que resonaba en todo el mundo:

...A te si innàlzino
L'incenso e i voti...
Hai vinto al Gèova
Dei sacerdoti!...

en el mismo tiempo Renán salía de la Iglesia cubriéndola de flores, requiebros y cumplidos. Francia es menos religiosa que Italia.

El fenómeno más temeroso para los curas de hoy día debería ser (si los curas fuesen capaces de temor) el ver cómo los hombres se van de la Iglesia sin hacer ruido. Se apartan de ella sin ira. La dejan estar allí y se van a la vereda de enfrente (a la tremenda "vereda de enfrente" de Macedonio Fernández), sin imprecaciones y aun sin palabras.

Hace ahora unos ochenta años sucedió una cosa en Europa; o mejor dicho, empezó a notarse: la gente se apartaba de la Iglesia en silencio; ¡en *gran silencio!*, como dice el francés.

Cuando subió el Santo Papa Sarto al sagrado trono pontificio (que sería más sagrado si fuera menos trono), notó el fenómeno y exclamó: "*¡El gran escándalo del siglo XIX es que, por primera vez en la historia, los pobres se han ido de la Iglesia!*" Un gran publicista italiano califica a este suceso de "la derrota más grande que ha sufrido la Iglesia en toda su historia".

La dolorosa palabra del Papa santo fue recogida por los charlatanes a sueldo, bautizada con el nombre de *apostasía de las masas* y hecha objeto de profundos análisis y muchos libros por parte de los sociólogos belgas; los cuales, para evitar ese indeseable fenómeno o ponerle contingente remedio inventaron varios artefactos y "movimientos", como la JOC, la JAC, la JIC; y cosas por el estilo.

El inventor de la JAC o bien el de la JOC (no estoy bien seguro) viajó conmigo por caso una vez en Francia: quiero decir, yo viajé con él. Era canónigo. Había sido hijo de un pobre obrero y le había dado por "darse a los obreros". Siendo un hombre práctico y muy movido (de hecho, es un hombre que lo llaman los psicólogos "excitoide"), consiguió fundar gran cantidad de sociedades de muchachos (entre club y congregación mariana) y hacer una reunión de mozos de toda Europa en París, en un estadio, que llegó a unos 270.000 "jocistas". Después de lo cual, lo mandaron por el mundo a dar conferencias, a explicar su "idea", y a

reforzar el ánimo de las extenuadas "huestes católicas". A mí me explicó la "idea".

Todo esto es excelente, y no seremos nosotros quien le ponga óbices ni en sueños; menos el extremo de que la JOC fundada por Cardin pueda salvar al mundo, o por lo menos evitar el *receso de los pobres* de desde la Iglesia; que es el foco inflamado de la "idea". Por lo demás, la "idea" de Cardin hubiese hecho las delicias de Marx: reconocer la división en *clases sociales* y evangelizar a los obreros aparte de los no-obreros, empezando por los jóvenes y no por los adultos. ¡Mardokai de Maguncia exulta! Es reconocerle el teorema principal (y el más discutible) de su *Kapital*: la existencia de la *clase proletaria*, como sustancia y no como accidente.

Evidentemente, debe haber sido algo conmovedor, y de haber estado allí nosotros nos hubiéramos conmovido —no menos que doña Josefina Molina y Anchorena—, ver aquel espectáculo de un mar de cabezas juveniles inclinadas delante de la sangre de Cristo, etcétera —consagrada sobre un altar hecho de dos yunques y en un cáliz de oro en forma de martillo, y sobre todo, hecho en París, ¡en París! Pero París continuó sin hijos y Francia cada vez más indiferente y escéptica. Creció el partido comunista.

Lo que llaman la "apostasía de las masas" (que no es de las masas solamente) no se cura con "propaganda fide". Es un fenómeno profundo, canceroso.

A los que me preguntan a mí qué remedio hay, no les digo el remedio; a los que me preguntan la causa, no les digo la causa.

Solamente digo: ¿Podría haber apostasía del mundo, si no hubiese porquería en la Iglesia? Si la Iglesia fuera hermosa, atraería necesariamente y no repelería. Y sería hermosa si estuviese limpia. Esto no tiene vuelta de hoja.

Es el buen sentido de Maese Perogrullo, quien dice que si la Iglesia no atrae, no es atractiva, y si repele, es repelente. Antes no lo fue, ahora lo es. Eso es todo.

O los hombres de hoy están todos enfermos y ya no siguen lo que es hermoso, sino lo que es feo; o la Iglesia

de hermosa se ha vuelto fea, puesto que ya no la siguen.

En el Salmo no sé cuantos, el rey David presenta a la Hija del Rey vestida de esplendor y variedad, con fimbrias de oro y despliegues de seda; pero dice que toda su hermosura viene del interior.

La Iglesia ha perdido su hermosura interior, que era el entendimiento, la justicia y la caridad, y por eso ha sido despojada ignominiosamente de sus vestidos de oro y seda. Sus catedrales de antaño están vacías y han sido reemplazadas por galpones, casi siempre de un mal gusto horroroso.

—¡Es que no hay plata! —dicen los devotos.

—Es que no hay espíritu, querido.

La caridad es la sangre y la respiración de la Iglesia. *¿Ont est la caritat?* —clamaba Verdaguer en 1897.[1] Un sacerdote de Barcelona le negó la Comunión, porque entre los diarios que salieron en su defensa había un diario *izquierdista*. Y Verdaguer pregunta: "¿Dónde está la caridad? ¿Por qué no me defiende él?" Pobre poeta, con su parábola del buen samaritano, enfrente del mecanismo ciego de la burocracia eclesiástica; y lo que es peor, enfrente de los ojos malignos del "resentimiento" eclesiástico.

Para detener la apostasía, habría que curarle el mal aliento, y para eso purificarle la sangre: es decir, suprimir la fealdad de su faz, y para eso contrarrestar la iniquidad de sus entrañas; porque mientras mane iniquidad, olerá mal, y mientras huela mal rechazará a los hombres.

¿Dónde están los hércules que limpien estos establos? Los hércules son hombres débiles y aparentemente vencidos. Jacinto Verdaguer, que gime como un cordero y balbuce como un niño, aun cuando acusa, es uno de esos hércules. El hizo más bien a la Iglesia española que cuantas trompetas de Gedeón y espadas de Sansón son por allí celebradas; como el fundador de la JOC.

Porque sólo las llamas de la santidad suprimen el pus; y la santidad se enciende en la tribulación.

---

[1] *En defensa propia*, carta VII, pág. 1242.

27. DIGRESION SOBRE LA HISTORIA

En la España actual hay un derroche de catolicismo y de historia. De catolicismo palabrero y de historia detallista. Mala seña.

Cuando se estudia demasiado la historia, es que un pueblo no tiene un quehacer histórico urgente por delante. Cuando la religión se ostenta en orgías de palabras, es que no late escondida en los hechos y no se traduce en obras. La religiosidad fuerte, como todo afecto fuerte, es pudorosa.

En España, el Ministro de Obras Públicas va a inaugurar un "pantano" (como llaman allá a los diques), y pronuncia un panegírico sacro de San Isidoro de Sevilla. Y cuando se inauguran las "Cortes" (que no son las antiguas Cortes, ni cosa que se le parezca), don Esteban Bilbao lee las estrofas de García Lorca al Santísimo Sacramento.

No es por zaherir, pues aquí en la Argentina estamos peor. La escuela de Levene se ha multiplicado al infinito. Todos somos historiadores (sobre todo los curas y obispos), y todos escribimos monografías sobre *El Santo de la Espada*; que si se levantara de su tumba, nos partiría en dos con su espada. Conocemos a un historiador argentino que ha escrito un tomo entero de 566 páginas acerca *La manzana de las luces*. ¡Ha escrito la historia completa, puerta por puerta y ventana por ventana, de la manzana donde está la iglesia de San Ignacio, entre Bolívar y Defensa! ¿Para qué?

Cuando un noble se alaba demasiado de las hazañas de sus abuelos (que pelearon en Roncesvalles), es que no tiene hazañas propias. Cuando una Orden religiosa se dedica a escribir vidas de su fundador, es que se siente incapaz de fundar *niente*. Cuando una nación mira mucho hacia atrás, es que no puede ir adelante. Las naciones que van adelante,

resumen rápidamente su pasado como punto de apoyo en forma esquemática y mística: leyendas, canciones, poemas. Cuando se ponen a escribir voluminosos infolios acerca de los botones del pantalón de Bolivar o San Martín, están en un "impasse". No tienen pantalones.

En España se escriben hoy enormes libracos acerca del crucifijo de don Luis de Requeséns, o los gregüescos que llevaba don Juan de Austria en la batalla de Lepanto.

"Hay inflación en la religión española actual" —nos decía el canónigo arriba citado, que era un verdadero canónigo. ¿Inflación? Peor que eso. ¡Tapadera! ¡Cobertera de cosas sucias!

Mucho se podría decir acerca de la "hipertrofia de los estudios históricos como señal de decadencia nacional"; pero eso ya está escrito. Cuando Plutarco escribió las *Vidas Paralelas*, Grecia como nación era cero. Cuando aparecen los grandes historiadores romanos, Suetonio, Tácito y Tito Livio, el Imperio está entrando en crepúsculo.

Mucho mejor que en la producción historiográfica del año sanmartiniano, los argentinos de hoy, que tenemos que ganarnos la vida (¡la vida!, ¡como quien no dice nada!), nos sentimos expresados por la letra del tango que dice:

Me contaste de un guerrero
Que por la patria murió...
Ni murió ni era guerrero,
Como me engrupiste vos...

Sos la percanta más chorra
Que pisó la treinta y tres,
Habrías sido mazorquera
En tiempo de Juan Manuel...

Guardate bien los morlacos
Que aquel otario te dio...
Tengo que hacer: una cita
De peliar con Beresford.

Fuera broma, la historia verdadera y útil sólo se da en función de compenetramiento anímico.

¡Jacinto Verdaguer, alma veramente sacerdotal en un

medio de sacerdotes "funcionales", cuya intuición repentina fuénos dada por transparencia como un relámpago en la soledad homicida de Manresa, a dos pasos de La Gleva, Vich y Folguerolas!

La inteligencia verdadera de la historia sólo se da en aquellos que son capaces de vivir una situación pasada como propia, sea por conocerla por experiencia analógica, sea por tener capacidad potencial de vivirla: ella es una *erlebniss*, un reflejo de vivencias, no un mosaico o un rompecabezas.

Esta ley, formulada por Guillermo Dilthey, verdadero Solón de la ciencia histórica e historiador él mismo, es el primer canon del historiógrafo, y sin ella no hay historiador. Hay que ser un gran político, al menos en potencia, para poder escribir una buena historia de Julio César. Hay que ser un santo para escribir la vida de un santo. Lo demás son falsificaciones, o borrosas aproximaciones. "Una cosa es San Ignacio de Loyola, otra los que escriben vidas de San Ignacio de Loyola" —decía Unamuno.

Por eso la buena historia es difícil y rara; y por eso abunda la historia falluta, fraudulenta o frívola: hasta el punto que la historiografía haya parecido a algún filósofo un género falso; una especie del género del "macaneo".

Es la intuición empática lo que hace al buen historiador, o bien la convivencia con lo historiado en una misma gran corriente espiritual. No es la simple compilación y ordenación de hechos; y mucho menos de documentos, datos y fichas, como en tantos flamantes historiadores argentinos: la cual a veces puede hasta dañar por exceso o desenfoque, como Nietzsche notó tan certeramente.

De por sí mismos, los hechos deponen en dos sentidos, y con ellos todo puede probarse queriendo, principalmente si se los sabe seleccionar y componer. Los "datos" no componen la historia: sólo la intuición la adivina.

¿Datos para mi historia? ¡Oh, mi Gerente!
Para los hombres es mejor un cuento.
En historia se puede con talento
Tergiversar indefinidamente...

Lo que da la clave de un enredo o un enigma histórico es la intuición simpática del alma de los agonistas primero, y después de su contorno de grupo, nación y época: intuición no muy dispar de la del poeta, que no tiene nada que ver con la escrutación pormenorizada y prolija del naturalista o el paleontólogo.

Por eso siempre han dado luz, y a veces solución definitiva, cuando han tocado la historia los poetas o novelistas: llamando poetas a los poetas, y no a los poetisos o poetastros: los hacedores, plasmadores o factores, o como se quiera traducir el *poieo* griego. Véase las grandes biografías de don Manuel Gálvez (para no ir a buscar a Tucídides, Lamartine o Goethe), preciosas para la interpretación de la historia argentina aún por hacer. Gálvez es no sólo buen novelista, sino aun fino poeta en su mocedad. Shakespeare hubiera escrito la historia de Inglaterra mejor que Macaulay; y desde luego, mejor que Green; así como Cervantes la de España. Mas tenían algo mejor que hacer. Aunque, a decir verdad, ¿por ventura embrionalmente no la escribieron?

Las técnicas de la comprensión de la historia no son diferentes de las técnicas de la creación poética, a no ser en el *material* solamente. De ahí la paradoja de Aristóteles: "*La poesía, que en un sentido filosófico, es más verdadera que la historia...*"

Y esto es más verdad todavía cuando se trata de personalidades de excepción.

Todo hombre que desenvuelve su personalidad se vuelve incomprensible al común: lo que llaman "soledad de las grandes almas". El común es el conjunto de hombres nacidos para integrar los organismos o mecanismos colectivos; y servirlos. Esa integración da al hombre-masa una razón de ser, pero, por desgracia, los engríe necesariamente: a veces lo necesario, a veces demasiado. Así ese *miserable gusano, hijo del ínclito San N. N...* que recordé arriba.

En efecto, el mecanismo es mayor que cada una de sus piezas, como es natural.

Los que han recibido de por el destino una misión par-



ticular pueden ser admirados o condenados por el común; no pueden jamás ser comprendidos: están por encima de la maquinaria, de la cual están destinados a ser jueces y controles, cuando no reformadores o creadores. Lo que es el pensamiento individual con respecto a los automatismos psicológicos, en los cuales está inserto empero (lo que es el cerebro a la médula espinal), eso son las personalidades con respecto a la sociedad.

Recuérdese la respuesta del presidente Yrigoyen, teóricamente exacta, al doctor que le decía que él era un "introvertido": "Yo soy un poco de todo, doctor. *El hombre superior no puede ser clasificado*..."

No es extraño, pues, que en su torno se forme polvareda de opiniones y juicios, en gran parte inexactos y hasta absurdos, que constituyen la escoria de lo que llaman la "fama"; y en una sociedad desequilibrada (como lo son todas, en parte al menos), torbellinos de calumnia y maledicencia.

Por sabido que esto sea, estos torbellinos los suelen tomar de sorpresa: así Verdaguer quedó atónito cuando vio levantarse una tormenta contra él, puro e inofensivo; y en su vehemente y dolorido relato no hace más que hablar del "rayo repentino" y también de la "conjura". Su poder poético lo llamaba a personalizar y unificar, hasta llegar casi al delirio de persecución, a las fuerzas en parte incoherentes contra él desatadas. "La conjura de los que me persiguen, la funesta liga de los que gratuitamente me quieren mal, la dirección de esta impía persecución...", etc.

No estaba descaminado del todo. Pero el director principal de la persecución era el diablo; al cual obedece tanto la maldad como la idiotez humana: la cual no obedece a ningún otro; y por eso es tan peligrosa.

Pero él, escribiendo sus ingenuas y hervorosas cartas *En defensa propia*, defendía a la historia verdadera, más aún que a sí mismo: nos dejaba la posibilidad de la "intuición simpática".

28. DIGRESION SOBRE LA MORAL DE LA CARIDAD

Verdaguer se había refugiado y se atrincheró en la moral de la caridad: *La Caritat — Ont'es la caritat? — De qui ve l'escandol? — Quin crime es lo meu? — Quí es l'alucinat?...* son capítulos de su opúsculo-alegato.

Hay una verdad profunda en la *Crítica de la Razón Práctica* de Kant, que es preciso desentrañar e integrar en la filosofía aristotélico-tomista, o si se quiere, en la "filosofía perenne". De ello se ocupa actualmente el muy distinguido talento de don Benjamín Aybar, en Tucumán.

Kant destacó en su conocida obra la función fundamental de *lo formal* en la ética; que coincide con la doctrina de Santo Tomás de que "la caridad es la *Forma* de todas las virtudes"; que sin ella no son perfectas; y pueden ni ser virtudes.

Esta modesta frase no dice a los modernos todo lo que contiene, por haberse olvidado, menguado o tergiversado la profunda doctrina metafísica de la *Forma* aristotélica; o sea del principio interno estructural de toda cosa compuesta, sea materia o semoviente: en consecuencia, es expediente iluminarla con las elucubraciones modernas.

Un gran paso en esa dirección lo dio Max Scheler en su obra abstrusa y un poco informe *Der Formalisnius in das Ethik*: *gran arco de puente incompleto entre el kantismo y* el tomismo.

Max Scheler puso la cuestión en una frase vulgar y paradojal: "No es bueno el que hace buenas obras; las obras son buenas porque las hace un bueno. Hay que ser bueno primero: de una bueneza total y primordial procede la acción ética derecha; y no al contrario."

Cristo dijo: "Del corazón bueno proceden las buenas obras." Es eso mismo.

Es la idea núcleo de la moral de Kant; que después ve-

remos cómo se descabaló. Ella está enraizada en la intuición fundamental de Lutero, y empapada de vivencia religiosa y teológica.

Lutero repite hasta el cansancio la frase de San Pablo, de que "la fe justifica y no las obras". La fe para Lutero no es precisamente la virtud teologal sola, sino la unión con Cristo; es decir, la *gracia* que diríamos —la cual efectivamente tiene por principio la fe; y las *obras* que no justifican no son las obras-informadas-por-la-caridad, lo cual fuera *contradictio in términis*: sino las obras exteriores tomadas precisivamente y aun opuestamente a la caridad: ayunos, indulgencias, beneficencia y oración palabrera: las limosnas clamorosas y las preces en voz alta del fariseo.

No hay duda que en tiempo de Lutero estos frutos o ramos de la interna caridad habían crecido en vicio y se habían incluso hecho maleza: cuestión de hecho que explica, aunque no justifica, el levantamiento del "reformador".

Tomemos la cuestión desde el comienzo y escudriñemos el origen de la moral y la división en moral interna (la *fe*) y moral externa (la *ley*).

* * *

La "ley moral", según Kant, consiste en un hecho humano primario e irreductible que no se puede probar ni desprobar, y que está simplemente allí en el fondo del alma: la libertad. Es un "postulado" de la Razón Práctica, es decir, una cosa que "es puesta" por cada acción humana (actus humanus): percibida por la humanidad lo mismo que percibimos el cielo estrellado.[1]

---

[1] "En efecto, saber cómo una ley puede ser, por sí misma e inmediatamente, principio determinante de la voluntad (buena), *lo cual es por cierto el carácter esencial de toda moralidad* —es un problema insoluble para la humana razón, idéntico con el que consiste en saber cómo es posible una voluntad libre. Luego no deberemos mostrar *a priori* la razón de *porque* la ley moral proporciona en sí misma un móvil (un "levánimo", "elateranimi"); mas simplemente *aquello que* produce ella en el ánimo; o mejor dicho, lo que debe producir..."

(*Crítica de la Razón Práctica*, I, cap. III, *in initio*.)

¿De dónde viene la ley moral? Tentemos de ir más allá que Kant.

Existe en el hombre una *percepción inmediata* de los primeros principios, tanto del orden intelectual como del orden moral. Ese es el punto de partida modesto y seguro, que prefiere la Escuela, en vez de hablar más arriesgadamente de una *intuición del Ser y del Bien*, implícita en cada uno de nuestros actos, que podría resbalar al ontologismo.

Pero se puede hablar de una intuición del *Yo*, que es el medio en el cual percibimos por primero tanto el ser, como el bien. No ciertamente una intuición explícita del propio yo espiritual y de Dios al mismo tiempo y conjuntamente en el seno del *pienso*, como pretendió el cartesiano: eso es ponerse en la vía del ontologismo y después del idealismo y el panteísmo; y principalmente, al margen de la realidad.

Pero puede ponerse una intuición del Yo *ejercida* y no *signada*, como dice exactamente la Escuela; es decir, ontológica antes que psicológica; requerida como condición a priori constituyente de cada uno de nuestros actos; aunque no como objeto directo de ellos, ni siquiera "implícito" u "obscuro"; tanto y mientras que no se vuelva objeto de la "reflexión"; es decir, mientras no pase al plano psicológico.

En esa intuición "ejercida" de la propia substancia espiritual están contenidos necesariamente el principio del Conocimiento y de la Acción: que es decir, el Ser y el Bien, en estado no de objetos explícitos, sino de objetos presupuestos necesariamente, o sea —terminología moderna— en estado de *aprioris del acto*.

Estos aprioris se explicitan y encarnan en

axiomas del acto especulativo
móviles del acto práctico:

que son los primeros basamentos *visibles* de toda nuestra vida mental.

Quiere decir que en esa "percepción primordial del Yo" (no lo llamemos "intuición") están contenidos embrionalmente no sólo el no-Yo (como notó Fichte), sino también la noción de la Personalidad, la de Realidad (o sea Verdad), la de Ultimo Fin (o sea Bien), la de Indigencia o Limitación (raíz de la religiosidad); así como las de Evidencia y de Rectitud, metros y módulos de nuestra vida intelectual y moral.

Queda, pues, que todas estas nociones, eminentemente objetivas y universales (transcendentales) están ahincadas en una *percepción singular* e *insubstituible*, es decir, personal. Ese es, pues, el nacimiento de la moral personal; esa es la *Ley Moral*, que dice Kant, y la *Caridad* o amor del Bien, que dice Santo Tomás, en su misma raíz y fundamento.

Es decir, el propio Yo es dinámico y no estático; tiende a completarse, o mejor a "integrarse" en su Principio y Fin, conforme al sentimiento metafísico de Indigencia; de donde desarrolla un Movimiento, que se multifurca desde el primer momento en muchos movimientos, dada la imperfecta o limitada condición humana: es decir, construye "objetos"; no desentrañándolos de sí mismo enteramente, como yerra el idealismo, sino "informando" o estructurando personalmente el choque o encuentro con el no-Yo; con la Realidad de afuera, que no es exterior del todo, sin embargo; pues cuando plenamente *Es*, es cuando nos *Es dada*.

Siguiendo esos movimientos, el hombre va hacia Dios, su Fin; o se aparta de El por medio de seudomovimientos que son desviaciones o retrocesos; lo cual no podría suceder sin una "falsificación de la noción del propio Yo", o sea una desarticulación de lo psicológico (del concepto que tenemos de nosotros mismos) de desde la intuición ontológica primigenia. Es decir, que cuando erramos en nuestra conducta, erramos primero en el conocimiento de nosotros mismos (Sócrates): supuesto que todo cuanto queremos, lo queremos bajo el aspecto de *bien para mí* o "bien mío", pues no sabríamos de ningún modo querer el mal como mal. No podemos errar en el *to* "Bien"; tenemos pues que errar en el *to* "mí". La so-

berbia; no de balde los teólogos enseñan que la soberbia es "el principio y raíz de todo pecado", y está contenida en cada uno de ellos. La soberbia es una apreciación de sí trascendentalmente falsa. La presunción, el engreimiento, la vanidad, la crueldad, el desprecio... son sus repercusiones en el plano psicológico: sus *hijas*, dicen los ascetas.

Ella nace no de un acto positivo de engaño (el no-ser no es objeto del conocimiento), sino de un defecto privativo: es una "deficiencia"; una falta de bañar el concepto de sí mismo en la percepción yóica primigenia.

La percepción primigenia nos da el amor de Dios y del prójimo, hablando breve y de un salto, es decir, el sentimiento de indigencia y consagración, por un lado; y el sentimiento de solidaridad y "simpatía" metafísica, por otro; que son las raíces naturales de la caridad —virtud sobrenatural a causa de la "elevación" superviniente, pero enraizada en nuestra natura.

De lo aquí concisamente expuesto surge la *doctrina* teológica de la caridad, *forma de todas las virtudes*; y se robustecen y afincan todos los axiomas de la moral. La caridad (dicen con razón los teólogos) está en el principio y el fin de todo acto bueno; como que constituye su *alma* misma; que eso significa "Forma": alma. Ella inicia todo movimiento moral en forma raizal (*incoata*); ella lo corona explícitamente transformándolo en puro amor a través de las cuatro virtudes cardinales (*perfecta*). Ella no es sino *el mismo movimiento metafísico-ético* en su devenir y consumación: de modo que exactamente las otras virtudes (movimientos parciales especificados por móviles particulares) son como su *materia*, como el cuerpo animado por el alma para crecer y hacer sus actos propios. Las virtudes, los "órganos" de la caridad.

Este es el "formalismo" de la ética, que da tanto que hacer a los filósofos actuales: persiguen la noción profunda de que el "acto bueno" no es tal por su *objeto exterior*, ni siquiera por las determinaciones de los móviles virtuosos parciales, sino absolutamente por una determinación anterior a

todos ellos, que constituye su germen y su médula misma: una bondad esencial, un bautismo. El hombre tiene que comenzar por ser bueno ("rectamente ordenado") para hacer actos buenos —del todo.

Es decir, que (para volver a Max Scheler) "hay que ser bueno primero, para hacer obras buenas". Hay que estar ordenado total y substancialmente al Ultimo Fin, es decir, al Bien con mayúscula y sin limitaciones.

Esta doctrina está (para poner un ejemplo) en el fondo de toda la moral de Nietzsche, tan terriblemente aberrante en apariencia. Su manía de que "*el hombre superior está por encima de la moral*" (externa) y de que "*primeramente hay que ser señor, grande y noble en sí mismo; y después todo lo que se haga es bueno*", va a coincidir (si no se interpreta burda y vulgarmente) con la idea católica de un San Agustín, cuando enseña que el justo está por encima de la ley, que la santidad personal es el módulo de la moral y no al contrario; que al obrar por caridad pura hacemos ley y no la padecemos. *Ama et fac quod vis.*

Esta doctrina trasparece también en la idea que tiene la Iglesia de la santidad, enseñando que los santos no son *uniformes* cortados todos por un patrón: que la santidad respeta y desarrolla cada personalidad; e insistiendo mas que en el cumplimiento formalista de "la ley" en la *imitación de los santos*; y eso no en forma absoluta y rígida, sino para llegar a (osamos decir) la imitación de sí mismo: es decir, la imitación de Cristo según la voz interna del Espíritu de Cristo, que mora personalmente en el alma; y es la Caridad Substancial y Eterna. Santo es el que habitualmente y en todas sus acciones consulta y sigue la voz del Espíritu de Dios que habita su conciencia.

"*Ama y haz lo que quieras*", significa que el santo está encima (no afuera) de la moral social, de la cual al fin y al cabo es (debe ser) control y juez, reformador y creador; porque él es la moral viva.

La versión realmente "outrée" de Nietzsche: "*el hombre superior está más allá del Bien y del Mal*", la interpreta

brutamente el vulgo intelectual a la manera de Raskolnikoff y Kirillof; el uno, que asesina a una vieja para poder desarrollar su personalidad, y el otro, que se suicida para probarse a sí mismo que "si no hay Dios, él mismo es Dios": que aunque parezcan dos dementes, son hijos lógicos de Kant en linea recta.

La doctrina de Kant, partiendo de una noción verdadera, lleva por desvío a poner a la Persona Humana como un Absoluto; y la persona humana vuelta un Absoluto, son esos dos monstruos que vio Dostoievski extrayéndolos de la entraña del mundo ruso y del mundo actual en general. No cualquiera puede entender a Kant; pero cualquiera puede entender al veneno de Kant rúsicamente encarnado por Dostoievski en Raskolnikoff.

La noción verdadera está aquí, por ejemplo —en cualquier texto de la Segunda Crítica abierta al azar:

"Lo que es esencial para el valor moral de las acciones es que *la ley moral determine inmediatamente la voluntad* (i. e., que la caridad informe desde el principio al fin el acto).

Si la determinación de la voluntad se produce de hecho conforme con la ley moral, pero solamente por medio de un sentimiento —de cualesquiera—, ser supuesto para que la ley devenga principio determinativo suficiente del querer —por ende, si el querer no se produce todo *por mor de la Ley* ("um des Gesetzes willen"), la acción poseerá por cierto Legalidad, pero no Moralidad.

"Si pues se entiende por «móvil» o «levánimo» («elater ánimi») el principio subjetivo de determinación de la voluntad de un ser *cuya razón no esté ya antes, en virtud de su natura, necesariamente conforme a la ley objetiva* (que no es bueno por primero), resultará primero que no se puede atribuir ningún móvil a la voluntad divina, y que el móvil de la humana (o de todo ser racional creado) no puede nunca ser sino la ley moral; por ende, que el principio objetivo de determinación debe ser *siempre* y a la vez *sólo* el principio determinativo subjetivamente suficiente de la acción,

si es que ésta no ha de limitarse a cumplir la letra (de la Ley Moral) sin contener el Espiritu..."[1]

Es decir, dejando el estilo tudesco, que una acción buena, para serlo de veras y del todo, ha de ser *formalmente* buena; o sea, nacida de la bondad esencial (caridad) y llevada adelante por ella; y no por otro móvil alguno. Kant hace ver en el párrafo siguiente, que si falta esta "información" (*determinación inmediata* llama él), los únicos móviles posibles remanentes se reducen al Placer y a la Utilidad; de donde toda moral que no sea "autónoma" es de necesidad hedonista o utilitarista. Justo.

¿Dónde está, pues, el error de Kant?

El primero y más gordo, es que Kant no admitiendo, en virtud de su sistema gnoseológico, ninguna percepción primigenia en la base de la moral —*ningún contacto directo con la realidad previo a la Ley* —, se ve obligado a poner a ésta, y por tanto, a la conciencia del hombre como un Absoluto; o por ser más exacto, se pone en esa pendiente fatal; desarticulando por tanto la Ley Moral de Dios y empujando al hombre mismo en cuanto hombre a ponerse como Absoluto: término a que ha llegado, a través del idealismo, la nefanda idolatría contemporánea.

---

[1] "Das Wesentliche alles sittlichen Werts der Handlungen Kommt darauf an, *dass das moralische Gesetz unmittelbar den Willen bestimme*. Geschiet die Willensbestimmung zwar *gemäss* dem moralische Gesetze, aber nur vormittelst eines Gefühls, welcher Art es auch sei, das vorausgesetzt werden muss, damit jenes ein hinreichender Bestimmungsgrund des Willens werde, mithin *um des Gesetzes willen*: sowird die Handlung zwar *Legalität*, aber nicht *Moralität* enthalten. Wenn nun unter Triebfeder (*elator animi*) der *subjektive Bestimmungsgrund* des Willens eines Wesens verstanden wird, dessen Vernunft nicht schon vermöge seiner Natur dem subjektiven Gesetze notwendig gemäss ist, so wird erstlisch daraus folgen: das man dem göttlichen Willen gar keine Triebfedern beilegen könne, die Triebfeder des menschlichen Willens aber (und des von jedem erschaffenen vernünftigen Wesen) niemals etwas anderes als das moralische Gesetz sein könne, mithen der objektive Bestimmungsgrund *der Handlung sein müsse*, wenn diese *nicht bloss* den *Buchstaben* des Gesetzes, ohne den Geist dessenben zu enthalten, erfüllen soll..."

(C. v. P. Vernunft, III. cap. III.)

Kant no puede admitir ninguna intuición del Ser y del Bien, de ninguna clase que sea, previa a la Ley Moral, que es puesta por tanto como algo Primero, Incondicionado, Misterioso y, en una palabra, Absoluto; de modo que con el modesto disfraz de *Postulado de la Razón Práctica*, la Ley Moral se convierte en lo divino-vuelto-humano, no por participación o reflejo, sino por sí mismo. Conciencia = Absoluto. Pero... Conciencia — Hombre. Luego: Hombre = Dios.

El error consiguiente a éste es el rechazo de la moral social, que para Kant no puede tener más sentido que el de una falsificación de la moral verdadera; cuando, realmente, es su desprendimiento y expresión; magüer seco o corrompido, a veces; y de suyo, siempre imperfecto.

La moral social, es decir, el conjunto de leyes positivas, preceptos, normas, usos, costumbres, convenciones y sanciones humanas que nos gobiernan (y a veces nos oprimen, helás), son realizaciones sociales con que la moral personal se da su cajón y cauce. Ellas son necesarias a la masa; y, a decir verdad, a todos. Pero son como la corteza de la moral, corteza con tendencia a hipertrofiarse y a ahogar la savia: pícara condición humana. De donde, las *Dos Morales* que contempló Berg son: la moral abierta y la moral cerrada.

De esta capacidad que tiene la corteza de oponerse a la savia, nacen los *conflictos trágicos entre la moral viva y la moral convencional*, como fue el conflicto de Verdaguer: la necesaria exigencia de lo uniforme, de lo común y de lo externo se hace a veces opresiva de la vocación personalísima de un hombre, nacida de su propio Movimiento metafísico, irrenunciable.

Esta opresión es tan grande y general hoy día, que explica la reacción exagerada de Kant y de Nietzsche hacia el otro extremo: hacia el endiosamiento de la Persona y la anarquía. Habiendo devenido "ut in plúrimum" la moral social dura y muerta (fariseísmo), la tendencia es a abominarla y arrojarla del todo; a verla como contradictoria de la moral viva y no sólo como opuesta.

La literatura contemporánea está llena de ese rechazo indignado. En estos días corre en manos de todo el mundo la novela sombría de Gheorghiu *La Hora Veinticinco*, violento alegato de lo humano contra "la Máquina"; en el fondo contra una moral social aridecida en mecanismos ciegos y burocracia impersonal, que considera al hombre como número, nombre, fórmula; es decir, como no-hombre, ni como viviente siquiera. El rumano dice que eso es efecto de la "tecnocracia". En realidad, la misma tecnocracia no es más que un síntoma de una civilización profundamente degenerada y desvitalizada; es decir, sin moral auténtica: *des-moralizada*.[1]

Mas este abuso accidental, por grande que sea, no quita el uso. La moral social y cerrada debe venir al encuentro de la moral personal, de quien procede, y no montarse encima: ella no es sino su concreción en normas generales y su aplicación a casos particulares. Cuando deja de ser eso y se enrigidece en normas absolutas, es tirania; y entonces se produce el conflicto entre la conciencia personal y la ley externa —con la resultante frecuente del *martirio*.

Max Scheler ya notó que en el conflicto trágico entre la moral de la rutina y la moral de la vida, el depositario de esta última es siempre víctima, porque son muchos contra él, siendo siempre el vulgo el más abundante; pero que al caer la víctima justamente triunfa, porque libera la conciencia y hiere de muerte al fariseísmo: como pasó eminentemente en el caso-cumbre de Jesús de Nazaret.

Y en el de Verdaguer: el poeta catalán no hace sino repetir en todos los tonos en su opúsculo-alegato la objeción de conciencia:

—No puedo obedecer y debo no obedecer a un mandato *formalmente* ilícito.

—Eso es rebeldía.

—No: eso es conciencia; y si se quiere hasta obediencia.

—¡Pero si es el rechazo paladino de un mandato fácil!

[1] Véase también, por ejemplo, el formidable cuento de GALSWORTHY: *The Judge*, las obras de Lawrence y la literatura anglosajona actual, *passim*.

de la autoridad legítima! Si usted *quiere* cumplir eso, puede cumplirlo: los mártires hicieron mucho más que eso.

—Los mártires podían querer y debían querer la muerte que se les enfrentaba; mas yo, al contrario, no puedo abrazar mi ingreso al manicomio de Vich o simple permanencia en La Gleva como un acto moral.

—De ese modo, todo el mundo podría decir lo mismo ante una orden y perece toda autoridad.

—Yo no puedo renunciar a mi conciencia.

—Usted es "boig"...

Como se ve, el *diálogo era imposible*; por eso el conflicto es *trágico*.

Mas lo que manifiesta la buena razón de Verdaguer en el conflicto, es que él no apela a su conciencia pelada, sino también a las leyes positivas de orden superior, que, como dijimos, son el cajón y el cauce de la moral personal: apela al Concilio de Trento y otros concilios, a las normas de los Santos Padres y a los mandatos del Evangelio; en tanto que sus adversarios terminan la discusión llamándolo *rebelde, caprichoso, influenciable, alucinado* y *"boig"*, es decir, demente: que no son argumentos sino contumelias.

Flor de fariseísmo.

29. LA ULTIMA OBRA

El opúsculo *En defensa propia* se puede llamar la última obra de Verdaguer; pues las colecciones de versos que aparecieron después (póstumas las más) son conjuntos sin unidad, esfuerzos dolorosos y frustrados del instinto de creación poética: *parerga y paralipómena*.

Se puede llamar obra, pues, aunque se trate de una *serie* de artículos de periódico en forma de cartas; y, a más,

serie rota en dos por una interrupción de dos años (I. *Un sacerdote calumniat*, y II. *Un sacerdote perseguit*), tiene unidad de pensamiento y completud de materia, configurando un "panfleto", como el *J'accuse* de Zola, o las diatribas políticas de Rivarol o Juan Luis Courier: de mucha más nobleza por un lado; y más desmañada ingenuidad por otro.

La primera parte del panfleto (11 cartas) es una briosa incisiva narración de hechos: *un sacerdote calumniado*; la segunda (26 cartas), es un inflamado alegato, en que los raciocinios y la doctrina alternan con las puntualizaciones "de facto", y que comenzando en tono elocuente y patético termina en los tres últimos artículos en tono regocijado y hasta humoristico: aunque el *humor* no sea cuerda habitual ni connatural a Verdaguer, como dijimos.

Las cartas están precedidas por un *Comunicado* que parece un toque de clarín:

Señor Director de
"El Noticiero Universal":

Por el mes de Mayo del año 1893, después de los Juegos Florales, se me alejó traidoramente de Barcelona, con la tácita tacha de *loco*, dándoseme a mí el pretexto de ir fuera por dos meses a cuidar mi salud, que, gracias a Dios, no necesitaba remedios. Si no contento, fuíme resignado: y después de los dos meses han pasado dos años que tuve que sobrellevar allí, lejos de las bibliotecas donde poder consultar, lejos de mis editores, de mis libros, e incluso de mis manuscritos mismos...

He bajado a Barcelona, en uso de mi derecho y mi libertad, para arreglar mis asuntos y abrir una salida en mi situación desesperada; y dos veces he visto en mi morada misma la fuerza pública para prenderme como a un delincuente. Gracias a la Virgen María, que no me ha dejado en mi tribulación, no he andado por esas calles en medio de gendarmes. Por si hubiera de suceder, mañana o cualquier dia o noche, contra la voluntad expresa del señor Gobernador, a quien quedo reconocido: ahora, mientras tengo lugar y tiempo, demando justicia; y protesto ante la gente honrada de Barcelona que me conoce, delante del cielo y la tierra y el mismo Dios que ha de juzgarnos a todos, de la iniquidad de que es víctima, con un fin que no sé, este pobre sacerdote.

JACINTO VERDAGUER, *Presbítero.*

Esta carta fue fechada el 17 de junio de 1895 y seguida por otras once, durante todo "el invierno y estío de ese año", es decir, posiblemente hasta diciembre, publicadas todas en "El Noticiero". Verdaguer estaba "suspendido", es decir, bajo prohibición de ejercer el ministerio sacerdotal a causa de su venida de La Gleva a Barcelona. Después de la oncena carta, recibió la visita de un señor Miguel Freixa, que en nombre del Obispo de Vich le prometió el decreto de rehabilitación para dentro de tres días, si cesaba en su publicación. El poeta la interrumpió no por tres días, sino por dos años, en el curso de los cuales se le fueron imponiendo diversas condiciones, vetos y mandatos; algunos de los cuales cumplía y otros no, según le parecía bien o posible, consultando su conciencia y sus fuerzas físicas; y también su ánimo, ya bastante escamado. Esta situación angustiosa y de "guerra de nervios" fue rota el 5 de agosto de 1897 con la primera de una nueva serie de cartas abiertas, precedida de un breve resumen de las anteriores. La última de ellas está fechada el 21 de noviembre.

Con fecha del 8 de febrero de 1898 salió en el Boletín Eclesiástico de Vich el decreto rehabilitario, que cierra este opúsculo en la edición de las *Obras Completas*; decreto en el cual el Superior no pudo contenerse de lanzar la última flecha, es decir, el último insulto velado...

> ...En su vista y atendidas las repetidas seguridades que Nuestro venerado Hermano de Madrid y otras personas respetabilísimas [1] de la Corte, donde reside hace algún tiempo el reverendo Jacinto Verdaguer, Pbro., nos dan acerca de las promesas y buenos propósitos que ha hecho y manifestado de querer vivir y portarse en adelante, con el auxilio divino, cual corresponde a un buen sacerdote y enteramente sujeto a las órdenes de su Prelado; hemos venido en levantar al citado Presbítero la suspensión que le había impuesto nuestro discreto Vicario General; y devolverle el permiso para celebrar la Santa Misa.
>
> Demos gracias a Dios y su Madre Santísima...
>
> Vich, 5 Febrero 1898.
>
> † José, Obispo de Vich.

---

[1] El Rey de España.

Cuatro años más vivió el poeta después de esta victoria —si es que fue tal cosa: ya que dejó la salud en la lucha y la persecución no cesó, sino que se transformó en más oculta y mañosa. El rencor eclesiástico es pertinaz.

Las cartas, como notó el gran Maragall, mostraron un nuevo Verdaguer: el ruiseñor dejó paso al hombre, —con su encantadora ingenuidad, que cree en el género humano y su bondad; que lo ve todo en blanco y negro sin medias tintas; y que abre su conciencia con candor de infante; —con su rudo buen sentido e instinto moral de campesino, que arguye y razona con puñetazos en la mesa, que se indigna explosivamente, pero jamás pasa una neta línea de bonomía, que se ríe del adversario, aunque esté sangrando por dentro; —con su pericia de la lengua popular, su flexibilidad de pendolista consumado, su conocimiento del folklore, cuyos refranes salpican los raciocinios, sobre todo en las tres últimas deliciosas cartas. 1. *No'm toquen a morts encara...*

2. *Veus de sirena.*

3. *Un boig ne fa cent* (I, II).

De estas cartas está tomada toda la trama de nuestra pieza teatral, no sólo de los hechos allí narrados, más aún de las réplicas de uno y otro contendientes, que han pasado literalmente a boca de los personajes —salvo la elaboración artística necesaria. Por ejemplo, el episodio del fin del acto II, del "discreto" Vicario General que se alza con el tomo de poesías ajenas, está refrendado y justificado por el *embargo de sus obras* que procuraron el Marqués y la Curia, con el fin de reducirlo por hambre: *de xafarlo*, como dice él: y por la siguiente anécdota, que trae la carta XXIII:

> A un abogado que intervenía en mis asuntos se contentó con decirle (Narciso Verdaguer y Collis, presbítero y procurador de la Curia): "Como a compañero, le pido por Dios que si se muere mosen Cinto, me guarde sus manuscritos..."
>
> Ni una palabra de compasión (agrega el poeta) por su primo, ni por el sacerdote suspendido, ni por el poeta crucificado; pero, ojo con sus obras que no se pierda una hoja. Que el pájaro perezca o lo hagan perecer, cuanto antes mejor, poco importa, con tal de que guarden las plumas para don Narciso...

Es de esperar que esta última sangrante obra de Mosén Cinto —hasta ahora difícil de conseguir y ahora difundida por su edición en *Obras Completas*— tenga la virtud de barrer y de borrar de los libros de esta mitad de siglo las especies estúpidas o malignas que desparramó la maledicencia; y que todavía se pueden leer a porfía, incluso (*mirábilia dictu*!) en la Enciclopedia Espasa. Hoy se cumple cincuenta años de la muerte del poeta: y cincuenta años es demasiada edad para una calumnia, incluso en nuestros tiempos de mentirosos y falsarios.

Pero no todos lo son. Plantar un acta bien clarita y hermosa de testimonio a la verdad difícil o escondida, aun previendo que no va a ser reconocida como tal hasta medio siglo después, es todo lo que se puede hacer en la confusión hodierna. Este es el mérito que tienen estas cartas, que fueron el único crimen *probado de Verdaguer*: no a los ojos de Dios, según creemos.

30. LA PESADILLA

"*La Iglesia actual no está inspirada por el Espíritu de Dios. Muchas cosas que pasan en la Iglesia de hoy, sería impiedad nefasta atribuirlas a Dios. Habría que renunciar al sentido moral y aun a la más tenue idea del Dios del Evangelio.*

"Conmigo la santa madre Iglesia no se ha portado como madre. Se ha portado de un modo inicuo, injusto, maligno, cruel e implacable. No se ha portado ni siquiera de un modo *humano*. He aquí una experiencia directa e irreducible, que no puedo eliminar ni interpretar al revés con ningún conato ni esfuerzo posible. Es una visión inmediata, como la de los ojos: más que la de los ojos. Visión mía propia, que no puedo comunicar a nadie. Pero yo la sé.

"Lo que me ha pasado no es algo que por accidente o excepción proceda de algún mandón eclesiástico desviado o malo. Procede directamente de la cabeza, es cosa de la «Jerarquía» y viene de lo más alto.

"Si la Iglesia ahora es así, siempre debe haber sido así: no veo solución de continuidad en ella. Entonces, Galileo, Giordano Bruno, Juana de Arco, Carranza... todos los que nos han enseñado a condenar como herejes y malos en las clases de Apologética...

"Mas si la Iglesia es un manantial de iniquidad desde su parte más alta; si es un simple organismo de ordenamiento humano y político, con esa condición de toda sociedad humana de odiar a la inteligencia; si no hay en ella el sentido de que *no se puede* promover el bien común condenando a un inocente; entonces, ¿qué queda de nuestra fe?...

....

"*Pero* Cristo es Dios, y Cristo fundó la Iglesia: hay bastante testimonio cierto de lo que Cristo hizo y dijo; hay evidencia del efecto moral sobrehumano de su doctrina en la historia; aquí en las mismas costumbres y gestas de este buen pueblo catalán, en las leyendas y las figuras esplendentes de sus santos, en la ley moral sublime vigente en el mismo lenguaje tosco del payés —si no siempre en sus actos...

"¿No estaremos sufriendo una corrupción nueva y misteriosa de la Iglesia? ¿No habrá dos iglesias, la de los ricos y la de los pobres? ¿No se habrá refugiado el Espíritu Santo en el pobrerío?

"¿Pero esto no es el error mismo de los protestantes, que niegan la Iglesia Visible, condenan su organización jerárquica, y encierran la Iglesia verdadera y las promesas de su Fundador en el secreto de los corazones, librando así la objetividad de la doctrina al capricho de la interpretación individual?

"¡Oh mi cabeza, mi cabeza!

"¿Cuál es el alcance exacto de las promesas explícitas de Cristo? Prometió que Pedro no erraría en la fe, ni por consiguiente sus sucesores; no prometió hacerlos íntegros e

incólumes en su moral; es decir, no los hizo impecables. Prometió que El estaría con la Iglesia *hasta* la consumación de los siglos; no *durante* la consumación de los siglos, que será un período de tiempo, los tiempos parusíacos, en los cuales habrá, según está escrito, una inmensa apostasía. ¿No estaremos ya en los tiempos parusíacos? ¿No habrá volado la Iglesia al desierto? ¿No se habrá refugiado (por dos tiempos, un tiempo, y medio tiempo) en el corazón de hombres en soledad, que sin romper sus lazos con la jerarquía mundanizada, la soportan sobre sí como una carga de montañas y una presión de lagar; y son incluso perseguidos por ella?

"¿Qué hacer entonces? ¿Cómo conciliar el sentido moral interno con las órdenes inicuas o inhumanas de afuera?

"*Acatar y no obedecer*, como decía Alfonso el Sabio; aguantar la nota de rebelde y las sanciones más mortíferas; hacerse anatema por amor de sus hermanos; mirar de frente a una muerte desolada; antes de admitir en su interior la arrollante frase que está en la boca del vulgo: *la Iglesia es una porquería.*

"Yo soy la Iglesia también, al fin y al cabo; y está en mí no volverme una porquería..."

Esta fue la pesadilla de Verdaguer: la que lo consumió, como se puede fácilmente colegir.

No está explícita en sus angustiosas cartas *En defensa propia*; pero las informa todas desde atrás, y asoma en algunas frases fulgurantes; así como en esa veleidad que tuvo de predicar "la Iglesia de los pobres"; veleidad que Rusiñol hizo el eje de su drama, convirtiendo a Verdaguer en un vulgar cura socialista, teñido de un franciscanismo sentimental. Está sobre todo en los hechos de los últimos cinco años, en esa rotura definitiva de su lira esencialmente religiosa y devota, y en la consunción rápida de su salud y su vida. ¡Qué diferencia entre el retrato del rozagante joven presbítero, que está al principio del libro de Güell, y el retrato al lápiz del hombre maduro envejecido y devastado, del genial dibujante Casas, que está en el Museo Moderno de Barcelona!

Esta pesadilla no se disipó nunca del todo en el "poeta asesinado": nunca surgió de su pluma el grito triunfal de la certidumbre. Su pluma simplemente se secó. Puesto antes al servicio de la Iglesia su iris de colores suaves —hasta rozar a veces la adulación su entusiasmo ingenuo—, después de los golpes recibidos, simplemente no pudo servir más. Se rompió.

Los asesinos de cuerpos son castigados por la ley; los asesinos de almas entristecen al Espíritu Santo, y su hecho no tiene perdón ni en ésta ni en la otra vida; aunque mueran "homenajeados" y luego les levanten estatuas.

La única solución teórica a la pesadilla de Verdaguer está en la parábola del trigo y la cizaña y en el dogma de la Parusía. Llegará un tiempo en que el trigo y la cizaña, mezclados siempre en las eras humanas durante el curso de las edades, llegaran a la lucha suprema, la que no conoce piedad; y la cizaña crecida oprimirá al trigo de Dios de un modo insoportable, rodeándolo por todas partes como sin esperanza y sin respiro; tiempo en que la persecución, prometida a todo creyente, se hará interna a más de externa; y en que gemirá su carne a punto de aniquilarse.

Para ese tiempo se escribieron las últimas y más terribles —y más consoladoras— profecías.

31. LA LECCION

Verdaguer fue un derrotado.

Si no es un derrotado un hombre que al llegar a su madurez le quiebran su obra de artista apenas superado el aprendizaje, le quiebran la vida al tocar el vivo oro de la experiencia; y le arruinan el buen nombre por medio siglo al menos, si eso no es derrota, que venga Dios y diga cómo

se llama eso en castellano. Con sus cartas *En defensa propia* hizo soltar la presa al buldog de "nuestro discreto Vicario General"; pero el mordisco fue mortal.

Las derrotas de los cristianos grandes acobardan a los cristianos chicos. Lo que tiene de mejor la victoria es que hace perder el miedo de la derrota; y lo que tiene de peor la derrota es que desparrama el derrotífero miedo, el "derrotismo".

El derrotismo hace hoy muchas víctimas entre los fieles, y es mala peste.

"Cuanto más bueno quise ser, me fue peor; cuanto más quise servir a Dios, más palos me encajaron los siervos de Dios; cuanto más quise amar al prójimo como a mí mismo, más me jorobaron... *Dejad que los niños se acerquen a vos* —dijo Cristo. ¡Sí! Dejad que los niños se acerquen a vos, ¡y veréis qué cascotazo os sueltan!"

Palabra verídica; o por lo menos histórica.

De allí salió la fábula que dice:

Vinieron los sarracenos
Y nos molieron a palos,
Pues Dios protege a los malos
Cuando son más que los buenos.

Y la obra similar:

Un santo se sacó la lotería,
Y a Dios le daba gracias noche y día.
Pero un ladrón que halló la puerta franca,
Lo robó con auxilio de una tranca.

Dios premia al bueno; pero viene el malo,
Le quita el premio y le sacude un palo

Y así sucesivamente:

Sale el sol para el justo y el injusto,
Y la lluvia a los dos moja y joroba,
Pero al justo más bien; porque el injusto,
El paraguas al otro se lo roba.

Por eso la Iglesia inventó la canonización de los mártires, "para levantar el ánimo de sus tropas con la fiesta

(grandiosa en otros tiempos, ostentosa hoy día [1]) de una victoria póstuma". Pero la Iglesia no canoniza ya mártires, y menos mártires de la prepotencia curial, como Verdaguer: canoniza "ut plurimum" monjas fundadoras de nuevas órdenes (como esa Santa Cabrini que los diarios de Italia llamaban cuando su canonización *la Santa Teresa yanqui*, ¡horror!), o doncellitas mártires del pudor. ¡*Ya no hay santos varones!*

De modo que, a falta de otras más solemnes y canónicas, bueno es que los poetas nos canonicemos entre nosotros.

También puede canonizar a su modo un poeta, así como puede anatematizar. Justamente las canonizaciones antiguas no eran empezadas por los canonistas, como ahora, sino por los poetas; por los creadores de leyendas: de "leyendas áureas". El "olor de santidad" se convertía en "fama de santidad" por obra del pueblo, y no de las Curias o Gobiernos.

Nosotros decimos que Verdaguer triunfó; que triunfó después de su muerte, que triunfó en su muerte, que triunfó antes de su muerte hecho una piltrafa en una boharda y sustentándose con limosnas...

"Mi primo fue un derrotado: de haberme hecho caso a mí *auría triunfat*" —dice el zonzo de Joan Güell. ¡Error! ¡Filfa! ¡Macana! El triunfo que Güell podía soñar no era el que Verdaguer amó.

Verdaguer triunfó porque su conducta, su derecho y su personalidad resplandeció al sucumbir él; que aunque haya sido con llama un poco humosa, y aunque esa llama lo consumiera, no importa. Nos dejó su lección; una lección magistral, más importante y señera que *La Atlántida* y *Canigó*.

¿Una lección? Muchas lecciones. Pongamos unas siete, por ejemplo, por ser número ritual.

---

[1] *Esa ceremoniota del pasado*, la llamó un sensible poeta, de paso en Roma.

1ª QUE ES POSIBLE SER BUEN SACERDOTE Y GRAN ARTISTA.

Eso se discute hoy día, cómo seremos de necios los de hoy. *"La buena literatura se hace solamente con malos sentimientos"* —dijo un taita de los premios Nobel; y se pusieron contentos en el "Suplemento" de "La Nación", viendo que enseguida podían hacer buena literatura; y diez mil necios lo repitieron. "No se puede hacer un buen arte con buenos sentimientos..."

Si eso se llega a decir en el tiempo del cura Lope de Vega, del cura Calderón, y del cura Fray Luis de León, menudo premio Nobel le daban en el manicomio al autor de la *Lettre à Mr. l'abbé Brémond.*

2ª QUE ES POSIBLE SER UN BUEN CATÓLICO Y LEAL AL MISMO TIEMPO A SU PAÍS Y A SU TERRUÑO: SOBERANAMENTE LEAL.

Un buen católico no puede ser leal a su país del todo, porque es súbdito (y eso de una manera absoluta e incondicional) de un poder extranjero, el Vaticano.

¿Quién dijo eso? Quién sabe cuántos. Nosotros se lo oímos al doctor Juan B. Justo, siendo muchachos, en la Cámara: desde la barra, por supuesto.

Esta objeción ha sido desenvuelta poco ha en el libro *Comunism, Democracy and Catholic Power*, por el doctor Paul Blanchard.[1] Este libro va muy lejos, puesto que llega a equiparar, tocante al patriotismo, al católico con el comunista. *"¿Qué importa que el uno esté sujeto a Stalin y el otro a Eugenio Pacelli? Los dos obedecen a poderes extraterritoriales."*

Blanchard es protestante; pero Henry Miller, de la Universidad de Harvard, es católico; y comenta el libro de Blanchard con estas palabras: "Es menester que lo tomemos muy en serio, los católicos principalmente... Muchos de nosotros hemos reflexionado acerca de los cargos de Blanchard y... *mucho tememos* que, efectivamente, la Igle-

---

[1] Cf. *Dinámica Social*, nº 15, pág. 40.

sia no ejerza hoy influencia *desmedida* en algunos dominios, que *no* le corresponden. . ."

Esta objeción es endémica en Estados Unidos (creemos que el que la formuló primero fue Jefferson) y de vez en cuando florece en brotes epidémicos. Por ejemplo, cuando la elección de Hoover (creo que fue), que se presentó candidato a presidente o a vice Al Smith, alcalde de Nueva York, católico.

Los protestantes, masones, judíos, mormones y *kukluxklanes* pusieron el grito en el cielo —o por lo menos en el rascacielo—, ante la mera posibilidad de un presidente de los Estados Unidos de América "súbdito del Vaticano": ¡anticonstitucional! Recuerdo que era muchacho y leía revistas norteamericanas ("America", "The New Scholar", "Geographic Magazine") y seguí esa curiosa polémica. Leonard Feeney escribió una carta abierta en "*America*", que es una pieza maestra de buen gusto y poesía, al derrotado católico Smith.

Verdaguer respondió a esta objeción con su ejemplo: perseguido por un sujeto que dependía de Roma, no apeló a Roma, a pesar de que se le ofrecieron en la corte pontificia "poderosas influencias". Se mantuvo en los límites de su nación en su heroica defensa; e hizo bien, si no nos engañamos, porque la cuestión no era de la competencia de Roma: no siendo cuestión de fe ni de dogma. Además, como decía él con su robusto "bon seny": "Si en Cataluña no me hago entender *de cerca*, ¿podrá hacerme entender *de tan lejos*?"

Si hubiese hecho caso a los eclesiásticos que le decían *de ir a Roma*, muy probablemente le hubiera ido peor. A lo mejor le pasa como aquel negro que fue a Roma a pedir justicia contra un trasquile, y lo trasquilaron tres veces más; por lo cual escribió una elegía inédita, que empieza así:

La cosa irreparable y vergonzosa,
El pecado más grande de mi vida,
Ha sido haber viajado a Roma (Italia)
Para buscar justicia.

No quería decir que en Roma no haya justicia, al menos para los romanos. La *hay*, como en todas partes: pero la hay *como* en todas partes. Lo sensato es buscarla primero en su tierra.

3º Que un catalán no es un zulú y no puede ser tratado como un zulú...

Son palabras textuales suyas: y las demostró con su ejemplo. Lo malo es que "la burocracia impersonal en el manejo de los negocios eclesiásticos" (que dijo un gran teólogo alemán) tiende a convertir a todos los hombres en "expedientes" y a tratarlos por igual. Y tratar a todos los hombres por igual como zulúes, es la línea del menor esfuerzo y la actitud más cómoda y perezosa.

4º Que la "desobediencia" a los santulones es la más grande y corajuda de las virtudes.

No hay que alarmarse de esta proposición, si uno no es santulón. Es simplemente lo que dijo Cristo, que hay que tener más miedo a Dios que a los hombres, cosa hoy día no fácil; ni nunca. *Oportet Deo obedire prius quam hominibus*: es la gran novedad que introdujo el cristianismo en el mundo moral.

Alfonso el Sabio la formuló egregiamente en *Las Partidas*. No tenemos a mano el texto, pero dice esto: "Si por acaso yo llegare a mandaros algo contra la Ley Natural o la Ley de Dios (puesto que yo, magüer rey, soy falible) os mando *acatar y no obedecer*"; es decir:

Acatar, o sea, rendir acatamiento a la autoridad, que baja de Dios: no negarla, no denigrarla, no rebelarse contra ella; *pero no obedecer*, es decir, no poner el acto ilícito o absurdo, incluso por amor de caridad al superior ofuscado.

Este es gesto soberbio de caballero y de mártir. No hay hombre en el mundo más apto para hacerlo que el español.

Verdaguer lo hizo.

5ª QUE LAS GRANDES DESGRACIAS DE LA IGLESIA NO LE VIENEN DE FUERA SINO DE DENTRO.

Esta es la verdad de la cizaña y el trigo: es difícil de proclamar hoy.

Un cáncer es mucho más peligroso que un garrotazo o una herida.

Verdaguer vio, como nadie, el brote del socialismo y el anarquismo (el comunismo de hoy) en Cataluña. Lo vio y lo temió y percibió su causa *en nosotros*. Exasperado por no ser oído (y habiendo cometido algunas ligeras indiscreciones, es la verdad, movido de ese grande afecto suyo), irrumpió en esa división de "la Iglesia de los ricos" y "la Iglesia de los pobres", que era imprudente y desde luego inexacta; por lo menos para quien no sea poeta.

Un pobre sacerdote resentido, que quería arrastrarlo en pos suyo, y al final apostató, le decía:

—¿Qué podemos hacer? La Iglesia no admite las revoluciones. Si la Iglesia las admitiera, yo haría una revolución. *Pero la Iglesia no acepta las revoluciones*...

—¿Cómo es eso? —le respondió el poeta—. La Iglesia es una continua revolución interna.

Efectivamente, la revolución de la conciencia: primero de todo, revolución contra sí mismo, contra los propios defectos y limitaciones.

6ª QUE EL FARISEÍSMO EN EL SOLIO ENGENDRA NECESARIAMENTE DISOLUCIÓN EN EL CLERO, ANARQUISMO EN LA FELIGRESÍA Y ODIO FEROZ EN LOS DE FUERA.

Los intentos de matar curas y quemar templos asomaban ya en Cataluña. ¿Cómo se explica eso, en un pueblo católico? La explicación está arriba, quiérase ver o no.

El fariseísmo es odioso como un demonio (*es* un demonio); y más para un espíritu religioso. En nuestros días, el español ha masacrado curas; el francés los deja tranquilamente de lado: *es más religioso el español que el francés;* pero el francés es más peligroso para los curas.

El Cardenal Newman ha dicho esta palabra profunda en uno de sus sermones: "*Está escrito que cuando venga el Anticristo se parecerá a Cristo; luego, Cristo se parece al Anticristo*": deducción matemáticamente indiscutible, según las leyes de la semejanza: Si A es semejante a B, B es semejante a A. Eso es exacto; pero no es fácil ver claro qué quiso decir el Cardenal.

Quiere decir, a nuestro ver, que hay en la Iglesia cosas que ya se parecen a las que perpetrará el Anticristo. Y la primera de ellas debe ser el fariseísmo, que es hipocresía al tercer grado, en la cual será maestro diplomado el *Hombre de Iniquidad, el Perverso*.

Ese quizá explique el odio inexplicable e implacable que sienten hoy hacia la Iglesia personas no perversas del todo —y aun del todo *no-perversas*, "*pas perverses du tout*". Conocemos algunas, no pocas. Debe ser que ven ahora en la Iglesia, lo que verán los fieles postrimeros en el Anticristo: una imagen nefanda, vómito de su sentido moral.

¿Y el apartarse silencioso de hacia la Iglesia de miles de hombres, que llaman "la apostasía de las masas"? Un santo Papa la calificó del "escándalo mayor de nuestros tiempos" (Pío X). Las masas se apartan de la Iglesia con la indiferencia del desprecio o la taciturnidad del asco: ha perdido para ellos su antigua fuerza de atracción, que los hacía el siglo pasado vociferar, insultar y blasfemar: Carducci, Víctor Hugo, Swinburne. Compárese con la actitud de un Anatole France o un Gide; con el tranquilo apodo de *salauds* en boca de un Sartre: los "asquerosos". Ha cambiado la actitud: la indignación comporta amor o aprecio; no así el tranquilo desprecio.

Verdaguer vio este proceso en forma intuitiva, aunque confusa; sus cartas están llenas de esta alta acusación: "si hay anarquismo en el pueblo es porque hay fariseísmo en la Iglesia".

O como dijo el hijo de Martín Fierro:

Los que mataron a Cristo
No fueron los comunistas...

7ª Que cuando los sacerdotes y escribas se juntan en Sanedrín de noche y en gran silencio y grandes tapujos condenan a muerte a uno de ellos (al mejor), luego se juntan muchedumbres o ejércitos y (a plena luz y en gran vocerío y ruido) matan 18.000 sacerdotes: y las piedras del templo se vienen al diablo.

Esto pasó de hecho; allá lejos y hace mucho. Y después, en varios momentos de la historia han pasado cosas vagamente análogas.

Aquella frase del dominico que puse arriba me pareció de momento más enigmática que la de Newman: que había relación *directa* entre la vida de Verdaguer y las matanzas de sacerdotes en Cataluña.

Me puse vanamente a tirar líneas entre uno y otro extremo para establecer por raciocinio esa imposible función algebraica; hasta que de golpe vi que el personaje de mi pieza Migué Lopes Serrero, anarquista ibérico, quería representar justamente en forma plástica esa idea abstracta y más sintética que un teorema de cálculo integral. El dominico había sido profesor de matemáticas superiores y no sé qué otras cosas; y era el espíritu más intuitivo y desconcertante que he conocido. Algún día lo llevaremos a alguna novela, si Dios quiere.

Migué Lopes Serrero no es un símbolo del pueblo de Cataluña: no lo conocemos bastante como para pretender cifrarlo. Es la representación de la "reacción del pueblo de Cataluña frente al caso Verdaguer"; y eso sí que lo conocemos. Por eso es un "murciano" (como llaman en Cataluña a todos los del Sur, desde Valencia a Cádiz) que constituyen la parte más humilde, golpeada y desarraigada —como también la más prolífica y sacrificada—, de ese feraz y hermoso jardín del Mediterráneo. Córdoba Rodríguez me dijo que ellos fueron, los "murcianos", quienes en lo que se llama en España simplemente "la Guerra", hicieron las mayores atrocidades así como los actos más asombrosos de bravura; y algunas veces hasta de *humanidad*. "Áteme usted

esas dos moscas por el rabo", concluía el gran psiquiatra.

Que *el español es capaz hasta de matar por humanidad, así como de morir,* es la atadura de las dos moscas; pero no se lo dije entonces, porque es demasiado paradojal.

La profunda humanidad del español lo lleva a odiar con furor la injusticia, y esa abominación que es el fariseísmo; y ese furor puede llevarlo a la locura.

No quiere decir que no haya entre ellos injusticias y fariseísmos. Los hay enormes. Pero no se ha abolido en ellos el odio a eso, como en otras comarcas. El vómito.

Estas son las siete lecciones de Verdaguer, que como ven ustedes, pudieran ser diecisiete. Pero ya basta. Es decir, como hoy día todos los sonetos tienen estrambote, añadamos otra para completar la octava real.

8ª Que el "pueblo bruto" no es tan bruto como piensan los politiqueros que medran a costa suya, cantándole con laúd y guitarra:

Oh peuple, nous t'amons énormement.

El pueblo hizo el juicio justo y después la leyenda áurea de *su poeta,* allí donde tantos doctos se embarullaban. Eso lo hemos podido constatar hasta el exceso; incluso en los valles calchaquíes, allí donde una laboriosa familia catalana produce vino en un vergel situado en medio del desierto desolado de Angastaco.

Aquí, en esta pequeña y recia ciudad ganadera donde escribo, me decía un pesimista:

—*Aquí no va a tener usted una sola persona con quien hablar.*

El no era de aquí. Yo tenía que reaccionar en favor de mi ciudad.

—Siempre y en todas partes hay con quien hablar.

—¿Quién? ¿Dios?

—Los sencillos.

Verdaguer era un genio y los doctos no lo comprendieron; pero los sencillos lo amaron. Paz sobre su tumba, y gloria sobre sus obras.

CABO

Todo esto viene a ser el prólogo del drama *El Místico*, comenzado por Santiago Rusiñol y tomado de la vida *confusa* de un poeta y presbítero catalán.

Lo que no hace un hombre para ganar qué comer, decía el Payo Funes; ¡hasta libros!

Si no tuviera que ganar la comida con ello, este libro sería una culpa: necesitaría una elaboración de dos años más. Pero no siendo ése el caso, puede pasar.

Manresa, invierno 1947.

Reconquista, verano 1952.

EL MISTICO

DRAMA EN TRES ACTOS

"¿Es un drama histórico? ¡Qué sé yo! Tenía la vida del Tasso, tenía mi propia vida, tenía la vida del mundo de hoy — junté todo eso, compuse mi *Tasso*. Si es drama histórico, enhorabuena. Si no lo es, con tal que sea de veras drama..."

(GOETHE: *Conversaciones con Eckermann.*)

DEDICATORIA

A los santos hay que festejarles la muerte y no el nacimiento.

Hoy es el cincuentenario de la muerte de Jacinto Verdaguer "prevere". Los catalanes no lo van a festejar ni aquí ni en España. Van a esperar el cincuentenario del nacimiento.

Los que recuerdan el nacimiento celebran la aparición poco pulcra de un informe y desvalido embrión humano, que no se sabe si durará y qué dará de sí; los que festejan la muerte celebran la madurez de un alma inmortal, que rompe un cuerpo gastado hasta la cuerda.

Eso hemos querido festejar nosotros con este libraco dedicado a

JACINTO VERDAGUER, Presbítero,
en su inmortalidad.

Manresa, 10 de junio de 1952.

LOS PERSONAJES

hablan en este drama son:

NARCISO BELVEDER, Presbítero.
AMANDA FERRÁN y
CARLITOS FERRÁN, hijos de
CLARA DE FERRÁN.
JULIÁN OLLER, primo de
DEMETRIO OLLER, sobrino de
MANUEL BELVEDER, párroco y autor del drama.
EL OBISPO, con su
VICARIO, JOSÉ GUIDART.
EL MARQUÉS DE SAN MIGUEL.
EL MURCIANO.
EL DIRECTOR de un diario.
EL DOCTOR SOLER.
FRANCISCA BELVEDER.
EL APUNTADOR y
EL MAQUINISTA del teatro.
EL SUPERIOR DE LOS JEROMIANOS.
LA GERVASIA.
LA NICÁNORA.
POBRE 1º y
POBRE 2º.

en el fondo, el único que habla, en realidad, es el autor.

ACTO PRIMERO

(Sala en casa de la familia Ferrán, modesta y espaciosa, con tres puertas: una, al foro, que conduce al interior de la casa; lateral izquierda, que da a la salida —vestíbulo—; lateral derecha, que comunica con casa Rovira.

Sala acomodada, arreglada con gusto, consolas con flores, mesa grande en el centro, cuadros sacros de clásicos italianos en las paredes, una gran estatua de la Moreneta *(Nuestra Señora de Montserrat), sillería decente, etc.*

O bien si se prefiere, sala pobre con sillas de estera, mesa desvencijada, cuadros de mal gusto, etc.

En realidad, el autor da doble descripción de la sala, porque hay que darla, como podría dar cinco. Pero el aspecto de la sala no interesa para nada al drama.

Lo único que este acto primero requiere es un tintero de bronce sobre la mesa, que puede ser de escayola o de palo y puede suplirse también con una pistola, una tetera, un pisapapel, un cenicero, un pote de jalea o una escoba.

El personaje AMANDA, *que otros llaman Amparo, es completamente imaginario, y está representado por una mujer joven y hermosa, si la primera actriz de la compañía que va a destrozar el drama lo es; y en caso contrario, graciosa. Viste con demasiada elegancia para su clase social, elegancia no muy segura, además, y un poco rebuscada, en el primer acto. Y en el segundo mucho más pobremente, como quien está destinada a la tumba, en los designios truculentos y un poco pueriles del autor. Tiene un tic nervioso de pasarse la mano por la frente apretando fuerte, que multiplica y hasta dobla con las dos manos*

cuando está triste o enfadada, que es casi siempre. Habla en perfecto español con acento castellano, pero prorrumpe en exclamaciones y frases catalanas o argentinas (a gusto de la actriz), cuando pierde los estribos. La actriz encargada del papel tendrá mucho cuidado de hacerla un poco antipática, para que el público no sienta demasiado su desastroso fin.)

ESCENA I

POBRE 1º, POBRE 2º, LA GERVASIA, AMANDA,
LA NICÁNORA, EL MURCIANO

POBRE 1º. — (*Saliendo.*) ¿Coló?

POBRE 2º. — (*Id.*) Sí que ha colao.

POBRE 1º — ¿Difici?

POBRE 2º. — Mú fácilmente.

POBRE 1º. — ¡*Ala chiquet!* (Salen.)

GERVASIA. — Pillos, más que pillos, que venís a engañar a Mosén, y después lo pagamos nosotras, las verdaderas pobres... (*Gestos de "silencio" de los dos desde la puerta.*)

AMANDA. — (*Entrando.*) ¿Qué es eso? Basta, se acabó. Mosén no recibe a nadie más. Sabéis que está indispuesto y espera ahora una visita importante.

GERVASIA. — Señorita Amanda...

NICÁNORA. — Seña Amandita...

MURCIANO. — ¿Ni siquiá a mí me ha de recibí?

AMANDA. — Y usted, ¿quién es?

MURCIANO. — Migué Fidel Lopes Serrero, pa serví a usté y a la revolución sociá. (*El Murciano*

habla andaluz siempre con el acento más pronunciado posible.)

AMANDA. — Ya. El Murciano.

MURCIANO. — Por mal nombre. Que no vine aquí a pedí *limona*, que le coste a usté; sino en transe de amistá... y de servisio. ¿Verdá que sí, tú, rica? *(A una niñita de unos cinco años que trae de la mano.)*

AMANDA. — Pues no entra nadie más por hoy, Murciano, ea.

MURCIANO. — Pué, ¿qué pasa aquí? Que han corrío siertas vose... Pué yo vengo a eso. Por esas vose. Migué Lopes Serrero, anarquista ibérico honrao.

AMANDA. — Pues, ¿qué ha de pasar? Que Mosén tiene que trabajar y está preocupado. Nada. Lo de siempre.

MURCIANO. — Pues se me ha 'e ecí a mí que puñales es lo de siempre, como verdaero amigo. Porque me ha hecho a mí un verdaero favó, y el que me hase a mí un verdaero favó, me saca a mí verdaero amigo. Que pa eso estamo. ¿Qué hay?

AMANDA. — Envidias de curas, que son las peores envidias que hay.

MURCIANO. — Que lo quieen echá de limosnero de cá San Miguel. Pues mejón. Que no está bien allí Mosén, sirviendo a eso prepotento.

AMANDA. — No lo sabemos aún. Hoy se sabrá eso, parece. Pero él no —no quiere salir de allí, si fuera posible...

MURCIANO. — Por el bien que pué hasé y por la gratitú al padre del señor marqué. Así dise é.

AMANDA. — Y porque no tiene oficio ni beneficio y además si sale de allí de mala manera, eso es confirmar todas las voces infames que corren ahora de él... que usté sabrá...

MURCIANO. — Pues a eso vengo. Dígale usté que le tengo de hablá urgente. ¿Verdá tú que sí? (*A la niña.*)

AMANDA. — (*Toma en brazos a la niña.*) ¡Ricura! ¿Cómo te llamas tú? ¿Es hija suya?

MURCIANO. — Adoztiva. Díle cómo te yama, corasón. Pues Lolita se yama. Tres tenemos. Tos adoztivos.

AMANDA. — Ya me parecía a mí que no se parecía al padre. Muy rebonita es.

MURCIANO. — Se estima Amanda. Pues se paese a la madre, no crea usté: digo a mi compañera, que no es su madre naturá, pero es mú maja. tamién. ¡Casi más que usté, Amanda!

AMANDA. — Se estima también.

MURCIANO. — ¡Pué poco que nos estima Mosén a nojotro! Y eso que sabe muy bien lo que yo soy, digo, mis ideas sosiale... ¡Pues poco que se ríe cuando va a casa, digo esa posizga que nos sirve de casa! Es el único cura que yo pueo soportá; porque ese no es cura, hombre —¡ése es... un hombre! Los demá... ¡puah!, paresen mujé.

AMANDA. — Pues Mosén es el que parece una mujer. ¡Es tan delicado!

MURCIANO. — Eso no. Delicado y fino lo es, sí. Pero es mu hombre, en cuanto se debe ser. Que no osta lo uno con lo otro.

AMANDA. — Pues los demás curas no lo creen uno de ellos. Digo, no todos, algunos.

MURCIANO. — Pues dejarlos que se mueran, mujé. Revolusión sociá. Que dentro de poco los haremos trabajar a todos, o sino... (*Gesto de degüello.*)

AMANDA. — Pues para trabajar son muy buenos en Murcia, según dicen.

MURCIANO. — En Murcia somos buenos a tó. A trabajá y a gobernà. No como los catalanes, que sólo sois buenos a trabajá... y a mí no me dais trabajo...

AMANDA. — Pues Mosén no te lo dará, que ahora se queda también sin él. Conque adiós. "Paseu bé."

MURCIANO. — Misté, Amanda, oigamusté lo que le voy a ecí: a este hombre lo van a matá; y va una. Oigamusté la segunda: a este hombre no lo matan, porque yo primero me jago matá por é.

AMANDA. — (*Sonriendo.*) Yo también.

MURCIANO. — ¿Y por qué se jace matá usté por é, Amanda, y yo tamién? Pos porque é se jace matá por usté y por mí —es capá, digo.

AMANDA. — Eso no. El no debe morir por nadie. Vale mucho más que nosotros.

MURCIANO. — ¡Es capá, digo, mujé! Si lo sabré

yo. Cuando que mi marecita estaba al morí, contagiosa y tóo...

AMANDA. — ¡Ay, el cuento de la marecita! ¡Que ya lo sé. Vete ya Murciano, por Dios. Márchense todos, también ustedes, se acabó, ea!

MURCIANO. — Pues le dice usté de mi parte, que aquí estoy yo. Que mañana lo veré. Que no se apeñusque ni se achique. Que Migué Fidé Lopes, anarquista ibérico, está con é con tóa su influensia, y que es capá de hasé cualquié barbaridá po é. Que no le tema a los jesuitas. Pero, ¿de verdá é que no se lo pué vé? Pues él se lo pierde. Con Dió. Ah, y que no deje usté de atendé un cachito a la Nicánora, mi pariente. Vamos presiosa. Que no se nos quié vé la cara hoy. Pasiensia. (*Sale.*)

NICÁNORA. — Señá Amandita...

AMANDA. — Pues lo mismo vosotras. ¿Cuándo queréis que escriba? Sabéis que debe escribir... Y éstos son días muy malos para él.

GERVASIA (*catalana*). — Ya... versos... Anda, que de versos no vive nadie. Señorita Amanda, Amandita, por amor de Dios, que no me eche usté en este momento de extrema necesidaz. Que no eche usté a este probe angelito de Dios. Mírele usté. Anda, ángel, háblale a la señorita, reina mía. Que nos deje hablar con el padrito, que si el padrito ve a este ángel de Dios...

NICÁNORA (*murciana*). — Amandita, Amandita, no le haga usté caso. Que yo tengo más urgente necesidaz. Que tengo mi mario impedío y que es

mestè que este santo de Dió venga a echale loj conjuro .

GERVASIA. — ¿A la borrachera llamas tú impedido? ¿Y crees que eso se cura con "estorcismos"?

NICÁNORA. — Josú, qué calumnia. Mira, Gervasia, no te propases, que si ó abro el pico. . .

GERVASIA. — ¿Qué puedes decir tú de mí, vamos a vè? ¡So pendona! ¡Trasto! ¡Pingo!

AMANDA. — ¡Basta, señoras! ¡Pues eso nos faltaba ahora! ¡Vocerío! ¡A despejar! Que volváis la semana que viene. Mosén Ciso no ejerce actualmente. El limosnero es ahora ese otro Mosén, su primo, Mosén Julián.

NICÁNORA. — ¿Cuál, ése? ¿El de los versitos? ¡Para eso estaba yo! ¡Si es un bestia y un desconsiderao! Ah no, lo que es yo, o Mosén Ciso, o ninguno.

AMANDA. — Pues ninguno por ahora, ea. A volar. Que son las diez pasadas y a las diez deben venir esos señores. Y que además está enfermo. Os digo que está enfermo.

NICÁNORA. — ¿Enfermo? ¡Ay, Amandita! Como si no lo hubiamos visto al venir, que está sentao mu tranquilo en el 1º principá, pluma en mano, piensa que piensa y rasguea que te rasguea. . . No seas patrañera. . . No seas patrañera, Amandita.

GERVASIA. — ¡Eso!

AMANDA. — Pero no seáis bestias. ¿No se puede estar enfermo y estar de pie? Que para vosotras no hay enfermedad sino un entripado o una

puñalada. Es decir, enfermo, como enfermo no está. Está malucho, delicado. Pero eso es peor. Conque, agur.

NICÁNORA. — ¿Delicao? (*Abriendo los ojos.*)

AMANDA. — Delicado, sí. Y grandísimos disgustos, que vosotras no podéis entender, que son para matar a un hombre.

NICÁNORA. — ¿Delicao? De móo que... ¿es verdá? Delicao ¿de aquí?... (*Tocando la sien.*)

AMANDA. — (*Explosivo ademán de ira.*) ¡Vieja estúpida! ¡También tú! Esto es demasiado. Fuera de aquí. (*En el teatro aquí termina esta escena.*)

* [NICÁNORA. — Perdón, Amandita. No te sulfure, hija. Lo oí decí. Yo no lo sé, hija. Me lo dijo El Murciano.

AMANDA. — Pues vete con El Murciano ahora mismo. Que estoy enfadada. O llamo a mi hermano.

GERVASIA. — Eso. Que se vaya. Que está aquí jeringando. Que Mosén Ciso ya no reza más los estorsismos, que se lo han prohibido, ea. ¿Cuántas veces te lo hemo de ecí?

NICÁNORA. — (*Furiosa a su vez.*) Cállate tú, bachillera e Satanás, qué sabe tú de estorcismo ni de ná, ¡pindonga, bachillera, patrañera! Qué vienes aquí con una niña de prestao, que no es tuya, a sacá limosna de a duro por vé.

---

* Suprimidos en la escena todos los incisos entre corchetes.

GERVASIA. — *(Tirándosele a las greñas, atajada por Amanda.)* ¡Patrañera yo! ¡Virgen de la Cinta! ¡De prestao yo! ¡Ah, bruja, borrachona, tú y el que llamas tu marido! ¿Que este ángel no es mío? Que será legítimo-naturá, sin desmerecé en nada, porque mi segundo marido me abandonó antes de casarse conmigo, que eso qué tiene que vé, que Mosén Ciso no repara en eso, que es un "filántorpo cristiano", como dice el diario. Pero, ¿que no es mía esta criatura? ¡Calumnia, calumnia podrida! *(Lloriqueando.)* Pues, ¿de quién es esta cara? ¿De quién estos ojos? ¡Ah! Si la envidia fuera tiña... ¡Buscona, lengua de víbora! *(Salen riñendo.)*]

(En el teatro, AMANDA *echa airadamente a las dos mujerucas, que salen riñendo... y tropiezan con* MOSÉN MANUEL.)

ESCENA II

Dichos, Don MANUEL

(Mosén MANUEL BELVEDER, *el cuarto personaje importante y autor de esta obra, es un cura rural catalán, si saben ustedes lo que es eso. Los hay de todas pintas y algunas diametralmente inverosímiles. Hay los finitos como un hilo de la Virgen, transparentes, anémicos, luisgonzaguescos, con cuerpos desmedrados y escofinados, que dirigen como gerifaltes su robusto rebaño de payeses y gañanes. Otros hay redonditos, regordetes, movidi-tos, mofletudos, reventando colores, de mano de morcilla y guata esferoide, como pichones avispados de Sancho Panza; y por dentro de unos verdaderos ángeles. Este de*

aquí nos parece mejor que sea grande, desligado, pausado, calmoso, abundante en gestos y de verba socarrona y cortada, como nuestro dilecto amigo el difunto Párroco de Sampedó, diócesis de Vich, que en paz descanse.

La demás personajería no necesita fotocopia (ni éstos tampoco si va a decir verdad), porque no son fotogénicos, sino gentecilla del gran montón, désos que los ingleses llaman non descript. *El capellá Lluent, sin embargo, puede caracterizarse por un gran guardapolvo de lustrina, que lo hace parecer chorreando agua y salido del mar como una ondina obesa. Pero, para imitar en esto a los hermanos Quintero, convendrá que los actores presten a cada uno un rasgo fuertemente distintivo: a éste, una napia enorme; al otro, una cabeza desproporcionada, una pierna coja; el otro, tartamudo; el otro, con el brazo en cabestrillo, con cara de borracho y una camisa de colores chillones, por ejemplo.)*

MANUEL. — Eh, qué es eso que no se recibe a nadie. ¡Soy el tío Manuel, de Folguerolas! ¡Ciso! (*Gritando.*)

AMANDA. — (*Todavía agitada.*) ¡Déjelo usté! Está ocupado. Escribe el poema de San Francisco.

MANUEL. — Que deje el poema. Hay tiempo para hacer versos. El tío Manuel no viene todos los días. (*Va hacia la escalera.*)

AMANDA. — Espere usted. Hay orden de no llamarlo.

MANUEL. — No puedo. Tengo que tomar el tren enseguida. ¿A que subo y lo sorprendo? (*Gesto de hacerlo.*) ¿Que no podemos verlo? Sin ofensa.

AMANDA. — (*Poniéndose ante la puerta.*) No. Ya se han colado dos en un momento descuido...

MANUEL. — Luego, ¿es verdad que lo tenéis vigilado? Bien, el que a mí no me quiere oír, no me oye. El se lo pierde. Ya hablaremos, ya. Pero a lo que vengo: aquí está en este papel; se lo transmite usted que parece tener bula para tratar con mi egregio sobrino, la gloria de Cataluña, etc. Atención que no es muy clara la letra:

Primero: aquí están los 200 duros prestados, que yo sé que es como tirarlos al mar.

Segundo: que hizo muy mal en no aceptar inmediatamente la canonjía que le ofrecieron en Vich.

Tercero: que salga de la casa del Marqués cuanto antes, si no quiere embrollarse la vida.

Cuarto: que solicite la capellanía del Socorro, que está vacante.

Y quinto: que venga antes a pasar quince días conmigo en Folguerolas. Tengo que doctrinarlo. ¿Se lo dirá usted?

AMANDA. — Le transmitiré eso, sí... y los duros. Vengan los duros.

MANUEL. — La doctrina no dice "dar buen consejo al que lo ha de seguir". La doctrina dice "*al que lo ha de menester*". ¿Verdad? Pues eso.

AMANDA. — Mosén Ciso está abrumado de consejos. Lo que necesita es tranquilidad... y dinero.

MANUEL. — Pues aquí lo tienes. Adiós. (*Vase hacia la puerta y vuelve meditabundo.*) Vamos a ver, señorita. ¿Me permite usted una pregunta? Tiene usted cara de buena. Y con eso no quiero decir que sea fea, al contrario.

AMANDA. — Mire usté a este señor Capellán. ¿Y en qué puedo ser... más buena de lo que soy?

MANUEL. — ¿Quiere usted hacer un favor inmenso a mi egregio sobrino?

AMANDA. — ¿Qué favor?

MANUEL. — ¿Por qué no se van ustedes dos de esta casa y lo dejan solo? Sin ofensa... Yo soy franco.

AMANDA. — Es que nos ofende usté, Padre. Yo no vivo en esta casa. Mi madre cocina aquí, y yo la ayudo. ¿Quiere usté que Mosén se haga él mismo la cocina?

MANUEL. — Eso quiero. Así cuando tenga hambre tendrá que venirse a Folguerolas, donde siempre lo espero. Dígaselo así.

AMANDA. — Todo eso depende de él. Nosotras aquí somos nada.

MANUEL. — Pues adiós. ¡Ay, esas nadas que terminan por volverse todo! Sin ofensa. Adiós. (*Vase.*)

AMANDA. — Es un bendito varón. Este sí que creo que tiene razón... y lo quiere de veras. Pero los otros primitos... Y por los otros, Mosén Ciso le ha tomado recelo a toda la familia: que pagan inocentes por pecadores... ¡Ese Demetrio, ese Demetrio! ¡Y ese volado de Julián! Pues toma, que hablando del Rey de Roma... Pero... ¿Qué hace ese Carlos que no me detiene a los importunos? ¡Carlos!

ESCENA III

AMANDA, JULIÁN

AMANDA. — Mosén Julián. Lo siento mucho, pero...

JULIÁN. — Ya lo sé... ¿Y cómo está nuestro enfermo?

AMANDA. — ¿Qué enfermo?

JULIÁN. — El gran poeta, mi pariente. Que es un genio refulgente.

AMANDA. — Enfermo no está.

JULIÁN. — Bueno. Delicado. Como no siempre ha estado.

AMANDA. — Delicado lo ha sido siempre, desde que nació. Bien lo sabe usté.

JULIÁN. — Bueno, pero ahora está cansado. El que está delicado está cansado. Y no quiero decir que es un pecado... Por algo me dejó a mí en la Capellanía de San Miguel... y se vino a vivir aquí.

AMANDA. — Quiere reasumirla hoy mismo. Cansado... Cansado no lo estaría si no lo cansaran. ¿Entiende usté?

JULIÁN. — Entiendo. Pero... El se busca los cansancios. Si nos hiciera caso...

AMANDA. — Mosén Ciso no tiene porqué hacerle caso a usté, señor.

JULIÁN. — Padre...

AMANDA. — ¿Cómo, señor?

JULIÁN. — Padre. Que no soy señor, sino pa-

dre, aunque a algunos no le cuadre. Que a los sacerdotes se los llama Padre.

AMANDA. — Usté no es padre mío, señor mío.

JULIÁN. — Ni ganas de serlo.

AMANDA. — Ni de nadie.

JULIÁN. — Bien. ¿Vamos a reñir ahora, mi buena hija y señora? Bueno. No se puede ver al primo. Todo ha sido llegar a esta casa y comenzar a huir de su familia. ¿Y quién lo aprecia más que su familia? Bueno. ¿Se puede saber al menos cuándo lo podré ver? Tengo importantes noticias.

AMANDA. — No lo sé.

JULIÁN. — ¿Y qué es eso de los exorcismos, perdón? ¿Hemos vuelto a las andadas?

AMANDA. — ¿Lo que dijo esa murciana borracha? ¡Por esos díceres se guían ustedes para hacer justicia a Mosén Ciso!

JULIÁN. — ¿Justicia? Ojo, que yo no soy de la curia, aunque eso no es ninguna injuria. Nada tengo que ver... Pero como amigo, francamente... Por vía de consejo... Yo presencié las célebres sesiones de exorcismos en casa del P. Piñol... ¡Francamente! Aquello parecía espiritismo... si es que no era eso mismo. Usted no sabe dogmática, señora mía, y...

AMANDA. — Y usté lo delató...

JULIÁN. — ¿Delatarlo yo? ¿Qué felón vos lo narró? ¡Si era público y notorio, mujer... hija o señora...! Basta, me voy. Tengo que llegarme a la Seo a ver a Su Excelencia... ¡Día de grandes acontecimientos! ¡Los acontecimientos se precipitan! ¡Y si no

braman es que pitan! Volveré. Ya que aquí estorbo, y mi primo, el genial poeta, está bien acompañado...

AMANDA. — (*Temerosa.*) ¿Acontecimientos? ¿Qué pasa, Mosén? No se vaya usté.

JULIÁN. — Se va y vuelve el Mosén... quizá bien acompañado yo también.

AMANDA. — ¿Qué le van a hacer a ese santo hombre? ¿No bastan los disgustos que le han dado? ¿Quieren volverlo loco?

JULIÁN. — Volverlo loco, volverlo loco... Al contrario. Queremos volverlo cuerdo.

AMANDA. — Ustedes quieren matarlo. "No matar" —dice el sexto mandamiento—. En conciencia, él no puede permitir que lo maten...

JULIÁN. — ¡Hombre! Es decir, ¡mujer! ¡No deliremos! Mi primo está muy lejos de la muerte. Ya sé que es eso lo que él dice. ¿Somos por ventura nosotros capaces de un asesinato?

AMANDA. — Matar un alma es asesinar. Un corazón nacido para amar y un ánimo hecho para servir, volverlo una cueva de áspides y un vertedero de maldiciones, ¿por ventura no es eso un asesinato? ¡Y eso están haciendo con él!

JULIÁN. — Toma, pues él se lo busca el gaznápiro! Mire usté señora... o señorita... no deliremos.

AMANDA. — Señorita, por favor.

JULIÁN. — Señorita Amanda, vamos a las buenas y saldremos ganando todos. La posición de mi genial primo, que es un genio de la literatura y una gloria de Cataluña, pero que también es un sacerdo-

te, ¿sabe usted?, un *padre*, usté misma ve y confiesa que tira a arruinarle la salud. No es posible hacer chiquilladas impunemente: estamos en una época peligrosa. Todo genio es un niño... bien, que se deje guiar. Y que se deje guiar por quien corresponde.

AMANDA. — ...el cual a nadie se le esconde...

JULIÁN. — Por quien corresponde, eso es. Vamos a cuenta, señora mía. ¿Ustedes dicen que aman desinteresadamente a Ciso?

AMANDA. — Yo no digo nada. ¿Yo quién soy? El Padre Belveder está aquí por su libre voluntad...

JULIÁN. — Ustedes tienen un influjo omnímodo sobre su ánimo. No lo niegue.

AMANDA. — ¿Yo? Yo y nadie es la misma cosa. ¿Quién es *ustedes*?

JULIÁN. — Usted es su ama de llaves.

AMANDA. — Absolutamente no. Mi madre es criada del Padre Ciso. Yo soy la hija de la criada, nada más. Mi hermana casada es dueña de este piso, es nuestra casera. Mi hermano Carlos vive con nosotros, por voluntad expresa de Mosén. ¿Qué infundios está forjando ahora?

JULIÁN. — No se sulfure ni sea espantadiza, que tenemos mucha prisa. No me niegue que usted trata mucho con el genial poeta sacerdote, el cual nos niega desde... desde poco ha, la palabra; a mí, a su tío Manuel, a su hermana Francisca y a su cuñado Demetrio. Usted se comunica continuamente con él.

AMANDA. — A veces, delante de mi madre... con todo honor y reverencia...

JULIÁN. — Ni sueño, señora, en dudarlo. No va por ahí. Quiero decir esto: ¿quiere usted ayudarnos a hallar una solución para este caso, que si se encona puede volverse fatal... para todos por igual?

AMANDA. — ¿Fatal?... Pues, ¿qué? ¿Qué hay ahora? ¿Más líos?

JULIÁN. — Sinceramente, ¿quiere usted ayudarnos o no?

AMANDA. — Sí señor... padre. Es decir, siendo cosa honesta... es decir, conveniente... para todos... para Mosén Ciso... pues, ¿qué duda cabe? ¡Dios mío!

JULIÁN. — Conveniente es poco. Es necesaria, ¿entiende usted? NE-CE-SA-RIA. Los acontecimientos se precipitan. Yo los veo venir. Así que...

AMANDA. — ¡Dios mío! ¿Es que lo van a suspender... echar del sacerdocio... eso que dicen? ¿Es que lo van a... encerrar, encerrar como un *boig*? ¡Qué iniquidad! ¡Es un crimen! Porque él, el muy tonto, lo sentiría tanto que se moriría...

JULIÁN. — ¡Calma... que tiene usted también una imaginación! No se meta usted en eso. No hay nada de eso... y no apuremos el suceso. En concreto: ¿puedo hacerle una pregunta?

AMANDA. — Pregunte usté.

JULIÁN. — ¿Cómo demonios resulta ahora que su hermana de usted sale siendo propietaria de este piso, siendo así que ustedes, con perdón sea dicho, estaban poco ha, con perdón, a la cuarta pregunta, si no a la quinta, y yo mismo he firmado papeletas

de víveres de las Conferencias Vicentinas en su favor de ustedes? (*Habla a la clerical-española, entonado, repiqueteado y muy rápido.*)

AMANDA. — ¡Oh Dios mío! ¡Qué infamia! Yo no tengo que dar cuenta... ¿Yo qué sé? Mi hermana se casó... Nosotras somos pobres siempre. (*Enfadándose de golpe.*) ¿Quién es usté, señor, para venir a tomar cuenta a una familia honrada, honradísima, que usté no conoce y que...? Pero, ¡basta! Mosén Ciso escribe arriba y necesita tranquilidad. Adiós.

JULIÁN. — Un minuto sólo, señora mía. ¿Cuánto necesitan ustedes para vivir? ¿Cuánto les da mi primo por sus servicios?

AMANDA. — ¿Cuánto? He aquí. Hemos llegado al cuánto. Señor, yo no sé nada de *cuántos*; y esos *cuántos* no le importan a usté.

JULIÁN. — Gracias. Quería decir esto. Yo estoy dispuesto —es decir, no yo que soy un pobre capellán suplente, como quien dice un indigente; sino quien puede hacerlo— a darles a ustedes el doble de lo que aquí ganan, con tal que...

AMANDA. — ¡Qué asco! Soborno. ¿Cree usté que aquí se sirve a su primo solamente por el dinero?

JULIÁN. — A eso voy. Quiero decir, que por el gran aprecio y... amor que aquí se le tiene, si colaboran en la salvación de esta gloria nacional, que todos deseamos, y yo más que nadie, créalo, señora, estamos dispuestos, hay muchos amigos de él que están dispuestos, sin contar su Santísimo pastor y Je-

rarca, que lo ama como un hijo, y los hechos pasados no me dejarán mentir, porque el episodio de la corona de laurel de Folguerolas no me dejará mentir, que yo mismo estuve presente en aquella faustísima ocasión, que marcó el culmen de la gloria de nuestro querido y desdichado poeta, quiero decir... ¿adónde iba? Que estamos dispuestos... si colaboran... los daños y perjuicios... vamos, los gastos... a resarcir los gastos... de este necesario y urgente... digamos salvataje; sí salvataje, por decirlo así. ¿Me explico? ¡Salvataje! ¡Esto es gravísimo, señora! ¡Son ustedes unas inconscientes! Y le cargo la conciencia a usted, en nombre de Jesucristo...

ESCENA IV

Dichos, CISO BELVEDER

(Entra el afortunado protagonista de este drama, NARCISO BELVEDER, *llamado familiarmente* CISO, *que es un sacerdote alto, delgado, con cara de místico, si es que los místicos tienen cara... escénica; aspecto un poco lánguido, soñador y nervioso. El cual es un personaje enteramente inventado y enteramente histórico... si ustedes me entienden, pueden creerme. Todos los demás personajes del drama son solamente inventados, porque esto es poesía y no historia; y si toman a veces en sus labios frases literales de personas que realmente han existido, eso se debe a la pobreza imaginativa del autor, incapaz de inventar frases mejores que las dadas a veces por la vida real. Pero esas mismas frases se vuelven del todo* ahistóricas, *o como diría Aristóteles,* metahistóricas, *al ingresar en el poema dramático.)*

CISO. — (*Entrando enfadado.*) ¿Qué gritos y discusiones son éstas? ¡Amanda! ¿Está usted llorando? ¡Oh! ¿Julián por aquí?

JULIÁN. — (*Turbado.*) ¿Cómo estás querido primo? Ya me iba. Me voy. Debo ver a Su Excelencia. Quería decirte solamente...

CISO. — ¿Qué hay? Sabes que espero al señor Marqués, que me ha hecho el honor de avisarme que... (*Reloj.*) Está retrasado.

JULIÁN. — Pues pasaba por aquí y entré para avisarte que el señor Marqués cayó ocupado inesperadamente por un rato y se retrasó un tanto, y me encarga lo disculpes un momento...

CISO. — Bien. En ese momento, yo he compuesto un poema. Bendito retraso.

JULIÁN. — Y que hoy es día de grandes acontecimientos, loado sea Dios. Su Excelencia también me encarga te anuncie su visita. ¿Qué te parece? Personalmente a tu casa, el señor Obispo de Barcelona, con el quehacer que tiene cada día (hoy es jueves) a interesarse por la salud del más gran poeta de Cataluña —y de Europa— y del mundo entero, como dijo Menéndez y Pelayo, que es hombre que conoce la capa y el sayo... No te quejarás ahora.

CISO. — Sí que me quejo. ¿Qué quieren de mí? Déjenme trabajar en paz. ¿No he obedecido la orden de dejar al Padre Piñol? Mi *San Francisco* se estanca, no progresa, no sale. ¿Qué quieren ahora?

JULIÁN. — Absolutamente nada. Interesarse por tu salud. Ahora, que si estás mal... Bien, yo me voy, que también estoy en retraso... si vamos al caso.

CISO. — Dile al señor Marqués de mi parte que iré esta tarde sin falta a verlo. Que no se moleste... Lo mismo a Su Excelencia.

JULIÁN. — Si el Marqués debe estar ya en marcha hacia aquí, *tontet*. ¡Adiós! (*Sale.*)

AMANDA. — Quisiera morirme.

CISO. — ¡Adiós! ¿Volvemos a las andadas?

AMANDA. — Quisiera morirme de una vez. ¡Qué cansada estoy! Me cansan los hombres. ¿Por qué será el mundo así?

CISO. — El mundo es como Dios lo hizo, hija, y como los hombres lo deshacen. Pero, ¡Dios sobre todo! Fuera melancolías. ¿Ha dormido mal?

AMANDA. — Hice de nuevo el sueño de la víbora. Hay algo en el aire, Padre. Hoy es un día aciago.

CISO. — No hay nada.

AMANDA. — Antes que me olvide hay aquí una carta.

CISO. — Del tío Manuel. Léamela Amanda.

AMANDA. — Léala usté.

CISO. — Léamela usted, por favor, que lee bien.

AMANDA. — (*Leyendo.*) ["Yo sería un gran filósofo si no hubiese dejado los estudios. Pero me aplazaron en filosofía y no dos veces como a ti, sino cinco. Claro que ese italiano Prisco que nos enseña-

ban, yo no creo que sea eso la filosofía. Yo entiendo perfectamente a Balmes; por lo menos, *El Criterio.* Pero esas italianadas que nos enseñaban, de "*ratio formalis quod, ratio formalis quo, ratio formalis materialis et trascendentalis*", no me entran. Bueno.)

Pero, Ciso, yo, cuando te he dado un consejo, no me he equivocado nunca. Ciso, estás mal. No te metas en líos, no te metas sobre todo con los jesuitas. Ni tú ni yo hemos nacido para arreglar el mundo ni para echar de él al diablo: basta que no nos agarre a nosotros. Y deja en paz esa "cuestión social" que tiene muchos bemoles. ¡Ojo con la "sociología"!, ¡que tú tiendes a confundir con la poesía!

Vente a Folguerolas conmigo una temporada. Si puedo te iré a ver mañana o pasado. Tu tío *Manuel,* presbítero. . ."

AMANDA. — ¿Ve usté, Padre Ciso, lo que le decía? Hay algo gordo urdido contra usté. Desde que me levanté siento la desdicha. Hoy me levanté mal. Otra vez el sueño de la víbora. . .

CISO. — Pues una taza de boldo y a cantar las loas de Dios. ¿No ve qué día? Cae el verano y el ambiente está templadísimo. La lluvia ha limpiado el cielo. ¿Ve usted aquella nube, Amanda? Parece un peñón blanco que hay en Ceuta, con un minarete en la cima. ¡Qué día!

AMANDA. — Prevéngase, Padre. Hay algo urdido contra usté en este día. (*Tic nervioso.*)

CISO. — ¿Y qué importa, hija? Dios es mi socorro y fortaleza, ¿a quién temeré?

AMANDA. — Eso dice usté, y cuando cae el rayo, ya lo tiene usté visto, se aplasta, se enloquece... y Dios no aparece por ningún lado. Ya lo tiene usté visto. Y entonces a buscar socorro en mí, en Amanda, que no lo puedo prestar y... para mí lo quisiera.

CISO. — (*Sombrío.*) ¿Dicen de nuevo que estoy loco?

AMANDA. — No, eso no. Borrachos, miserables, ¡los locos son ellos!, los que empezaron a ronronear esa especie miserable son despreciables. Borrachos, perdidos, como esa vieja bruja de hoy, gente que se prevalió de su bondad... de su ingenuidad... de su bondad de niño, Padre, para sacarle a usté cuartos cuando repartía limosnas de casa San Miguel; y ahora como menguan los cuartos... Lo engañan, Padre.

CISO. — No hija, no me engañan.

AMANDA. — Lo han engañado hoy mismo esos dos bribones que vinieron con el cuento del hijo enfermo que hay que eximir de las quintas. Lo oí yo. Está usté contrayendo deudas para medro de pillastres.

CISO. — No, hija, no me engañan. Es mejor ser engañado tres veces por pobres fingidos que engañarse una sola vez para con un pobre verdadero...

AMANDA. — Y eso lo dijo San Francisco de Sales, ya lo sé. Pues bien, el que dijo eso, si era español, era un loco.

CISO. — (*Riendo.*) ¡Qué barbaridad! Loco el

Obispo de Ginebra, el colmenero de Annecy. Eso es blasfemia, Amanda: como la de que Dios no aparece por ningún lado. Pues, ¿no lo ves a Dios en mi vida, en la admirable providencia con que me sostiene, aun a través de la cruz? Loco soy yo, loco soy, loco; ¡quién me diera como mi divino Maestro, como el Pobrecillo de Asís, enloquecer de amor!

AMANDA. — Pues eso es lo que NO debe decir jamás usté, Padre. Que si usté mismo empieza a decirlo, la voz esa que han hecho correr los masones...

CISO. — ¡Ay! ¡Fueran los masones! No son ellos. Es mi propia familia, quizá mi prelado. Por eso me duele tanto. Que si fueran los masones, como dice usté (los masones no existen), ¿rehusaría yo la vestidura blanca de loco que pusieron a mi Dios y Señor?

AMANDA. — Su familia son unos perversos, Padre. Ese primito de los versitos y su cuñado Demetrio son sus peores enemigos; y con capa de ayudarlo; están tramando su ruina. Su primo desea suplantarlo en su capellanía. El otro, Demetrio, codicia el negociar con sus libros.

CISO. — ¡No, hija! Me enfado. ¿Cómo puede usted pensar tan mal? Pobres, son buenos. Pero tienen celos.

AMANDA. — ¿Celos?

CISO. — Creen que no los estimo, que desprecio mi familia pobre. Tienen celos de ustedes, de tu madre, de Carlos y de ti. Yo, ¿qué he de hacer? Necesito cuidados, no puedo vivir solo. [Bien ayudo

en lo que puedo a mi hermana, creo que cumplo. Pero ponerla a ella aquí y a su marido de mayordomo, no puedo. No me gustan, no sirven, son muy toscos, me mortifican. Tienen una idea de payeses de mi fama, de mi gloria y también de lo que *gano* con mis poemas. ¡Con mis poemas! ¡Pobres, son ignorantes, creen que tener un poeta famoso en la familia es nacerles la gallina de los huevos de oro... deslumbrados con lo que leen en los diarios, que soy el mayor poeta del orbe terráqueo! ¡Ah, qué estúpidas son las honras de los hombres! ¡Para eso sirven! ¡Para dar tormento!] ¡Qué carga, Dios mío, qué carga!

AMANDA. — Echela usté, Padre. Fuera. Escóndase, viva con nosotros, escriba en silencio la epopeya de San Francesch. ¿Ha escrito algo hoy?

CISO. — No, hoy nada. ¡Ay, Amanda! A mí no me gusta esto que llaman la *vida literaria.* Casi diría que me repugna. Pero me es necesaria, es necesaria a mi obra. Es como un deber, hija, usted no lo puede entender...

AMANDA. — Demasiado que lo entiendo. Ruido, homenajes, propaganda, juegos florales, premios, tertulias, los tontos de los periodistas, gorrones que vienen aquí a arrimarse a su fama y vestirse de ella, a falta de fama propia. Y después la política...

CISO. — No tanto, hija, no exagere usted. Yo tengo que soportar todo eso, sí, soportarlo; eso que llaman la vida literaria y también la política, que todo lo aprovecha y de todo hace leña; soportarlo por

amor a mi tierra, para concluir mi obra. Yo no soy el mayor poeta del Universo.

como dice mi primo el que habla en verso,

pero soy el restaurador de la lengua catalana, el que ha tomado a esa Cenicienta de tantos siglos y la ha sentado en su trono. Para ella quiero la gloria y no para mí; para ella y para Dios. Me falta muy poco ya, pero es lo más difícil de hacer: el *San Francisco*, después de *La Atlántida* y el *Canigó*; después de la epopeya cósmica y la epopeya de la raza, el canto épico del catolicismo, la epopeya de la santidad católica.

AMANDA. — ¡Qué hermosura! ¡Que Dios quiera sacarla adelante, Mosén Ciso! Estoy leyendo de nuevo *La Atlántida*, ¡y me gusta tanto! [¡No entiendo algunas cosas, y hay tantas palabras nuevas!] ¿Escribió algo hoy?

CISO. — No, mi cabeza está estancada. [Esa escena con el arzobispo y el Padre Piñol me ha lastimado; no por la cosa en sí, sino por el modo.] Me pongo al trabajo y mi cabeza se dispara, [se pone a discutir una cosa que ya no tiene discusión, porque tengo la desgracia de que se me ocurren las réplicas más felices, después que ha pasado el momento de replicar. Lo mismo exactamente que en mis exámenes de Teología. ¡Tres veces bochado!] Pero he escrito unos versos castellanos describiendo eso mismo: el estado de mi pobre cabeza.

AMANDA. — A ver. Léalos, Padre.

CISO. — *La vida intelectual es una vida...*
¡Naturalmente!
Que pide, como toda vida habida
Se la alimente y no se la atormente.
Hay en el hombre una incesante fuente
En lo más hondo donde Dios anida,
Y es la circulación de nuestra mente
Que está en mí yugulada y detenida.
Me dicen: "Coma, duerma y no haga nada,
Tómese vacaciones... ¡Vacaciones!"
¡Suerte envidiable y bienaventurada!
Pero el ocio es veneno, y a empellones
Todo ser se resiste a hacerse Nada,
¡Y en un Sahara de desilusiones
Muere mi corazón de sed sagrada!

AMANDA. — ¡Ay, qué hermosura! ¡Qué verdad!

CISO. — (*Riendo.*) Sería más hermoso para mí si no fuera verdad.

AMANDA. — Esto pasará, Padre. Sea firme. No les dé usté coba a esos intrigantes. El mal que nos hacen las ofensas, depende del caso que hacemos del ofensor.

CISO. — ¡Ay! Por desgracia no puedo dejar de hacerles caso. Mi familia... mis amigos... mis superiores...

AMANDA. — Déjelos que se mueran, que se traguen ellos su propio veneno. ¡Las víboras! Dicen que nosotras aquí lo explotamos a usté. Están hablando de la transferencia de esta casa a mi hermana; que si nosotras lo habemos engañado. ¡Qué infamia! Y son ellos en realidad los que quieren explotar a usté.

CISO. — No, hija, nadie quiere explotarme. No

soy materia explotable. Nada poseo ni quiero. *Aurum et argentum non est mihi*; solamente este poder hacer imágenes y ritmos, que Dios puso en mí como una chispa y un airecillo y debo devolver a Dios si quiero salvarme, convertido en una gran hoguera...

AMANDA. — Pues ese talento es lo que quieren explotar como si fuese de ellos, Padre. La Iglesia y las clases altas necesitan prestigio, brillo... fama... Las clases trabajadoras se agitan, se están levantando, perdida la fe, cansadas de sufrir... Aparece un gran poeta de Cataluña que es sacerdote y ha salido del pueblo, un "payés genial", como dice su primo. Es una adquisición. Quieren adjudicárselo a su partido. Eso es todo.

CISO. — ¡Qué disparates, mujer! ¿Qué partido, por Dios?

AMANDA. — El partido de los nobles y de los curas, Padre. Si es clarísimo.

CISO. — No, hija. La Iglesia tiene derecho a mi gloria. Ella me crió y educó.

AMANDA. — La Iglesia hoy día es un partido, Padre. Yo no sé cómo usté con su talento no acaba de verlo. ¡Lo veo tan claro! ¡Rompa esos lazos, Padre! ¡Echelos fuera!

CISO. — Hija, hoy está mala usted. Y siempre es demasiado sombría.

AMANDA. — Lo que hay es que veo claro. Yo ya no tengo ilusiones, Padre.

CISO. — No tiene ni siquiera la grande y santa ilusión de la fe. Su niñez terrible, que ayer me ha

contado, hija (y nunca olvidaré esa confidencia, hecha fuera de confesión, con confianza omnímoda en un hombre apenas conocido), su juventud en lucha con la penuria y aun con la miseria, los tremendos desengaños sufridos prematuramente, le han abierto una horrible herida, que hay que evitar se ulcere. Hija, debe confesarse, no conmigo, con otro; y reanudar sus prácticas religiosas.

AMANDA. — Padre, yo creo que Dios se contenta con que seamos buenos, y lo soportemos.

CISO. — ¿Que lo soportemos?

AMANDA. — Sí. Yo soporto a Dios. Es todo lo que puedo hacer. No puedo hacer prácticas religiosas, porque simplemente no creo. Si creyera las haría.

CISO. — Empiece a hacerlas y empezará a creer.

AMANDA. — No.

CISO. — Vaya a Misa.

AMANDA. — No. Le rezo a mi modo a la Virgen de Montserrat y basta.

CISO. — Crea en la Providencia de Dios y en su amor hacia nosotros.

AMANDA. — (*Sombría.*) El mundo es malo. Dios no se ocupa de nosotros. Todo es engaño.

CISO. — "*Todo es engaño y vanidad, mentira*", dijo el poeta. Hija, me hace usted reír. No, todo no es engaño. Todo es engaño en el mundo, menos la amistad y la fe en Dios.

AMANDA. — La fe en Dios, yo no lo sé. Pero la amistad es engaño, Padre Ciso. Todos sus amigos lo engañan...

CISO. — ¿Todos, hija? ¿También usted?

AMANDA. — Sí, Padre. También yo, yo también.

CISO. — ¿Tú me engañas, Amanda?

AMANDA. — Sí. Hace un momento me ofrecieron dinero para que traicionase a usté, y estuve a punto de aceptar.

CISO. — Muy bien. Si no hay más que eso, puedes traicionarme cuanto quieras.

AMANDA. — No es eso sólo. Hay mucho más. ¿Qué sabe usté de mí? Lo que yo le he dicho. ¿De qué me conoce? ¿Qué sabe de mi vida pasada? Hace dos meses fui a pedir limosna a las odiosas antesalas de casa San Miguel. Esperando turno me dio un sofoco, un vómito, yo no sé, el calor. Usté me hizo internar en la clínica San Miguel y un día se dignó irme a visitar. Allí conoció a mi madre, y le pidió si quería servirle de criada...

CISO. — No, de criada no, hija, no diga eso.

AMANDA. — Bien, de lo que sea. Y ya está. Eso es todo. ¿Qué sabe usté de mí?, y después empezó a enseñarme, a desbastarme, a leerme sus escritos, a explicármelos, a alabar mi inteligencia. Ni la de usté que es infinitamente mayor, ni la mía que es un grano, un átomo; las dos puestas juntas, no valen nada ante la maldad del mundo y la tormenta que se nos viene encima. Estamos en una ratonera. El mundo es muy malo. Quisiera morir.

CISO. — Hija, hoy está usted de malas. Se levantó con mal pie. Mañana estará toda alegre, contenta, esperanzada, conquistando el mundo entero,

haciendo mil proyectos, metiéndose incluso en negocios, que los entiende menos que yo, y eso es mucho decir...

AMANDA. — Sí. Así soy. No puedo fiarme de mis tristezas. Pero mucho menos de mis alegrías. Vivo siempre como borracha. No puedo fiarme *nunca* de mí. ¡Ay, qué horrores, qué horrores he hecho, Dios mío, por fiarme de mí! Soy medio loca, Padre.

CISO. — ¿Otro loquito en casa, pues? Pues estamos bien aviados.

AMANDA. — Dos locos sueltos y solos por este infame mundo... Dos niños sin padre. (*Casi con un grito.*)

CISO. — Calma, hija. No es verdad. Tenemos padre. ¿Quién va?

ESCENA V

Dichos, Mosén JULIÁN

JULIÁN. — Soy yo. ¿Se puede?

CISO. — ¿Julián?

JULIÁN. — Sí, Julián... el conocido barbián. ¿Molesto? Voy de paso. Una sola palabra, Ciso, ¿me puedes conceder un momento a solas? (*Se va Amanda, no sin vacilación y mirando fijamente a los dos primos.*)

JULIÁN. — Ciso, tengo que hablarte seriamente. Ya sabes lo que te aprecio y que siempre te he ayudado y te he seguido en lo posible, a pesar de tus desaires, que me duelen, no tengo por qué negarlo.

A tu familia le duele la actitud que has tomado con ella. Te queremos. Estamos orgullosos de tu talento. Ayer mismo me decía Demetrio...

CISO. — Acorta los preámbulos. ¿Qué pasa?

JULIÁN. — Ciso, vengo de ver a Su Excelencia. Hay mar de fondo en la Curia. Su Excelencia te quiere; pero no es él solo en el gobierno de la diócesis, y la responsabilidad del gobierno... El Vicario general Guidart está incondicionalmente "de tu parte". (*Gesto de Ciso.*) Lo mismo el señor Marqués que es un santo, un ángel, un alma escogida. (*Gesto de Ciso.*) Pero es menester que tú nos ayudes...

CISO. — ¿Qué es eso? ¿Qué quiere decir "de mi parte" o "contra mi parte"? ¿Soy yo, acaso, un jefe de partidos para tener partidarios? ¿Pido yo otra cosa, sino que me dejen en paz en mi obscuridad? ¡De mi parte! ¡De mi parte!

JULIÁN. — Eres una bandera. Te han tomado como bandera, queriéndolo tú o no, los espiritistas, los adventistas y también los separatistas catalanes. No digo que tú lo hayas querido. Es que tú mismo no te das cuenta de tu valer. Tenemos que evitar a toda costa una lucha que podría hacer mucho daño a la Iglesia. La Iglesia te pide un pequeño sacrificio.

CISO. — Yo no conozco más lucha que la lucha de mis pasiones y defectos y la lucha de la creación literaria, y los achaques de mi pobre cuerpo, reacio al trabajo. Las demás luchas son de ustedes y a mí no me interesan nada. *Gaires, gaires, gaires.*

JULIÁN. — Justamente. No vengo a discutir. Vengo a proponerte justamente una medida salvadora para todos, en bien sobre todo de tu salud y de tu creación poética. No oficialmente, se comprende. Como amigo.

CISO. — Yo no estoy ahora para ninguna medida. Pero, en fin, veamos la medida... que temo sea desmedida, para hablar en verso como tú.

JULIÁN. — Si comienzas por cerrarte en banda a la razón y a la amistad...

CISO. — No me cierro a nada. Veamos la medida... ¡Me cansas, Julián!

JULIÁN. — Volver a tu cara diócesis de Vich, donde se te quiere y estarás bien. Salir de Barcelona, donde estás sobre brasas y las papas queman. O bien hacer un viaje a Asís, donde serás aposentado a cargo del señor Arzobispo, que pagará con gusto todos tus gastos... y atenderá a todos tus pastos.

CISO. — ¿Qué más?

JULIÁN. — No contraer más deudas...

CISO. — ¿Nada más?

JULIÁN. — Y en general, desentenderte de toda gestión de negocios, de los cuales no entiendes, y de todo lo que no sea hacer versos, concluir tu gran poema... más grandioso que un emblema...

CISO. — ¿Queda algo más?

JULIÁN. — En suma, dejarte guiar por los que deben guiarte, por los que tienen interés en cuidar tu personalidad. ¡Obediencia! ¡Docilidad! *Vir obediens loquetur victorias*...

CISO. — Ya veo...

JULIÁN. — Y ante todo, cortar toda relación con esta familia, de cuya honorabilidad yo no... yo no dudaré, pero...

CISO. — Ya veo, ya veo la medida... Y en Vich, ¿dónde estaré y en compañía de quién? ¿Por ventura me mandarán al asilo de Sacerdotes, en compañía de inválidos y dementes, del cual ya me han anunciado que he sido nombrado capellán perpetuo?, ¡*capellán perpetuo!* ¡Perpetuo! (*Ríe. Nervioso.*)

JULIÁN. — No, ¡qué horrores! No lo sé. Pero de eso cuidará el señor Obispo, que ya sabes cuánto te ha querido siempre.

CISO. — Ya veo. (*Con amargura.*) Quieren cuidar de mi personalidad, es decir, cuidarme como a quien no tiene ya personalidad. Los que tienen personalidad se la cuidan solos. En eso consiste la personalidad, en cuidar de sí mismo. Bien: soy un niño y quizá un loco. Debo hacer versos, solamente hacer versos. Los versos pueden hacerse en cualquier parte, incluso en un manicomio. Bien. Sólo se me ocurre una dificultad. ¿Mi puesto de limosnero en San Miguel, con el cual cuento para pagar mis deudas?

JULIÁN. — Ninguna dificultad, querido primo. Repito que no vengo oficialmente, pero puedo adelantarte una noticia: visto tu estado de salud, el señor Marqués ha resuelto por ahora prescindir de tus servicios... y aliviarte de tus oficios.

CISO. — ¿Me echan?

JULIÁN. — ¡Oh no, echarte no! Por tu bien...

CISO. — (*Levantándose con ira.*) ¡Judas! ¡Traidor! ¡Me has suplantado!

JULIÁN. — (*Levantándose también.*) Te juro que no. Siéntate, no demos escándalo otra vez.

CISO. — ¡Tras ese puesto andabas tú y el primo Demetrio! ¡Lo sabía! ¡Bien! Pues has de saber que yo, ese puesto y todos los puestos, honores y riquezas del mundo, me los paso por las narices... y yo... y tú... ¡Tú!

JULIÁN. — Te juro por la memoria de mi madre que no he hecho absolutamente nada para...

ESCENA VI

Dichos, CARLOS

CARLOS. — (*Excitado.*) ¡Un marqués, un marqués de verdad! ¡En berlina! ¡Con dos cocheros! ¡Viene a casa! ¡Con dos cocheros vestidos de azul y un señor de levita!

CISO. — ¿Están allí?

CARLOS. — Vienen. Entró a hacer una visita en la capilla de Santa Inés. Me vio a la puerta. Me conocen. Me dijo que viniese a ver si estaba el Reverendo Ciso, y Mosén Julián, y que anuncie la visita del señor Marqués de... no sé qué. Vienen enseguida.

CISO. — Pues hazlos entrar enseguida. Acabaremos de una vez. Yo no quiero más enredos. Rápido.

JULIÁN. — Ciso, por última vez te exhorto a la serenidad. Es por tu bien. Cálmate.

CISO. — Mi bien está en las manos de Dios. Yo sé cuál es mi bien, mejor que todos los marqueses del mundo.

JULIÁN. — Yo, yo y yo, siempre yo. Ese *yo* te va a perder. Me lo advirtió ya el doctor Bofarull. (*Citando.*) "*Ese hombre es un genio y está enfermo; pero tiene un* YO *que le hará hacer mil disparates. Esa es su peor enfermedad.*"

ESCENA VII

Dichos, DEMETRIO, El MARQUÉS, después AMANDA

(*El personaje* DEMETRIO, *totalmente imaginario, tiene aspecto de administrador de bienes eclesiásticos, aunque no se sabe de él sino que es contador público y primo del poeta. Es pequeño, rechoncho, calvo, cara redonda, con gafas de oro ante ojos gatunos, que no miran casi nunca de frente. Es decir, es como sea el actor que le toque en reparto; pero el autor lo veía de esta manera, y hasta le parece oír su voz arrastrante y untuosa. A lo mejor, en la realidad es alto, enjuto, adusto, decidido y nervioso, sin gafas, con gestos bruscos y voz perentoria. Vaya. Que sea como salga. Lo esencial es que se haga oír bien, y que no se le pierda palabra, porque las pocas que dice tienen miga.*

El MARQUÉS *es un señor distinguido y fino, con barba o sin barba, rubio o moreno. El autor vio un solo marqués en su vida, el Marqués de Pissy en la Champaña, que era un hombre corpulento, gordo, charro, bonachón, de cara roja y grandes manos de campesino, que si lo llegan a llevar al escenario como marqués, no hay un solo espectador en el mundo que lo crea.*)

MARQUÉS. — Buenos días, mi querido Capellán y Padre. ¿Se puede?

CISO. — Señor Marqués, tanto honor por mi casa. Quería yo ir hoy a la suya. Por qué se ha molestado...

MARQUÉS. — ¡Pues no faltaba más! El honor es para mí venir a ver al hijo más insigne de Cataluña, sobre todo sabiendo que está delicado. ¿Y cómo se encuentra usted hoy?

JULIÁN. — Señor Marqués de San Miguel, con su permiso, me retiro.

MARQUÉS. — No, Padre Julián, no molesta usted. Quédese usted, que lo llevaremos luego a casa en coche.

CISO. — Pues yo no estoy enfermo. Estoy quizá un poco cansado, pero eso... estoy siempre cansado cuando compongo, el escribir a mí no me es fácil; ¡me parece que estoy en el tiempo que preparaba mis exámenes de Teología en Vich! (*Nervioso.*)

MARQUÉS. — No diga eso, Padre. ¡Usted tiene una facilidad portentosa! *"Muntant de tos navilis en l'ala benehida"*... ¡Oh Vich, la patria de Balmes, la cuna intelectual de Balmes! Y aquí tenemos al segundo Balmes... (*Pomposo.*)

CISO. — Señor Marqués, quería ir yo mismo hoy a su casa a hacer dimisión del puesto... del honroso puesto de la Limosnería... que realmente estoy convencido, no es trabajo apto para mí.

MARQUÉS. — ¡Hombre, eso se ha de ver des-

pacio! ¿Qué apuro tenemos? ¿Es que le ha llegado aquí algún rumor estúpido de esos que... dicen que corren? Es usted mi limosnero ideal y, por lo que a mí toca, *perpetuo*.

CISO. — Señor Marqués, yo soy un pobre payés. He errado muchas veces en la delicada misión que me confió. ¡Es tan difícil manejar dinero! ¡Es tan conmovedor el contacto con la pobreza, con las lástimas humanas! Temo que mis cuentas... Pero yo, aunque soy un pobre payés...

MARQUÉS. — ¡Deje usted eso, hombre, por favor! Usted no es un payés, es un gran hombre, nació usted noble, si no por la sangre, por la inteligencia y por el carácter. Está usted excitado. Siéntese. Padre, sentémonos todos.

DEMETRIO. — (*A Julián.*) (¿Le has dicho algo?)

JULIÁN. — (*A Demetrio.*) (Está realmente enfermo.)

MARQUÉS. — Primero de todo: usted no me ha de rendir a mí cuentas ningunas. Estarán embarulladas, mejor. Ya sabemos lo que son las cuentas de los poetas. No quiero que las pongan en limpio, ¿estamos? Usted no ha de tomar la pluma sino para hacer versos. No sólo no lo consiento, sino que se lo prohíbo a usted; si prohibírselo puedo. Si así como ha distribuido usted en tres meses treinta mil duros, hubieran sido cien mil, era lo mismo. Una sola estrofa suya; con la estrofa en que dedicó a mi difunto padre su gran epopeya, yo estaba pagado. *Muntant de tos navilis en l'ala benchida... Busqui... Hespéri-*

des muntant... *lo taronger en flor...* (*Se confunde y no puede recitar la estrofa preparada.*)

CISO. — (*Levantándose radiante declama:*)

Muntant de tos nacilis en l'ala benehida,
Busqu de las Hespérides lo taronger en flor,
Mes, ¡ay!, es ja despulles
De l'ona que há tants segles se n'es enseyorida,
Y sols puc oferirte, si et plauen, eixes fulles
De l'arbre del fruyt d'or!

[DEMETRIO. — (*Levantándose a su vez y dándole palmadas en la espalda.*) ¿Qué dijo Menéndez y Pelayo? "Lo conceptúo a usted (*y perdóneme su modestia*) como el poeta de mayores dotes nativas de cuantos hoy viven en tierra de España!" ¡Chiquet! Y perdóneme tu modestia... nativa.

CISO. — Pues no lo perdona mi modestia... ni mi veracidad. (*Molesto.*) Las dotes nativas no son nada sin el trabajo; son una parcela fértil que Dios da, que sin siembra no produce nada, y sin trabajo no da más que zarzas y espinas. Y para el trabajo se necesita paz, ayuda, ambiente propicio... Y esa paz, tú, Demetrio...

MARQUÉS. — Justamente. Está muy bien notado.] Padre Belveder, permítame que le diga una palabra como antiguo amigo. Usted no es payés, usted es la gloria y nobleza de Cataluña. (*Lo abraza cariñosamente y lo obliga a sentarse.*) Permítame que en representación de la nobleza de sangre, abrace a la tierra y a la raíz de la nobleza profunda de Catalu-

ña, lo cual es para mí la gloria más grande... ¡y que se vaya al diablo la modestia! (*Risas.*)]

CISO. — Señor Marqués, no tengo nada que ofrecerle. Carlos, muchacho, llama a tu hermana y dile que traiga refrescos. (*Sale Carlos.*)

MARQUÉS. — No, no, absolutamente. No tomaré nada. Es ya casi la hora de comer, y...

CISO. — Permítame, Marqués. Por mí también. Tengo sed. No he tomado nada en toda la mañana. Anoche dormí mal, y... (*Se acomodan todos en las sillas y entretanto dialogan aparte Julián y Demetrio.*)

JULIÁN. — Y... (Se pasa días enteros sin comer.) (*Aparte.*)

DEMETRIO. — Y... (Así va a andar bien de la cabeza.)

JULIÁN. — (Es del todo desordenado en todo.)

DEMETRIO. — (Pero no, astuto lo es, es astuto... ¿Cómo supo lo de la dimisión?)

JULIÁN. — (Yo, ¿qué sé?)

DEMETRIO. — (Con tal que no sepa también lo que le tiene preparado el *Bisbe*...)

JULIÁN. — (Por mí no ha sabido nada.)

ESCENA VIII

Dichos. AMANDA (*con vasos y bebidas*)

AMANDA. — Con permiso de ustedes. Buenos días, señor Marqués y la compañía...

MARQUÉS. — Buenos días, señora.

JULIÁN. — (¡Esta es!)
DEMETRIO. — (¡Tan joven!)
JULIÁN. — (Veinticinco años.)
DEMETRIO. — (Representa menos. Y no es fea, no.)
CISO. — Siéntese allí, Amanda. Que sirva su hermano de usted.
AMANDA. — No, yo no... no quisiera...
CISO. — Siéntese. Estos señores no tienen inconveniente, ¿verdad?
MARQUÉS. — Por mí, ninguno. Si usted lo quiere...
CISO. — Sí. Lo prefiero...
JULIÁN. — (Malo.)
DEMETRIO. — (Esta es su espíritu enredador. Esta lo enredará todo. Ya verás. Es bruja.)
MARQUÉS. — Pues decíamos, justamente, a propósito de su trabajo, de su paz, y del ambiente propicio, veníamos justamente a eso. Tengo una propuesta importante, que no dudo le interesará. Sabiendo que está escribiendo usted la vida de San Francisco en verso, la gran epopeya franciscana —al cual le tengo desde niño tanta devoción, yo soy Francisco de segundo nombre—, se me ocurrió lo siguiente: para lograr ese gran poema, que será la cumbre de su vida poética, llegada ahora a su madurez... (*halagüeño*) nos vamos por una temporada al santuario de Nuestra Señora de la Gleva, en su amada diócesis de Vich, o mejor todavía, al mismo Asís, en la Umbría, en la hermosa Italia, y allí tra-

baja usted y descansa al mismo tiempo a su placer y a sus anchas el tiempo que sea necesario. Le facilitaremos todo.

CISO. — Gracias, señor Marqués. [Oh, Italia, Italia ahora, en otoño, las colinas de la Umbría, las rutas del Poverello. Eso sería mejor todavía para mi anemia... para mi obra... que los dos años a bordo del Numancia, en los cuales concluí *La Atlántida* y recobré la salud.] ...*(Se interrumpe.)* Pero, ¿y mis deudas? ¿Y mi puesto?

DEMETRIO. — ¡Deja en paz las deudas y el puesto ahora! Para los negocios no sirves tú.

MARQUÉS. — Sus deudas se pagarán. Tiene usted, Mosén Ciso, amigos que harán ese o cualquier otro sacrificio por usted.

AMANDA. — ¿Qué amigos?

DEMETRIO. — ¡Deje usted, señora!

AMANDA. — Señorita, si no le displace a usté, señor.

DEMETRIO. — Señorita o señora mía, por favor, que no nos sobra el tiempo, que tenemos que ir todavía donde el señor Arzobispo. (*Vidrioso.*)

AMANDA. — Es que Mosén Ciso querría pagar las deudas *él*. ¿Por qué no ha de pagarlas *él*? (*Nerviosa.*)

DEMETRIO. — Sus deudas son considerables... no sabemos a punto fijo a cuánto montan. A mí solo me debe 3.000 duros; y está además Julián Güell, Cristóbal Creus, Ana Masdexexart, Luis Callén, arquitecto, la casa López Lleonart...

CISO. — ¡Hola! ¿Qué es eso? Conque llevas la lista de...

DEMETRIO. — No, Ciso. Si es sabido de todos. No sabes tú mismo lo que debes...

CISO. — Lo sé perfectamente y en cuanto quiera poner en orden mis papeles... (*Herido.*) Mis obras bastan y sobran para cubrir mis débitos.

MARQUÉS. — Sus obras poéticas, perdón Padre Ciso caro, no dan nada. *Cármina non dant panem.* Las rosas no se comen. El laurel no se vende, se regala.

CISO. — No han dado nada aún, porque los editores son unos piratas... empezando por los editores católicos. Pero bien administradas darán dinero, aun después de mi muerte. (*Alza la voz con enojo.*)

DEMETRIO. — Ahí está el punto. Bien administradas. Ciso, caro primo mío de mis entrañas, no te enfades, que no es ofensa; pero tú no sabes administrar. Cada uno su oficio. Tú sabes hacer versos...

CISO. — (*Molesto.*) Sabré administrar el día que me quiera poner a administrar. Porque sepa hacer versos, no quiere decir que no pueda saber ninguna otra cosa. Con ese criterio me aplazaron tres veces mis profesores de teología, ¡criterio de payeses, de rústicos... de envidiosos!... Y no que no supiese yo teología bastante. (*Exaltándose.*) Y tú lo sabes muy bien, Demetrio, porque tú, tú mismo...

MARQUÉS. — ¡Por favor!, no discutamos. Todo eso se arreglará por carta. La Gleva está cerca de

aquí, a treinta leguas de Barcelona. Si nuestro querido autor quiere administrar sus obras... Ahora lo que urge es tomar una resolución. ¿Puede darnos una resolución Padre Ciso, o lo dejamos para mañana, visto que hoy está usted un poco...?

CISO. — Estoy perfectamente bien, señor mío. Mi resolución está tomada. Elijo Asís.

AMANDA. — Padre, mire usté lo que hace. Déjelo usté para mañana.

CISO. — Pero entendámonos. ¿En qué condiciones?

MARQUÉS. — ¿Condiciones? Ninguna. Es decir, veamos...

AMANDA. — ¿El puesto de limosnero?

MARQUÉS. — El puesto... Bien. No tengo inconvenientes en reservárselo para su vuelta, con tal que...

AMANDA. — Con tal que...

CISO. — Con tal que...

MARQUÉS. — Nada. Quitar simplemente los... defectos que acaban de producir tanto ruido... sin culpa de nadie.

AMANDA. — A saber...

DEMETRIO. — ¿Es usted abogada de Ciso, señora mía?

MARQUÉS. — Chitón... Dejar del todo esa historia de los exorcismos, eso desde luego...

CISO. — Están dejados ya, señor Marqués. Me extraña mucho... Desde que salió el decreto contra el Padre Piñol, yo...

MARQUÉS. — Obedecer en todo al señor Obispo.

CISO. — ¿Lé he desobedecido yo alguna vez?

MARQUÉS. — Dejar a un lado todas esas ideas chocantes.

JULIÁN. — Esas doctrinas *in se* extravagantes, *ad alios* chocantes, y *coram facie Ecclesiae* poco ajustadas al dogma.

CISO. — ¿Qué ideas? ¿Qué doctrinas?

MARQUÉS. — Repito que no hemos venido aquí a discutir. El Padre Belveder ha dado su consentimiento al peregrinaje a Italia. Lo demás es accesorio... y se arreglará poco a poco... ¿Verdad, Padre Ciso?

DEMETRIO. — (*Aparte a Julián.*) (¡Hombre, el que no sabe de negocios, que no se meta! Trescientos mil duros han pasado por sus manos... ¡no suyos, no!... ¡del Marqués! y los ha aventado. ¡Que haga versos, anda! ¡Que se quite, que desaparezca... que se vaya a Asis!)

CISO. — (*Después de reflexionar.*) No. No aceptaré la generosidad de usted, señor Marqués (que aprecio en el alma), ni de ningún otro, sin dejar bien clara mi situación detrás de mí. No acepto favores, sino de mis amigos. No son mis amigos aquellos que no me comprenden. No soy ni extravagante, ni herético, ni loco... Mucho llamarme "genio, genio", y después...

MARQUÉS. — Jesús, qué amontonarse. Perdón, Padre Ciso, no es eso; no es para tanto. Pero, por ejemplo, eso que usted llama *sus ideas sociales*, ese

soliviantar a los obreros dándoles siempre la razón contra los ricos... ¡Pobres ricos! No somos santos. Pero hay que defender la riqueza, a pesar de los ricos... la riqueza como factor social.

DEMETRIO. — La riqueza es la base de la civilización.

AMANDA. — El Padre Belveder no da la razón sino a quien la tiene.

MARQUÉS. — Lo sé. En su boca lo que dice es la inocencia misma. Pero hay que mirar también el efecto que producen en aquellos que lo oyen...

JULIÁN. — Eso de contraponer el Evangelio y la Jerarquía...

MARQUÉS. — Eso de hablar tanto del becerro de oro, del becerro de oro...

DEMETRIO. — Eso de llamar a la Jerarquía, la Iglesia de los ricos, y predecir la venida próxima de una nueva Iglesia, de la Iglesia de los pobres, la Iglesia del Espíritu Santo...

MARQUÉS. — Lo sé. Todo eso no tiene importancia. En su boca todo eso es poesía, poesía mística. Buena para los libros, para los *Idills i Cántichs*. Pero predicada al pueblo, y en estos tiempos... Convénzase, Padre Ciso. Los pobres no entienden su poesía.

AMANDA. — ¿Y qué, la poesía ha de ser sólo para los ricos? [¿Y qué, no son ustedes la Iglesia de los ricos, en realidad de verdad? ¡Tanto levantar iglesias suntuosas, restaurar el monasterio de Ripoll, y bombo y platillos! ¿No sería mejor?...]

DEMETRIO. — Señora, no hemos venido aquí a hablar con usted.

AMANDA. — Pues a mí me da la gana de hablar. Estoy en mi casa.

MARQUÉS. — (*Seco.*) Gracias. Basta ya. Las condiciones para que pueda seguir nuestro querido Capellán en su puesto están aceptadas en principio y aun cumplidas ya... en parte. Sólo queda preparar el viaje a Asís.

AMANDA. — Si me permite el Padre Ciso subir a su cuarto, le preparo la maleta... y agur.

CISO. — No, hija, déjelo estar. Lo haré yo. Hay tiempo. Me iré de aquí dejando bien arregladas todas mis cosas, [sobre todo esa cuestión estúpida de mis doctrinas... "extravagantes". Veré al señor Arzobispo sobre ello.] Sólo una cosa me queda que pedir al señor Marqués...

MARQUÉS. — Pida, Padre Ciso, pida usted lo que quiera, que ya sabe que, estando en mis manos...

CISO. — Señor de San Miguel, estoy un poco achacoso, tengo mis años, usted sabe que siempre he sido un poco delicado desde niño. Por mucho que me halague la belleza de Asís, sería temerario que me largase allá sin cuidado ninguno. Es también un sacrificio, al fin y al cabo, dejar mi caro terruño: sálganme un poco al encuentro, hagan un poco de camino. Con toda determinación no iré a Italia solo: no puedo. Aunque no sea más que para tener con quien hablar catalán, mantener fresco el idioma que es mi instrumento, [en su recio matiz campesino]...

practicar la lengua. Esta noble familia en cuya... honorable casa estamos... me han hecho servicios, han sido muy buenos conmigo... servicios grandes, favores... considerables, realmente considerables. Es mi intención mostrarles mi agradecimiento llevándolos conmigo, si quieren acompañarme. Alquilaremos este piso, y con la renta y poco más, pueden vivir en una casita paisana de Asís, pobremente, modestamente, como han vivido siempre. Yo me alojaré en el convento de los Franciscanos, en la hospedería. Así estoy seguro que mi viaje puede resultar un éxito, una verdadera solución. De otro modo, no iré.

(Estupefacción. Los tres visitantes cambian miradas consultivas y sorprendidas. En el alto silencio que sigue, y se prolonga por un minuto o dos, suena impertinente la risa cristalina de AMANDA. *Al oírla rompe* DEMETRIO *en impaciencia.)*

DEMETRIO. — Querido Ciso, sabes muy bien que eso que se te antoja es insensato...

(Risa de Amanda.)

MARQUÉS. — Insensato, no diré. Pero ciertamente, Padre, seamos razonables, eso no es conveniente... No es conveniente en ninguna forma... ni para su propio bien.

AMANDA. — (*Seca.*) El Padre Ciso sabe mejor que nadie, supongo yo, lo que es su propio bien.

DEMETRIO. — Ciso, iremos a atenderte a Asís yo y tu hermana Francisca. Parece que olvidas que tienes familia propia.

CISO. — No quiero sacar a Francisca de su hogar, ni a ti del lado de tu esposa. Además, estoy seguro que no me serviríais... que no me serviríais como yo necesito. Además, tengo otras razones.

AMANDA. — Además, el Padre Ciso tiene derecho a elegir aquellos con quienes gusta estar, ¿sí o no? ¿Cumple él sus deberes con su hermana o no cumple? Si cumple, déjenlo en paz. No se puede imponer el amor por fuerza...

DEMETRIO. — Señora mia, si usted no calla... Oiga usted: el que dice lo que quiere, oye lo que no quiere... Usted sabe perfectamente cuál es el inconveniente y cuál es la insensatez; y mi primo lo sabe también, no hagamos el tonto, anoser que sea el más bendito y el más... inocente de los hombres.

MARQUÉS. — Basta, por favor. (*Levantándose y dirigiéndose a Mosén Ciso con gran suavidad.*) ¿De veras, no ve usted ningún inconveniente en lo que nos ha propuesto?

AMANDA. — (*Levantándose también.*) No lo ve, no lo ve; pero yo lo veo. ¡Toma, como que es el verdadero punto de la cuestión y lo tenían tan escondidito los distinguidos señores... Desde que entraron aquí los estoy viendo venir... Señor Marqués, sepa que el Padre Ciso no ve lo que ustedes ven, porque es un verdadero santo; y ustedes son unos... hombres de mundo.

MARQUÉS. — (*Sin mirarla ni hacerle caso.*) Padre Ciso, va usted a ver ahora mismo —porque ha llegado el momento de tomar el bisturí por doloroso

que sea, lo están engañando a usted del modo más cínico—, va usted a ver ahora mismo, si lo pide... No me lo pregunte usted, mire que se lo diré, dice el refrán. Un momento, ¿podemos quedarnos solos?

CISO. — (*Aturdido.*) ¿Solos los dos?

MARQUÉS. — (*Suave.*) No. Esta señora... o señorita... un momento por favor... si nos hiciese el obsequio...

AMANDA. — Señorita, señor Marqués. No soy casada. No, no les haré el obsequio, dispense usted. Me quedo aquí. Tengo derecho. Se trata de mí.

MARQUÉS. — Peor para usted. Usted lo ha querido. Demetrio, ¿quieres hacer entrar un momento al doctor Bofarull, que está allí enfrente?

CISO. — Carlos, te ruego que te retires hasta que yo te llame. Ve a mi cuarto y me preparas el bolso de viaje.

CARLOS. — No, yo no me voy. Si Amanda se queda, yo me quedo con mi hermana...

CISO. — (*Explosión de ira.*) ¡Te digo que te marches de aquí inmediatamente! (*Sale Carlos.*)

ESCENA IX

Dichos. Doctor BOFARULL

(BOFARULL, *calvo, enjuto, morenucho, con una cara de hormiga negra, prolongada hacia adelante y acabada abajo en punta, con dos mechones negros en la cabeza, a modo de antenas. Exclamación de asombro de* AMANDA *al verlo. Mutuo gesto de sorpresa al reconocerse. Silencio.*)

DOCTOR. — Buenos días.

MARQUÉS. — Doctor Bofarull, lo he hecho llamar, necesito que me preste un favor un poco delicado.... Sí... molesto... Odioso quizá, pero necesario. Mi propio honor está comprometido. Bien veo que lo que le pido es desagradable... para todos... y para mí el primero; pero hay que acabar de una vez con un lío interminable, antes que se produzcan nuevos enredos... y peores males; y para eso hay que dar un tajo gordiano. ¿Conoce usted a la señora aquí presente?

DOCTOR. — Sí. La atendí no ha mucho en el consultorio, señor Marqués.

MARQUÉS. — ¿Le es posible certificar aquí, delante de todos, algo que, por lo demás, casi todos sabemos, y todo el mundo habrá de saber presto: quiero decir, informarnos medicalmente acerca de su... estado...

AMANDA. — ¡Ah villanos! ¿Esa es la conciencia, ese es el *secreto profesional*? (*A Bofarull.*)

DOCTOR. — ¡Qué secreto, señora, si es un secreto a voces! ¡Si usted misma lo reveló a través de la puerta!...

CISO. — ¿Qué estado? ¿Qué estado?

DOCTOR. — Pero, ¡qué estado ha de ser, bendito de Dios, que parece usted una criatura! ¿Todavía no se ha dado usted cuenta?

CISO. — ¡Dios mío!

AMANDA. — (*Tristemente.*) Sí, es un secreto a voces. Yo he sido culpable en no habérselo dicho a

usté, Mosén Ciso. No me atreví... Sí, soy una madre soltera, ¿han oído? ¿Verdad, ilustre doctor, que soy una madre soltera? (*Volviéndose a los enemigos, uno a uno.*) ¡Soy una madre soltera! (*Gritando.*) ¡Soy una madre soltera! Sí, señor Marqués, soy una madre culpable como dicen ustedes, una mujer descarriada, una perdida. ¡Pero no me he perdido aquí en esta casa! ¡Este santo nada sabía! ¡Mi madre no sabe nada, mis hermanos no saben nada! Ustedes lo han sabido los primeros; ¡qué inteligentes que son! y qué gusto, qué gusto, disponer de esa arma contra el santo sacerdote que me salvó de desesperarme... (*Se cubre el rostro y rompe a llorar*) que me salvó de... de...

CISO. — Amanda, le mando que se retire de aquí.

AMANDA. — Me iré dentro de un momento; y me iré para siempre. Debía haberme ido antes, no pude. Me iré a Cuba, como lo tenía dispuesto desde hace tiempo, a buscar al canalla aquél, a matarlo... o a matarme. Pero no saldré de aquí antes de que se aclare todo, todo. Si yo con mi cercanía he comprometido a este hombre, este hombre no tiene culpa. Aquí se ha vivido con pureza y con decencia. Aquí nadie pisaba este recinto, donde él vive, ni mi madre, ni mi hermana, como en un convento. Y yo vivo allí al lado, en ca'Rovira. Pero aunque viviese aquí, aunque viviese aquí, ¡canallas...!

CISO. — Amanda, cállate, estás loca. (*Rompe ella a llorar de nuevo.*)

MARQUÉS. — Padre Ciso, perdóneme. Esto es deplorable. Nosotros hemos concluido y nos vamos. ¿Persistirá usted después de lo que ha oído en proteger a esta familia?

CISO. — ¿Que si persistiré? ¡Pero si ahora voy a empezar a protegerla!

MARQUÉS. — (*Con asombro.*) ¿Persistirá usted en su protección a esa... mujer?

CISO. — ¡Cuidado con las palabras, señor Marqués! Esta mujer es hija mía... Ahora ha empezado a ser hija mía, hija de mi alma. La adopto por hija.

MARQUÉS. — Pero Padre Ciso, esto es una exorbitancia. Usted está fuera de sí. ¡Usted desafía a la sociedad, desafía a las conveniencias, desafía a la Jerarquía, desafía al mismo Dios!

CISO. — ¡Dios! ¡Ahora Dios me la acaba de dar por hija, señor Marqués! ¡Su padre la abandonó, el mundo la mancilló, su novio la engañó, el demonio pisoteó su alma!... Ah, señor Marqués. Usted es un noble, pero yo soy un plebeyo, un pecador, un sacerdote de Cristo. ¡Ah! ¡Ya verán ahora qué difícil es *chafar* a un payés catalán que es también un sacerdote de Cristo! ¿No le escribió a usted el señor Obispo de Vich que a mí había que *chafarme?* ¡Chafarme! ¡Qué palabra para un obispo! ¡Todo se sabe, señor Marqués, sin necesidad de escuchar detrás de las puertas, señor doctor Bofarull! ¡Señor Marqués de San Miguel! (*Declamando como quien predica.*) Una vez un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, el

cual cayó en manos de ladrones; quienes lo cosieron a puñaladas y después de robarle, lo dejaron por muerto. Pasó por allí un obispo y no se dignó mirarle. Pasó por allí un noble y le dio un puntapié. Pero pasó después un pobre samaritano, un payés catalán (que ya sé que así me llamaba en su casa la servidumbre), y ese pobre payés catalán...

DEMETRIO. — ¡Ira de Dios! ¡Qué escándalo! ¡Vámonos de aquí que esto no tiene compostura! Pero antes, ya que hay aquí sermones, yo diré también el mío, muy breve: ese noble payés catalán y ese sacerdote de Cristo contrae deudas que no paga, tiene en la miseria a su hermana con cuatro sobrinos, y no se dignó pagar la dote de su sobrina Aurelia, religiosa dominica... y, ¡oigan ustedes el milagro!, compra una sortija de oro de ley con un diamante rosa, en la joyería Aluyés, de 1.700 pesetas —y aquí está la factura que no me dejará mentir (*blandiendo un papel*)— para obsequiar a una... a una... a una...

CISO. — (*Furioso.*) ¡Atrévete a pronunciar la palabra que tienes en tus inmundos labios, y te los cierro para siempre con esto!... (*un pesado tintero de bronce*).

AMANDA. — ¡No, Padre! No.

(Corre a él, lo detiene, lo sujeta, apoya la cabeza en su pecho. BELVEDER *no la abraza, pero tampoco la rechaza. Permanece inmóvil, erguido, el tintero en la mano caída, rígido, hierático, moviendo los labios, con los ojos en alto. Los demás se van retirando hacia la puerta.)*

DEMETRIO. — A la vista está. Pues digo, después de esto...

JULIÁN. — ¡Qué hombre ridículo! ¡Qué mujer funesta!

MARQUÉS. — La hemos embarrado. Este no tiene remedio... Es demasiado... poeta.

ESCENA X

Dichos, CARLOS

CARLOS. — (*Tropieza con Julián.*) Perdón. ¡Padre Ciso! (*Viendo el grupo.*) ¿Amanda, qué haces? Suéltalo, estúpida, que viene el "Bisbe". (*Amanda se retira.*) *Lo Bisbe, lo Bisbe ab lo capellá Lluent, cap aquí.* (*Sigue hablando muy excitado en catalán.*)

MARQUÉS. — ¿Viene el señor Obispo? Vámonos, antes de que llegue. Dejemos al hijo con su padre. Mosén Ciso, cuando su ofuscación se disipe y necesite un amigo...

CISO. — (*Con furor.*) ¡No necesito amigos entre los adoradores del becerro de oro! ¡Bastante daño han hecho ya! Por mí les perdono, pero este destrozo en esta alma ya lastimada y entristecida... ¡yo no sé si Dios lo querrá perdonar! Quédese usted, que venga aquí el Arzobispo y diré a todos juntos la verdad entera. ¡La Iglesia es un partido político, el partido de los nobles y de los curas! ¡Necesitan prestigio, sí, necesitan prestigio, brillo, fama!... ¡Las clases trabajadoras se agitan, se están levantando, perdida la fe, cansadas de sufrir!... Entonces aparece

un poeta que se hace conocer y amar del pueblo, que es sacerdote y ha salido del pueblo; ¡"un payés genial", como dice mi primo! ¡Es una adquisición! ¡Hay que acapararlo para el partido!...

AMANDA. — Calle usté, Padre. No desvaríe. Adiós, me voy. Perdóneme. Perdóneme... Me voy para siempre. (*Sale.*)

JULIÁN. — Es un *boig*, es un *boig*... (pronunciar *boich*).

DEMETRIO. — Pues si es un *boig*, a encerrarlo. Los locos no deben andar sueltos, estorbando al mundo entero.

MARQUÉS. — Chitón. Prevengamos al señor Obispo que no suba. No sea que... Está muy excitado... (*Salen.*)

ESCENA XI

CISO, *solo*

CISO. — Moreneta de Montserrat, Madre mía. Reina del cielo. ¿Qué he hecho? ¡Dios mío! ¡No sé lo que será de mí! ¡He salido de quicio, me he airado como nunca en mi vida, oh mis nervios, mis nervios!

Pero, ¿qué importa de mí? Esa pobre mujer. ¡Dios mío! De modo que... ¡Qué horror, qué vergüenza! Pobre muchacha. Que no lo sepa su madre, ¡que no lo sepa su madre! Pero, ¿cómo evitarlo? Es imposible. Y será su ruina. Sí; no resistirá la ignominia. Su ánimo es frágil, su alma es triste, es enfer-

ma, es neurótica de nacimiento. Está perdida. No tiene salvación posible.

Pero, ¿quién está perdido si tú lo amparas, oh Madre de Dios? ¡Ampárala, oh Madre de Dios, oh Madre Virgen! Que su vergüenza caiga sobre mí, sí, no permitas que sea tentada sobre sus fuerzas. Es una carga demasiado pesada para sus fuerzas. Mi vida por su alma, Madre del cielo. Con el carácter que tiene, si no la tomas en tus brazos, está perdida, perdida... Madre del cielo. ¡Su vergüenza sobre mí! ¡Sobre mí!

(Cae de rodillas. Entra EL ARZOBISPO *sin ser notado.)*

Y yo estoy perdido también. Me denunciarán al Obispo. Y, ¿quién sabe lo que dirá ese villano Demetrio al Obispo? Pero (*gritando*), ¿qué me importa a mí del Obispo? (*gritando*).

ESCENA XII

Dichos. El ARZOBISPO

ARZOBISPO. — (*Entrando silenciosamente hasta muy cerca del sacerdote arrodillado.*) Buenos días, hijo mío.

CISO. — (*Azorado.*) ¡Cómo! ¡Oh, Monseñor! (*Besándole la mano.*)

ARZOBISPO. — No se arrodille. ¿Qué hacía usted hijo mío? ¿Rezaba?

CISO. — No sé. Rezaba... o maldecía. Estoy... Estoy...

ARZOBISPO. — Ya sé. Levante, hijo. Siéntese. Habiendo sabido su estado de salud, (*solemne*) y no queriendo que se nos malogre el poeta de Cataluña, que tanto apreciamos en el Señor, hemos decidido enviarlo al santuario de Nuestra Señora de la Gleva, con el fin de que pueda terminar allí tranquilamente, en la paz de los campos, su gran poema lírico acerca de la vida de San Francisco de Asís.

CISO. — Monseñor, ese poema no sale. No he escrito nada hace tiempo, sino cositas sueltas, pequeñas, insignificantes. Yo no hago versos como quien hace longanizas. Yo no canto como los vencejos, que van gritando continuamente con la boca abierta y comiendo mosquitos al mismo tiempo... sino como el ruiseñor que, después de un día de vida, canta de noche. Yo soy sacerdote antes que poeta. Diversas preocupaciones no me dejan vivir ahora. Hay diversas gentes que... han dado en la flor de perseguirme. Yo... (*Habla nervioso y con muchos gestos.*)

ARZOBISPO. — Ya lo sabemos, hijo. El santuario de Nuestra Señora será su salvación. ¿No tiene confianza en la Virgen Nuestra Señora?

CISO. — Monseñor, ella es toda mi esperanza. Pero creo que yo debería morar en un sitio donde tenga medios de estudio, bibliotecas y comunicación intelectual... La vida intelectual es una vida, y pide que se la alimente. En el estado en que estoy, con el cerebro en presión, temo la soledad...

ARZOBISPO. — Hijo mío, ¿cree usted que yo soy su superior de parte de Dios, puesto por el Espíritu Santo para guiarle en el camino de la vida? (*Solemne.*)

CISO. — Yo creo en la Iglesia, Monseñor.

ARZOBISPO. — ¿Cree usted que la Santa Iglesia Católica es la verdadera Esposa de Cristo, divinamente puesta en el mundo como arca de salud para los hombres? (*Pomposo.*)

CISO. — Sin duda lo creo, Monseñor.

ARZOBISPO. — ¿Cree usted en el amor de su prelado; que no desea otra cosa sino el bien de todos, el bien espiritual primeramente, por supuesto? (*Melifluo.*)

CISO. — Monseñor, ¿a qué estas preguntas? ¡No puedo negarlo ni tengo por qué dudarlo!

ARZOBISPO. — Pues arrójese de cabeza en los brazos de la Providencia divina. El santuario de la Gleva es una maravilla, de estilo gótico ojival, con algo de románico, situado sobre una colina verde, que es, vaya, para un poeta como usted... una maravilla. Le irá bien en él, téngalo por cierto. Levántese, tome lo más necesario, lo demás se lo haremos mandar. Y vamos. Tengo el coche aquí, y su amigo y condiscípulo Guidart, nuestro discreto Vicario general, lo acompañará. Comeremos en casa. Confíe en Dios. (*Sale Ciso, entra el capellá Lluent.*)

ESCENA XIII

El ARZOBISPO, Capellá LLUENT

ARZOBISPO. — Bien, esto está hecho. Es dócil en el fondo... o débil al menos. Menos mal. Ahora, caro Guidart, le toca a usted la segunda parte. ¡Lo salvaremos! (*Se frota las manos, satisfecho.*)

CAPELLÁ. — Yo sabía que el Marqués con su diplomacia no haría nada.

ARZOBISPO. — Evidente. Con una cabeza así, discutir es lo mismo que eternizar las cuestiones. Y ahora, ¡a lo dicho: Vigilancia!

CAPELLÁ. — Perfectamente.

ARZOBISPO. — Todo. Cartas, salidas, visitas, ocupaciones. Todo lo he de saber.

CAPELLÁ. — Entendido.

ARZOBISPO. — A fuerza de humillaciones, lo chafaremos.

CAPELLÁ. — Bastante chafado parece ya.

ARZOBISPO. — Para su bien, se entiende. Es una voluntad enferma que si no se somete, puede hacer muchísimo mal.

CAPELLÁ. — Nosotros en la Curia lo tenemos por loco, para no haber de tenerle por rebelde.

ARZOBISPO. — ¿Loco? Peor que eso. Es un *místico*. A los locos se los encierra. Pero a éstos que ni están locos ni están cuerdos, ¿qué se hace con ellos? En el fondo es un santo varón...

CAPELLÁ. — ¿Varón, excelencia? Es muy fe-

menino. Parece una mujer. ¿Santo?... en cuanto a santo...

ARZOBISPO. — Esa es la justicia de Dios en este mundo, que lo compensa todo, mi caro Vicario. Le da a algunos grandes dotes de inteligencia por un lado, pero por otro lado... ¡Chito! ¿Quién viene?

AMANDA. — (*Desde adentro.*) Padre Ciso, mire lo que hace, piénselo bien, no se vaya a arrepentir... Piénselo bien, Padre... Mire lo que hace.

CAPELLÁ. — ¡Esa bruja!

ARZOBISPO. — Chitón, viene... Calle usted.

ESCENA XIV

Dichos. BELVEDER

CISO. — (*Turbado, se pone de rodillas.*) Me pongo yo con todas mis cosas en las manos del que Dios me ha dado por padre...

ARZOBISPO. — Lo seré, hijo mío. Levántese. ¿No saluda a Guidart? Vaya... Déjese gobernar, hijo. *Vir obediens loquetur victorias.* Y ahora, ¡a hacer versos! Vaya... ¡A hacer versos! ¡Versos, versos, y más versos!...

La voz de AMANDA. — (*Dentro.*) ¡Padre Ciso, piénselo bien!

TELON

(Salen en fila, primero GUIDART, *después* LO BISBE *y al final* BELVEDER, *cabizbajo, que vuelve la cabeza un instante hacia atrás en el momento de salir.)*

ACTO SEGUNDO

(Un año después, en la misma casa de Barcelona, el cuarto de Mosén Ciso, en el primer piso. Ha pasado un año, que ha dejado desproporcionadas huellas en el rostro juvenil del sacerdote. Se mueve, sin embargo, sin languidez, con decisión, aunque evidentemente nerviosa y no volitiva. CARLOS *es un muchacho de quince años, muy listo y muy desarrollado, vivaz, un poco petulante, atropellado.)*

ESCENA I

CISO, CARLOS

CISO. — (*Dictando.*) "Como si estuviésemos ya en los tiempos de la gran tribulación..."

CARLOS. — (*Repite despacio.*) "Como si estuviésemos ya en los tiempos de la gran tribulación."

CISO. — Sin más, soy de usted afectísimo, etc. Señas: Excmo. Sr. D. Fernando Heredia, marqués de San Miguel. Paseo de Pedro III, 14, principal, Madrid.

CARLOS. — ¡Eh! Más despacio, Padre...

CISO. — Hemos trabajado bien. Tres cartas importantes y un poema. Léeme la carta del tío Manuel. La que tiene el retrato.

CARLOS. — ¿Qué retrato?

CISO. — La etopeya, hombre, como decís en la

escuela. El retrato de un hombre, hecho con palabras.

CARLOS. — (*Leyendo.*) "He aquí en resumen su psicología, tal como me parece verla...

Es un santulón; por eso le adoran todos los santulones, que abundan hoy en todas partes...

Es atrevido en el decir, pero no en el hacer. Quiero decir que es désos que se jactan de tener ideas nuevas, modernas, progresistas, consejo comprensivo, criterio amplio y avanzado; pero son incapaces de hacer lo que aconsejan. Por donde se ve que todo ese ideario animador (de otros) es pegadizo, es como un vestido y lo tienen de "emprestado". Es un "sociólogo".

Tiene buenos principios; ¡pero por falta de visión psicológica y de tino práctico, esos principios no llegan a concretarse, a no ser por medio de otros. De aquí su afán de encontrar adeptos, discípulos "receptáculos". Boticario es y no médico; tiene espléndidas recetas; pero curar no sabe.

Es un gobernante de invernáculo: está acostumbrado a gobernar niños grandes. Nunca ha luchado, no se ha enfrentado con voluntades adultas adversas o siquier diferentes. Cuando encuentra frente suyo una voluntad adulta, se va del seguro. Está acostumbrado a manejar voluntades serviles *perinde ad cadaver*, o voluntades chicas, húmedas y cariñosas; y con ellas goza y retoza.

Dicen que es bondadoso y justo.

Es bondadoso con los "suyos", con sus serviles; pero es perfectamente duro e implacable

cuando tiene miedo, cuando teme por su autoridad o teme haberse equivocado.

Es justo en las cosas que no requieren gran clarividencia. No es capaz de ser justo, por ejemplo, con una vida entera, o con un período de diez años, lo cual requiere mayor penetración y campo visivo amplio. No hará cosas inicuas a sabiendas, pero no hará equidad muchas veces. No hará injusticias flagrantes, sobre todo *legales*; pero no creará justicia.

Tiene buen entendimiento conceptual, pero carece de imaginación creadora.

En suma, hablando con desgarro (cosa que no me permitiré sino por excepción, por necesidad, y entre amigos muy seguros), se le puede aplicar aquello del poeta:

Mi gran Visir es tonto, pero honrado.
Mas un tonto con mando es una fiera.
Yo, que soy vulnerable demasiado,
Debo huir de su cuerna candombera.

Enfrentarlo es suicidio declarado.
Y buscar su amistad fue gran tontera;
Hay un remedio, y es pasarle al lado
Como si no existiera.

Desdén y buen callar son mi toreo.
Debe existir una escondida senda
Por la que vaya al fin de mi deseo.

Sea el futuro del pasado enmienda.
Si no hago nada, no haré nada feo.
Si no me ven, no sufriré cacheo.
Si nada valgo, no habrá quien me venda...

Caro tío Manuel, discúlpeme usted esta digresión literaria y psicológica, y reciba usted... etcétera, etcétera."]

CISO. — Muy bien, Carlos, basta. Lees perfectamente y escribes mejor. Esta también la mandas ahora mismo. No así la tercera.

CARLOS. — La otra, Padre Ciso. Al Director de "El Noticiero Universal".

CISO. — Esta sí que no la mandes... todavía.

CARLOS. — No. Se guarda en la caja de los borradores. Ejem, ejem. (*Tosiendo.*)

"Señor Director, etcétera.

Por el mes de mayo de 1893, después de los Juegos Florales, se me alejó traidoramente de Barcelona, con la nota tácita de loco, dándoseme la excusa de ir dos meses fuera a cuidar mi salud, que gracias a Dios no pedía remedios. Si no contento, partí resignado; y luego, los dos meses se hicieron un año, que llevé con paciencia, lejos de las bibliotecas donde poder consultar, lejos de mis editores, de mis libros, y de mis manuscritos mismos... vigilado, enclaustrado y... ¡motejado de loco!

He bajado a Barcelona, en uso de mi derecho y de mi libertad, para arreglar mis asuntos y abrir una salida en mi situación desesperada; y dos veces he visto la fuerza pública en mi posada misma, para prenderme como delincuente. Por si llega a suceder, mañana o cualquier día o noche, contra la expresa voluntad del señor Gobernador (al cual

me declaro agradecidísimo); —ahora mientras tengo lugar, demando justicia y protesto delante de la ley, —delante de la gente honrada de Barcelona que me conoce, —delante del cielo y de la tierra, y del mismo Dios que nos ha de juzgar a todos, —de la iniquidad de que es víctima (a qué fin no lo sé) este pobre sacerdote. *Narciso Belveder*, presbítero."

CISO. — Bien, Carlos. Esta no se manda hasta nueva orden... anoser que me metan preso. Ya sabes...

CARLOS. — Esperemos que no. ¡Dios! Están estupendas.

CISO. — ¿Esto es secreto, eh, niño? Usted es mi secretario.

CARLOS. — No hay cuidado. Soy una *tum-ba*.

CISO. — Y ahora, a traducírmelas al castellano, tú que eres castellano viejo.

CARLOS. — Pues, ¿cómo? ¿No están en castellano?

CISO. — Para el teatro están en castellano. Pero están en catalán en *la vida*.

CARLOS. — ¿Qué vida? ¿Qué teatro? No entiendo nada. ¿Estamos *boigs*, Padre?

CISO. — Estamos en un teatro. Mira el público. ¿Crees tú que estamos solos?

CARLOS. — (*Asustado.*) ¡A mí me parece que estamos solos! ¡Dios! ¡Fuera bromas, Padre! ¡No digamos locuras! ¿No estamos locos, supongo?

CISO. — Mi vida se ha vuelto un espectáculo de teatro, es presa del público... y Dios sabe cuál será el desenlace, porque el público es actor también, como en el *Drama Nuevo* de Tamayo. No ves en torno nuestro la inmensa muchedumbre que nos mira y nos escucha, Barcelona, Tarrasa, Zaragoza, Lérida, Madrid... la muchedumbre que llega hasta Madrid, Menéndez y Pelayo, Mariano de Cavia, el Arzobispo de Madrid-Alcalá, el Nuncio... ¡Ay, hijo, la vida es una comedia! ¡Y si fuera yo capaz de tomarla como es, como comedia...! Por desgracia mi alma es débil, no sé reir; y en mi alma todo esto es drama. Pero me contento con hacer reir a los ángeles. ¡Ah! Si tuviera la dicha de hacer reir a la Virgen María, hacerla sonreir una sola vez, aunque yo muriera...

CARLOS. — ¿Se refiere usted a los diarios? No me gustan los diarios. ¡Si viera usted los dislates que dicen de usted... y del señor Arzobispo!

CISO. — Deja en paz a los diarios. Me refiero a tu hermana Amanda.

CARLOS. — ¿A ésa? Déjela usted también en paz, Padre. Que se muera...

CISO. — No maldigas a tu hermana, hijo. Y no juzgues a nadie. ¿Se sabe por fin dónde está?

CARLOS. — No lo quiero saber. ¡Cristo! Al salir del hospital desapareció. Pero madre lo sabe, pero no lo quiere decir. ¡Maldita sea... mi estampa!

CISO. — Carlos, te prohíbo que digas ¡Cristo!, que digas ¡Dios! y que digas ¡Maldita sea!

CARLOS. — ¿Qué he de decir entonces?

CISO. — Nada. Ir a abrir la puerta que han llamado... y al correo con las cartas.

CARLOS. — ¡Mosén Manuel, de Folguerolas! (*Carlos sale y entra luego.*)

CISO. — ¡Oh, el tío viejo, adelante! (*Vase Carlos.*)

ESCENA II

CISO. Mosén MANUEL.

(Mosén MANUEL *es un viejo cura rural, petiso, redondo, un poco sordo, pausado en sus movimientos, seco en el hablar, con una carota enorme y ojos verdes de gato viejo, brillantes de inteligencia... aunque eso el público no puede verlo. Lo debe hacer ver el actor por medio de sus palabras, que, por desgracia, ahora deben ser pocas, una escena breve. Resulta que él es, más después, el que escribió esta pieza.)*

CISO. — ¡Tío Manuel, usted aquí! Acabo de enviarle una carta.

MANUEL. — ¿Sí? Enhorabuena. ¿Y qué decía la carta?

CISO. — Nada. Apenas la mandé me arrepentí de ella.

MANUEL. — Mal hecho. A mí me puedes mandar lo que quieras, que todo te lo recibiré bien. ¡No así a los otros! ¡Cuidado! Te están tomando como arma unos y otros. Bonito zafarrancho has armado.

CISO. — Es un retrato literario del Arzobispo, un retrato hecho *sine ira neque studio*. No, mejor di-

cho es un desahogo, pero un desahogo verdadero. Bien se me puede perdonar un desahogo.

MANUEL. — Bien, ya lo romperé yo. Pero no la des a los periódicos, ¡ojo! A propósito del Arzobispo... ¿Estás dispuesto a admitir un consejo mío?

CISO. — No.

MANUEL. — ¿Por qué no?

CISO. — Si empiezo a escuchar consejos, no sé ya qué hacer. Yo tengo una luz que los demás no ven. Puede que sea una luz falsa. Pero es la única que tengo. ¡No pecar contra la luz!

MANUEL. — Todos los herejes han dicho lo mismo. Eso que dices lo mismo puede ser la divisa de un santo que de un iluso.

CISO. — O de una mezcla de ambos...

MANUEL. — Pues yo también tengo una lucecita humilde... que todos pueden ver. Veamos: cuando te aconsejé aceptaras la canonjía que te ofertaban y que dejaras la casa San Miguel, ¿tuve razón o no?

CISO. — Sí.

MANUEL. — Cuando te dije que dejaras los exorcismos del Padre Piñol, ¿acerté?

CISO. — Sí.

MANUEL. — Cuando te dije que no te metieras en negocios con el primo Demetrio...

CISO. — Sí. Y las tres cosas las hice.

MANUEL. — Pero tarde. Tu destino es llegar tarde, o quizá llegar demasiado temprano, que es lo mismo para el caso. Ahora te doy el consejo cumbre: vente conmigo a Folguerolas.

CISO. — ¿A hacer qué?

MANUEL. — A capear la tormenta, o dejarla que pase...

CISO. — No puedo. Mi puesto está aquí.

MANUEL. — Te crees capitán de tormenta. ¡Cuidado! No lo eres.

CISO. — No. Simplemente debo defenderme de la persecución, de la trama, de la conjura que hay contra mí; y al defenderme, defiendo el honor de la Iglesia.

MANUEL. — Déjala a la Iglesia, que se defienda sola. Hazte chiquito. Escóndete. Tú no sabes toreo. Pareces un hombre que quiere matar un toro a palos.

CISO. — Tío, ¿cómo puede un sacerdote, y un sacerdote español, hablar así? La Iglesia está en decadencia y hay que defenderla de su propia decadencia.

MANUEL. — ¡Quita hombre! Eso no se dice.

CISO. — (*Tristemente.*) La Iglesia está en decadencia.

MANUEL. — Bien, siempre ha estado en decadencia; y lo estará hasta el fin del mundo. Yo y tú no estamos llamados a reformarla.

CISO. — Yo no hago otra cosa sino defenderme; pero sospecho que al defenderme, en los designios de Dios defiendo invisiblemente a otros muchos. ¿Quiere usted que me deje encerrar como loco; o lo que es peor, espere que mis enemigos, los jesuitas y los masones, me vuelvan loco de veras?

Y con infame descoco,
Un desmán tras un desmán,
Con cachaza, poco a poco,
Han dicho que estaba loco.
¡Y loco lo volverán!

MANUEL. — ¡Deja eso! ¡Ahí está tu error! La trama no existe.

CISO. — ¿Que no existe la trama? ¡Pero si salta a la vista! ¡Ah, yo la pondré de manifiesto, yo la sacaré a la luz pública, vive el cielo! ¿Sabe usted que hace pocos días la policía tenía orden de prenderme y de encerrarme por fuerza en el manicomio? ¿Y que Dios me salvó milagrosamente gracias a la magnanimidad del Gobernador, a quien fui a visitar y revocó la orden?

MANUEL. — Conozco ese hecho, y una docena de hechos más, igualmente deplorables; y para ti terribles, vaya. Pero no hay trama. Hay una convergencia de malas y buenas voluntades hacia una dirección única, que es puramente casual. ¡La trama la haces tú! Con tu poder poético das consistencia de estatua a lo que es un remolino de polvo, que hay que dejar pasar haciéndose a un lado para no ensuciarse. Tú lo acometes a martillazos, ¡y te asestarás un martillazo a ti mismo! Pero en fin, demos que exista la trama, ¿dónde hace ella más mal, fuera de ti o dentro de ti? Dentro de ti, porque te mata, te aflige, te enloquece. Suprímela dentro de ti y le habrás quitado toda fuerza.

CISO. — ¿Cómo la suprimo?

MANUEL. — Viniéndote conmigo a Folguerolas, a mi curato.

CISO. — Hay que suprimirla fuera primeramente.

MANUEL. — Sobrino mío, me enterneces, porque te veo ir al degolladero. Tú no has nacido para Quijote.

CISO. — ¿Para qué he nacido? ¿Para Sancho?

MANUEL. — No, para Sancho yo. Has nacido para Dulcinea. Sin ofensa. Has nacido para ser querido y no para ser temido.

CISO. — Pues yo le aseguro que seré temido, que soy temido ya.

MANUEL. — Eso es justamente lo tremendo. Eres temido y tú temes. Y dos temores contrarios (e infundados de aldehala) tienen el efecto de dos odios. Qué absurdo este mundo, Dios mío. Bueno, no quiero discutir contigo, porque sé que es para peor, y yo no sé discutir. Ya he cumplido. El Catecismo no dice: "Dar buen consejo al que lo ha de cumplir", sino simplemente: "Dar buen consejo al que lo ha de menester". ¡Adiós, Ciso! ¡Quijote falsificado!

CISO. — ¿Debo dejarme matar... pasivamente? ¿Qué dice el Catecismo? ¡No matar! No hay que ser injustos con nadie, ni siquiera consigo mismo.

MANUEL. — ¡Vaya, vaya! ¡No te la pilles en serio! La vida es una comedia. ¿Quién habla de matar?

CISO. — La vida es una comedia para el que se salva y una tragedia para el que se condena...

MANUEL. — Se condena sólo el que quiere...

CISO. — Eso es fácil de decir cuando uno está fuera de la borrasca y lejos de la caída. Yo estoy en una borrasca en que peligra cuerpo y alma, si caigo. Este afán de salvar mi cuerpo, mi salud, mi razón, deriva de mi supremo afán de salvar mi alma...

MANUEL. — Bien. Respeto tu alma... y tus razones, que francamente, no veo. Pero ya sabes que te espero siempre, y que soy tu único amigo, entiendes, tu único amigo... (*Sale y al llegar a la puerta vuelve atrás.*) ¡Ciso, ojo con el que viene allí, es el director de un diario, ojo con el periodismo! (*Se va.*)

CISO. — Que entre.

ESCENA III

CISO, el DIRECTOR de "El Noticiero Universal"

DIRECTOR. — (*Pomposo.*) Salud al autor de *La Atlántida*, al poeta mayor de España, a la gloria más pura de Cataluña. (*Gran reverencia.*)

CISO. — ¿Y al pobre payés Ciso Belveder, sacerdote? ¿Nada? Pues ése soy yo. (*Remedándolo.*) Salud al Director de "El Noticiero Universal". (*Reverencia.*) Siéntese usted. ¿Recibió mi carta?

DIRECTOR. — Recibí su carta, y estoy a su disposición yo, mi diario, mis amigos y toda Cataluña, "Monseñor" Belveder. Su caso es tremendo. Hay que hacer una campaña. Sabiendo que su situación es... no es... en fin hemos decidido si usted no se opone (y aunque se oponga, sí señor) (*pomposo*)

iniciar una subscripción entre sus admiradores.

CISO. — ¡Por favor, señor Director, no! No todavía. Esperemos a ver cómo reaccionan mis enemigos, que no sabía yo que los tenía, pero existen, por mi mal.

DIRECTOR. — ¿Y cómo han de reaccionar? ¡Pues bien vistas están las reacciones! ¡Como toros jarameños!

CISO. — Esperemos. Puede ser que el señor Arzobispo se haga cargo...

DIRECTOR. — El "Bisbe" no se hará cargo de nada, Padre. Es un tonto...

CISO. — Señor Director, no le permito a usted... Monseñor es un hombre de talento y de corazón; sólo que está influenciado por mis enemigos, los ricos, los jesuitas y los masones...

DIRECTOR. — ¡Quia, Padre Belveder! Los masones no son sus enemigos, una parte de ellos está con usted. Lo mismo que los espiritistas. Es decir, todos aquellos que honradamente aman la justicia, católicos o no católicos... media Cataluña. Los enemigos de usted son los enemigos de la inteligencia...

CISO. — Gracias a Dios, si es así; estaré en buena compañía. Pero no lo entiendo así; ¿cómo se puede ser enemigo de la inteligencia?

DIRECTOR. — ¡Pero, Monseñor Ciso, qué inocencia! La inteligencia estorba muchísimo en el mundo, estorba a muchos. ¡Si hay gente que instintivamente odia todo lo que brilla, como el sapo a la luciérnaga, como la lechuza al sol! Padre Ciso, usted

es la bandera de la inteligencia frente al obscurantismo y el fariseísmo. ¡La Iglesia actual necesita hombres como usted, Monseñor Ciso! Lo haremos nombrar a usted Arzobispo de Barcelona... Deje usted, deje usted...

CISO. — Señor Director, siento mucho, pero estamos en completo desacuerdo. Yo no soy un cismático ni un hereje. Mi caso es muy sencillo. Se trata de un sacerdote calumniado y perseguido, por un malentendido fatal, el cual es aprovechado y enconado por las fuerzas del Becerro de Oro.

DIRECTOR. — Eso es, exactamente. Pero por encima de eso hay una "superestructura trascendental", como dice Krausse, hay un *conflicto inmanente* que se actualiza, un conflicto entre dos morales: la vieja moral, ya petrificada y formalista, y la moral de la vida, la moral viviente e inmanente. (*Pedante.*) Lo mismo que en el caso de Jesús de Nazaret. Y cuando un conflicto tal se produce, la moral viviente triunfa, pero a costa de una víctima. El que la ha intuido y ha tenido el valor de proclamarla y vivirla, debe morir por ella. Oh, ¡Krausse no falla! ¡La moral viviente!

CISO. — Señor Director, está usted muy kraussista, muy filosófico y muy... malagüero para conmigo. ¿De modo que yo debo morir? ¿Así, morir, y no hay más?

DIRECTOR. — Oh, señor mío, por una causa sagrada... Todos los grandes hombres tienen que tener su tragedia...

CISO. — Muchas gracias; en nombre mío no, sino en nombre de los grandes hombres.

DIRECTOR. — Oh, la historia lo prueba: todos los genios acaban mal.

CISO. — Pues, entonces, me alegro de mi medianía.

DIRECTOR. — Modestia suya; pero usted ha quebrantado la disciplina eclesiástica en nombre de la vida, ha salido de su diócesis sin permiso de su Obispo; y la disciplina eclesiástica lo quebrantará a usted, por desgracia; y no es que yo lo desee, al contrario. Es una ley fatal.

CISO. — Perdón, sin permiso, no, no he salido. Sin avisar, que no es lo mismo; y con motivos gravísimos. La disciplina eclesiástica es muy buena...

DIRECTOR. — De acuerdo. Es buenísima. Pero la disciplina eclesiástica y cualquier disciplina, en manos de mediocres engreídos, y peor aún, en manos de "resentidos contra la vida", *Lébenráchers*, como dice Krausse...

CISO. — Señor Amigant, me molesta usted con sus juicios brutales sobre mis superiores, que hasta ahora...

DIRECTOR. — Bien, bien, no se hable más de eso. Comprendo sus reparos. Quedamos en que mi diario queda a su disposición para cuando quiera usted publicar su obra *Narciso Belveder en defensa propia*. Le aseguro a usted que haremos vibrar a Cataluña y a toda España. ¡Mare de Deus, qué campaña! No sabe esta gente que desprecia la inteligencia —sim-

plemente porque no la ve—, el poder de la inteligencia. Ya verán, ya verán el chaparrón que se les viene encima. La inteligencia es una fuerza cósmica, ya lo dijo Krausse. La pluma es más poderosa que la espada —y también que los báculos, aunque sean de oro. . . —, con tal que no sean plumas de ganso, sino de ruiseñor. . . o de águila, como lo es la suya.

CISO. — O de cisne. ¡Me asusta usted! Me infunde ganas de tomar mi opúsculo y arrojarlo al fuego.

DIRECTOR. — Guárdese mucho de ello. Es sin duda (lo profetizo) su mejor obra literaria. ¡Mare de Deus! Arrojar todo el peso de su fama y de su talento genial en la causa del progreso social y aun religioso. . . sí del progreso religioso, de la religión del porvenir. . . de la moral inmanente y viviente. . . ¡de la moral sin dogmas!, contra la máquina de la moral farisaica y. . . A propósito, ¿sabe usted que quieren hacer expulsar a aquella pobre?

CISO. — ¿A quién? ¿Qué pobre?

DIRECTOR. — Esa muchacha Amanda Ferrán.

CISO. — ¿Dónde está?

DIRECTOR. — ¿No lo sabe usted?

CISO. — No me ha escrito nada ni me ha vuelto a ver.

DIRECTOR. — Está de mandadera en el convento de las Clarisas de Tarrasa. Tiene una criatura de meses. Está bastante delicada, parece. Quiere marcharse a Cuba y carece de medios. . . Nosotros los periodistas lo sabemos todo.

ESCENA IV

Dichos. CARLOS. AMANDA

CARLOS. — (*Entra corriendo y se turba al ver al caballero. Habla bajo a* BELVEDER, *muy afanoso.* BELVEDER *se levanta y se dirige a la puerta, seguido del periodista. Se abre la puerta y entra* AMANDA.)

DIRECTOR. — ¡Oh! Hablando del rey de Roma...

AMANDA. — (*Contrariada.*) ¡Oh!, ¡el periodista!

DIRECTOR. — Buenas tardes, Padre Belveder. Lo dejo bien acompañado. A los pies de usted, señora. ¿Vuelve usted a Tarrasa, por si acaso? ¿O se queda en su casa? Oh, perdón por la curiosidad... (*Espera respuesta.*)

AMANDA. — Buenas tardes. Con Dios. (*Salen Director y Carlos.*)

ESCENA V

BELVEDER, AMANDA

CISO. — Amanda, ¿por qué te has ocultado, por qué no me has escrito, por qué no me has llamado cuando estuviste en peligro de muerte?

AMANDA. — Porque no me gusta molestar a nadie. Podías haber venido cuando supiste que estaba en peligro...

CISO. — No lo supe hasta mucho después. Estaba en mi prisión de la Gleva.

AMANDA. — ¿Que te han tenido preso?

CISO. — Prácticamente, sí. Espiaban todo cuanto hacía. No me dejaban venir a Barcelona.

AMANDA. — Y tú como un nenito, dejándote manosear por esos señores: tus "padres" y tus "hermanos" en el sacerdocio.

CISO. — ¿Como un nenito? Veremos. Estoy aquí en Barcelona desafiando las iras de todas las curias del mundo. Y he venido principalmente por ti, porque oí decir que sé yo qué cosas: que estabas en peligro, que te ibas a Cuba...

AMANDA. — A Cuba partiré en cuanto pueda. Yo soy una mujer perdida, una loca, que tú... que usté...

CISO. — Te odias todavía a ti misma, Amanda.

AMANDA. — No. Yo no puedo odiar una cosa que usté ama tanto.

CISO. — Calla entonces: no digas burradas.

AMANDA. — Si he venido a verle, es para avisarle que corre usté un gran peligro, peor ahora que aquella vez, ¿recuerda? ¡Ay! A todos les traigo mala suerte. Cada vez que nos vemos, una tormenta se cierne sobre nosotros.

CISO. — Deja estar mis peligros. Mi peligro eres tú.

AMANDA. — No me verá usté más en esta vida, Padre...

CISO. — Quiero decir, que los peligros que yo

temo son los que tú pasas: tu alma, tu salud, tu hijita... ¿Cómo está?

AMANDA. — ¡Pobre hijita del alma! ¿Y cómo ha de estar? Desdichada como su madre.

CISO. — ¿Está enferma?

AMANDA. — Delicada siempre, ¡y qué monina es! Las monjitas están locas con ella.

CISO. — ¿Cómo te tratan las monjas?

AMANDA. — Buenísimas son. Son unos ángeles de Dios. Como que hasta ahora creen —o aparentan creer— que soy una viuda joven, que mi marido murió en la guerra de Cuba. ¡Que quisiera Dios fuera verdad!

CISO. — No maldigas, Amanda. *"Qui la mort d'un altre espera, es la seva la primera!"*

AMANDA. — ¡A ver si todavía sale usted defendiendo al canalla aquél, que Dios maldiga!

CISO. — No maldigas, Amanda, por favor. Tú le enseñaste a maldecir a tu hermano Carlos y ahora él te maldice a ti; mira lo que has ganado.

AMANDA. — Es que yo quiero que todos me maldigan y usté el primero. ¿Cree usté, que a mí me han engañado, como dice la gente? Nadie me ha engañado a mí. Yo he engañado a todos, desde niña, desde niña...

CISO. — Calla, Amanda, de eso no se habla más. Dime el peligro que me amenaza... o que te amenaza.

AMANDA. — Pues que esas hermanitas de Santa Clara, que son muy santas y viven encerradas en

una jaula, pero yo no sé cómo lo saben todo... dicen que el Obispo te va a maldecir... o no sé como dicen... descomulgar, echarte de la religión, vaya; y que entonces estás perdido, y ya te vas barranca abajo al infierno... Y que hay que rezar mucho por ti, porque eres el jefe de una herejía y de todos los mengues... o como dicen ellas... "estás en los lazos del demonio". (*Remedando dengosa.*)

CISO. — Pobres hermanitas, qué cosas les cuentan. Ese ha sido el bobo del Capellán... o este pasmado de periodista... Pues es imposible. No se atreverán excomulgar a un sacerdote, ¿es cosa de juego? Yo, ¿qué crimen he hecho? ¿No existe el derecho canónico?

AMANDA. — Deje el derecho canónico y todas esas tonterías, inventadas por los hombres para vivir a costa de los otros y gobernar a los demás, que nunca las enseñó Jesucristo. Mosén Ciso, vâmonos a Cuba. Es decir, vaya usté a Cuba, deje este país viejo y roñoso, trabaje la tierra como sus padres y sus abuelos, concluya sus libros, recobre la salud, y enseñe la verdadera Iglesia. Eso es lo que quiere Dios de usté... Nada ha hecho usté todavía por la Iglesia verdadera... la Iglesia de los pobres...

CISO. — (*Riendo.*) ¡Qué guirigay, hija! ¡Qué horror! La verdadera Iglesia es la católica, apostólica, romana...

AMANDA. — ¿Y todas las demás religiones son falsas y perversas?

CISO. — Ciertamente.

AMANDA. — Pues le aseguro que la Iglesia Católica hace hoy día unas cosas tan bonitas. . . que las ganas que tiene uno de irse de aquí, o de morirse de una vez, no son pequeñas. . . Se escapa de ella un olor penetrante de panteón de lujo.

CISO. — ¡Qué sabes tú de eso, mujer, de lo que la Iglesia hace o deja de hacer! Lo que pasa es que el borrachón de tu padre, antes de abandonarte, te hizo leer toda la biblioteca Sempere en vez del Catecismo de la Diócesis.

AMANDA. — Deje a mi padre, Padre Narciso. Déjelo que se muera. Mi padre no tuvo culpa de nada; y cuando se marchó fue mejor para nosotros. Yo he sido la culpable de todo, he sido perversa desde que nací y seré siempre perversa. . .

CISO. — Hija, tú serás una santa. Yo te aseguro que Dios te quiere para santa. Una mujer que afronta peligro de la vida para dar a luz, ha pagado todos sus pecados.

AMANDA. — Mi corazón está tan manchado y tan triste, que querer enjugar su tristeza con palabras, es querer secar el mar con papel secante.

CISO. — Eso te pasa algunos días, y es meramente corpóreo. El fondo de tu corazón es bueno, es dócil y es creyente.

AMANDA. — El fondo de *su* corazón, Padre, es inocente, es angelical y es. . . bendito. ¿Usté sabe lo que he hecho yo?

CISO. — Lo sé, hija. Déjalo ya, olvídalo.

AMANDA. — No lo sabe todo, ¿sabe usté que

era yo misma la que iba a su casa, que le llevaba mi cuerpo dócilmente para que hiciese su gusto, y eso durante años?

CISO. — Calla, Amanda, por amor de Dios.

AMANDA. — ¿Sabe usté que no sentía ningún placer, que no le tenía ningún amor, y que lo hacía por perversidad, por despecho, y por dinero: sí, para que me diese dinero?

CISO. — (*Con la cara contraída.*) Amanda, calla que me haces daño.

AMANDA. — ¿Sabe usté que no ha sido un solo hombre, no, no ha sido uno solo, han sido...

CISO. — (*Levantándose, gritando, golpeando la mesa con fuerza.*) ¡Mientes! ¡Basta, desdichada o te golpeo!

AMANDA. — Golpéeme usté. (*Adelantándose.*)

CISO. — Bastante te ha golpeado Dios... (*Se reporta.*)

AMANDA. — Pues, ¿no es esto confesarse? ¿No dice usté que debo confesarme? ¿No es esto arrepentirse?

CISO. — No es arrepentirse. No es un afecto santo. Es destrozarse el corazón por ira y por despecho, por soberbia. Es remover el barro por gusto, o por disgusto de sí mismo, pero no es arrojarlo por disgusto de él. Te maltratas y te burlas de ti misma, pobre criatura enferma, y hay que compadecerse de sí mismos. Hay que soportarse a sí mismo, como a otro cualquier miembro sufriente del cuerpo místico de Nuestro Señor.

AMANDA. — Soportar a Dios...

CISO. — Sí, soportar a Dios en sus criaturas, si quieres. ¿Crees tú que yo no sufro? Tus pecados están en mí como una espada continua, como un cauterio candente. Me duelen mucho más a mí que a ti, me duelen quizá un poco como le duelen a Dios. Desde que supe tu falta estás en mí continuamente en forma de llaga. No puedo pensar en ella, porque me crispa de horror, me hace daño físico. Si pensase en ella mucho tiempo seguido, moriría...

AMANDA. — Padre Ciso, ¡esos son celos!

CISO. — Sí, hija. Son celos de la gloria de Dios, celos de sacerdote, celos de padre...

AMANDA. — ¡Son celos simplemente, Ciso! (*Arrobada.*)

CISO. — ¡Amanda! Soy sacerdote. Soy ministro del altar. Soy un vaso consagrado a Dios.

AMANDA. — ¡Qué importa! Dentro de poco, dejará usté de serlo. ¡Lo echarán a usté! ¡Acuérdese entonces que no tuvo usté la culpa! ¡Es por lo tanto la voluntad de Dios! ¡Es la Providencia! ¡Ningún crimen ha hecho! Pero Dios quiere que salga de esta sociedad... anónima, que se ha convertido ya en una sociedad mercantil y en un partido político. Yo lo quiero a usté, simplemente porque es usté bueno: el único. Y eso ni muriendo podría evitarlo.

CISO. — (*Con tristeza.*) Amanda, estás peor que antes. ¿Todos mis sacrificios son vanos? Tú te vas a perder. ¿Rezas tú, Amanda?

AMANDA. — Yo no rezo. Dios conoce mi cora-

zón. Yo rezo sin palabras, pido a Dios por mi hija, por madre... por ti. Rezo una Salve todas las noches por mi hija, es lo único que sé, es decir, la sé cantar. Pero ir a Misa a comer los santos y a rozarme con esas señoronas beatas bien vestidas, que la miran a una con desprecio, y que son quizá peores que una... ¡pindongas!... ¡quién sabe lo que habrán hecho, y después se han confesado! No tengo tiempo de ir a Misa...

CISO. — (*Sonriendo.*) Nadie te dice que vayas a Misa.

AMANDA. — Pues iré a Misa cuando se me antoje... (*Riendo.*) Voy ya a Misa por complacer a las hermanitas...

CISO. — Te pido que reces todas las noches tres Avemarías a la Moreneta de Montserrat por ti, por tu salvación. Escucha. Apréndete el Avemaría: "Deu vos salve, Maria plena de grácia; el Senyor és amb Vós, beneita sou Vós entre totes les dones, i beneit és el fruit del vostre sant ventre, Jesús. Santa María, Mare de Deu, pregau per nosaltres pecadors, ara i en la hora de la nostra mort. Amén."

AMANDA. — (*Repite.*) Deu vos salve, María plena de gracia... Tres veces. La rezaré por usté.

CISO. — Por ti misma.

AMANDA. — Por usté.

CISO. — Es lo mismo.

ESCENA VI

Dichos. CARLOS

CARLOS. — *Con permiso*, Mosén... ¡Está allí el *capellá Lluent*!

CISO. — ¿Quién?

CARLOS. — *Lo capellá Lluent.*

CISO. — Mi amigo... mi *falso* amigo, el Vicario general...

AMANDA. — ¿Quién? ¿El barrigón con balandrán de lustrina, que fue a ver anteayer a las hermanas? Me voy. No quiero que me vea aquí. ¡El les dijo cosas de mí!, ¡chismoso!, ¡indecente!...

CISO. — Pues ya ahora... no hay remedio. ¿Por dónde vas a salir?

AMANDA. — Por allí. (*Puerta lateral a casa Rovira.*)

CISO. — Te encontrarás con tu madre.

AMANDA. — Mejor. *¡Pobra mare meva!*

CISO. — Aguarda un momento. Debo darte una cosa. Carlos, dile que espere... hazlo sentar.

AMANDA. — ¿No será mejor decirle que Mosén Ciso no está? ¡Que se vaya!

CISO. — No. Tarde o temprano hay que despejar la situación. ¿Qué es eso?

CARLOS. — Este papel trajo un recadero para usted.

CISO. — A ver... ¡El quinto exhorto! ¡La intimación número cinco a presentarme a la Curia Ar-

zobispal! Pues bien, la Curia se ha presentado en mi casa. ¡Traidor, felón, fariseo! Pues bien, que espere la Curia. Yo tengo ahora algo importante que hacer. No salgas, hija. Tenemos tiempo. ¡Que espere! Un año de tiempo, ¡un siglo!, me han hecho esperar a mí. (*Sale Carlos.*)

ESCENA VII

CISO, AMANDA

AMANDA. — ¡No lo recibas! ¡Díle que no estás! ¡Es el capellá Lluent, el falso amigo! Si lo escuchas estás perdido. Se te impondrá. Te conozco.

CISO. — No.

AMANDA. — Sabes tú que ese traidor fue el que dijo: "*Quiero tenerlo por loco antes de haber de tenerle por rebelde.*"

CISO. — ¿Cómo lo sabes tú?

AMANDA. — Sí, lo oí yo con mis propios oídos. . .

CISO. — ¿Oíste la entrevista mía con el Obispo. . . hace un año. . . y lo que hablaron ellos cuando yo salí?

AMANDA. — Lo oí todo. . . y te grité: "*Mosén Ciso, tenga cuidado, mire lo que hace*", y no me hiciste caso, ¿y qué pasó? Ahora te digo lo mismo.

CISO. — Lo que pasó no pasará nunca más. Los conozco ya.

AMANDA. — Y yo lo conozco a usté. Hocicará delante de él como un *noy*, como una criatura, como un cordero. Son más fuertes que usté, Padre. ¡Si lo

estoy viendo! Estaba usté hecho una furia, con un tintero en la mano, gritando y declamando como un león, y un momento después entra el *Bisbe* con todos aquellos ropajes: "Querido hijo... La Iglesia Católica... ¿Cree usté?... (*Remedando la solemnidad del Prelado*) y, ¡cataplum!, de rodillas la fiera, llorando, lamiéndole la mano y haciendo lo que él decía... haciéndose burlar como un niño... tragando sus santulonerías, creyendo sus mentidas promesas... "Y ahora a hacer versos, hijo, ¡vaya! ¡A hacer versos!" (*Remeda.*)

CISO. — (*Furioso.*) ¡Amanda! Te juro por la memoria de mi madre, que no me dejaré sacar de aquí ni siquiera por la fuerza, que no me engañarán más, que le diré las verdades del barquero. Pero no pretendas tampoco que me rebele contra la Iglesia. Eso quisieran ellos, mis enemigos. ¡Cómo se relamerían si pudiesen vengar a Dios, hacerse los vengadores de la honra de Dios, castigarme fuerte dándoles yo un buen motivo! No lo tendrán. Con justicia no me podrán castigar. "¡No gaires!" Pero no me exasperes, Amanda, que necesito toda mi calma.

AMANDA. — Vámonos, Ciso, o está usté perdido. Lo castigarán de cualquier modo, motivo o no motivo, ¿no está visto ya bastantemente? Simplemente por ser más grande que ellos, y por lo tanto más débil. ¡Oh, lo veo con una claridad! ¿Sabe usté lo que hay en el fondo de todo esto? Es que usté debería mandar y no ellos, usté debería ser obispo; porque

sabe más, ve más, y es más bueno y más santo. Lo han suplantado a usté y ellos lo saben, y por eso lo quieren aplastar como a un caracol. Y lo aplastarán. Le tienen el odio y el miedo que tiene un rey usurpador al rey legítimo, el fantasmón de Alfonso XII al príncipe Don Carlos. Eso es lo que hay simplemente. Y eso no tiene remedio.

CISO. — Amanda, estás perfectamente loca. ¡Yo. pastor del rebaño de Cristo, que no sé ni gobernarme a mí mismo!

AMANDA. — Si el rebaño de Cristo fuera hoy como lo fundó Cristo, en razón y en derecho, ¡usté debería ser Pastor!, Padre Ciso. Y esto no me lo dijo mi padre, ni la biblioteca Sempere, sino que lo veo yo, yo; lo veo con estos ojos que se ha de comer la tierra. Pero hoy el rebaño de Cristo es un comercio, es un partido, es un imperialismo como cualquier otro... como los ingleses: el imperialismo de Roma. ¡No hay lugar en ese rebaño para un hombre como usté! Sálgase de él pronto, antes que lo echen, antes que lo aplasten, que lo aniquilen...

CISO. — Amanda, estamos perdiendo el tiempo y me vas a hacer perder la cabeza. Voy a hacer entrar a monseñor Guidart.

AMANDA. — (*Deteniéndolo, delante de la puerta.*) Un momento solamente, Mosén Narciso Belveder, mi padre y mi hermano, ¿sí o no?

CISO. — Sí o no, ¿qué?

AMANDA. — ¿Nos salvamos hoy los dos o nos perdemos hoy los dos?

CISO. — Estás loca, hija. Vete.

AMANDA. — Un momento más, y basta. Es la última vez que nos vemos en la tierra, Padre mío. (*Ciso vuelve atrás, mirándola fijamente.*) Mire, Padre, el rebaño de Cristo se compone hoy de ovejas, de perros ovejeros y de pastores, como ese rebaño que pasa por allá; allá en la falda del Monjuich, ¿lo ve? Las ovejas dan su leche, su lana, ¡todo!, y las matan cuando necesitan carne. Los perros vigilan, trabajan, muerden, ladran y comen la carne de las ovejas. Los pastores explotan a todos. Usté es un poco oveja, porque es un pobre, un obrero como yo; pero no es oveja del todo, porque no obedece a todo, no lame, no se postra. Es un poco perro ovejero, porque es sacerdote; pero no del todo, porque no tiene la diplomacia y la política de los otros sacerdotes; es un poco pastor, porque es inteligente, más inteligente que todos ellos; pero no es del todo pastor, porque no es hábil, no es duro e implacable, no engaña, no maniobra. No hay lugar para usté en este rebaño. Es usté un híbrido. Lo matarán, lo harán reventar. Huya. De los que huyen, algunos escapan. ¡Huya de ese mal hombre! (*Señalando la puerta.*)

CISO. — Siéntate, hija. Te tengo que explicar una cosa.

AMANDA. — Llaman. (*Se oye llamar discretamente con los nudillos en la puerta.*)

CISO. — Que espere. Mira, hija. Temo por tu cabeza y temo por la salvación de tu alma. Fuera de la Iglesia no hay salvación. La Iglesia es santa y su

santidad no puede fallar, porque tiene las promesas infalibles de Cristo. Hay abusos en ella; pero son abusos de los hombres de la Iglesia, no de la Iglesia. Yo los conozco; yo conozco muchos de los que tú conoces —o crees conocer.

AMANDA. — Y conociéndolos, ¿persiste en meterse en la boca del lobo? Mire lo que han hecho con usté, dígame si eso no es cruel. Calumniarlo, quitarle su puesto, sitiarlo por hambre, querer encerrarlo como loco, ¡y lo volverán loco al final! Es un crimen, un crimen. Mire esas monjitas de Tarrasa encerradas para toda la vida, como delincuentes, que no pueden siquiera bajar a su propia iglesia, ¡cuando no hay nadie en ella!, sin temblar de miedo del infierno. ¡Clausura papal! ¡Excomunión mayor! ¡Como si no fuese eso ya bastante infierno! Dígame si eso no es cruel; ¡inútil y cruel! Que no pueden ni siquiera acariciar a mi nena sin cometer pecado mortal, ¡y se mueren de ganas de arrullarla! Que sólo ver esas rejas con pinchos donde están encerradas, ¡sepultadas para siempre!, me causa horror.

CISO. — (*Riendo de mala gana.*) Y detrás de esas rejas deberías estar tú, si entendieras tu propio bien, insensata.

AMANDA. — ¡Primero me mato!

CISO. — Eso no lo digas, hija, no sea que te castigue Dios. ¡Pues si conocieras la vida feliz y celestial que llevan esas sepultadas! No, chitón, ahora me toca hablar a mí. Mira, Amanda. Yo he estado en Roma y conozco la Iglesia. Hay abusos y... lacras

muy grandes, sí. La Iglesia está enferma. Yo he estado también —vestido de civil, por supuesto—, entre los obreros amotinados el 7 de octubre, cuando querían matar sacerdotes y quemar iglesias. Y bien, lo que odiaban esos obreros, creyentes en el fondo aunque bárbaros, no era la Iglesia y el sacerdocio, sino a estos sacerdotes que conocen —o mejor dicho, malconocen—, lo mismo que tú. ¡Pues si vieran ellos lo de Roma! Toda esa política, la aristocracia blanca, el Quirinal y el Vaticano, y todo ese monseñorío innumerable en torno al Padre Santo, ¡más cautivo él dellos que del Rey de Italia! Ese miedo al becerro de oro, esa sumisión servil a los poderes deste mundo, esa falta de señorío y de coraje evangélico, esos lujos exagerados, esas grandes ceremonias principescas, que gustan a los turistas, a los artistas y a los estetas, pero ya no tocan al pueblo, antes le dan rabia, que estaban bien en la Edad Media o el Renacimiento, pero que ya disuenan del estado real del Papado. Sí, creo que la Iglesia está enferma, y eso me destroza el corazón...

AMANDA. — Y no tiene remedio, Padre. ¡No lo va a remediar usté!

CISO. — No lo voy a remediar yo. No tiene remedio *humano*, Amanda. Pero Cristo es el Rey de la Iglesia y bajará del cielo y la sanará.

AMANDA. — ¿Que Cristo bajará? ¡Qué esperanza!

CISO. — ¿No sabes tú que el Señor ha de volver, Amanda?

AMANDA. — ¿Que Jesús ha de volver... a nacer? ¡Padre Ciso!

CISO. — ¿No dices en el Credo, "y desde allí ha de volver con gloria a juzgar a los vivos y a los muertos"?

AMANDA. — Nadie me ha enseñado el Credo. (*Riendo.*)

CISO. — ¡Y desde allí ha de volver *con gloria* a juzgar a los vivos y a los muertos! ¡Qué olvidado tenemos ese dogma! Los primeros cristianos vivían pensando en el *Veni, Domine Jesu!* ¡Retorna pronto, Señor Jesús! Y nosotros que lo tenemos tan cerca, que lo tenemos más cerca que ellos... Nadie quiere ni pensar siquiera en la muerte, ni en la suya ni en la del mundo, y este mundo debe morir también. La acción del demonio en el mundo y el fin del mundo, a mí me prohibieron predicar sobre esos temas: en La Gleva un día el capellán me hizo bajar del púlpito. *Y he aquí que vengo cuando no lo pensáis, cual ladrón nocturno, y he aquí que estoy a la puerta y llamo...*

AMANDA. — Bien, sabemos que el mundo se acabará. ¡Que no se acabara hoy mismo! Pero eso, ¿qué tiene que ver con nosotros? Acabado el mundo se acabó el Papa, se acabó el capellá Lluent, se acabó la Iglesia, y se acabó todo. Pero hoy mismo se acaba Mosén Ciso Belveder y se acaba Amanda Ferrán.

CISO. — No. Es posible que la Iglesia continúe después del Retorno de Cristo durante mil años: pero sana, triunfante, limpia, esplendorosa, trono del Resucitado, y de los mártires resucitados con El, el rei-

no de Israel restaurado, la Ciudad de Dios con los hombres, la Jerusalén triunfante y transfigurada... Y ante esa posibilidad, poco importa Ciso Belveder.

AMANDA. — Mosén Ciso, ¡esos son cuentos! Aunque fuesen verdad, ¡no nos sirven de nada! Está allí atrás el capellá Lluent que lo viene a prender y usté apela al fin del mundo... ¡Tan largo me lo fiáis! —dirá su falso amigo.

[Esos son cuentos, como la cruz de piedra que sudó sangre, la cruz del Tort, que tienen los jesuitas de Barcelona.]

CISO. — No, eso es verdad. Pero es un prodigio diabólico. Fue el diablo el que la hizo sudar sangre, según yo opino.

AMANDA. — El diablo está allí atrás. ¡Buenas ganas tiene el diablo de hacer sudar sangre a las piedras! A vosté, a vosté lo harán sudar sangre. (*Llaman de nuevo con los nudillos, más fuerte, y una mano mueve el picaporte. Ciso va a abrir; la mujer se pone ante él de rodillas y le dice:*)

AMANDA. — Mosén Ciso Belveder, padre mío, hermano de infortunio, pobre cordero en el degolladero, ¿sí o no? ¿Me quiere salvar?

CISO. — Según tú lo entiendes, no. Porque eso no es salvarte. (*Brusco.*)

(Sale AMANDA *por la lateral izquierda, cubriéndose el rostro con las manos, en el momento en que se abre la puerta y, orondo, inmenso, toruno, barrigón, imponente con su sopràbito de lustrina, sus medias moradas, sus guantes negros y su sombrero de borla roja, entra:)*

ESCENA VIII

El Vicario, Ciso

Capellá. — (*Efusivo.*) Mi querido amigo ingrato...

Ciso. — (*Frío.*) Excelentísimo señor Vicario general...

Capellá. — ¿Estás solo?

Ciso. — Con Su Excelencia.

Capellá. — Es que me parecía hace un momento que hablabas con alguien... a... gritos... y entré. ¿Seguro estamos solos?

Ciso. — Estamos solos. . con Dios.

Capellá. — ¿Nadie nos oye?

Ciso. — ¡Para lo que vamos a hablar! No puedo conceder a Su Excelencia más de cinco minutos. Me dispensará... Su Excelencia.

Capellá. — ¡Y yo necesito por lo menos cinco horas, ea! ¿Así recibe Ciso Belveder a Pepe Guidart, su condiscípulo del corazón y compañero de infancia...?

Ciso. — Murió Pepe Guidart. Ciso Belveder... murió también. No quedan sino el Excmo. señor Vicario y un... reo, un... loco, un... rebelde...

Capellá. — Jesús ¡qué sensibilidad! Te prevengo que vengo a verte como amigo y no como superior. (*Arrojando cómicamente anillo, museta y bonete sobre la mesa.*) El Vicario se quedó a la puerta. Entró Pepet.

CISO. — ¡Así pudieran quedarse también a la puerta las ofensas que se me han hecho!

CAPELLÁ. — Saldrán por la ventana en el curso de esta entrevista. Tienen que salir, Ciso mío, para siempre, a cualquier costo. ¡Pues me siento, ea, aunque no me ofrezcas una silla! Me siento y no me voy.

CISO. — Su Excelencia el señor Vicario está en su casa. Ah, pero yo no estoy en la mía. Y debo irme dentro de diez minutos, que el maquinista está impaciente. Y el público también está impaciente. Este acto sale muy largo. Esta escena debe ser breve.

CAPELLÁ. — ¿Qué dices? ¿Qué público? ¿Qué telón?

CISO. — ¿No ve el público ante nosotros? Estamos en el teatro, Monseñor.

CAPELLÁ. — Ciso, conmigo no te hagas el *boig*. No te vale. Tú no eres *boig*. ¡No eres loco!

CISO. — (*Citando.*) *"Prefiero tener a Narciso Belveder por loco, antes de haber de tenerle por rebelde."*

CAPELLÁ. — ¿También sabes eso? Bien te traen chismes.

CISO. — Lo oí con mis propios oídos.

CAPELLÁ. — ¡Basta! ¡Siéntate! Ni loco, ni rebelde. De esta casa saldrás sacerdote cuerdo, inteligente, pío y bueno, como siempre lo has sido.

CISO. — De esta casa no saldré jamás, sino muerto. (*Se sienta. Largo silencio.*) Saldrá usted inmediatamente.

CAPELLÁ. — ¿De modo que también eres milenarista? (*Para reanudar.*)

CISO. — ¿Qué es eso?

CAPELLÁ. — Lo oí con mis propios oídos. Chico, perdona, predicabas a gritos hace un instante —yo qué culpa tengo. Perdona, *chiquet*. Por mí puedes ser milenarista, si gustas...

CISO. — Yo soy todo. Soy milenarista, hereje, rebelde, desobediente, estafador, tergiversador, mentiroso... Pero como también soy loco, no peco... Lo único que no soy es tonto, señor Vicario general.

CAPELLÁ. — Pues lo único que eres ahora, es eso justamente: tonto, Ciso. Mira, yo no soy más Vicario general. He renunciado a mi cargo hace media hora por no firmar un decreto punitivo, un decreto fuerte, duro... terrible, contra... un compañero de clase, amigo de la infancia y hermano de mi alma... que es más tonto que un *ruch*...

CISO. — ¿Qué dices?

CAPELLÁ. — La verdad.

CISO. — ¿Que tú has renunciado... por mí?

CAPELLÁ. — Sí.

CISO. — Pues si eso es verdad...

CAPELLÁ. — Te lo juro por ese Dios que nos ve. (*Mostrando el crucifijo.*)

CISO. — ¡Pepet! (*Grito del alma.*)

CAPELLÁ. — ¡Ciso!

CISO. — ¡Pepet! (*Con lágrimas.*) ¿Eso has hecho por mí? Explícamelo. ¡Que se embrome el públi-

co! ¡Que el acto dure... lo que dure!... Pero me has de explicar eso...

CAPELLÁ. — Primero dame un abrazo, Ciso. ¿No merezco un abrazo?

CISO. — No. Primero me has de explicar...

CAPELLÁ. — Dame un abrazo, terco, burro, *ruch*, más que *ruch*. (*Lo abraza fuertemente. Silencio.*) Así.

CISO. — Virgen Santísima de Montserrat, no permitas que me engañe. No me permitas que me vuelva loco, que esté ahora soñando, desvariando...

CAPELLÁ. — (*Cariñosamente.*) Estás perfectamente loco, loco de atar, si quieres saberlo. Pero yo de aquí te sacaré sano.

CISO. — Es que estoy sano, perfectamente sano. ¡Si tú has renunciado a tu cargo por mí!... ¡a tus rentas, al favor del prelado, al futuro obispado... por mí! —nunca he estado yo más sano. Si tú estás de mi parte, como me decía el tío Manuel, qué demonios, no temo a nadie. Un amigo... Un amigo verdadero y sincero... ¡por fin!

CAPELLÁ. — No todavía, Ciso. Primero tengo que pedirte perdón de todas esas ofensas y traiciones que has dicho... De rodillas. ¿Sabes?

CISO. — No, de rodillas, no. De rodillas, yo. Yo he sido un iluso, un verdadero... animal. ¡Lo que pensaba yo hacer...! Todo era mentira, Pepet.

CAPELLÁ. — No, algo es verdad. Es verdad que yo dije esa frase que te hirió tanto. Es verdad que yo encargué, por orden de Monseñor, la vigilancia en

torno tuyo que te lastimó —y con razón. Creí que era conveniente para ti... uno se engaña en esta vida; y jamás pensé que ese asno del capellán de La Gleva la iba a ejercer de una manera tan torpe y tan... Pero en fin, lo pasado, pisado. Se ha armado un lío aquí, que si uno tira en cualquier dirección, se aumenta el enredo. Ahora lo esencial es cortar por lo sano, y limpiar todo de una vez. *Sanatio in radice!* Si he renunciado a mi cargo inútilmente... pues, he hecho un bonito negocio... Espero que no, Ciso.

CISO. — Yo te lo agradezco en el alma; pero, ¿cómo se hace la tal *sanatio in radice*?

CAPELLÁ. — Viniendo tú ahora mismo conmigo.

CISO. — ¿Adónde?

CAPELLÁ. — Al señor Arzobispo.

CISO. — ¿Para qué?

CAPELLÁ. — Para que le pidas... disculpa de todo, y estés a lo que él disponga.

CISO. — ¿Y qué dispondrá?

CAPELLÁ. — Eso lo sabe él. Pero lo que disponga será, ¿lo dudas tú, Ciso?, será sin duda para ti la voluntad de Dios.

CISO. — José mío, perdóname. ¿Crees tú que la voluntad de Dios puede ser que sea encerrado como loco hasta su muerte un hombre de cuarenta y cinco años, que aún tiene fuerzas para trabajar y poder de producir? ¿Crees tú eso? ¡Dime la verdad! ¡Porque tú no estás hablando con toda sinceridad! ¡Tú no crees lo que dices, Pepet!

CAPELLÁ. — Si esa fuera la voluntad de Dios, Ciso, ¿y qué? ¿Y el martirio? ¿Tus poesías al martirio? Pero francamente no creo que esa sea la voluntad del Arzobispo, ni por pienso. No te amontones, Ciso.

CISO. — Pues en esas condiciones, yo no puedo ir, y no iré, no iré, lo he prometido, lo he jurado... *No matarás* dice el quinto mandamiento. En conciencia, yo no puedo suicidarme. Basta. (*Encapotado de nuevo.*)

CAPELLÁ. — Lo has prometido y lo has jurado... ¿a quién? (*Subrayando.*) ¡Díme la verdad tú también! ¡Tampoco crees lo que dices!

CISO. — Aunque no lo hubiese prometido, es lo mismo. No voy.

CAPELLÁ. — Pues, ¿pretendes que venga el señor Arzobispo de nuevo? ¿O es que crees que puedes vivir fuera de la disciplina eclesiástica? ¿O quieres gobernar tú la diócesis?

CISO. — Me ofendes sin quererlo. ¿Ves este papel que está aquí? Lee lo que dice... Oye: "Por orden gubernativa que se prenda a Don Narciso Belveder, Presbítero." Este papel me lo ha dejado un policía amigo mío.

CAPELLÁ. — No tengo absolutamente nada que ver con esa orden, ni creo que Su Excelencia tampoco. Ha sido un lamentable error. No sé dónde salió... Pero, ¿por qué te levantaste tú contra la santa obediencia?

CISO. — No es que uno se levante, Pepet. Es

que uno se cae. Al revés. ¿Cómo pueden confundir ustedes? *¡Es un lamentable error!* Pues, error tras error, y uno por otro "yo-no-he-sido", estos errores me están matando.

CAPELLÁ. — Ciso, tú sabes que no puedes gobernar la diócesis... ni reformar el mundo. Errores, abusos y deficiencias, los hay y los ha habido siempre en la Iglesia. Hay que soportarlos.

CISO. — (*Levantándose airado y golpeando la mesa.*) Pues, ¡no señor! No hay que soportarlos. Soporta hoy, y soporta mañana, y soporta siempre, y soporta todo, y los abusos crecerán y devorarán la santidad de la Iglesia... ¡la han devorado ya! Pues alguno tiene que resistirlos alguna vez, aunque muera; sobre todo si de cualquier modo ha de morir; y mucho más atrozmente si no resiste. ¡Hombre! Somos catalanes... no somos rusos ni... negros. (*Golpeando de nuevo la mesa.*) Pues me planto, ¡ea! ¡Aunque muera! (*Se toma la cabeza entre las manos y se deja caer en la silla.*) Estoy muy cansado.

CAPELLÁ. — Ciso, estás enfermo... muy enfermo, Ciso.

CISO. — ¿Sí? ¿Eso crees tú? Pues delante de Dios que nos ve, estoy sano.

CAPELLÁ. — ¿Estás sano?

CISO. — ¡Estoy perfectamente sano!

CAPELLÁ. — Eso creo yo también, si tú lo dices. Pues si estás sano, acompáñame... y nadie te encerrará por fuerza. ¿Cómo puedes creer una atro-

cidad tal? ¿Somos criminales nosotros, yo y el santo señor Arzobispo? Si estás sano, ese *metus gravis*, ese miedo grave, NO EXISTE; y tú has incurrido indudablemente en la censura *ipso facto*. Henos aquí.

CISO. — Es que yo estoy enfermo.

CAPELLÁ. — ¿Cómo? ¿No decías ahora mismo que estabas sano?

CISO. — (*Riendo amargamente.*) Mira, Pepet, no lo entiendes. Si tú dices que yo estoy sano, yo estoy enfermo; y si tú dices que yo estoy enfermo, yo estoy sano...

CAPELLÁ. — Muy bonito... Es decir, que tienes dos teclas que tocar, con las cuales te propones burlarte de nosotros. Y después te ofendes cuando te tratan —no yo ciertamente— de "tergiversador". ¡Muy bonito!

CISO. — Pepet, no me hagas estallar. Vosotros no entendéis por enfermo sino a un hombre que tiene una cuchillada en la cabeza o 40 grados de fiebre; y por sano entendéis un hombre que puede vivir encerrado en La Gleva un año, comiendo, durmiendo y diciendo Misa en el ocio, sin ningún alimento para su vida intelectual y sin que le estalle la cabeza. (*Golpeando la mesa.*) ¡Maldita sea mi suerte! Pepet, por amor de Dios, te pido que me entiendan. ¡Que me crean, si no me entienden! Nunca he mentido. Un hombre que tiene una vida intelectual, no está a sus cuarenta años para volverse un cura de misa y olla. Aburrirse no es descansar. Cavilar no es vivir. Mira, lo he expresado en quince versos que te voy a leer.

CAPELLÁ. — Déjame de poesías, Ciso. Yo aprecio mucho las tuyas, pero... ¡no hay tiempo! Yo he venido aquí...

CISO. — A juzgarme. Y para eso tienes que oírme primero. Y yo no sé pintar mi alma sino en verso... (*Declama a gritos, como un loco, su soneto, mientras el otro muy nervioso mide la habitación a grandes pasos.*)

¡La vida intelectual es una vida.
Naturalmente!
Que pide, como toda vida habida,
Se la alimente y no se la atormente.

Hay en el hombre una incesante fuente
En lo más hondo donde Dios anida,
Que es la circulación de nuestra mente,
Que está en mí yugulada y detenida.

Me dicen: "Coma, duerma y no haga nada.
Tómese vacaciones... ¡Vacaciones!
Suerte envidiable y bienaventurada..."

Pero el ocio es veneno, y a empellones
Todo ser se resiste a hacerse nada.
Y en un sahara de desilusiones...

Muere mi corazón de sed sagrada.

(*Acabado el soneto,* CISO *hace una pirueta, saca la lengua al Vicario, y repite con fingida unción el último verso.*)

CISO. — Este es mi argumento. Ahora dame la réplica en otro soneto.

CAPELLÁ. — No seas estúpido.

CISO. — Te ruego que me hagas un soneto con vuestras razones...

CAPELLÁ. — No lo sé hacer.

CISO. — (*Inocentemente.*) Te lo pido de veras, humildemente, con seriedad. Es muy sencillo. ¿No recuerdas? Son dos cuartetos y dos tercetos, los cuartetos la misma rima, los tercetos rima libre, todos consonantes. ¡Obliga a aclarar las ideas, es un buen ejercicio! ¡Necesitas ejercicio Pepet! (*Palmeándole la oronda barriga. Se finge loco. Está muy nervioso.*)

CAPELLÁ. — Te digo que no lo sé hacer, aunque me pusiera un año. No lo he estudiado.

CISO. — (*Con candor irónico.*) ¿Y el señor Arzobispo?

CAPELLÁ. — ¡Toma! El Arzobispo menos que yo.

CISO. — ¿Por qué?

CAPELLÁ. — ¡Toma! Porque lo ha estudiao menos.

CISO. — De modo que por no haber estudiado el arte de ordenar las palabras en ritmo, número y medida, no queréis hacer un soneto; *¿y queréis ordenar un alma viviente sin haberla estudiado?*

CAPELLÁ. — ¡Hola! ¡Qué gracioso! ¿Conque a eso ibas?

CISO. — Es que sois más bárbaros que mandados a hacer. Queréis gobernar los hombres desde afuera; y sólo desde adentro de ellos se gobiernan los hombres. Pensáis que todos los hombres son igua-

les a vosotros y queréis llevar a todos por el camino por donde vosotros os ha llevado Dios... ¡o el diablo! (*Pirueta y mueca.*)

CAPELLÁ. — (*Golpeando a su vez la mesa.*) ¡Ciso, basta! ¡Acabemos! Si no me acompañas ahora mismo al Obispado, es mi deber comunicarte que hay un decreto firmado contra ti de suspensión *a divinis* por tiempo indeterminado.

CISO. — ¡Dios mío! ¿Y qué crimen he hecho yo? (*Se sienta abatido.*)

CAPELLÁ. — Deja eso. Es un hecho. ¿Qué dices?

CISO. — No puedo... no puedo... en conciencia... salir de aquí...

CAPELLÁ. — ¿De manera que es así? ¿De manera que por no salir desta casa... funesta, aceptas tranquilamente salir de la casa de Dios?

CISO. — Dios está aquí. Es una injusticia... pero, mira: si es verdad lo que dices, que no lo puedo creer, porque yo causa no he dado; si es verdad que habéis producido porque sí contra mí un decreto de suspensión, que sólo se inflige por un DELITO, según el derecho canónico, por un pecado grave, voluntario y contumaz; pues mira, sea hecha la voluntad de Dios. Estas son mis bodas de plata de sacerdote... hoy... ¡el día de María Nacida! Pues según la *Moral* de Scavini, revisada por el propio doctor Morgades, cuando no era todavía Arzobispo, yo no estoy suspenso. San Pedro Damiano estuvo tres años sin decir Misa, condenado injustamente de su obispo por una calumnia. ¡Oh Dios, la cruz, la cruz, llegó la

cruz! Pero si no puedo decir Misa... comulgaré todos los días...

CAPELLÁ. — ¿Y piensas tú que encontrarás sacerdotes que te den la comunión?

CISO. — (*Recibe el nuevo golpe sin decir nada, palidece, y después se dobla sobre la mesa con la cabeza entre los dos brazos tendidos y las manos entrecruzadas, en un gesto de infinito abatimiento.*) ¡Verge de Montserrat, ajudáume!

CAPELLÁ. — Pobre Ciso. (*Con la mano sobre la cabeza del otro, compasivo.*) No llores, no hay nada definitivo aún. Respóndeme solamente a esto: ¿de modo que tú prefieres la compañía de esta familia, que no es tu familia y ni siquiera conoces bien, a tener cada día en tus manos y a recibir en tu pecho al Cordero sin mancilla?

CISO. — (*Levantando la cabeza.*) Pepet, no me digas eso. ¿Cómo puedes decirme eso? (*Moviéndose lentamente.*) Voy a buscar el sombrero.

CAPELLÁ. — (*Con alegría.*) ¿Vienes?

CISO. — ¿Qué remedio me queda?

CAPELLÁ. — ¡Pues que Dios te bendiga! ¡Bendita sea la Santísima Madre de Dios, Ciso, apresúrate! Te espero abajo. Es tarde.

(*Se dirigen ambos hacia las puertas laterales. Entra* AMANDA *por la del medio y se arrodilla delante de la puerta de salida ante Narciso Belveder. Sale el* VICARIO *sin verla.*)

ESCENA IX

AMANDA, CISO

AMANDA. — ¿Va usté a ir? He oído todo. (*De rodillas.*)

CISO. — ¡Qué remedio me queda!

AMANDA. — Pues pase usté por encima de mí.

CISO. — Amanda, levántate, no seas estúpida. Toma.

AMANDA. — ¿Qué es esto?

CISO. — Es el manuscrito de mis *Flors del Calvari*, que por fin he podido terminar. Es el mejor de mis libros, superior a *La Atlántida* y *Canigó*. Sálvamelo tú. Yo te lo regalo. Que salga después de mi muerte, como testimonio irrefragable que yo NO estaba loco. Que el producto de ese libro sea la dote de tu hija. Levántate.

AMANDA. — (*Con despecho, sin moverse.*) Sus libros, Mosén Ciso, no dan dotes, dan deudas. No es este momento para libros. (*Deja el libro a su lado sobre una silla.*) Mosén Ciso, estamos perdidos, cedió usté como yo sabía que iba a ceder. *Mi* ruina no me importa, pero yo lo siento *por usté*. Si usté sucumbe, yo me pierdo. Jamás podré creer en la santidad de una religión que hace lo que están haciendo con usté, que tiene ministros como ese... buey. ¡Ay! (*Rueda por el suelo. El toruno Vicario general, que ha subido precipitadamente, le ha dado un tremendo empellón al desembocar como una tromba por la puerta. Belveder corre a levantarla. El Prelado se*

aparta, molesto. Amanda se aproxima a él con los puños cerrados y los ojos llameantes, y le escupe estas palabras.)

AMANDA. — (*Gritando.*) No le escupo en la cara, por causa de esa sotana... que le excusa a usté de ser caballero.

CAPELLÁ. — (*Gritando.*) No lo he hecho adrede... Subía y... tropecé.

AMANDA. — Subía como una bestia y ha tropezado con una madre, usté que quizá tenga aún madre. Ha golpeado a una mujer, usté que no parece nacido de mujer. Ha pisoteado a una pobre obrera. Ah, ¡pero algún día los obreros los pisotearán a ustedes! ¡Llegará un día en que será usté golpeado a su vez, por los hombres de mi clase, de mi raza! ¡Llegará un dia en que, los que han matado a Narciso Belveder, hombre del pueblo, rindan justicia delante del pueblo de todas sus violencias y sus hipocresías!

CISO. — ¡Amanda! Vete de aquí. Me haces daño.

CAPELLÁ. — Vámonos nosotros. Ciso, vamos.

CISO. — No voy.

CAPELLÁ. — ¿Qué, no vienes ahora?

CISO. — No voy.

CAPELLÁ. — ¿Qué pasa?

AMANDA. — Pasa que se acabaron las farsas. ¡Fuera de aquí!

CAPELLÁ. — ¡Maldita bruja! En ese caso, Ciso, sólo me resta dejarte un papel... el papel que te he dicho... ¡Maldita sea mi suerte!

CISO. — ¡No! Tú no harás eso. Salga usted, Amanda.

AMANDA. — No salgo. Basta. Esto es el cuento de nunca acabar.

CISO. — ¡Vete, te digo! (*Grita pateando el piso.*)

AMANDA. — (*Después de breve vacilación.*) Me voy con mi madre. Es tarde ya. (*Entra en la casa por el fondo.*)

ESCENA X

Capellá LLUENT, CISO

CAPELLÁ. — Narciso, esa... mujer tiene sobre ti un dominio omnímodo. Tú no estarás enamorado, pero la gente dice que estás perdidamente enamorado.

CISO. — Estoy enamorado... pero no perdidamente (*con sonrisa triste*). Este enamoramiento no es para perdición de nadie.

CAPELLÁ. — Te alucinas como una lechuga al sol. Pero eso ya no me compete. Allá con tu conciencia. Lo siento en el alma. ¿No vienes?

CISO. — No.

CAPELLÁ. — ¿Por qué?

CISO. — No lo puedo hacer sin daño de tercero. Esta familia ha sido calumniada. Si yo salgo de aquí de ese modo, confirmo la calumnia.

CAPELLÁ. — En ese caso, si tu decisión es irrevocable —y te ruego por última vez que lo pienses—, no me queda sino entregarte esto.

CISO. — ¿Qué es eso? (*friamente.*)

CAPELLÁ. — Lo sabes ya. Tu decreto de excomunión, firmado *por el otro* Vicario general. Puedes verlo. No lo he firmado yo. Y ahora me tienes que firmar este recibo.

CISO. — No firmo nada.

CAPELLÁ. — En ese caso, mi obligación es hacer subir dos testigos, leerte el decreto y levantar acta.

CISO. — No lo permito. Estoy que no puedo más. Estoy en mi casa y te mando que te marches de aquí.

CAPELLÁ. — ¡Entonces toma este papel y vete al diablo!

CISO. — Dáselo a aquélla... (*Señalando vagamente.*)

CAPELLÁ. — ¿A la bruja que te domina?

CISO. — A aquélla. Ponlo allí, sobre esa repisa, a los pies de la Virgen de Montserrat. Dáselo a la que me domina... y que ella tenga piedad de ti y del criminal del Obispo en la hora de la muerte.

CAPELLÁ. — ¿A los pies de la Virgen?

CISO. — Dámelo. Por ella acepto esta humillación tremenda... esta cruz... esta cruz mortífera... por lo que Ella sabe, la Madre mía. (*Toma el papel y lo pone a los pies de la Virgen. Comienza en voz alta su oración: "Virgen de Montserrat, mi Madre del cielo, Reina de mis amores..."*)

CAPELLÁ. — ¡Maldita sea mi suerte! (*Sale de estampia. Entra* AMANDA *como loca.*)

ESCENA XI

AMANDA, CISO

AMANDA. — Ciso, vámonos.

CISO. — No.

AMANDA. — Ciso, vámonos. A Cuba con mi hija. Ya ves lo que son todos: hipócritas. Ellos mismos te han echado de la Iglesia. Vámonos lejos de aquí. Tú trabajarás, yo trabajaré, soy fuerte. Desde allá pedirás al Papa la dispensa del celibato y te casarás conmigo. Tú me quieres.

CISO. — Amanda, por favor, déjame rezar. Estás perfectamente loca, y yo no lo estoy menos. ¡Ay mi cabeza, mi cabeza!

AMANDA. — Viviremos en castidad si tú quieres, como una hermana, con mi hija, como dos hermanos en un bohío, una casita al lado del mar. El mar te ha sanado una vez. Te curarás. Te esperan largos años de paz y de poesía.

CISO. — No. De cruz. Morir en cruz. Una cruz peor. ¡Peor cada vez!

AMANDA. — Estás muerto ya. Te matarán, te volverán loco. Los mutilan en el Seminario, los castran, necesitan perros dóciles para cuidar el inmenso rebaño de carneros. A ti no te han podido mutilar, eres un hombre, y eso no te lo perdonarán jamás. Te aplastarán.

CISO. — No.

AMANDA. — Una sola palabra, ¿quieres salvar mi alma? ¿Sí o no?

CISO. — No. (*Deniega en silencio con la cabeza.*)

AMANDA. — Entonces estoy perdida.

CISO. — (*Signo que no.*)

AMANDA. — Estoy perdida.

CISO. — (*Signo que no.*)

AMANDA. — Adiós, Ciso. Adiós para siempre.

(*CISO se arrodilla y recomienza su oración en voz alta. Entra lentamente el VICARIO a buscar su sombrero. Se cruza con AMANDA y hace un ademán de ira, ademán de darle un empellón. Ella le escupe en la cara y sale. El se limpia la cara con un pañuelo, y en silencio recoge sus cosas lentamente.*)

ESCENA XII

El VICARIO, CISO

CISO. — (*De rodillas rezando en voz alta.*) Virgen de Montserrat, mi Madre del cielo, Reina de mis amores, mira qué sacrificio te hago, mayor que la vida. Vamos a cuentas, Madre mía, hoy es el día de tu natividad, veinticinco años de sacerdocio, ¿qué le regalas a tu pobrecito hijo en este día? Vamos a cuentas. ¿Te he honrado o no durante estos veinticinco años?

CAPELLÁ. — Ciso... (*Lo llama tres o cuatro veces durante su oración, sin que el otro lo atienda o la interrumpa.*)

CISO. — Sí te he honrado, Madre, óyeme. Mi vida por el alma de esa pobre mujer. Tú ves que no

la amo. . . mal. Tú me la diste, es verdaderamente mi hija, tú lo sabes. El amor es esencia de compasión, el fondo más hondo del verdadero amor, es compasión; como el de tu Hijo por la humanidad, como el tuyo, Madre de Dolores. . .

CAPELLÁ. — ¡Ciso!

CISO. — Está perdida, oh Madre, es cierto, está perdida, nació perdida. Nació enferma, no ha tenido padre, no ha tenido guía, su padre fue su verdugo, el ambiente en que nació le fue fatal. Pecó mucho porque amó mucho, y amó a ciegas, desesperadamente, como la pobre vaca ciega que busca el agua. Reina del Cielo, sálvala. Salva su alma y toma mi vida. (*Deja caer la cabeza entre los brazos y queda inmóvil.*) Compasión. . .

CAPELLÁ. — ¡Ciso!. . . No contesta. . . Está en éxtasis. . . ¡Ciso! ¡Ciso!. . . Bien. Esto no tiene remedio por ahora. (*Recoge sus cosas de sobre la mesa y se retira.*) ¡Ciso! (*gritando*). (*El otro no se mueve.*) Bien. ¿Qué hay aquí? Esto no es mío. Un libro. *Flors del Calvari.* ¡Ah! ¡El famoso libro de poesías místicas. ¿Qué dice? "Para Amanda Ferrán, para la dote de su hija." ¡Cualquier día! ¿Esa bruja? Es capaz de quemarlo. Este libro hay que salvarlo. (*Lo mete en la bolsa.*) ¡Ciso, óyeme! (*El otro no contesta.*) ¿Puedo llevarme esto que no es mío? ¡Vaya! Lo tomo solamente en depósito, para que no se pierda. Hay que salvar este libro. ¡Ciso! ¡Nada! Es loco, loco, loco, loco, loco, loco, loco. . . Místico y poeta, loco dos veces. . . Le he dado un golpe mortal. ¡Mal-

dita sea la disciplina eclesiástica! Quiero decir, ¡maldita sea mi suerte! ¡Maldita sea la mala suerte de los hombres! Pero es loco, loco, loco, loco, loco, loco...

(Y mientras El VICARIO general *monologa y se va; y* BELVEDER *permanece como muerto, que realmente se podría dudar si está vivo o muerto, cae lentamente el telón.)*

TELON

ACTO TERCERO

(La misma sala que los primeros, con la cual guardamos lo que llaman "unidad de lugar"... y ahorramos decorado. Sólo que ha desaparecido la mesa y todo adorno, cuadros, estatua, etc. Unicamente quedan dos filas de cinco sillas, derecha e izquierda, y cerca de la puerta del foro un estrado o tarima, que podría ser, para ahorrar, la misma mesa.)

CUADRO I

ESCENA I

FRANCISCA, EL MURCIANO

FRANCISCA. — De manera, que soy su hermana y me impide usté entrar.

MURCIANO. — Yo... lo que diga Mosén, y lo que diga la señá Clara, si dicen que dentre, pues dentre; si dicen que no dentre... pues no dentra usté, señora.

FRANCISCA. — ¿Tan enfermo está, que ver a su hermana lo fatiga?

MURCIANO. — Enfermo, a mí no me paese que lo estea tanto. Está asín... incomodao, vamos al decí. Mú nervioso, mú quisquiyoso, mú fosfórico,

vamo al decí. En tóo lo demá, un santo. Eso sí, el dotó dice que hay que haséle una operación... que no recuerdo ahora el nombre. Pero mire usté ese Obispo, hombre, tené a este hombre sin decí Misa, un verdaero santo, y si muere... —y que se va a morí si no escampa— y si muere, no le importa un ardite. ¡A ese Obispo lo quemo vivo yo, puñales!

FRANCISCA. — Pero, ¿dice usté que le van a hacer una operación?

MURCIANO. — Sí, mujé, sensiya. Que se yama... ¡Mardita sea! Ahora nomá la tenía en la punta la lengua y me se ha orvidao. Que l'ha inventao ahora poco un dotó italiano, mú médico é. Pos una operación...

FRANCISCA. — ¿Una operación *quirurja*?

MURCIANO. — Quita mujé. Que me la has hecho orvidá, que ya la tenía atrapá. Quirurja, claro está. Ya se sabe. Si es operación es quirurja. Miá tú ésta. Pero... yo esía el nombre del dotó que la inventó, que es una operación nueva. Noor... noy... noy... noy...

FRANCISCA. — *Noy* significa muchacho en catalán, hombre. (*Ríe.*)

MURCIANO. — ¡Noimotora!

FRANCISCA. — ¿Noimotora? *Noy*, muchacho. ¡Oiga usté! Y motora, ¿qué significa?

MURCIANO. — Pues es el nombre de la operación na má. ¡Noimotora! (*Más fuerte.*) ¡Noimotora! (*Gritando.*) ¡Noimotora!

FRANCISCA. — Noimotora... ya oigo, ya: que no soy sorda. Pues a mí nadie me quita que será una operación *quirurja*.

MURCIANO. — Mía tú ésta. Claro está. Pero no se 'ice *quirurja*, mujé.

FRANCISCA. — Pues, ¿cómo se dice?

MURCIANO. — *¡Quirúnjara!*

FRANCISCA. — ¿Quirúnjara? Pues yo estoy segura que no es ansí. Quirurja, quirurja y quirurja.

MURCIANO. — (*Transigiendo.*) Asegún. Haylas que son quirurjas y haylas que son quirúnjaras. Asegún.

FRANCISCA. — ¡Quia, hombre! ¿Qué cosa son las quirúnjaras, vamos a vé?

MURCIANO. — Pues lo que yo me sé.

FRANCISCA. — ¡Si esa palabra *quirúnjara* te l'as inventao ahora tú!

MURCIANO. — Pues... (*riendo*) también me lo sé.

ESCENA II

Dichos, Doña CLARA

FRANCISCA. — Diga, usté, señora, ¿que no pueo entrar yo al cuarto mi hermano?

CLARA. — ¿Y qué voy a hacerle yo si él no quiere?

FRANCISCA. — ¿Que no quiere ver a su hermana? ¿Es que lo han embrujao ustedes?

CLARA. — Verlo, cuanto usted quiera; pero asis-

tirlo, prefiere que lo asista el Murciano aquí. ¿Qué quiere usted? Es un enfermo.

FRANCISCA. — ¡Pues vaya un enfermero se ha echao! Es un niño caprichoso y testarudo, como siempre lo ha sido.

MURCIANO. — Ni uno ni otro. Es un sacerdote que no quié vé por el momento ni sotanas ni faldas. Le dan en los nervios, qué quié usté. Hasta er sielo dise e'que no quié verlas. Que no verá muchas sotanas en er sielo, digo yo... Si hay sielo.

FRANCISCA. — ¿Quiere usté decir que mi hermano Ciso es un renegado, como dicen ahora todos esos masones?

MURCIANO. — Nunca. Su "idiología" la conserva intasta, lo mismo que yo la mía. Sólo que ha sufrío demasiao... y ahora le da en los bosicos todo lo que huela a jesuitismo.

FRANCISCA. — Pues están allí fuera con el primo Julián dos Padres Camilos, que nada tienen de jesuitas, que son enfermeros diplomaos, y que los manda el mismo señor "Purpurao".

MURCIANO. — Pues ni que los mandase el Sursuncorda. Que no, señora, que aquí sobran, que Mosén Ciso está mú bien atendío por un servidó. Que no hasen farta, por ahora, vamos, que yo estoy en tó... Y ahora que m'acuerdo; ¡zambomba!, me orvidé... ¡La pósima! (*Vase.*)

FRANCISCA. — Ustedes son las que lo tienen perturbao con sus líos.

CLARA. — ¿Quiénes son "ustedes"? Yo ni lo

veo, señora mía, me limito a cuidar la casa. Mi hija no está, bien lo sabe usté.

FRANCISCA. — Pues no la traiga usté aquí... que ella es la causa de todo... ¡Que no la traiga usté, oiga usté!

CLARA. — Señora, mi hija tiene más delicadeza... que algunas. Sabe su deber. Mientras esté enfermo Mosén, no lo molestará. Jamás ha molestao, si vamos a eso. ¡Pobre hija mía! Si vosotros no la hubieseis echao de cá las monjas...

FRANCISCA. — ¿Yo? No la hemos echao nosotros.

CLARA. — ¿Que no? Ese Demetrio... Que tóo se sabe. ¡Intrigantes! ¡Gente sin corazón! ¡A una pobre mujer enferma! ¡Como si quisieran matarla...!

FRANCISCA. — Yo no sé nada. (*Llora. Se va doña Clara con una mueca.*)

ESCENA III

FRANCISCA, DEMETRIO

DEMETRIO. — (*Entrando precipitado, con un diario.*) Se acabó. Las "guilló". Era de esperar. Quien mal anda mal acaba.

FRANCISCA. — ¿Quién?

DEMETRIO. — Ella. La bruja. (*Escupe.*)

FRANCISCA. — ¿Amanda Ferrán? ¿Muerta?

DEMETRIO. — Se ha suicidao. Mire usté. Aquí está en los papeles.

FRANCISCA. — ¡No! ¡No es posible!

DEMETRIO. — Se ha tirao al agua desde el *Guipúscoa*, donde se había enbarcao para Cuba. Anoche, a medianoche. La hallaron esta mañana boyando en el muelle nº 2.

FRANCISCA. — ¡Dios mío! ¿Con su hija?

DEMETRIO. — No. Esa había muerto ayer, en el dispensario.

FRANCISCA. — ¡Muerta! ¡Dios mío! ¡Y su madre que ni sabe dónde está! No se lo diga usté, por favor. Y mucho menos a Ciso. ¡Pobre madre!

DEMETRIO. — ¡Como que lo van a ignorar mucho tiempo! Todo el mundo habla de ello. Al contrario, cuanto antes mejor. Muerto el perro, se acabó la rabia. Que esa mujer es la que lo tiene enfermo más que los castigos del Arzobispo... que, en el fondo, ni castigos son siquiera. ¡Pamplinas, hombre!

FRANCISCA. — Demetrio, por amor de Dios, que no lo sepa mi hermano, que será un golpe atroz, por lo menos hasta después de la operación.

DEMETRIO. — ¿Qué operación?

FRANCISCA. — Parece que el doctor Soler quiere operarle hoy mismo. Una operación sencilla. Noi... noi... noimonó... en fin una operación *quirurja*.

DEMETRIO. — Pues yo creo que la primera operación es despejar las incógnitas. Que Dios la tenga en su gloria; pero yéndose esa bruja a... la gloria, nos ha simplificado todo. ¿Sabe usté, tía Francisca,

el lío que se ha armao, que crece cada día? Papeles van y réplicas vienen, media España discutiendo con otra media, y todo por culpa de esas brujas... Y están publicando cartas, documentos privados... donde va la honra de muchas personas...

FRANCISCA. — Y tú, a lo mejor, temes por la tuya... sobrino.

DEMETRIO. — ¿Yo? ¿Por la mía? La mía está más blanca que el sol. ¡Cualquier día dejo yo un cabo suelto...! Es el bien de la Iglesia que lo pide, tía Francisca, pide que seamos enérgicos y apliquemos el cuchillo a la llaga... ¿Sabe usté el mal que está haciendo en la Iglesia nuestro querido y desgraciado Ciso?

FRANCISCA. — Deja el cuchillo, sobrino, y deja el bien de la Iglesia. Ahora se trata del bien de mi hermano. Demetrio, no quiero que hables, ¿oyes? Si llegas a precipitar las cosas, yo te aseguro que... Pero allí viene... Vámonos. Ya sabes que... no le conviene verte...

DEMETRIO. — No puede verme. Esa es la verdad. Me tiene *idea* todavía. Después del bien que le he hecho, y...

FRANCISCA. — No. Simplemente, ahora necesita tranquilidad; y sólo el verte le recuerda esos enojosos asuntos de sus deudas...

DEMETRIO. — Que las pague. Hombre, ¡hay que pagar las deudas! Y ahora aquí se puede... Donativos de todas partes, ¡que se derrochan como agua! No puedo sufrir a los derrochones. ¡Perturban la so-

ciedad! Hombre, me parece a mí que Cristo mandó que se paguen las deudas. Y si no mandó eso, ¿qué mandó? ¿Qué mandó Cristo, vamos a ver? ¿No mandó que se paguen las deudas? ¡Mis tres mil duros! ¡Muerto el perro se acabó la rabia! (*Salen por lateral izquierda, al mismo tiempo que entran por derecha.*)

ESCENA IV

CISO, DON MANUEL (*de pastor o payés catalán, con alzacuello*)

CISO. — (*Jovial.*) Estás hecho con ese traje un verdadero Sancho Panza.

MANUEL. — (*Idem.*) Es que solamente a ti se te ocurre una idea semejante.

CISO. — No quiero ver más sotanas que la mía hasta que esté en el cielo.

MANUEL. — Pues, ¿no recibes la Comunión los domingos?

CISO. — Cubierta de los ornamentos sacros, es otra cosa. Pero sotanas solas, basta. Yo no sirvo para tratar con eclesiásticos. Con payeses y pastores...

MANUEL. — Pero con faldas sí, ¿verdad?

CISO. — Las mujeres sirven para tratar a los enfermos y a los niños. Tío Manuel, le recomiendo con toda el alma el asunto de esa mujer. Hágalo como si de mí mismo se tratase, por amor de la *Moreneta*... que fue una mujer.

MANUEL. — Ponla en las manos de la Virgen, sobrino... y no pienses más en ella.

CISO. — ¿Cómo no pensar, una pobre mujer con una criatura de meses abandonada por esos mundos? Me siento obligado. Cualquier cosa le puede pasar.

MANUEL. — Te digo que no pienses más. Te lo mando... si mandártelo puedo... Sí, como confesor y hasta como médico, te lo mando. Ha salido enteramente de nuestras manos... de tus manos... quiero decir. Déjala. Te lo mando en nombre de Dios. Como amigo te lo ruego.

CISO. — Sí. Tiene que estar bien. Si le pasara algo, hubiera acudido a mí. Pero es peligroso no saber siquiera dónde está...

MANUEL. — ¡En las manos de Dios!

CISO. — Todos lo estamos. ¡Quieran ellas tratarnos con misericordia!

MANUEL. — "*Beati misericordes quoniam ipsi misericordiam consequentur.*" ¿De modo que no quieres al pobre primo Julián? ¡Pobre diablo! Desde el golpe que le diste en tu carta número... no sé cuántos, está como un gran pachón pateado. Allí fuera está con dos Padres Camilos y Demetrio. ¡Benditas cartas a los diarios!

CISO. — Que se saquen las sotanas. (*Riendo.*)

MANUEL. — Eres un verdadero... místico. Pareces un hombre a quien le han lavado, ungido y vendado una herida, que cada momento se saca la venda para ver si cura... y, naturalmente, no cura. Así sois vosotros los líricos.

CISO. — Sí estoy curado, Manolón. Estoy casi curado. Debilidad solamente, catarro, insomnios, ¡bah!... Nanas de poetas, como dijo Cervantes: "dolores de cabeza, indigestiones de estómago"... Solamente esos sobresaltos que me dan tan penosos, pesadillas, no sé lo que son... Anoche, un sobresalto terrible a medianoche, me desperté, me ahogaba, me enloquecía, mis pensamientos y afectos un verdadero torbellino de temor, ira, desesperación, perplejidad, un estado agónico, un gusto de muerte. El diablo creo yo que fue.

MANUEL. — ¡Qué diablo ni diablos! El diablo no existe. Tu diablo es tu imaginación.

CISO. — Tío Manolón, ¿qué es eso? Eres más hereje que yo. Yo veo al diablo en todas partes y tú no lo ves en ninguna. Pues en alguna tiene que estar.

MANUEL. — Ya te digo que eres un verdadero místico...

CISO. — Es decir, maniático. No, no soy un místico. Ojalá lo fuera. Soy un místico... literario, es decir, un literato. He puesto en verso lo que debiera haber vivido... Canto la cruz, y no me abrazo con mi cruz. *Las Flores del Calvario*, por un lado, y por el otro, las funestas cartas a los diarios de *Un sacerdote perseguido*. ¡Ay! Me he engañado toda la vida. Por cantar me he olvidado de vivir. Pero ahora se acabó. ¿Ves esto? Es mi última obra. Pues allá va. (*Tira al fuego el manuscrito.*)

MANUEL. — De ninguna manera. (*Lo saca de*

entre las llamas quemándose cómicamente y lo apaga.) Eso faltaba. Esto no te pertenece. Es mío. Es de Cataluña. ¿Qué es?

CISO. — *Las Flores del Calvario*, versitos que no tienen ningún valor poético, solamente autobiográfico: pensamientos cotidianos, puestos facilonamente en rimas pobres. Eso debe desaparecer lo mismo que *Amors de Jordi i de Betina*, donde describo demasiado vivamente el amor profano. Dámelos.

MANUEL. — Son míos, los he salvado quemándome. Ya los veremos; quizá son cosa regia. Has dotado a Cataluña, con tus *Idilios y Cánticos místicos*, por varios siglos de un devocionario poético, de un breviario de canciones para ser rezadas. Eres un gran místico.

CISO. — ¿En el mal o en el buen sentido de la palabra?

MANUEL. — En todos los sentidos posibles e imaginables. .

CISO. — Si hubiese sido un buen místico, no hubiese hecho los disparates que he hecho.

MANUEL. — ¿Qué disparates?

CISO. — Mi vida es un puro disparate.

MANUEL. — Sobrino, no digas... disparates.

CISO. — La publicación de esas cartas, por ejemplo. El ruido y las derivaciones insospechables que se han armado.

MANUEL. — ¿Has pecado tú entregándolas?

CISO. — Me parece que no. Creí que debía defenderme, estaba realmente apretado, no tenía a na-

die, y yo no tengo más arma que la pluma... Pero ahora, releyéndolas, veo que son apasionadas, parcialísimas, delirantes casi...

MANUEL. — Si no has mentido a sabiendas, ¡déjalas estar! No pienses más. Tu trabajo es escribir. La gente ya rebajará un poco. Ha sido una cosa inevitable. Dios lo quiso.

CISO. — Tío... ¿qué es eso? ¿No decías acaso tú mismo *antes* que las cartas eran un disparate abominable?

MANUEL. — Pues ahora te digo lo contrario. Ya lo ves.

CISO. — Eso es. Cuando yo digo que sí, tú a que no. Y viceversa. O es que ahora simplemente, creyéndome enfermo (en lo cual te equivocas), me quieres consolar.

MANUEL. — No. Es que yo soy así. Así era tu padre, el pastor de Folquerolas. Y tú también eres lo mismo, Ciso. Sólo que has dicho *sí* muchísimo tiempo, aun pensando interiormente que *no*, y al fin todos los NO comprimidos han reventado como una traca. Ahora salvar tu salud es lo esencial. No te aflijas por ese opúsculo "sedicioso", como dicen en la Curia. No es ciertamente tu obra más grande, literariamente hablando; y es verdad que exagera y delira... Vaya, es una alegación febricente. Pero, ¿cómo alegará un febricente, si de alegar se trata? Y ahora yo veo que había que alegar. Es necesario que haya gente de sensibilidad extremada, *mórbida* digamos, que venteen los peligros alejados y ocultos, como perros guardia-

nes que ventean el lobo, para aviso de los pastores, que no tienen olfato sino solamente vista —y ni eso a veces. ¡Y después que lo ladren como puedan!

CISO. — Si yo hubiese sido santo, me hubiese callado. Los santos callaron. San Juan de la Cruz, vejado por sus hermanos mucho más que yo, guardó silencio. Se dejó aprisionar y maltratar.

MANUEL. — Sí; pero cuando ya no pudo más, ¿qué hizo? Un escándalo. Se escapó. Hizo una cuerda con dos sábanas, se descolgó por una ventana, cayó de gran altura, saltó una tapia, y fue a parar de noche a un convento de monjas. (*Ríe.*) Mira, hijo, tú eres poeta y cada uno es santo como puede. Para ti el apelar a la opinión común era escapar de la cárcel: *Dic Ecclesiae*, como dijo Cristo. ¿Apelaste defectuosamente? Bien, los poetas son charlatanes, y la gente ya los conoce. El exagerar en los poetas no es pecado: "*Hipérbole se llama esta figura...*"

CISO. — Tío Manuel, te desconozco. Falta que me canonices...

MANUEL. — Todavía no. Dios te canonizará si quiere... y tengo indicios de que quiere. Dios te sacó de la literatura a la vida. Peligrabas eternizarte en tus versitos.

CISO. — A la cruz, tío Manuel. De la literatura a la cruz.

MANUEL. — La cruz, sí, la cruz. Que nos toma como somos y nos deja como no somos.

CISO. — ¡Ay de mí que he resistido a la cruz!

ESCENA V

Dichos. Carlos

Carlos. — El doctor y el hombre de la máquina foto-foto-fotórica...

Ciso. — Que pasen. Un momento, Carlos. ¿Averiguaste aquello?

Carlos. — No. Mi bendita hermana se ha hecho humo.

Ciso. — Pero, ¿dónde puede estar esa criatura? ¡Dios mío!

Carlos. — La vieja lo sabe.

Ciso. — ¿Quién?

Carlos. — Ella, Madre. Lo sabe y no lo quiere decir. Porqué, yo no lo sé.

Ciso. — Pues entonces estará bien.

Carlos. — ¡Qué ha de estar bien! ¡Con la nena enferma!

Ciso. — ¿Enferma la nena?

Carlos. — Y ella también. ¡Pobre chiquirrituca! Yo soy su tío. (*Con énfasis cómico.*) Yo la vi. Cuando estaba en cá las monjas. Y allí sí que estaba bien. Porqué salió yo no lo sé. Mi hermana es "boja" (*tocándose la sien.*)

Ciso. — Que debe estar bien ahora, porque no ha acudido a mí.

Manuel. — ¡Dios mío! (*Ha escuchado en silencio, apretando las manos.*)

Ciso. — ¿Qué hay, tío Manuel?

MANUEL. — Nada. Un suspiro. Y una oración. Mira, hijo, es mejor que nos preparemos a todo. Encomendemos primero a Dios este asunto. Recemos un Padrenuestro... (*Lo interrumpe la entrada de*)

ESCENA VI

Dichos, Doctor SOLER, El DIRECTOR

DIRECTOR. — Albricias, estimado Mosén.

CISO. — Albricias, ¿de qué? ¿Su campaña ha tenido éxito? Pues para mí esa campaña es una verdadera desgracia. ¡Qué escándalo en toda España!

DIRECTOR. — Pues ha tenido más éxito que usted piensa. ¿Qué me paga en albricias?

CISO. — Venga la buena noticia.

DIRECTOR. — ¡Firmado el decreto reintegrándole a sus funciones sacerdotales, por el Obispo de Vich... pinchado por el Arzobispo de Madrid-Alcalá, nada menos... pinchado a su vez por el Nuncio Venturini; pinchado a su vez por Su Majestad la Reina...!

CISO. — ¡No! ¡Dios mío! No lo esperaba ya. ¿Es verdad?

DIRECTOR. — Tengo aquí la copia del rescripto, que me ha dado su primo Julián, que está allí en la puerta, con las orejas gachas, esperando audiencia. ¡Pobre muchacho! Hágalo usted pasar.

CISO. — Ese... es un costal de versitos y disparates. Que pase si ustedes quieren. Pero no, no:

yo estoy seguro que me traerá algún disgusto. ¡Prescripción médica! ¿Verdad, doctor? Evitar disgustos. . .

DOCTOR. — Así es.

DIRECTOR. — Pues ahí va el decreto. . . (*Lee enfático.*)

> "En vista de que. . . etcétera. . . y considerando. . . etcétera, etcétera. . . y atendidas las repetidas seguridades que nuestro venerado hermano de Madrid y otras personas respetabilísimas de la Corte. . . (¡el Rey, Mosén Ciso!) nos dan acerca del Reverendo Narciso Belveder, Presbítero, y de las promesas y buenos propósitos que ha hecho y manifestado de QUERER VIVIR Y PORTARSE cual corresponde a un buen sacerdote y enteramente sujeto (qué sintaxis) a las órdenes de su Pre-pre-prelado: hemos venido en levantar al citado Presbítero Belveder la suspensión que le había impuesto nuestro discreto Vicario general (él no la puso; fue el Vicario general) . . . y devolverle el permiso para celebrar la Santa Misa. . ."

¡El discreto Vicario general tiene la culpa ahora!

CISO. — Demos gracias a Dios y a la Moreneta de Montserrat.

DIRECTOR. — Durillo es el decreto, sin embargo, durillo.

CISO. — Dios mío, me devuelves el cáliz de la salud, después del cáliz de la amargura. Señor Director, gracias. Sí, quiero vivir, como dice el decreto, quiero vivir. . . y portarme. . . lo mejor que pueda. . .

Me da usted la vida. Esta noticia me devuelve la salud. Estoy seguro que ya estoy sano. Carlos, anuncia a tu madre y a tu hermana que estoy sano, que salgo resucitado (*ataque de tos*), que me esperan todavía largos años de paz y la conclusión de mi poesía, que será ahora madura, pura, robusta, un poema más grande que *La Atlántida*, que es un poco pueril, que el *Canigó*, que es un poco romancesco: un poema nuevo digno de mi madre Cataluña y de mi madre María Santísima. *Te Deum laudamus*. (*Llora y tose convulsivamente.*)

DOCTOR. — Mosén, Mosén, no se emocione usted.

MANUEL. — Ciso, que no sabes aún lo que Dios te reserva. Que el cáliz de amargura... quizá falta el poso, el último trago.

CARLOS. — No llore usted, Mosén Ciso.

CISO. — Y darle gracias al Obispo, Manuel, que se ha portado como un padre...

DIRECTOR. — No se engañe, usted. Lo ha hecho movido por lo que dice del caso todo el pueblo de España.

CISO. — ¿Y qué dice el pueblo de España, mi caro Director?

ESCENA VII

Dichos, El MURCIANO

MURCIANO. — ¡Mosén Ciso, señó! Sea enhorabuena. Hemos triunfao en tóa la línea. (*Tira la go-*

rra al aire.) Pero no yore usté, hombre. Yorá, ha yorao usté lo suyo, ¡digo, me paese! Que no somos mujé ni chiquiyo, hombre. Que le va usté a hasé prejuicio. ¡Viva la revolusión sociá!

DOCTOR. — ¿Este es tu enfermero?

MURCIANO. — Asistente generá, pa serví a usté y a la revolusió sociá.

DOCTOR. — ¿Y estás sirviendo a un cura?...

MURCIANO. — Este no es cura, hombre. Este es un santo... y un hombre. ¡Pué me lo estaban redujendo a una mujé! ¿Por qué jasése mala sangre, hombre, con esos castigos de... jinojo, que no rompen güeso ni jasen ná? Lo que yo esía: "No lo dejan a usté esí Misa... pues menos trabajo, hombre... o la dise usté lo mismo... y con Dió."

CISO. — Calla, Murciano, hombre.

MURCIANO. — Y que le aseguro a usté que si me lo jasen morí a fuerza e calumia, que yo no sé lo que hago. Que soy capá de prendé juego a la catedrá.

CISO. — Hombre no desbarres. ¡Para la culpa que tiene la catedral!

MURCIANO. — Que lo hago. Que me trincho al Obispo. ¡Que me meriendo a tóo el capítolo!

DOCTOR. — Es demasiada merienda para tú solo.

MURCIANO. — No sabe usté quién soy yo. Migué Lopes Serrero, presidente de la Federación de Anarquistas ibérico...

DOCTOR. — ¿Y cuántos son los anarquistas ibéricos, si se puede saber?

MURCIANO. — Comité de Barcelona, siete semo. (*Risas.*) ¿Y qué hay con eso, vamo a vé? Siete hombres de pelo en pecho. Y que valemo por lo siete Pare de Francia, el Cí Campeador, Guzmán el Bueno, Caneleja, Mendizába . . . y la má.

DOCTOR. — Y la espada de Bernardo y la carabina de Ambrosio.

MURCIANO. — Y que mañana seremo siete mil, siete miyone, si es menesté . . . tóo el pueblo de España . . .

CISO. — ¿Qué dice de esto, Doctor, el pueblo de España? . . .

DOCTOR. — (*Nervioso.*) Murciano, vete en cá del doctor Garrido, que venga. Mosén Ciso, como le dije ayer, aprovechemos esta coyuntura para hacer la consulta . . . a ver si el doctor Garrido aprueba mi tratamiento. Una cosa sencilla.

MURCIANO. — Como usté quiera, Dotor. Pero ahora . . . (*Vase.*)

DOCTOR. — Pero no. Es mejor que vaya yo mismo. (*Sale.*) Es delicado esto.

ESCENA VIII

Dichos, menos EL MURCIANO y EL DOCTOR

MANUEL. — Toda España habla de ti. Pero no cures de eso. Habla tú con Dios.

CISO. — ¿Y qué dicen?

MANUEL. — Pues hay tres opiniones: clericales,

anticlericales y vulgo. Los clericales te tienen por un buen poeta y mal sacerdote, un cura sublevado que rompió la disciplina y será aplastado por ella si se emperra, (*solemne*) "si la disciplina padece excepción, no hay gobierno posible", como dice hoy mismo un diario...

DIRECTOR. — *La voz de la Sagrada Familia.*

MANUEL. — Pues los anticlericales (¡déjeme hablar, Director) te tienen por una especie de santo masón, un héroe en lucha contra el poder farisaico de la clerigalla y de los ricos...

DIRECTOR. — Como dice Mariano Cavia, nada menos, en *El Imparcial.*

MANUEL. — En fin, la mayor parte, el vulgo, cree que eres un gran poeta que ha tenido un mal período, un eclipse, sea de la santidad, sea de la razón. En cuanto a tu familia, con una honrosa excepción (*se golpea el pecho*), te tienen por un semiloco.

CISO. — Y eso soy. Esos tienen razón. Eso dirá la posteridad.

MANUEL. — Razón no tienen ninguno de los tres... del todo. ¡Ah, es mucho más complicado! ¡Es una cosa seria...! ¡Si yo pudiera formularla! ¡La tengo en la punta de la lengua! ¡Quién supiera escribir! Hay en todo esto dos fuerzas... dos fuerzas en lucha.

DIRECTOR. — Lo he dicho yo; dos fuerzas cósmicas, el Bien y el Mal, la moral muerta y la moral viva, lo dijo Krausse... Chocan, y prevalece la moral viva. A través de una víctima, eso sí...

MANUEL. — No, Director, no puramente el bien y el mal, sino dos fuerzas dentro del bien, como si dijéramos...

CISO. — ¿El bien se opone a sí mismo?

MANUEL. — No. Es que el bien humano tiene mezcla de mal, es deficiente limitado; y por donde es limitación, por allí ya no es bien. Cómo me gustaría hacer un estudio filosófico sobre este caso... cuando acabe el caso, se entiende... cuando acabe felizmente... como acabará...

DIRECTOR. — No. Un drama sería mejor. La filosofía ya la hizo Krausse. Un drama.

MANUEL. — Es verdad. Primero un drama. ¿Eh, poeta? Sánate, y con tu caso haremos un dramón tremebundo, en colaboración. Pero no esperes que te pinte mejor de lo que eres... Ni santo ni loco. Un hombre. Un poeta.

CISO. — Temo un poco que acabe realmente en drama. Esas prisas del doctor... Pero yo me siento realmente bien.

DIRECTOR. — No tema usted por ese lado. Pero el drama está ya hecho, señor mío. Digo, casi hecho. Mi amigo dilecto Santiago Rusiñol, gran pintor, gran poeta catalán, una de las columnas de la *Renaissanxe*, venido poco ha de París, ha tomado tu opúsculo *Belveder en defensa propia*, y está haciendo un drama estupendo. Ya tiene hechos dos actos...

MANUEL. — Quite allá, hombre. Ese no hará "gaires". Es un... parisién.

CISO. — ¿Ves, tío? Primer fruto de mi error en

publicar eso. ¡Perdóname, Dios mío! Porque de allí saldrá, ya lo veo, un panfleto anticatólico. Y bien escrito, porque tiene talento Rusiñol...

DIRECTOR. — ¡Anticatólico, no! ¡Antifarisaico!

MANUEL. — No te aflijas, Ciso, que yo escribiré tu verdadero drama, o mejor dicho, tu "divina comedia". Porque acabará bien.

CISO. — No se puede escribir, sino de ahora en cincuenta años.

MANUEL. — Pues viviremos cincuenta años para escribirla.

CISO. — Y entonces, ¿cómo sabrás el desenlace?

MANUEL. — (*Aparte.*) (El desenlace se acerca.)

ESCENA IX

Dichos, JULIÁN

JULIÁN. — (*Irrumpiendo precipitadamente.*) Caro primo mío, ¿has visto, has visto? ¿Lo que decía yo? ¡Si me hubieses hecho caso! Tu caso lo arreglaba yo en cuatro patadas... bellamente dadas. Era facilísimo. Pero, en fin... Estoy encantado de esa reconciliación con la Iglesia, que tiene que hacer mucho bien a las almas. ¡Por fin me recibes, hombre! No te molestaré mucho, solamente una cosa. ¡Ah! Está allí el primo Demetrio, esperando con no sé qué asuntos de tus libros.

MANUEL. — ¡No! No quiero, primo Julián.

JULIÁN. — ¿Todavía le guardas rencor, oh ministro del Señor?

CISO. — A Dios gracias no guardo rencor a nadie.

MANUEL. — ¡No puede, hombre! ¡Déjalo! ¡Y despacha!

JULIÁN. — ¿Tan enfermo estás? ¿Has visto? ¡Si me hubieses hecho caso a mí! ¿Te convences ahora que te debes dejar guiar: tomar un hombre que sea *tu duche, tu doctor y tu maestro,* y obedecerle a ciegas?

CISO. — ¿Qué hombre, primo Julián? ¡No cualquier hombre! Si fueses tú por ejemplo... (*Con ironía.*) Pero tú con tu capellanía...

JULIÁN. — Es que tú me obedeces quince días, y de repente, ¡zas!, sales por peteneras y haces tu realísima gana. ¿Por qué rehúsas que te atiendan los Padres Camilos, mandados por el Arzobispo, enfermeros prácticos, para tener al menos un sacerdote siempre al lado? ¡Qué desaire les estás haciendo! ¡Están allí afuera! ¿O las Hermanitas de la Asunción?

CISO. — Es que no estoy tan enfermo. ¿Para qué esa molestia inútil? Siento que Dios me quiere dar la salud. A mí lo que me enferma es molestar inútilmente. Y esta familia ya me atiende bien...

JULIÁN. — Sí, pero ahora con lo que les ha venido encima... ¿qué van a hacer? (*Signos monitorios de Don Manuel.*) ¡Pobre mujer! ¡Me olvidaba de darte el pésame. Es tremendo después de todo, por más que... viviendo como vivió... Bien dicen que... Pero, en fin, ¡el suicidio es cosa tan horrenda! (*Signos desesperados de don Manuel.*)

CISO. — (*Aterrado.*) ¿Qué dices?

JULIÁN. — Que para mí no hay duda que es suicidio.

MANUEL. — (*Estallando.*) ¡Calla, imbécil!

CISO. — ¡Dios mío! Pero, ¿quién? ¿Amanda Ferrán? Pero, ¿es verdad?

JULIÁN. — ¿Qué? ¿No lo sabías?

MANUEL. — ¡Vete, hombre, sal de aquí! ¡Cállate, hombre, que la has embarrao, como siempre! (*Empujándolo fuera.*) Sobrino, eres un bestia. ¡Son momentos éstos para dar de sopetón un golpe así! ¡Agur! Cálmate, Ciso. (*Lo saca al indiscreto a empujones.*)

JULIÁN. — ¡Que-no-lo-sa-be! ¡Pues bien, tarde o temprano lo había de saber! ¡Déjeme usted, tío! Y esto despeja de una vez las "incógnitas"... las incógnitas... las incógnitas... (*Sale refunfuñando.*)

ESCENA X

Dichos, menos JULIÁN

CISO. — (*De pie, rígido ante la mesa, con las manos sobre el pecho, angustiado.*) Manuel, estoy preparado a todo. Te conjuro que me digas la verdad. Dime que estoy soñando. Dímelo. Si eso ha sucedido, yo pierdo la fe... Si Dios...

MANUEL. — Por desgracia, no cabe duda. Animo, Ciso, todos hemos de morir.

CISO. — Pero suicidio, no. No me digas que ha sido suicidio. Dios no es cruel, Dios no es implacable. ¡He orado tanto!

MANUEL. — La encontraron flotando en el mar, al lado del buque en que embarcara ayer.

CISO. — Con su hija...

MANUEL. — No, la nena murió hace pocos días en el hospital.

CISO. — Yo la he matado.

MANUEL. — No digas disparates, Ciso. Coraje. ¿Qué tienes tú que ver? Había perdido la razón.

CISO. — No. Yo la he matado con mi descuido. ¡El hombre que canta y que no sabe vivir, que no supo vivir! ¡Y yo decía que era mi hija! ¡Desdichado de mí! ¡Que Dios haya sido más padre que yo! ¡Sí: Dios es más padre que nosotros! Yo debía haberla encontrado, revolviendo hasta las piedras. ¡Malditos sean mis poemas, mis polémicas y mi reclusión estúpida! La he matado. Por egoísmo, por egolatría, por no pensar más que en mí, por falta de amor de Dios, por terquedad, por timidez, por indecisión, por miedo al que dirán. (*Tos violenta.*) ¡Dios mío! Toda mi vida es una equivocación. (*Otro golpe de tos más fuerte; después, acometido de violenta ira y golpeando la mesa.*) ¡Para qué está sobre la tierra y bajo el cielo un *fracaso* como yo! ¡Yo no soy viable para este mundo! (*Cae de bruces sobre la mesa, misma posición del acto segundo, cabeza entre los brazos rígidos.*)

MANUEL. — Ciso, no niegues la divina Providencia. ¡Oh! ¡Ciso! ¡Doctor, doctor! ¡Francisca, Doña Clara, Carlos! ¡Ciso! ¡Murciano! Pero, ¿no viene ninguno?

ESCENA XI

(Entran a prisa CARLOS, Doña CLARA, El MURCIANO; BELVEDER *no se muere.* Don MANUEL *hace señas "que venga el doctor", señas que nadie atiende.)*

MURCIANO. — Me lo han matao.

FRANCISCA. — Está desmayado solamente. (*Va a alzarlo.*)

Dª CLARA. — ¡Dejarlo! *(Van a reñir las mujeres.)*

CARLOS. — ¡Sangre! ¡Allí sobre la mesa!

Dª CLARA. — ¿Se ha herido?

MANUEL. — Vómito de sangre. No es nada. (*Lo levanta y aparece el rostro manchado y un charco rojo sobre la mesa.*) Los doctores en seguida... ¡Carlos! Llevémoslo arriba, Murciano. ¡El médico!

CISO. — Que llamen al médico de mi alma.

MANUEL. — ¿El confesor?

CISO. — El Viático...

MANUEL. — Eso, a su tiempo. No corre prisa.

CISO. — Mi tiempo se acabó. Todo se acabó. No me queda nada, nada, nada, ni la esperanza. ¡Dios mío, no permitas que se derrumbe mi fe!

MANUEL. — Ciso, tú tienes más fe que Abraham. Animo.

CISO. — Adiós, Manuel.

MANUEL. — Animo, hombre.

CISO. — Adiós todos.

(El telón cae al acabarse la escena de a golpes bruscos, como por accidente. Los actores levantan los ojos y

hacen señas que "¡no!, ¡no todavía!". Al decir CISO ¡Adiós todos!, *el telón, a medio correr, cae del todo y sucede inmediatamente el intermedio, delante del telón, entre* APUNTADOR, MAQUINISTA *y después* AUTOR.*)*

INTERMEDIO

APUNTADOR y MAQUINISTA, después AUTOR

(En mitad de escena, cae el telón a brincos. Los actores alzan los ojos con asombro a la interrupción inesperada. Apenas son ocultados al público, salta el APUNTADOR *a las candilejas, con su mamotreto en la mano, y apostrofa al maquinista.)*

APUNTADOR. — ¡Maquinista! ¿Qué es eso? ¡Falta la mitad del tercer acto!

MAQUINISTA. — Ya va, hombre. Solo se cayó el telón. Se cortó una cuerda. Un accidente. Pero es mejor así. Es muy largo este acto.

APUNTADOR. — ¡Mal haya mi alma! ¿Con esa tranquilidad lo dice? ¿Y el público?

MAQUINISTA. — Vea, compa... ¿quiere que le diga la verdá? Este drama está muy mal hecho...

APUNTADOR. — ¡Dios de Dios! ¡No podemos cambiarlo nosotros!

MAQUINISTA. — ¿Y por qué no?

APUNTADOR. — ¡Zapatero a tus zapatos!

MAQUINISTA. — Justamente. Ese autor no conoce el teatro. ¡Si se lo ve venir a media legua! ¡Dígame usté! ¡Meter una operación *quirurja*, un suicidio y un cuadro vivo para desenlazar un drama... que no es drama! ¡Si esto es una discusión! ¡Drama no hay!

Todo se ve venir... Se muere y se va al cielo.

APUNTADOR. — Bien: él dice que nada importa, porque es drama *piscológico*.

MAQUINISTA. — Cosa de curas. ¿No podrían predicar en la iglesia? Vea, compa, yo soy un hombre de teatro... Este drama debía acabar aquí mismo, por muerte repentina: más rapidez, más emoción, más "dinamita". ¡Cataplum, al suelo, muerto, a la noticia de la muerte de la otra... Y entonces, solamente entonces, viene el perdón que llega tarde, entra el Obispo con el otro cuervo, el gordo de lustrina, con el decreto del "perdón" en la mano, y lo encuentra difunto, como mi abuela... ¿Ve usté el "efecto"? Y se largan a la palabrería devota: "¡Qué lástima! ¡Era un genio! ¡Y ahora en la madurez de su talento, él mismo troncharseló, con su empecinamiento! La verdad es que era muy raro; hizo la mar de disparates... En fin, Dios lo ha querido. ¡Adoremos sus impenetrables designios!..." ¿Eh? ¿Qué le parece, compa? ¡Los dos cuervos! Así lo termino yo...

APUNTADOR. — ¿Cómo "lo termino yo"? ¡Cachafaz! Eres capaz de haber descompuesto el telón adrede. ¡Para meter cuchara en obra ajena!

MAQUINISTA. — Soy capaz de discutirle al mismo autor el desenlace... Y al último, una frase de efecto, un latiguillo cortante y trinchante: "No ha renovado el testamento: el producido de sus obras irá al Arzobispado..." Y el otro que replica: "No hay mal que por bien no venga... Vamos a cenar, que esta noche hay liebre." ¡Efecto! ¿Qué le parece? (*Saca*

un mazo de cuartillas.) Vea, compa: usté es libre y consciente, y puede soplar como quiera y no como se les antoja a estos "carcas"... ¿Qué sucedería si...

(*Voces adentro*: "¡Telón, telón! ¡Levanten el telón que falta el final!... ¿Qué diablos están pensando?")

MAQUINISTA. — ¡Ya váaaa...!

AUTOR. — (*Es decir,* Don MANUEL, *que aparece hecho una furia.*) ¡Cada uno a su puesto y rápido. Falta el cuadro vivo. ¿Qué están haciendo?

APUNTADOR. — Vea, Mosén Manuel, éste está queriendo cambiar el desenlace. Mireló.

AUTOR. — ¡Cambiar el desenlace! ¡Santo cielo! Pero, ¿está usted loco?

MAQUINISTA. — ¡Este drama está lleno de anacronismos, si quiere usté saberlo! Belveder no murió de ninguna operación *quirurja*... estuvo descomulgado cinco años y no tres meses... ¡Y toda esa historia de la mujer es un cuento chino!

AUTOR. — ¡Usted a su puesto!

MAQUINISTA. — Y está lleno de burradas, si quiere usté saberlo. ¡Cá cacho'burrada! ¿Piensa usté, así, todas esas burradas que dice en el drama?

AUTOR. — Hombre, las pienso y no las pienso. Yo pienso mis personajes y después mis personajes piensan por sí mismos.

MAQUINISTA. — ¡Qué han de pensar por sí mismos! ¡Si todos dicen lo mismo! ¡Cada cacho'burrada! Hacer suicidar a una pobre mujer para desenlazar un drama, es vulgar, y pueril, y personajes sin ningún

carácter propio, enteramente superfluos, que no vuelven a aparecer más: el Marqués, el Obispo. En fin, yo mismo lo hubiese hecho mejor...

AUTOR. — Si no se pone inmediatamente a su oficio, y no me levanta ese telón, lo tiro abajo, al foso de la orquesta.

MAQUINISTA. — ¡Qué ha de tirar usté, só badulaque! Pruébelo y verá...

AUTOR. — ¿Que no?

(El AUTOR *acomete al* MAQUINISTA *y se trenzan. En este momento se alza el telón y aparece otro* Don MANUEL, *de sotana, en medio de la escena, y a los dos lados, en doble coro, como los monjes en el presbiterio, todos los personajes del cuadro II. Los tres intrusos desaparecen al trote, cada uno por su lado; pero* El MAQUINISTA *vuelve a entrar por el foro y se coloca en su puesto, secándose el sudor: ¡Uff! O mejor, todavía,* Don MANUEL *se embute una sotana a la vista del público y va a colocarse sobre una tarima.)*

CUADRO II

ESCENA I

(Don MANUEL, *delante de la puerta del fondo, sobre una tarima, como un director de orquesta. A su derecha, de pie, alineados y rígidos como muñecos,* Mosén JULIÁN, El MARQUÉS, *un militar y* DEMETRIO. *A la izquierda, similarmente,* El DIRECTOR, Doña CLARA, El MURCIANO *y* El MAQUINISTA. *Todos hablando fuerte, con gran humor.)*

MANUEL. — ¡Silencio, señores! ¡Hay una intervención quirúrgica delicada en el piso de arriba, un

hombre entre la vida y la muerte! ¡Silencio, por favor!

APUNTADOR. — (*Salta de su concha muy agitado, con el mamotreto en la mano.*) ¡Está todo mal! ¡Afuera todos! ¡Tienen que ir entrando uno después de otro, primero el Marqués y Demetrio, después el Militar! Cada uno tiene que presentarse a Don Manuel, decir su nombre, dibujar su carácter con una frase certera... Así lo ha escrito el autor... (*Viendo al Maquinista con horror.*) ¿Y usted que hace aquí? ¡El Maquinista aquí! Pero, váyase a su puesto con mil diablos, hombre!

MANUEL. — ¡Silencio! Déjelo usted. Yo soy el autor. No hay tiempo ya. Que salga esto como pueda. ¿Qué importa el arte ni el estilo? Yo dirigiré... Que se presenten ellos mismos los personajes, sin intermedio del autor. Señores, ¿quiénes son ustedes?

CORO DERECHA. — (*Coro hablado.*) Somos la representación auténtica y única de España, que se hace presente a Narciso Belveder en el momento de su necesidad, para todo lo que sea necesario. Julián Borrel, representante del señor Vicario, muy ocupado ahora. (*Saca un gran báculo, si es posible plegadizo o en piezas separadas que se arman. Se sienta.*)

2º El Excelentísimo señor Marqués de San Miguel y Borradás de Cenís. Me conoce el público ya. (*Se sienta.*)

3º El Alcalde de Barcelona, teniente coronel Alarcón y Puig. Conocidísimo. (*Se sienta.*)

4º El primo Demetrio. En nombre de la familia del "*Extinto*". (*Idem.*)

MANUEL. — ¿Y ustedes, señores?

CORO IZQUIERDA. — Somos la representación auténtica y única de España, que se hace presente a Narciso Belveder en la hora de su necesidad, para lo que necesite. El Director de "El Noticiero Universal", el diario más popular de España. (*Se sientan uno a uno, después de presentarse.*)

2º Doña Clara Puig, viuda de Ferrán.

3º Migué Lopes Serrero, presidente de la Federación de Anarquistas ibérico...

4º Un artista en artes mecánicas, aplicadas al teatro.

TODOS. — (*En coro hablado lentamente.*)

— Era un gran poeta...

— Era una gloria catalana...

— Deja inconclusa su obra poética...

— Es una gran desgracia...

SEMICORO 1º (DERECHA). — Es una desgracia para las bellas letras. (*Untuoso.*)

SEMICORO 2º (IZQUIERDA). — Es una desgracia para el catalanismo. (*Agrio.*)

SEMICORO 1º — Dios lo quiso así. (*Untuoso.*)

SEMICORO 2º — El fanatismo lo ha matado. (*Seco.*)

JULIÁN. — (*Leyendo en un libro.*) Dice Pablo A. Gayo: "De recientes y concienzudos estudios de Psiquiatría, realizados por Grasset, se deduce que la condición de "semiloco" es compatible con un grado superior de inteligencia, y sobre todo con el genio artístico..."

DIRECTOR. — (*Leyendo en un diario.*) Dice Mariano de Cavia: "Corona de espinas le tejieron en la tierra que él glorificaba —¡fariseos y saduceos, escribas y zoilos de toda ralea!... ¡los parásitos de la religión y del mando!

MARQUÉS. — ¡Nuestro querido y desdichado Ciso!

CLARA. — ¡Dichoso él, que mereció ser desdichado!

MILITAR. — Pero Dios todavía puede hacerle justicia...

MURCIANO. — La justicia la jaremo nosotro...

DEMETRIO. — En el fondo él se lo buscó...

MAQUINISTA. — (*Con ira.*) ¡Repuño! ¿Qué dice usté? Repita ustez eso.

ESCENA II

Dichos, CARLOS y después LA ENLUTADA

CARLOS. — (*Desciende a trancos la escalera repitiendo:*) "Eter etílico... éter etílico... éter..."

TODOS. — (*Levantándose y rodeándolo.*) ¿Cómo va? ¿Qué hay? ¿Salió bien la operación? ¿Cómo sigue? ¿Qué dice el doctor? ¿Hay esperanza?

CARLOS. — ¡Dejarme! Que me manda el doctor por una bebida. La operación va muy bien. Así dice el doctor. Dos doctores, un enfermero... y yo. Pero a mí ¡me da una aprensión! Está tan pálido, y le clavan unas agujas ¡así!, ¡tamañas!, por el corazón; ¡y le

hacen unas cosas con un fuelle! ¡Que Dios nos ampare! (*Desalado, dándose un golpe en la frente.*) ¡Rediós! ¿Cómo era? Me han hecho olvidar el nombre de la bebida.

TODOS. — ¡Eter etílico!

CARLOS. — ¡Eso! (*Busca entre los frascos, escoge uno y parte a la carrera.*) Eter etílico, éter etílico... (*Se sientan los demás. Entra lentamente una mujer enlutada y velada, que se dirige derecho a* Mosén MANUEL.)

ENLUTADA. — Deseo ver a Mosén Ciso Belveder.

MANUEL. — ¿Quién es usted?

ENLUTADA. — España.

MANUEL. — ¿España? Hombre. Este personaje no estaba en mi drama. ¿No será usted la mujer que se suicidó?

ENLUTADA. — Sí. Pero no me he suicidado.

MANUEL. — Pues mi sobrino Narciso no se puede ver. Está sufriendo una gravísima operación.

ENLUTADA. — Pues esperaré. (*Se pone a su lado, de frente al público.*)

MANUEL. — Puede usted esperar sentada. Siéntese usted... allá. (*Le indica la última silla de la derecha. Ella obedece.*)

TODOS. — (*En coro.*) Pues esto se está eternizando.

Tememos un desenlace fatal (*plañideros*).

SEMICORO 1º — Fue una verdadera lástima su carácter.

SEMICORO 2º — No hay justicia en este mundo (*indignado*).

JULIÁN. — Hubiera podido escribir la Epopeya de España (*lastimero*).

DIRECTOR. — Lo obligaron a escribir santulonerías (*despechado*).

MARQUÉS. — Se acortó él mismo la vida (*falso ingenuo*).

CLARA. — Lo mataron a disgustos (*protesta*).

MILITAR. — Hice cuanto pude por él (*disculposo*).

MURCIANO. — (*Levantándose y con un grito como un clarín.*) ¡Viva la revolusió sociá!

MANUEL. — ¡Silencio!

SEMICORO 1º — (*Levantándose todos.*) ¿Qué dice usted?

SEMICORO 2º — ¡Viva la revolución social! (*Se aproxima en son de amenaza.*)

ESCENA III

Dichos, CARLOS y después, EL SUPERIOR

CARLOS. — (*Repitiendo.*) Inhalador de oxígeno... inhalador de oxígeno... inhalador... oxígeno...

TODOS. — (*Rodeándole. El mismo juego de la escena anterior.*)

CARLOS. — Dejarme, que debo ir al hospital... Inhalador oxígeno... La operación salió bien, pero...

yo creo que se muere. Dice el doctor que la operación salió espléndida, pero... los efectos postoperatorios... pueden matarlo. ¡Dejarme! (*Sale de estampía por lateral izquierda.*)

DEMETRIO. — La operación salió espléndida, pero se morirá igual.

SUPERIOR. — ¿Es aquí donde vive Mosén Ciso Belveder?

MANUEL. — ¿Vive? Se muere, señor mío.

SUPERIOR. — Pues yo quería saludarle. Soy el Superior de la Residencia de los Jeromianos...

MANUEL. — Tarde llega.

SUPERIOR. — Es que yo, ¿sabe usted? Se ha dicho por allí que nosotros no le éramos afectos. ¡Qué calumnia! En nuestros colegios, en nuestras clases de literatura, se leen, se comentan sus "idilios eucarísticos" (*risa del Director*) o como se llamen, que ahora no recuerdo. ¡Pues no faltaba más! Se ha echado a volar el nombre del santo Padre Gaudís, que Dios haya, como uno de sus enemigos. ¡Qué infamia! Por eso apenas supe yo que estaba... vamos... atribulado, probado por Dios Nuestro Señor, he querido...

MANUEL. — Siéntese usted, Reverendo Padre.

SUPERIOR. — (*Muy fino.*) Gracias. (*Se sienta en la última silla de la izquierda. Risas en la izquierda.*)

SUPERIOR. — ¿Qué hay?

MAQUINISTA. — Es que se ha sentado usted donde no le corresponde. Esta es la izquierda.

SUPERIOR. — ¿La izquierda? ¡Ah! (*Cruza rápi-*

damente a la derecha, donde están todas las sillas ocupadas.) Pues no hay más lugar. Pues me quedaré aquí de pie, el último de todos, lo cual es muy propio de la MÍNIMA Orden de los Jeromianos, a la cual pertenezco, que así la llamó nuestro Santo Fundador: ¡La mínima compañía de San Jerónimo!

ENLUTADA. — (*Alzándose.*) Siéntese usted, Padre. Yo me quedaré de pie.

MANUEL. — Murciano, Carlos no vuelve. Ese muchacho se ha perdido. El hospital está enfrente. Ya debía haber vuelto. Vete a buscarlo... Trae pronto un inhalador de oxígeno. Estoy en ascuas.

MURCIANO. — (*Que echa chispas.*) ¿Yo? Yo no voy. Mi puesto está aquí.

MANUEL. — Murciano, te lo ruego por el hombre que asistió a tu madre en su muerte: y que tiene los minutos contados, si tú no vas.

MURCIANO. — (*De un salto.*) Voy. (*Sale corriendo y tropieza en la puerta de calle con* CARLOS, *que viene llorando.*)

ESCENA IV

Dichos, CARLOS

CARLOS. — (*Se adelanta llorando hasta el mismo centro, y allí grita:*) Mi hermana... En la morgue... Muerta... Desnuda. ¡Madre, Amanda ha muerto!

CLARA. — ¡Ay! (*Se levanta, alza los brazos al cielo y después se desploma desvanecida.*)

MANUEL. — ¿Qué has hecho? ¿Y el oxígeno? ¡Desdichados de nosotros!

CARLOS. — Seguí a la gente... hablaban de mi hermana... yo no quería creer. La llaman la suicida y otras injurias... porquerías... infamias. Yo me fuí a la morgue... Una sala grande, blanca, llena de muertos, pero yo no veía ninguno, porque desde que entré, allí estaba la pobre Amanda, allí con una sábana, dos médicos que le estaban abriendo la boca... El portero no me quería dejar entrar, y yo entré, y después me sacaron a golpes. Pero no se ha suicidao, no, ¡no se ha suicidao! ¡Yo la vi! Mi hermana no se ha suicidao. Se cayó de sonámbula. ¡Hacía mucho que estaba sonámbula! ¡Hacía mucho que estaba sonámbula! ¡Sí, Mosén Manuel, sonámbula, que caminan sin saber lo que hacen! Y ahora mismo se lo voy a decir a Mosén Ciso. ¡No se suicidó, no! (*Aparece* EL MURCIANO *con un inhalador de oxígeno y escucha.*)

MANUEL. — (*Sujetándolo.*) ¿Y cómo sabes tú que no se ha suicidado?

CARLOS. — (*Con "scatto".*) ¿Adónde ha visto usted que las mujeres se pongan papillotes en los cabellos para suicidarse? Eso se ponen las mujeres para ir a dormir. ¡Y llevaba el Escapulario de la Virgen del Carmen! ¡Se lo digo ahora mismo a Mosén Ciso! ¡Eso lo sanará! ¡No se suicidó, no! ¡No se suicidó!

DEMETRIO. — Eso lo acabará de matar. Ni muerta lo deja la bruja.

MANUEL. — Espera. Lleva el aparato ése. Y

nada de gritos. Lo que te diga el doctor, ¿oyes? Cuidadito. (*Sube* CARLOS *sollozando.*)

DEMETRIO. — ¿Está muerta también ésa? (*Por* Doña CLARA *desmayada. Desperezándose y bostezando.*) Estoy harto de muertos. Esto es un camposanto. (*Va a salir.*)

MURCIANO. — ¡Mardita sea mi arma! ¡Me lo han matao! (*Empuña un martillo que le pasa* EL MAQUINISTA *y cierra el paso a* DEMETRIO.)

MILITAR. — Alto ahí. Nada de violencia aquí. (*Desenvaina a un gesto amenazante del* MURCIANO.)

MURCIANO. — ¡Viva la revolució sociá! (*Amenaza al* MARQUÉS, *que empuña una silla.*) A mi laj izquierda! (*Como un clarín.*)

MANUEL. — (*Desgañitándose.*) ¡Silencio!

MAQUINISTA. — (*Salta.*) ¡Se acabó el silencio! ¡A mí las derechas!

(Saca una hoz no sé de dónde. JULIÁN *enarbola el báculo.* El DIRECTOR *blande la máquina fotográfica sobre el sacerdote.* El SUPERIOR *de los Jeromianos empuña el paraguas.* DEMETRIO *desenfunda un revólver y se parapeta detrás de un sillón, encañonando. Las dos filas se aproximan amenazándose.*

En ese instante se abren de par en par los dos batientes y bajan seis hombres llevando un ataúd, dos médicos, un enfermero, CARLOS *y dos Padres Camilos. Los contendientes quedan paralizados en doble fila, en actitud amenazante. Los cargueros posan las angarillas en el centro de la escena, de modo que aparece el cadáver de* CISO BELVEDER, *vestido de franciscano.* MURCIANO *hace un ademán de aproximarse al cadáver, pero frena y blande de nuevo el martillo.* El MILITAR *le encara la punta de la es-*

pada, serenamente. Entonces, La Enlutada *avanza majestuosamente, separa las dos armas con un solo gesto, se instala en la cabecera (mientras* Don Manuel *enciende dos blandones), besa la frente del muerto y se yergue. Después impera con voz altísima:)*

Enlutada. — ¡Abajo las armas! (*Todos la contemplan inmóviles.*) A ti, el primero, te lo digo!

(A Julián, *el cual baja el báculo y lo deposita en la cabecera del féretro.* El Director *se pone la máquina en bandolera.* El Superior *cierra el paraguas. A un gesto de la señora, el soldado envaina la espada.* Demetrio *sale de su escondite y rodeando muy agachado por detrás, sin dejar el revólver, se escabulle de la escena sigilosamente. Sólo quedan enhiestas la hoz y el martillo. Bajo la mirada soberana de* La Enlutada, Murciano *baja su utensilio, se aproxima al cadáver y lo deposita a sus pies, arrodillándose. A todo esto, el telón da un crujido y baja dos palmos.* Don Manuel *se vuelve a los bastidores y hace signos enérgicos de* ¡no! *¡No todavía! Pero el telón baja otro cacho, y luego otro. Al llegar a la mitad, salta de su concha* El Apuntador, *y clama muy excitado:)*

Apuntador. — ¡Bestias! ¡Todavía no! ¡Suban ese telón! ¡Falta el otro cuadro vivo!

Todos. — (*A coro, con participación quizá de parte del público.*) ¡Vete al demonio!

(Con lo cual, cae del todo bruscamente (o se corre del todo, si es cortinado abierto al medio) el

TELON

Manresa, *otoño de 1947.*
Buenos Aires, *Primavera de 1961.*

Este dramón tremebundo se acabó de escribir el histórico día 21 de septiembre, comienzo del otoño, día del estudiante, Dominica 17 después de Pentecostés, en medio de grandes trabajos internos y externos, con falta de salud y gran preocupación personal y porvenir incierto. Empecé a escribirlo con gran dificultad el día 8 de septiembre, pero con interrupciones de días enteros, y, en cambio, otros días en que salía solo, como si alguien me lo dictara. En suma, lo he escrito en unos siete días, pero claro está, que mi mente trabajó en él mucho más tiempo; alguien diría que unos veinticinco o treinta años.

LAUS DEO

INDICE

EL RUISEÑOR FUSILADO

EL MISTICO

EL DIA 10 DE JUNIO DEL AÑO 1975,
73º ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL
PRESBITERO DON JACINTO VERDAGUER,
SE DIO FIN A LA IMPRESION DE ESTE
LIBRO EN LA IMPRENTA CRISOL S. R. L.,
CALLE RAUL SCALABRINI ORTIZ 1671,
BUENOS AIRES, REPUBLICA ARGENTINA.
SIENDO EDITADOS 2.000 EJEMPLARES.